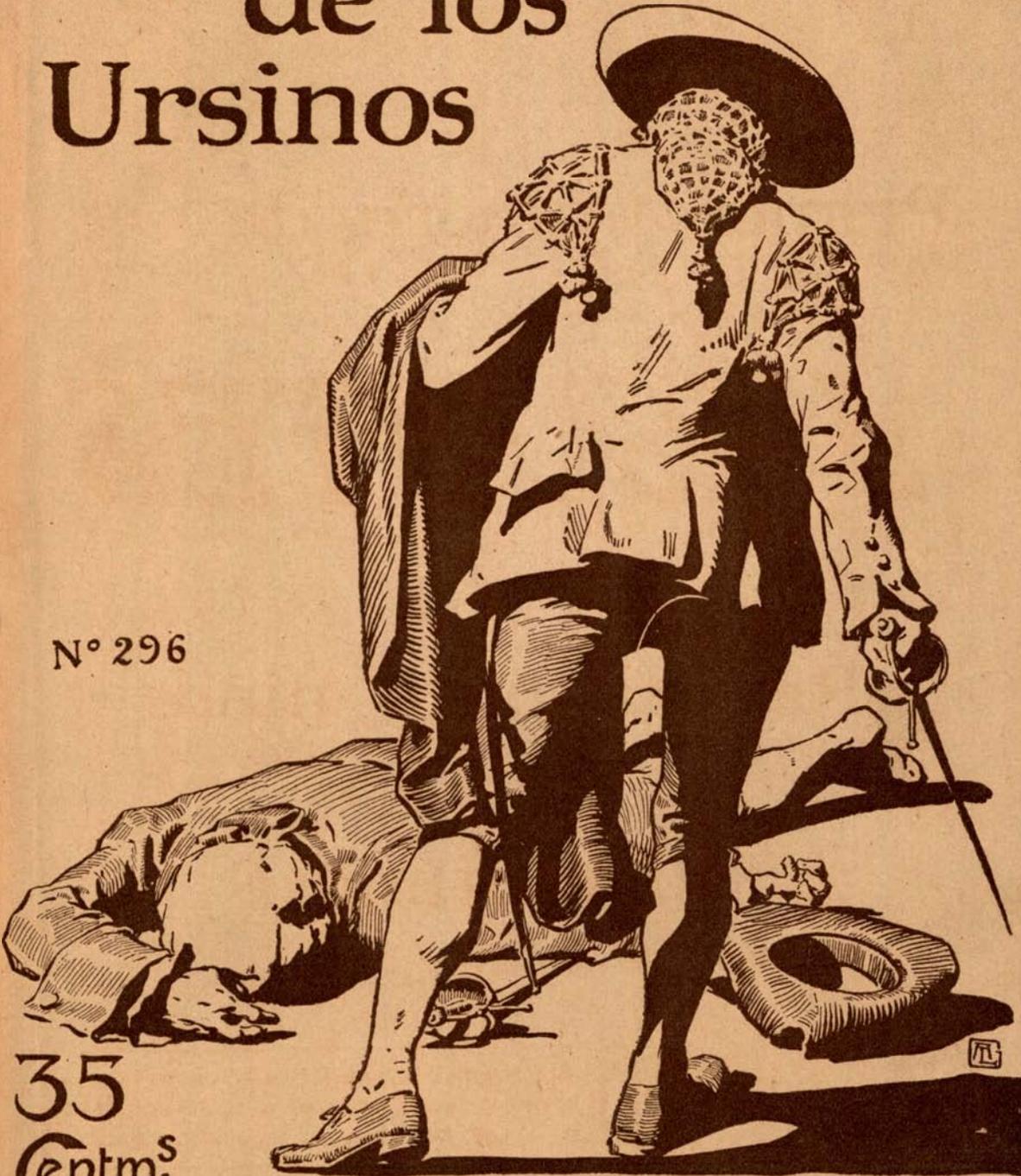


15
M. Fernández y González

La Princesa de los Ursinos

Nº 296

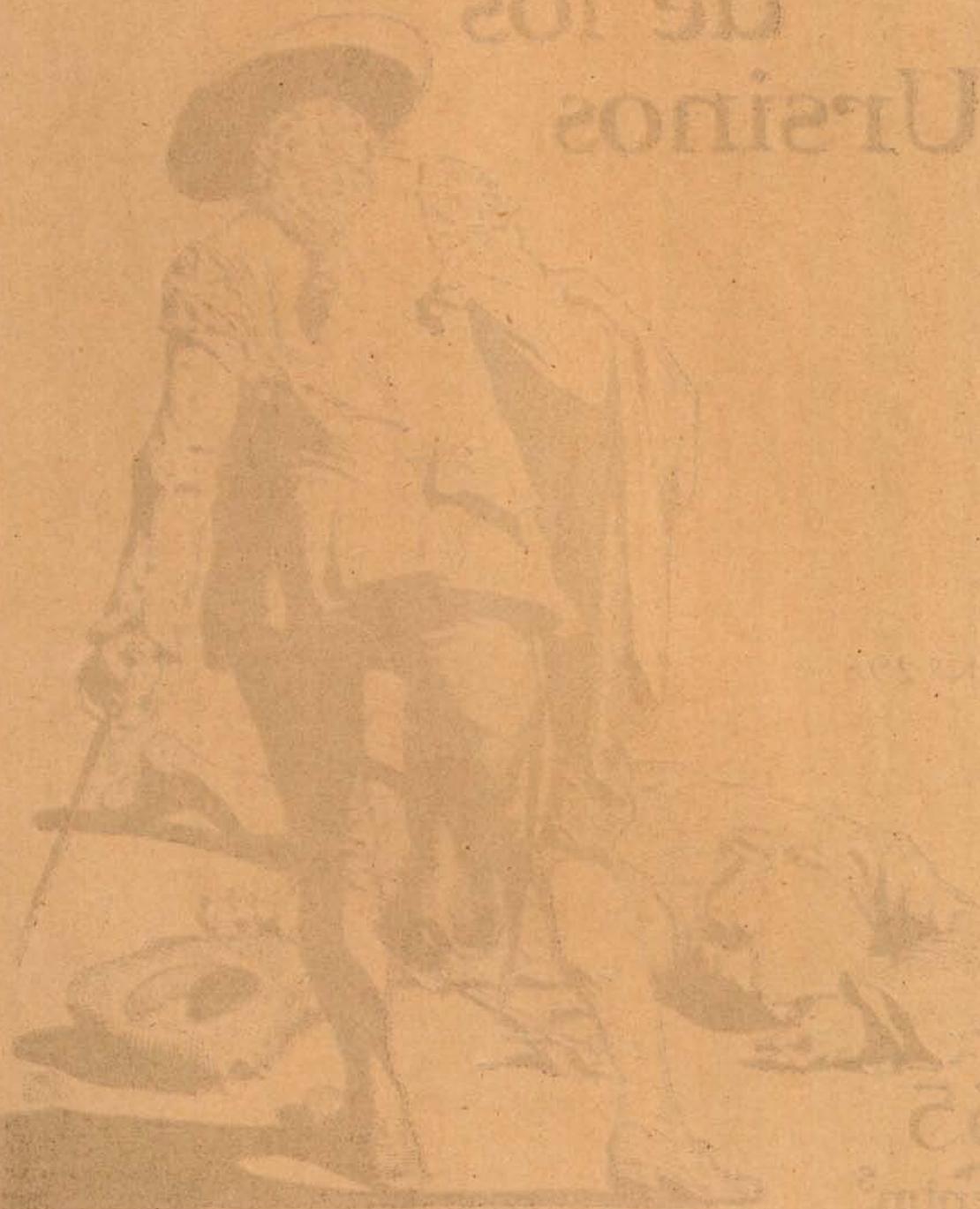


35
Centm^s

Tomo segundo

M. J. de la Cruz y G. de la Cruz

LA PRINCESA de los Ursinos



Tomado de la obra

R. 43.476

M. FERNANDEZ Y GONZÁLEZ



1-7-601/15

LA PRINCESA DE LOS URSINOS

TOMO SEGUNDO



LA NOVELA ILUSTRADA

Director Literario: Vicente Blasco Ibáñez

Oficinas: Mesonero Romanos, 42

M A D R I D

Obras publicadas por La Novela Ilustrada

- 1.—Renata Mauperin. J. y E. Goncourt.
- 3.—El hijo de la parroquia, C. Dickens.
- 4.—Carmen, Próspero Merimée.
- 6.—El doctor Rameau, J. Ohnet.
- 7.—Humo, Turguenev.
- 8.—El pescador de Islandia, Loti.
- 9.—Raffles el elegante, E. W. Hornung.
- 10.—La Savelli, G. A. Thierry.
- 13.—Amor de española, J. B. d'Aureville.
- 15.—Fuerte como la muerte, Maupassant.
- 16.—La dama vestida de blanco, W. Collins.
- 17.—Crimen y Castigo, F. Dostoiewsky.
- 18.—Miss Mehistófeles, F. Hume.
- 19.—El sombrero del cura Cirilo, E. Marchi.
- 20.—Tiempos difíciles, Dickens.
- 23.—El hombre del antifaz negro, Hornung.
- 24.—Venganza corsa, P. Merimée.
- 25.—Padre y fiscal, F. Coppée.
- 26.—El ilustre Cantasirena, G. Rovetta.
- 27.—El ladrón nocturno, E. W. Hornung.
- 28.—El ídolo de los ojos verdes, P. Brebner.
- 30.—Los buscadores de oro, E. Conscience.
- 31.—La bohemia, E. Murger.
- 33.—La Peña del muerto, por Q. Couch.
- 167 al 169.—El hijo de Artagnan, P. de Feval.
- 170 al 172.—La señorita de Montecristo, C. Solo.
- 73.—El oro sangriento y
- 174.—Flor de alegría, Daniel Leuseur.
- 177.—Eugenia Grandet, H. Balzac.
- 221 a 222.—La dama de la ganza, G. le Faure.
- 223 a 234.—Los Girondinos, Lamartine, 12 t.
- 242 y 243.—El capitán Fracasa, T. Gauthier.
- 246 y 247.—El secreto del decapitado, Stacpoole.
- 251, 252 y 253.—La Maffia; Georges le Faure.
- 255.—Aventuras de Gordon Pym, Edgardo Poe.
- 257.—Werther.—Goethe.
- 258.—Doloras y humoradas, Campoamor.
- 273 a 273 b.—Los pequeños poemas, Campoamor.
- Venganza africana, E. Sué
- 265 a 272.—El judío errante, E. Sué.
- 274 a 281.—Los misterios de París, E. Sué.
- El año 2000, por E. Bellamy.
- 282.—Manon Lescaut, Abate Prevost.
- 294.—Mariano de Larra.—Colección de artículos.

Colección Conan Doyle.

- 11.—Sable en mano. 12.—Al galope. 14.—La bandera verde. 21.—La tragedia del Korosko. 29.—El millón de la heredera. 43.—El robo del diamante azul.—El capitán de la Estrella Polar.—El campamento de Napoleón.

Colección Víctor Hugo.

- 35.—Bug-Jargal. 36.—Han de Islandia. 37.—El aoventa y tres. 38.—El hombro que ríe; dos tomos. 39.—Los trabajadores del mar. 40.—Nuestra Señora de París.—Los miserables; dos tomos. Agotado el primero.—284.—El Año Terrible.

Colección Tolstói.

- 14.—Resurrección.
- 15.—La guerra y la paz.
- 16.—La sonata de Kreutzer.
- 17 y 48.—Ana Karenine; 2 tomos.

Colección Rocambole, por P. du Terrail.

77. La herencia de los doce millones.—78. El tonel del muerto.—79. El club de los Veinticuatro.—80. La rival de Baccarat.—81. La estocada de los cien luises.—82. El juramento de la gitana.—83. Las dos condesas.—84. El triunfo del mal.—85. Rocambole tiene miedo.—86. El espectro de la guillotina.—87. Los caballeros del Claro de Luna.—88. La sombra de Diana.—89. El pacto de las tres mujeres.—90. El hombre de las gafas azules.—94. El número ciento diez y siete.—95. La

cárcel de mujeres.—96 Los lobos de la nieve.—97. El telegrama falso.—98. Las garras de color de rosa.—99. La taberna de la muerte.—100. El fantasma de las cadenas.—101. Las canteras del crimen.—102.—El cadáver de cera.—103. La viuda de los tres maridos.—104. Las fieras de la selva.—105. El barril de pólvora.—106. Los tres verdugos.—107. El molino sin agua.—108. El plan del hombre gris.—109. El cementerio de los ajusticiados.—110. Una cita de amor.—111. Los dos detectives.—112. El reo de muerte.—113. La cuerda del ahorcado.—114. La niña muda.—115. El secreto de la cartera.—116. La casa de las rosas.—117. Los papeles del asesino.—118. El rapto de una muerta.—119. El hilo rojo.

Colección Dumas.

51 a 53. Veinte años después; 3 tomos.—54 a 59. El vizconde de Bragelonne; 6 tomos.—60 a 63. El conde de Montecristo; 4 tomos.—64 y 65. Ascanio; 2 tomos.—66 a 68. Las dos Dianas; 3 tomos.—69 y 70. El paje del duque de Saboya; 2 tomos.—71. El Horóscopo.—72 y 73. La reina Margarita; 2 tomos.—74 a 76. La dama de Monsoreau; 3 tomos.—91 a 93. Los cuarenta y cinco; 3 tomos.—120 a 125. Memorias de un médico; 6 tomos.—126 a 129. El collar de la reina; 4 tomos.—148 a 150. Angel Pitou; 3 tomos.—151 a 158. La condesa de Charny; 8 tomos.—165 y 166. El caballero de Casa Roja; 2 tomos.—178 a 180. Los compañeros de Jehú; 3 tomos.—186 a 196. Los mohicanos de París; 11 tomos.—197 a 199. Las lobas de Machecul; 3 tomos.—2. Los mil y un fantasmas.

Ortega y Frías

130 a 138.—El Tribunal de la sangre; 9 tomos.
139 a 147.—El siglo de las tinieblas; nueve tomos

Mayne Reid

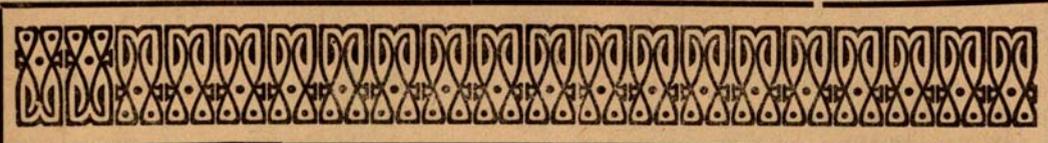
159.—La venganza del Amarillo. 160.—El bosque sumergido. 161.—El barco negro. 162.—Los naufragos de la Pandora. 163.—Las dos hijas de bosque. 164.—Mano Roja. 181.—Los balleneros 182 y 183.—El pabellón de socorro; dos tomos 184 y 185.—La criolla de Jamaica; dos tomos.

Fernández y González

200 a 203.—Don Juan Tenorio; cuatro tomos
204 a 208.—La maldición de Dios; cinco tomos
210 a 215.—Diego Corrientes; seis tomos. 216 a 220.—El alcalde Ronquillo; cinco tomos. 235 a 139.—Leyendas de la Alhambra. 260 a 264.—Lu crecia Borgia.—La buena madre, 285 a 28.—La princesa de los Ursinos, 295 a 300.

Clásicos españoles

175 y 176.—Cervantes, Novelas ejemplares.
209.—Quevedo, El gran tacaño.—Guevara, El Dia blo cojuelo.
241.—Moratín, La comedia nueva.—El sí de las niñas, y otras.
244 y 245.—Don Ramón de la Cruz, Sainetes.
248.—Lope de Vega.—La boba para los otros y discreta para sí.—Las bizarrías de Belisa.
249.—Tirso de Molina.—Don Gil de las Calzas Verdes.—Amar por razón de Estado.
250.—Calderón.—Casa con dos puertas mala es de guardar.—La devoción de la Cruz.
254.—Romancero del Cid.
256.—Luis Vélez de Guevara.—Reinar después de morir.—El diablo está en Cantillana.—La luna de la sierra.
259.—Moreto.—El lindo Don Diego.—El desdén con el desdén.—De fuera vendrá...



La Princesa de los Ursinos

CAPÍTULO XVII

DE CÓMO ES UNA IMPRUDENCIA HABLAR Á OSCURAS Á UNA PERSONA, QUE PUEDE SER OTRA QUE LA QUE SE CREE

(CONTINUACIÓN)

Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere se sentía fuertemente indeciso: no sabía qué hacer. Lucas Cabezudo le había jugado una mala partida, y no le parecía prudente aventurarse á oscuras en una casa que no conocía.

Por otra parte, le parecía duro presentarse de repente á doña Esperanza, que á pesar de lo enamorado que estaba de María de la Azucena, le había interesado.

En esta indecisión, pasó bastante tiempo para que Lucas Cabezudo pudiese haber vuelto de haber puesto en la calle al marqués de Leganés.

Supúsolo así sin duda doña Esperanza, porque agitó la campanilla.

Se presentó al momento Lucas Cabezudo.

—Has dicho antes que esperando tú á don Luis Dávalos junto á la puerta de un patinillo del alcázar, en vez de él salió monsieur Prevaux de la Chaumiere, ¿no es esto?

—Sí, señora.

—Pues mira, Lucas: me importa mucho saber á qué iba allí monsieur de la Chaumiere.

—¡Que os importa mucho el saberlo!—dijo con sorpresa y abriendo enormemente los ojos Cabezudo.

—Sí, Lucas, sí; debo á ese caballero un buen servicio.

—Nunca que he ido con vos le hemos encontrado.

—¿Estás tú seguro de que el hombre que salía del patinillo del alcázar era monsieur de la Chaumiere? ¿Le conoces bien?

—Yo conozco á todo el mundo, especialmente á los que están más cerca del rey don Felipe; pero repito que no sé cómo monsieur de la Chaumiere ha podido servirnos, señora.

—Sí, sí; cuando yo le he visto no ibas tú conmigo; estabas enfermo: hace cuatro meses.

—¡Ah! aquella maligna fiebre que creía acababa conmigo.

—Pues bien, Lucas: había yo ido con doña Lupercia á San Pedro, donde recé mis devociones, y hablé en el confesonario con el guardián de capuchinos de la Paciencia: teníamos mucho que hablar y salí tarde; hacía una luna muy clara: dos soldados que iban ebrios se propasaron de tal manera con nosotras viéndonos solas, que yo pedí aterrada socorro, sin esperarle, porque nadie pasaba por la calle, cuando de repente, espada en mano, se lanzó sobre aquellos dos hombres un caballero; los maltrató, los puso en fuga y se volvió á mí á saludarme y á ofrecermé su compañía; yo la acepté hasta la calle de Segovia, donde le rogué me dejase seguir, y le exigí su palabra de honor de que no continuaría tras de mí; porque á pesar de llevar yo puesto el antifaz, como de costumbre, y echado el manto á los ojos, había emprendido conmigo un galanteo amable y discreto: cumplió, á pesar mío, su palabra de honor, porque yo hubiera querido que me siguiese, que me solicitase, y he estado á punto de escribirle, porque al ofrecérseme, me había dejado su nombre y su cargo de gentil hombre del rey, que escribió en su cartera á la luz de la luna, rasgó la hoja, y al ponerla en mi mano, aprovechó la ocasión y me la besó. Qué quieres, Lucas; yo para ti no tengo secretos: amo á monsieur de la Chaumiere, y me importa mucho saber á qué iba al patinillo del alcázar, adonde dan las habitaciones de algunas damas de la reina.

—¡Casualidad como élla! —dijo Lucas Cabezudo, rascándose la oreja.

—¿Qué casualidad, Lucas? —dijo doña Esperanza.

—Que yendo vos con doña Lupercia os encontrarais con el caballero Prevaux de la Chaumiere; y más aún, que os enamoraseis.

—No he podido olvidarle: estoy segura de que ese hombre me volvería loca.

—Y bien, ¿qué pensáis hacer?

—Por lo pronto quiero que averigües lo del patinillo.

—De modo, señora, que nadie mejor que monsieur Prevaux de la Chaumiere puede decirnos á qué ha ido esta noche, entre doce y una, á aquel lugar del alcázar: si queréis que os le traiga, me echo á buscarle, y mucho será que antes de cinco minutos no os le presente.

—¡Cómo! ¿qué dices! —exclamó doña Esperanza.

—Digo, señora, que por poco no os mato esta noche á monsieur de la Chaumiere, sin saber que os daba en ello un gran sentimiento.

—¡Acaba de una vez, Lucas! ¿Has tenido algún choque con monsieur de la Chaumiere?

—He tenido un encuentro á oscuras en un callejón infernal del alcázar, adonde correspondía el postigo del patinillo.

Y Lucas contó toda su aventura con monsieur de la Chaumiere á doña Esperanza.

Cuando ésta supo que estaba en la casa monsieur de la Chaumiere, despidió á Lucas Cabezudo, cerró la puerta por donde éste había salido, y dijo desde el centro de la cámara, mirando á la puerta vidriera del dormitorio:

—Sí, como presumo, lo habéis oído todo, caballero, dejáos ver.

Se abrió entonces la puerta del dormitorio y apareció monsieur de la Chaumiere, que avanzó lentamente hacia doña Esperanza.

CAPÍTULO XVIII

¿CUÁL DE LAS DOS?

Doña Esperanza de Ayala era, como ya hemos dicho, blanca, rubia y con los ojos azules; pero blanca de una manera particular, con uno de esos rarísimos tonos que se encuentra entre la multiplicidad de tonos de la blancura del cuerpo humano: era una blancura densa, sensual, si se nos permite la frase, la blancura de la leche

con algo levemente sonrosado; una blancura muy blanca, en una palabra, muy fuerte; un exceso, en fin, que hacía parecer deslumbrante la hermosura de doña Esperanza.

Desgraciadamente los ojos no eran muy grandes, pero tan bellos, tan brillantes, y de un azul tan oscuro, de una lucidez tal y de una expresión tan poderosa y tan ardiente, que parecían enormes. La nariz no era ciertamente estatuaría: adolecía de falta de corrección, pero era muy graciosa; una de sus narices que complementan una sonrisa epigramática; una preciosa nariz sin ser una nariz académica. En cambio la boca y la frente eran de una forma perfecta: de labios sumamente encarnados y frescos, la primera; tersa la segunda, como un cielo sin nubes: los cabellos de un fuerte color dorado, sin tocar en lo rojo, rizados naturalmente y voluminosos: la garganta gruesa, redonda, esbelta; los hombros y el seno desarrollados; el talle esbelto; las manos admirables, y la estatura regular, ni alta ni baja.

Era una de esas bellezas que nada dicen al espíritu, porque todo lo dicen á los sentidos: una de esas hermosuras, á la vista de las cuales el deseo no deja lugar á la admiración; un excesivo lujo de formas mórbidas; un conjunto fascinador de formas voluptuosas. Como espíritu, lo que á primera vista se notaba en doña Esperanza, era una vivacidad extrema ó una gran fuerza de carácter, una grande audacia y una inteligencia más que profunda, perspicaz y traviesa.

Vestía un traje de damasco negro con gran peto que en su parte superior dejaba casi descubierto el seno; mangas con ahuecadores junto al hombro y de linón y encajes hasta abajo; falda ancha y voluminosa; en el cuello, una estrecha cinta de terciopelo negro, con una cruz de brillantes que descansaba en el nacimiento de la abertura del seno: pendientes largos de perlas; el cabello peinado en erizón y prolongado en trenzas sobre la espalda, y ricas sortijas en las manos.

A no ser porque el traje era damasco con adornos de agremán de seda y las mangas de linón y encajes, tan negro era todo lo que doña Esperanza tenía sobre sí, á excepción de las perlas ó los brillantes, que se la hubiera creído de luto.

Esto consistía en que á doña Esperanza la gustaba mucho lo negro, porque contrastaba

enérgicamente con la nítida blancura de su tez.

Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere era un bretón muy buen mozo, alto, robusto, trigüeño, de fisonomía marcada y expresiva; de grandes ojos negros, grandes cejas negras y bigote negro á lo soldado, de largas puntas retorcidas, y el resto de la barba cuidadosamente afeitada. Tenía los cabellos castaños, pero no podía verse esto porque los llevaba empolvados con erizón, con dos baterías de á tres bucles, una á cada lado, y coleta envuelta en una cinta negra con lazo de la misma cinta.

Su traje era de terciopelo color de tórtola, casaca y calzones; chupa larga de raso blanco; corbata de Holán, guirindola de encaje; puños de Holán rizados, asomando por las bocamangas algo cortas de la casaca; en la sobremanga de ésta tres galones de coronel, como capitán de mosqueteros rojos de Luis XIV; media de seda color de carne; zapato con hebilla de plata, de altísimo tacón; cinturón de piel negra, lustrada con ganchos de plata en el broche y espada pendiente de este cinturón que desdecía un poco del traje, porque era espada de montar con empuñadura redonda de hierro.

Además, por el lado izquierdo, bajo la casaca, asomaba la bruñida cox de una pistola; llevaba capa corta de paño fino de Segovia, de color de hoja seca, y sombrero grande y sencillo, con un ligero ribete de oro, de tres candiles.

En el lado izquierdo de la casaca, sobre su pecho, se veía la venera de la orden de San Miguel.

Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere era una magnífica figura, y contaba á lo más veintiocho años.

Doña Esperanza le miraba sonriendo, y á la par preocupada, ansiosa, llena de cuidados.

—Y bien, caballero—le dijo—: me encuentro en la situación más extraña en que puede encontrarse una mujer; porque supongo que lo habéis oído todo. Sentaos, dejad el sombrero; estais en vuestra casa, lo sabéis demasiado.

—A la verdad, señora—dijo monsieur de la Chaumiere dejando el sombrero sobre la mesa y sentándose en un sillón—: mi situación es la situación más lisonjera y al mismo tiempo más difícil que puede darse. ¿Por qué me habéis llamado? ¿Por qué no me habéis dejado que escape, que pueda fingir que nada he oído, que nada sé? Porque después de lo que he oído, señora, y causando en mí un efecto mortal vuestra mara-

villosa hermosura, no sé á qué atenerme, ni lo que debo de decir, ni lo que debo hacer.

—Creo que no me pedís consejo acerca de lo que debéis decir—dijo doña Esperanza—, poniéndose vivamente encendida; pedídselo á vuestro corazón: él os le dará.

—Mi corazón, señora, está sobrecogido de felicidad: no había podido el pobre aspirar á tanta hermosura; porque es tal, que no había podido concebirla.

—Vuestro corazón, ¿no se ha contagiado, monsieur Prevaux, con la atmósfera de la corte? ¿siente lo que vos decís?

—Mi corazón, señora, es en este momento el corazón de un niño.

—Y decidme: ¿vuestro corazón no siente nada por la dama del patinillo del alcázar? ¿O es que es tal e. influjo que de improviso he ejercido sobre vos, que he hecho tal vez desgraciada, sin pretenderlo, á esa pobre señora?

—¡Una viejal—dijo monsieur de Prevaux con la extremidad de los labios: ¿crééis posible que yo me interese amorosamente por una respetable señora de sesenta años?

—Dicen que hay en palacio una mujer de sesenta años que apenas representa veinticinco, y que tiene el alto honor de ser la favorita del rey.

—¡Bah! ¡calumnias! ¡murmuraciones! El rey estima mucho á la princesa de los Ursinos; pero todo lo que se dice es hijo de la envidia.

—Mirad que podría yo creer que vuestros celos responden á eso que llamáis murmuración.

—¡Ahl no, no, señora; yo no podría amar á la princesa de los Ursinos: á primera vista, en la corte, gracias al perfumista, á sus doncellas que la pintan como á una imagen, á su peluquero que la añade cabellos mucho más humildes que los suyos, á su traje, sus maneras, á su talento, á su larga práctica de mundo y de corte, parece hermosa aún la princesa; pero un ojo inteligente, observador, doña Esperanza, descubre á primera vista y con suma facilidad, los sesenta años de la princesa: es una hermosura empalidecida, deslustrada; una ruina revocada que no puede inspirar sentimiento alguno: al contrario vos, que reanimarías á un moribundo solo con dejaros ver de improviso á él.

—Reparad, monsieur Prevaux, que esta no es una cámara del alcázar; que os hablo con suma sencillez, y que quiero me respondais con la misma, olvidándoos de que sois cortesano.

—Señora, lo que habla en mí es mi entusias-

mo, mi admiración: vos no debéis encontrar exageradas mis palabras, porque ya lo veis, señora, mi voz tiembla, y mis ojos no saben... no pueden apartarse de vuestra belleza.

—Abusais, monsieur Prevauz, de lo que yo he dicho, creyéndome sola, á un hombre que es mi confidente y á quien dispense mi más absoluta confianza.

—Por el contrario, señora, lo que he oído me contiene, me reduce á la impotencia: si nada hubiera oído, al veros me hubiera arrojado á vuestros pies, hubiera asido vuestras manos, no me hubiera levantado sino teniendo la certeza de obtener con vuestro amor una felicidad no comprendida hasta el momento de haberos visto, ó para salir de aquí, montar á caballo, partir á Cataluña y hacerme matar por los aliados.

Lo mismo, sobre poco más; ó menos, había dicho monsieur de la Chauviere á María de la Azucena algún tiempo antes.

Y no era esto que hubiese prescindido de María de la Azucena por doña Esperanza.

Era que las dos le enamoraban, que pretendía quedarse con las dos.

En cuanto á doña Esperanza, el empeño no era muy difícil. La pobre joven vivía muy retirada, se la ocultaba, ó mejor dicho, se la había ocultado hasta entonces por el marqués de Castroviejo, y se la había hecho sentir el misterio de sí misma.

Doña Esperanza sabía que provenía de una grande é ilustre familia; pero no sabía quién fuese esta familia.

El marqués de Castroviejo, la había dicho que no era hija del camarero Diego de Ayala y de su mujer María de Rojas, por más que en la parroquia de Santa María de Madrid constase su partida de bautismo: que esto no había sido más que un medio para cubrir el honor de una alta dama que había sido su madre á causa de sus amores con un altísimo personaje.

Esta declaración y algunas palabras enigmáticas del marqués de Castroviejo, eran los únicos antecedentes que doña Esperanza tenía acerca de su nacimiento.

Esto la había hecho orgullosa.

Se la atendía además con el mismo exquisito cuidado con que se atiende á una dama.

El marqués de Castroviejo no había perdonado gasto, ni cuanto era preciso para que doña Esperanza se educase bien.

Se comprendía el interés que tenía en esto el

marqués de Castroviejo: Esperanza era para él una prenda del favor del rey que la creía su hija, y otra prenda contra las intrigas del almirante.

Doña Esperanza, mientras fué niña, tuvo al lado aya y doncellas, y maestros: cuando fué mujer, el aya se convirtió en amiga, y desaparecieron los maestros.

Doña Esperanza sólo salía de casa con Lucas Cabezudo, y esto de noche, ó para dar un largo y solitario paseo, porque así lo exigía su salud, ó para ir á la parroquia de San Pedro, donde confesaba con su padre espiritual el guardián de capuchinos de la Paciencia.

Sólo ir alguna vez á ver una comedia en el corral de la Pacheca, pero en litera, saliendo de ella á la entrada en el teatro completamente cubierta por un manto, y asistiendo á la representación en un aposento cerrado por celosías.

Los últimos años, durante el verano, había hecho un viaje á Francia; pero aunque había vivido cerca de París, á los alrededores de Versalles, nunca había entrado en París. Vivía entonces en una pequeña casita de campo, en una especie de cabaña, cuyo exterior rústico encubría unas verdaderas habitaciones de Palacio, en medio de jardines y de árboles. A aquella solitaria casita no había llegado ningún hombre que pudiese impresionar á doña Esperanza.

En ella no había mas que el conserje, el cocinero, dos criados, un jardinero y su ayudante; toda gente común, á la que ni por sueños podía descender su orgullo.

En estas temporadas de verano la acompañaba el marqués de Castroviejo, tal vez con la intención de conseguir, en la soledad y el apartamiento, los favores de doña Esperanza.

El marqués pensaba explotar de este modo, mucho mejor que de otro, haciendo su esposa á la joven, los favores del pobre Carlos II.

Pero doña Esperanza no le dió ocasión de atreverse.

El marqués de Castroviejo le parecía feo, demasiado pasado, intolerable; y le trataba con tal tiesura, que venía á ser una especie de muralla puesta delante de la joven, en la cual se estrellaban los proyectos del marqués.

Dos años antes de estos sucesos, los viajes á la casita aislada en los alrededores de Versalles cesaron.

El marqués se había convencido de que nada podía esperar de doña Esperanza.

En su casa de Madrid, la joven á nadie veta.

Estaba, pues, completamente virgen su corazón, más que por inexperiencia, por necesidad.

La primera solicitud de amor que llegó á ella, fué la del archiduque Carlos, acompañada de su retrato y expresada en una carta.

Pero el archiduque Carlos, como buen alemán, era moftetudo y rubicundo, de expresión fría; un verdadero tipo de Rembrand ó de Rubens, frío, sin espíritu, con los ojos pequeños de un azul claro y que nada expresaban.

Doña Esperanza rechazó, por sólo su retrato, al archiduque, y contestó en términos generales á su carta.

Era demasiado joven y demasiado apartada del mundo para ser ambiciosa.

Se había prestado, sin embargo, á tomar parte en una conspiración contra Felipe V, y por esta causa había conocido al marqués de Leganés, al hijo mayor del conde de Monterey don Luis Dávalos y algunos de sus amigos.

El marqués de Leganés era petulante y necio, y muy pagado de sí mismo: don Luis Dávalos taciturno, sombrío y antipático; y los otros, medianamente feos ó medianamente viejos.

Por lo que, á pesar de que todos, de una manera más ó menos clara, la habían galanteado, doña Esperanza se había mostrado con todos ellos tan severa y tan fría como con el marqués de Leganés.

Sucedía además, que doña Esperanza estaba ya enamorada de monsieur Prevau, por la aventura nocturna en la cual la había defendido.

Esto, junto con la bizarría, con la belleza y con las grandes maneras del capitán de mosqueteros de Luis XIV, habían vuelto el seso á doña Esperanza.

Por esta parte, monsieur de la Chaumiere nada tenía que combatir. La plaza estaba ansiosa de que se la intimase la rendición.

En cuanto á María de la Azucena, la cosa era completamente distinta.

La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves había rechazado de una manera humillante para su orgullo al hasta entonces formidable mosquetero.

Lo que no impedía que éste encontrase deliciosa, admirable, magnífica, á doña Esperanza.

Pero si en aquel momento hubiesen preguntado á monsieur de la Chaumiere por cuál de ellas estaba resuelto á poner su cerviz bajo el yugo matrimonial, monsieur de la Chaumiere

hubiera pretendido saber quién era cada una de las dos, para decidirse por la que más le hubiera convenido.

Parecía traslucirse que María de la Azucena era algo más que una grande de España; pero monsieur de la Chaumiere ignoraba también si doña Esperanza era más ó menos que la marquesa.

Entre tanto se sabía esto, monsieur de la Chaumiere optó por un medio más comodo: por el de enamorar á las dos, sin soltar prendas; aprovechar el amor que veía en doña Esperanza, y procurar deshacer el hielo del altivo desdén con que había acogido sus insinuaciones Azucena.

Pero en la situación de monsieur de la Chaumiere había algo, y aun mucho, de compromiso. Azucena le había llamado como se llama á un amante, recibéndole por un balcón, como á los amantes se recibe, para que averiguase y pudiese en claro lo que la carta que había encontrado le había hecho sospechar.

Monsieur de la Chaumiere había tenido suerte: había averiguado mucho; podía complacer altamente con ello á Azucena; pero para esto se veía obligado á comprometer á Esperanza, á renunciar á ella; y cabalmente monsieur de la Chaumiere no estaba en el caso ni podía renunciar á una mujer que le amaba y que era un alto misterio, por otra mujer altamente misteriosa que no le amaba.

Más aún: monsieur de la Chaumiere no quería renunciar á ninguna de las dos. Su corazón entero era de María de la Azucena, y á la par todo su corazón era de Esperanza.

Monsieur de la Chaumiere, en la situación en que se encontraba, obró como si sólo hubiese amado al uno de sus dos amores que tenía delante.

—¿Y por qué lo que habéis oído os contiene?—dijo doña Esperanza, continuando su diálogo con monsieur de la Chaumiere.

—¡Ah, señora! es cierto—contestó monsieur de la Chaumiere—; no sé si os he dicho que soy gentilhomme del rey... don Felipe V.

—Si me lo habéis dicho, no lo recuerdo: ¿es eso todo lo que os contiene?—dijo riendo doña Esperanza.

—¡Oh! sí, ciertamente, señora: las pasiones políticas son terribles: vos no podéis amar á un hombre completamente adicto al rey don Felipe V.

—Yo puedo amar á un hombre de honor— dijo doña Esperanza—: es más, caballero, para que yo ame á un hombre, es necesario que esté completamente segura de que es hombre de honor: no temáis que yo os diga "haced traición á Felipe V, servid á Carlos III," de ningún modo; la traición me repugna: yo no podría más que despreciar á un miserable que así vendiese su honor: el que es capaz de hacer traición á su rey, será capaz de hacérsela á su dama: un traidor sólo sirve para una cosa: para la traición.

—Y bien, señora; si yo, para no ser traidor, hubiera de sacrificáros, si os sacrificara amándoos, estando loco por vos, ¿obraría bien?

—¡Oh! —dijo palideciendo doña Esperanza—; dado caso que vuestro corazón se interese por mí, debéis sacrificar vuestro corazón á vuestro deber.

—¡Oh, señora! antes rompería mi espada— contestó monsieur de la Chaumiere—: os afirmo, por mi palabra de honor, que la conspiración del marqués de Leganés no se llevará cabo; que el marqués de Leganés será preso, y cuando más, desterrado, porque nada se podrá probar contra él; que si por acaso el marqués es torpe y los alcaldes le envuelven y confiesa vuestro nombre y os compromete, nada podrá probar, porque vos, para prevenir una visita de la justicia, me váis á entregar todos los papeles que tengáis y que puedan comprometeros.

—¿Y para qué, monsieur de la Chaumiere?— dijo sería y fría doña Esperanza.

—Para quemarlos, señora, para quemarlos: os amo tanto, que no estaré tranquilo si no sé que esos papeles se han destruído; mi deber me obliga á revelar la conspiración: vos me despreciaríais si no lo hiciera, y esta es otra obligación para mí: mi amor me obliga á salvaros, y de este modo os salvo.

Doña Esperanza, que miraba profundamente á monsieur de la Chaumiere, cambió de improviso la severa expresión de su semblante, y soltó una alegre y ruidosa carcajada.

—¿Por qué os reís, señora?—dijo algo desconcertado monsieur de la Chaumiere, porque aquella carcajada le había encontrado desprevenido.

—¡Ah! ¡pues nol—dijo doña Esperanza, riendo aún, pero con menos fuerza—; dispensadme que os lo diga y ved en ello una muestra de confianza: os habéis descuidado, y por un momento habéis aparecido ante mí completamente ridículo.

—¡Ah! perdonad—dijo monsieur de la Chaumiere sonriendo, pero poniéndose al mismo tiempo vivamente encendido—; perdonad por lo que haya podido fastidiaros mi ridiculez.

—No, no; ha sido un descuido, no más que un descuido—dijo doña Esperanza de una manera sumamente afable.

—¡Un descuidol ¿y cual?

—Ahí es nada, amigo mío; os habéis olvidado de que estáis completamente en mi poder; de que si no os amara... ya sabéis que os amo, por que sin saber que me escuchábais, creyéndoos muy lejos de mí, lo he dicho; si yo no os amara, repito, por valiente y por sereno que seais, monsieur de la Chaumiere, seríais hombre muerto. ¿Quién os ha visto entrar? Nadie. ¿Quién podría reparar en que no habíais salido? Nadie. Abajo hay un jardín, puede arrancarse un rosal, abrir en el sitio en que estaba un profundo hoyo, sepultar allí un cadáver y volver á poner sobre su sepultura el rosal. Pero no pensemos más en esto; ¿queréis los papeles que tengo en mi poder, y que pueden comprometerme? Voy á dároslos para que los queméis todos y quedéis completamente tranquilo; todos, menos uno que yo quiero que llevéis á la señora princesa de los Ursinos, porque puede suceder muy bien os importe mucho servirla: esperad un momento.

Doña Esperanza se levantó, fué á una preciosa papelera dorada, matizada, incrustada, según el gusto á lo Luis XIV, abrió sus dos hojas, tocó un resorte en la parte interior y sacó el doble fondo de uno de los cajones de carey. Allí había un grueso paquete de cartas y un retrato en miniatura en un medallón de oro, guarnecido de diamantes y esmeraldas.

—He aquí el retrato del archiduque Carlos— dijo doña Esperanza—: os autorizo para que le queméis: quitad del medallón la miniatura, y si me amáis, vengaos del archiduque haciendo con su retrato un auto de fe; porque ved esta carta, es de puño y letra de su majestad don Carlos III: ved lo que en ella me dice: me ama; podía, si quisiera, ser reina, ó por lo menos archiduquesa.

—¿Y por qué os ama el archiduque? ¿por qué os hace estas graves proposiciones?—dijo monsieur de la Chaumiere, después de haber leído la carta—: aquí se os hace aparecer como un misterio en cuanto á vuestro nacimiento.

—Tomad esta otra y veréis desvanecido el misterio, amigo mío—dijo doña Esperanza, dan-

do otra carta á monsieur de la Chaumiere. Aquella carta era de fecha muy reciente, de quince días antes.

Doña Esperanza debía haberla recibido hacia muy poco tiempo. He aquí lo que entre otras cosas, decía:

“Os extraña, señora, que yo insista en mis pretensiones á vuestra mano, y alegais, para justificar vuestra extrañeza, que una simple dama, hija de un camarero del rey don Carlos II, no puede, por razones de Estado, ser esposa de un rey. Tuvierais razón, si ciertamente fuerais hija de Diego de Ayala. Pero esto no es exacto, porque sois hija reconocida de mi primo el señor rey don Carlos II, que gloria haya. No es de esta carta, ni del tiempo de que dispongo, el probaros lo que os he dicho. Pero vuestro tutor el marqués de Castroviejo tiene la prueba completa, y un documento en forma en que el señor rey don Carlos II os reconoce por su hija. Aseguraos de ello, y cesad en vuestra extrañeza porque yo insista en pedir os vuestra mano.”

—¡Ahl!—dijo monsieur de la Chaumiere, ¿cuál entonces de las dos?

—¿Qué decís?—preguntó doña Esperanza, recogiendo las últimas palabras que monsieur de la Chaumiere había pronunciado en voz alta, olvidándose, en su asombro, de que le oía doña Esperanza.

—¿Por qué me preguntais, señora?—dijo.

—Habeis dicho—dijo doña Esperanza—“entonces, ¿cuál de las dos.”

—¡Ahl... sí... es que me preguntaba á mí mismo cuál de las dos salidas adoptaríais; si ser esposa del archiduque, ó ser mi esposa.

—Creo haberos dicho que quemeis el retrato del archiduque—dijo doña Esperanza.

—¿Es decir, que seréis mfa?

—Merecedlo. ¿Pero qué hacéis que no quemáis ese retrato?

—Por el delito de amaros, ¿he de quemar en imagen al pobre archiduque?

—No; por mi seguridad: ¿no habéis querido tomar todo lo que pueda comprometerme.

—¡Ahl sí; pues bien, señora, no tengo valor para ello: quemadlo vos.

—Ahora se me ocurre que el marfil quemado producirá mal olor—dijo doña Esperanza, sacando del medallón la miniatura: tomaremos un término medio: le borraremos.

Y mojóndose en la boca un dedo, borró el re-

trato, dejando sobre el marfil una tinta gris rojiza.

—Si tal como está me hubiese enviado este marfil el archiduque, me hubiera causado mejor efecto que el que me causó como estaba antes.

—¡Ahl! ¡pobre archiduque!—dijo monsieur de la Chaumiere—y ¿hay quien envidie las grandezas humanas?

—Os conocía ya, amigo mío, cuando este retrato me fué enviado: el archiduque llegó tarde: ¿qué queréis? si yo hubiera nacido en palacio, hija legítima del rey, infanta de Castilla, hubiera sabido que en mi enlace, antes que el amor, debía entrar la razón de Estado; pero no ha sido así: se me ha revelado este grave secreto cuando mi corazón estaba ya formado, cuando amaba: repito que os digo esto, que os hablo de mi amor, porque le conocéis, porque le habéis sorprendido á traición; perdonad, pero esta es la palabra, á traición, porque estábais, como quien dice, emboscado.

—Y entre las cortinas de vuestro dormitorio.

—Os aseguro que no volveréis á encontraros entre ellas, sino cuando seais mi marido. Tomad, esta es la carta que debéis guardar para llevársela á la princesa de los Ursinos: aquí está la conspiración completa: no me compromete, porque es de mi tutor el marqués de Castroviejo, que está muy versado en el arte de conspiración y de la intriga; no se nombra ni una sola persona, pero no importa, no hay más que esperar, y cuando se haga parte de lo que en esa carta se previene, prender á los que sean cogidos *in fraganti* y averiguar por ellos quiénes son los principales de la trama. No la leáis ahora; es larga: leedla en vuestra casa. Y en cuanto á estas otras, haced lo que queráis: lleváoslas y quemadlas; deseo tener una prueba de lo que llamáis vuestro amor: os advierto que si lleváis todas estas cartas, la señora princesa de los Ursinos no sabrá con qué premiaros bastantemente.

Monsieur de la Chaumiere, por toda contestación tomó aquellas cartas y las quemó, una tras otra, á la luz de una bujía.

Doña Esperanza miraba esta operación en silencio, fijando una mirada intensa en monsieur de la Chaumiere.

Este miraba á las cartas que ardan, dudando sobre si hacía bien ó mal en quemarlas.

Se habia embrollado.

¿Cuál de aquellas dos hermosas jóvenes era hija de Carlos II?

¿Lo serían las dos?

Suponer una sola hija al enfermizo Carlos II, era ya una inverosimilitud: suponerle dos, un desvarío.

Por esto se embrollaba monsieur de la Chaumière.

Y llegó á embrollarse tanto, que temeroso de cometer una torpeza, dijo á doña Esperanza, apenas hubo quemado las cartas:

—Estoy tranquilo: inventaré un cuento para justificar cómo ha llegado á mis manos la carta que me habéis dado: luego si el marqués de Leganés es tan cobarde que preso y juzgado os compromete, nada podrá probaros; pero procurad que nadie vuelva á entrar en vuestra casa, no sea que alguien encuentre un asidero, porque se desconfía de vuestro criado, se le sigue.

—Os aseguro que mi criado no saldrá de casa en algunos días, y que nadie entrará en ella más que vos, ¿no es verdad? porque vos vendréis.

—¡Oh! Indudablemente, mañana.

—Esperad á la noche, á las doce en punto: yo misma os estaré esperando en el postigo y os abriré. Ahora, salid: estoy cansada, necesito recogerme.

Fuera, en la antecámara, encontraréis á mi fiel Lucas que os conducirá al postigo.

—Adiós, señora —dijo monsieur de la Chaumière, tomando á doña Esperanza una mano, que ésta le abandonó, y besándosela.

Salió monsieur de la Chaumière, y al pasar por la antecámara, pareció como que despertaba un hombre que estaba en ella.

Aquel hombre era Lucas Cabezudo.

Su desperezo era una farsa; no había dormido.

Había oído todo lo que habían hablado doña Esperanza y monsieur de la Chaumière.

Este, que era sumamente sagaz, que se había visto obligado á vivir con mucha prudencia en Versalles, y con no menos prudencia en Madrid, envuelto en graves intrigas, había adquirido la costumbre del recelo, y lo que hubiera podido llamarse, no ojo de águila, sino ojo práctico de polizón.

Por aquellos tiempos la policía había sido inventada ya por los franceses, y monsieur de la Chaumière había pertenecido hasta cierto punto á ella en París y en Versalles.

Conoció, pues, que en los ojos de Lucas Cabezudo no había ese entumecimiento que se nota en los ojos de los que acaban de despertar.

No pudo ocultársele la expresión de reservauntuosa y servicial que aparecía en el semblante de aquel ser original, bajo cuyo traje y cuyo aspecto de cofrade de hermandad religiosa se ocultaba un bribón de alma dura y solapada, capaz de todo; hasta de lo horrible.

Lucas Cabezudo sonreía á monsieur de la Chaumière como un criado íntimo al favorito de su señora.

—Esperad, esperad, caballero—dijo—: voy á encender mi linterna en el velón, porque voy á acompañaros no sólo dentro de la casa, sino por la calle: los tiempos andan malos, y es fácil que tengáis un mal encuentro: bien sé que sois valiente, pero dos valientes valen más que uno: voy, voy al momento.

Lucas Cabezudo había dicho esto mientras encendía la linterna.

Se revolvió luego en su capa, porque en aquellos tiempos los españoles llevaban capa aun en verano, con la sola diferencia de que las capas de verano eran mucho más ligeras que las de invierno.

La capa era una cosa indispensable, porque servía para muchos objetos, comunes á todas las estaciones.

Por ejemplo, había que recatarse para ir á rondar á una dama: la capa era inapreciable; su embozo suplía con ventaja al antifaz.

Ocurría que una ronda se empeñaba en prender á un hidalgo, ó porque estaba á una hora muy avanzada de la noche parado en una esquina, u oculto bajo un soportal haciéndose sospechoso, ó porque había salido huyendo de una casa cuya puerta la había abierto el amor, ó porque había herido ó matado á alguno: la capa entonces valía un mundo, ya para cubrir el semblante, ya para servir de reparo, rodeada al brazo izquierdo.

Y como los españoles de entonces eran enamorados, y aventureros y reñidores, la capa no dejaba de servir, ni aun en los meses más calurosos.

Por otra parte, hay un refrán castellano que dice, no sabemos con cuánta exactitud, que lo mismo que quiza el frío en el invierno, quita el calor en el verano.

Ahora se llama á España la tierra de los garbanzos: en el siglo XVI, XVII y XVIII, y á principio del XIX, debió llamarse la tierra de las capas y de los mantos.

El meterse con las capas y con los sombreros.

le costó á Esquilache el caer de su privanza, derribado por un motivo: las capas y los sombreros siguieron; porque cuando los españoles se empeñan en que una cosa ha de ser, es.

Por eso tenemos todavía corridas de toros.

Aquí hay que dejar que las costumbres vayan muriendo por sí mismas.

Oponerse á las costumbres, es provocar una insurreccion que siempre vence.

Este es un pueblo rey: hace lo que quiere, y no más que lo que quiere.

¡Gracias á que es serio y sensato!

Hemos dicho esto, para que no se extrañe que Lucas Cabezudo llevase capa en el verano.

Es verdad que en Madrid las noches de Agosto empiezan á ser frescas; pero esto no lo saben todos, y un libro va á todas partes.

Lucas Cabezudo salió de la antecámara guiando y alumbrando á monsieur de la Chaumiere:

En aquel momento, dentro de la cámara resonó un campanillazo.

—Es que la señora llama á sus doncellas para recogerse—dijo servicialmente Lucas, á pesar de que monsieur de la Chaumiere nada le había preguntado.

—Eso quiere decir—dijo monsieur de la Chaumiere mientras atravesaban la casa—, que hasta cierta hora puedes disponer de tu tiempo.

—Hasta las diez de la mañana, en que tengo que presentarme á la señora para recibir órdenes—contestó Lucas.

—Son las dos y treinta y cinco—dijo monsieur de la Chaumiere, consultando su voluminoso reloj de oro á la luz de la linterna de Lucas.

—Una noche más ó menos en claro—dijo éste—, no importa, muchas he pasado sin pegar los ojos, y aún me quedan muchas que pasar.

—Creo que has dormido un poco.

—Sí, sí, señor; mientras vos estábais en la cámara con la señora; la soledad y el silencio dan sueño.

—Es muy hermosa esta casa—dijo monsieur de la Chaumiere, que por una ancha galería había llegado á una de esas antiguas escaleras de piedra, amplias, suaves, con un ancho techo de ensambladura y bella balaustrada gótica, que podrían llamarse regias.

—Esta casa pertenece desde muy antiguo á los almirantes de Castilla: es un palacio; lástima que la puerta principal tenga telarañas—dijo Lucas Cabezudo—; pero doña Esperanza

vive oculta, no sé por qué, la entrada principal se ha condenado, y no se entra ni se sale más que por el postigo del jardín: de la huerta debía decirse; porque el jardín es demasiado grande.

Llegaron al pie de las escaleras, y se encontraron en un ancho zaguán, cuya bóveda se sostenía sobre arcos rebajados de piedra.

La puerta estaba barreada por dentro; por fuera tapiada hasta la mitad.

Lucas Cabezudo torció á la izquierda por una arcada que se extendía bajo las escaleras.

Continuó por un largo pasadizo, y al fin de él abrió una estrecha puerta.

El aire libre, fresco y olorifero dió en el rostro á monsieur de la Chaumiere.

Estaban en el jardín: en un entero y frondoso jardín, en el que se oía el ruido monótono de la caída de una fuente, y el leve zumbido del viento en las hojas de grandes y espesos árboles.

Este jardín estaba inculto, cruzado de sendas cubiertas de musgo, y orladas de viciosa hierba, de rosales, de arbustos: era, en fin, como una pradera natural, en la cual hubiesen brotado y crecido libremente los árboles, las hierbas y las flores. Alrededor de la fuente, grande y ostentosa, del gusto del Renacimiento, había algo que podía llamarse árabe.

Cuadros de flores, bancos rústicos, espalderas de cañas armadas en círculo en los árboles, y tupidas de jazmines; algo que representaba el cuidado de una mujer.

Lo demás era un verdadero laberinto.

Al entrar, monsieur de la Chaumiere no había podido ver nada de esto, porque había entrado completamente á oscuras.

Monsieur de la Chaumiere tenía sed, y se acercó á la fuente y bebió.

—Algo bueno de toda bondad había de tener Madrid—dijo monsieur de la Chaumiere—, y tiene buenisima el agua.

Luego, limpiándose la boca con su rico pañuelo de batista, se sentó en uno de los bancos rústicos que estaban alrededor de la fuente.

—¿Os cansáis, caballero?—dijo con algún cuidado Lucas Cabezudo.

—No me canso, amigo mío—contestó monsieur de la Chaumiere—; pero necesito hablar contigo: aquí corre un viento fresco y aromático, y nadie puede escucharnos, ni aun ver que hablamos largamente.

—Es decir, que vos y yo tenemos que hablar por largo.

—Eso es; cierra tu linterna y siéntate a mi lado.

Lucas Cabezudo dió vueltas á su linterna y entrambos quedaron envueltos en la oscuridad de la noche, aumentanda por la sombra de los árboles del jardín.

—¿Cómo te llamas?—preguntó monsieur de la Chaumiere.

—Lucas Pedro Matías Cabezudo Pérez y Montalvo—contestó Lucas.

—Sin embrollo: el nombre y apellido que usas.

—Lucas Cabezudo.

—Tú tienes algo así como de monaguillo ó sacristán, con algo de sepulturero; tú hueles á un tiempo á incienso, á cera y á muerto; tú eres uno de esos bichos raros que hacen á pluma y á pelo que no se ven con frecuencia: ¿qué eres tú? Con franqueza, hijo, con franqueza, porque puedes ganar mucho si eres franco conmigo.

—Mi padre fué zapatero en el Rincón de Vargas; mi madre era comercianta de untos.

—Es decir, que tu padre era ladrón y tu madre bruja.

—No digo yo tanto—contestó Lucas Cabezudo—: la verdad es que un día por no sé qué falso testimonio, pasearon á mi padre en burro por las calles de la villa, le aplicaron doscientos á compás de pregonero y le enviaron á galeras, donde el mezquino murió pidiendo justicia al cielo; porque yo tengo para mí que mi padre no hizo á mal hacer á quello por lo que le azotaron y le echaron á gurapas. A mi madre aquel mismo día la pasearon convertida en pájaro sin alas, porque llevaba sobre sí lo menos una arroba de plumas: era Enero, nevaba algo, pasmóse la mísera de mi madre, y la despenó el santo hospital: ¡Dios los haya perdonado! que bien creo yo que así habrá sido, por aquello de que son bienaventurados los que padecen persecuciones por la justicia.

Quedéme yo niño de diez años, descalzo, desnudo, hambriento, teniendo por mío todo lo ancho del rey, pero ni un pedazo de techo para cubrirme, con el invierno encima, la nieve debajo de los pies, con el llanto en los ojos por los desdichados de mis padres, tiritando y desfalleciendo.

Me acuerdo: entraba la noche, arreciaba el viento, los copos de nieve se hacían más grandes, se cerraban las tiendas, las gentes pasaban de prisa para abrigarse en sus casas.

Yo lloraba y pedía limosna; pero había tantos mendigos en Madrid, que todo el mundo se había acostumbrado á sus lamentaciones, y las más no dieron ocasión á que nadie me diese ni un maravedí ni un pedazo de pan duro.

—Tengan caridad—decía yo—, de este pobre huérfano que le han azotado á su padre y emplumado á su madre, y se ha quedado solo y sin abrigo, y se muere de hambre y de frío.

—¿Cuántos hijos tenían el ladrón y la bruja?—dijo uno que pasó y oyó mis lamentaciones—: ya me han salido cinco debajo de los pies.

Y era que otros tunantuelos mendigos, para mover la compasión, decían que eran hijos de mi padre y de mi madre.

Pasó un carro, y tuve tentaciones de arrojar-me debajo de sus ruedas, pero vi en un nicho al otro lado de la calle, á la última luz de la tarde, detrás de su reja, una santa imagen de la Virgen de los Dolores.

Me pareció que había encontrado padre y madre, dejé pasar el carro, me acerqué al nicho, me acurruqué bajo él y pegado á la pared, y me puse á rezar.

Iba oscureciendo.

Pasaba ya muy poca gente por la calle.

Uno de los transeuntes llegó al nicho y abrió su reja con una llave.

Era un padre de la Compañía de Jesús.

Con él venía un criado.

Este criado traía en las manos una aceitera y una linterna encendida.

El religioso puso por sí mismo aceite en las candilejas de los faroles, los encendió, rezando mientras hacía esto, y luego cerró la reja.

Ensonces, y viendo que iba á dejarme sin haber reparado en mí, dije llorando:

—Padre mío, tened caridad de un pobre huérfano: han azotado á mi padre, han emplumado á mi madre, estoy solo en el mundo, y me muero de dolor, de hambre y de frío.

El religioso tomó la linterna de manos de su criado, me alumbró el rostro, me miró como para cerciorarse de que no mentía, dió la linterna á su criado, y se puso en marcha haciéndome seña de que le siguiese.

Llegué con él á la casa de la Compañía de Jesús y á la celda del religioso.

Me hizo algunas preguntas, á las que yo contesté diciéndole mi nombre y el de mis padres, y el padre Fortunato, que así se llamaba el jesuita, dijo á Trifaldín, su criado:

—Contando con la venia del superior de nuestra casa, llévale á la huerta y entrégale al hortelano; que le den cena, que ya se proveerá en lo demás.

Había encontrado padre y madre.

El padre Fortunato me acomodó de acólito en la iglesia de la Compañía, me enseñó á leer y á escribir, la doctrina cristiana y un poco de latín, para que pudiese ayudar á misa, y cuando diez años después, el buen padre Fortunato murió, ya era yo una cosa adjunta á la casa de la Compañía de Jesús en Madrid: era cofrade de la hermandad del Silencio, de la de Jesús Nazareno, de la del Pecado mortal, de la del Santísimo, de la de los Ajusticiados, de la de los Ahogados y de la de los que mueren á mano airada sin confesión.

Me conocían el general de la orden, el superior y los padres de la Compañía. En todos los conventos de religiosos y religiosas de Madrid y en todas las parroquias y oratorios tenía quien me conociese y estimase; y como nada tiene que ver lo uno con lo otro, y yo no era persona religiosa cuyas órdenes se opusiesen á ello, sabía esgrimir la espada y la daga, que no había quien me metiese un tajo ni me alcanzase de punta ni en las palestrillas de la Tela, ni en las del Rastro, ni en las de la plazuela de la Cebada.

Cuando había que llevar carta de la Compañía que importase, aunque fuese á muchas leguas de distancia, el superior no se acordaba de otro para que las llevase más que de mí, con la seguridad de que si me salían al camino á quitarme la carta, la defendería á todo mi poder, y en último caso me la comería.

Por mí han pasado grandes secretos y grandes cosas que se han quedado enterradas como en una sepultura; y por último, el año 95, cuando ya era hombre hecho y derecho, el superior me dijo:

—Lucas, habéis servido muy bien á la Compañía; pero desde este momento vais á dejar de servirla; no porque estemos descontentos de vos, sino porque importa de que vayáis á servir á otra persona.

—Siempre he tenido por regla la obediencia ciega, padre mío—contesté al superior.

—Hacéis bien, y debéis seguir haciendo lo mismo, porque la obediencia es una de las virtudes más agradables á Dios: id ahora de mi parte á ver en su casa al señor marqués de Cas-

troviejo, camarero mayor del rey nuestro señor, á cuyo servicio quedaréis.

Me presenté al marqués, y éste me mandó que volviese á la noche.

Volví, salió conmigo por la puerta falsa de su casa, me trajo á este jardín, y sentándose cabalmente en este mismo banco, me dijo:

—Lucas Cabezudo: sé que sois hombre de confianza, y capaz de cualquier empeño: os quiero para que guardéis á una joven señora que vive secretamente en esta casa: los criados os obedecerán, y vos no tendréis que hacer otra cosa que cuidar de que todo esté en orden, ni tendréis otra ocupación que salir de noche con vuestra ama para llevarla á la parroquia de San Pedro, á que cumpla con sus deberes religiosos. Si la señora quisiese alguna vez salir de día, ó abrir los balcones que dan á la calle, lo impediréis y me daréis parte de ello. Ahora bien; venid para que la señora os conozca.

Creí yo que se trataba de una mujer, y me encontré con una niña de diez años, pero crecida ya y hermosa: no tan hermosa como ahora, porque la hermosura de doña Esperanza ha ido creciendo de día en día.

La servidumbre de doña Esperanza se componía de la vieja doña Inés, su aya, de dos doncellas que entonces eran jóvenes y que ya se habían hecho maduras, de un cocinero viejo y de un pinche no joven, mozo al mismo tiempo [de limpieza.

Todas estas personas han sido buscadas como con candil, y la verdad es que salen poco, que guardan el secreto, que todo el mundo cree que la casa de la calle del Almendro sobre cuya puerta se ven las armas del almirante de Castilla, está deshabitada, y que nadie, hasta ahora que han entrado algunos señores y vos, sabía que por ese postigo se entraba á esta casa.

Os he respondido á una pregunta con una historia: ¿queréis saber más?

—¡Oh, sí! quiero saber mucho: quiero saberlo todo—dijo monsieur de la Chaumiere.

—No podré contestaros á todo, porque aquí hay grandes misterios—contestó humildemente Lucas.

—Te tengo en mi poder, y sé lo bastante para perderte, bribón—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Os engañais—dijo Lucas Cabezudo: quien os tiene en su poder soy yo: puedo dejaros muerto en el acto si hacéis el más ligero movimiento,

y sepultaros luego al pie de un árbol; nadie os ha visto entrar, nadie os espera, y por lo mismo, nadie podría saber que os habíais quedado aquí; pero no se trata de eso: si ella no os amara, si yo no hubiera sabido que os amaba, no la hubiérais visto; porque habéis sido demasiado confiado, y al entrar aquí, antes de que hubieseis podido verla, habríais dejado de oír, de ver y de sentir.

—¡Ahl—dijo monsieur de la Chaumiere—¿con qué tú sirves en cuerpo y en alma á doña Esperanza?

—Sí—contestó con voz ronca Lucas Cabezudo—: perdería por ella hasta la salvación de mi alma; porque la amo, ¿lo entendeis? La amo como no la amaréis vos, como no la amará nadie: si ella me amara como os ama á vos, yo no me cambiaría ni por el Papa: ved ahí por qué estais vivo, á pesar de lo que habéis hecho conmigo: porque este ratón de iglesia, este cofrade de tanta cosa, se convierte fácilmente en lobo.

—¡Bien! ¡magnífico! Te tengo como te quiero—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Vos sois un cortesano sin alma: un hombre que sirve á Felipe V porque le conviene, y que del mismo modo serviría al archiduque si le conviniere: habéis venido aquí enviado por una mujer tan hermosa como mi ama y de la cual estais tan enamorado como de mi ama, y habéis venido por una equivocación mía: seguid mi consejo: olvidáos de la gitana, y aunque no sea más que por lo que os conviene, amad á doña Esperanza: mirad que yo la quiero como á una hija, y que no he de sufrir con paciencia que la hagais infeliz.

—Explícame, explícame lo de la gitana—dijo monsieur de la Chaumiere, desentendiéndose de las amenazas de Lucas Cabezudo.

—¿Pues qué no sabéis que la dama á quien iba á ver en palacio el hijo del conde de Monterey, con el cual os equivoqué yo en la oscuridad del pasillo del alcázar, es ó pasa por hija del gitano Bizarro? Pero vos no conocéis á Bizarro, y es necesario que le conozcáis: bajo otras apariencias, es, ni más ni menos, lo mismo que yo: si llega á saber que vos pretendéis á su hija verdadera ó fingida, tendréis encima otro lobo que os dirá: cuidado, caballero; porque si hacéis desgraciada á esa señora, os mato.

—¡Diablo! este es un verdadero embrollo—dijo monsieur de la Chaumiere—: ¿cuál de las dos?

—Convengo en que este es un embrollo del diablo para vos, señor gentilhomme—dijo Lucas

Cabezudo con la voz ligeramente temblorosa—: si dejais á mi señora por la gitana, os mato yo: si dejais á la gitana por mi señora, os mata Bizarro: ¿qué queréis? si fuérais como yo, viejo, pobre y feo, no os veríais metido en tal atolladero.

—¿Y qué me importas tú, ni qué me importa ese gitano? crees tú que yo vivo porque no he tenido enemigos algo más terribles que vosotros? Ve y pregunta en París al *Pré aux Clercs* y más cerca, en Madrid, al prado de San Jerónimo, si conocen al capitán de mosqueteros negros de su majestad Luis XIV, ó al coronel gentilhomme de su majestad Felipe V, monsieur Horacio Prevau de la Chaumiere; lo que á mí me importa saber es ¿cuál de las dos?... ¿cuál de las dos?

—¿Cuál de las dos?—dijo con extrañeza Lucas Cabezudo—: no os comprendo, si al decir á cuál de las dos, no queréis decir á cuál de las dos amaré.

—No, no es eso—dijo con indolencia monsieur de la Chaumiere—; no me comprendes, ni hace falta que me comprendas; lo que yo quisiera fuera entenderme yo; tú no puedes adivinar lo que se encierra bajo esta pregunta mía: ¿cuál de las dos? Es un verdadero embrollo: pasemos á otra cosa. ¿Sabes tú de quién es hija doña Esperanza?

—Dicen que de Diego de Ayala, camarero que fué de Carlos II, y de su mujer doña María de Rojas: en la parroquia de Santa María de Madrid aparece una partida de bautismo en que así consta; pero yo tengo graves motivos para no creerlo; si esto fuera verdad, ¿por qué el gran secreto en que se envuelve á doña Esperanza? ¿por qué la tutela del marqués de Castroviejo y la gran protección del almirante á doña Esperanza, y las frecuentes y largas visitas que la hacía antes de irse de Madrid para tomar partido por el archiduque? ¿quién sabe el nombre del padre de doña Esperanza?

—El almirante conocería de seguro ese secreto—dijo Mr. de la Chaumiere.

—Indudablemente—contestó Lucas Cabezudo;— pero el almirante ha muerto.

—No importa; él almirante tendría, como todos los grandes señores, algún confidente.

—Creo—dijo Lucas Cabezudo—que tratándose de doña Esperanza, el almirante no ha tenido otro confidente que el marqués de Castroviejo.

—Creo que el marqués de Castroviejo está desterrado.

—Sí, en su casa de campo, y en grave peli-

gro, porque fray José de Tordehumos, guardián de los capuchinos de la Paciencia, su confesor y su grande amigo, ha ido á auxiliarle hace tres días: doña Esperanza no sabe nada; cree que el padre Tordehumos está enfermo en su convento, y que por eso no viene á verla: el padre Tordehumos no debe haber vuelto, porque no me ha llamado, lo que quiere decir que el marqués vive aún.

—¡Ah!—dijo Mr. de la Chaumiere levantándose—: me acuerdo de que tengo que hacer: llévame al postigo y ábreme.

Lucas Cabezudo se levantó, y sin abrir la linterna, asió de la mano á Mr. de la Chaumiere y le condujo entre la oscuridad.

—Guarda un profundo silencio y que nadie sepa que yo he venido aquí esta noche—dijo Mr. de la Chaumiere—: ganarás mucho si callas, y podrá sucederte alguna negra aventura si avisas á esos señores que conspiran contra el rey.

—Callaré por ella, y solo por ella—dijo Lucas Cabezudo—; pero no la comprometáis vos, porque os podría pesar.

—La amo—dijo Mr. de la Chaumiere.

—Pues amadla mucho, amadla á ella sola, y os serviré de rodillas—dijo Lucas Cabezudo abriendo el postigo, junto al cual habían llegado.

—Quédate—dijo Mr. de la Chaumiere, viendo que Lucas se preparaba á salir—; no te necesito, las calles de Madrid me conocen.

—Como queráis, caballero—dijo Lucas Cabezudo—; sentiría que os sucediese algo, por ella, y no más que por ella.

—Adios y buenas noches: hasta la vista—dijo Mr. de la Chaumiere.

—Hasta la vista os guarde Dios—dijo Lucas Cabezudo.

Y cerró el postigo.

Mr. de la Chaumiere torció hacia la calle del Almendro y bajó á la de Segovia, subiendo luego por ella y dando vueltas á este pensamiento:

—¿Cuál de las dos será la hija de Carlos II? Tal vez ninguna: si cuando yo llegue, no se ha llevado el diablo al marqués de Castroviejo, él me lo dirá.

CAPITULO XIX

UN FRANCÉS QUE CALCULA

Poco después, en un ancho y sombrío aposento entapizado de rojo, cubierto por un techo de

roble ennegrecido por el tiempo, con pavimento de mármol, y ricos aunque antiguos muebles dorados, monsieur Prevaux de la Chaumiere leía un papel, sentado junto á una mesa.

Aquel papel era la carta que doña Esperanza le había dado.

No tenía fecha; no tenía firma; no se dirigía á persona alguna determinada: más que una carta, era una instrucción. Decía así:

“Para el día 10 de Agosto debe estar todo preparado. Será fácil apoderarse del duque de Anjou y de la duquesa, cuando vayan al Buen Retiro, como de costumbre, por la mañana. Es un error creer que todo Madrid es adicto al duque de Anjou.

La política francesa no sienta bien en España, y todos saben que bajo el dominio de Felipe, España, más que una nación independiente, es una provincia francesa.

La casa de Austria cuenta con el cariño de los españoles por doscientos años de dominación y porque España encuentra, unida al recuerdo de sus mayores glorias, la casa de Austria.

Las innovaciones introducidas en la Hacienda por el secretario Orrí, han causado perturbación, se han ofendido muchos antiguos derechos, y los diplomáticos franceses que con el duque de Anjou han venido, pretenden establecer una política que es antipática en España.

Por otra parte, la nobleza está descontenta porque los franceses invaden los altos cargos, así de palacio como del Estado, arrebatándoles á un mismo tiempo influencia y provecho.

Las órdenes religiosas, especialmente las mendicantes, aborrecen este orden de cosas, porque la reforma que se las ha hecho sufrir, no las conviene de ningún modo.

El ejército está descontento por mal pagado y porque le mandan generales extranjeros que llevan la voz y lo hacen todo, postergando á los generales españoles.

Las exacciones de tributos son inmoderadas, y como todos saben que esto proviene de la guerra, desean que de cualquier modo la guerra se termine.

Se nos ha objetado una y otra vez por algunos de nuestros amigos, demasiado tímidos, que el pueblo de Madrid es adicto á la casa de Borbón, y se ofrece, como prueba de esto, las ardientes aclamaciones con que son recibidos cuando se presentan en público el duque de Anjou y su

mujer María Luisa Gabriela de Saboya. Esto no es exacto.

Los que gritan son unos cuantos pillos, á quienes se paga. Todo se reduce á ruido.

Se citan los nombres de las personas que han ofrecido á Felipe de Anjou sus vidas y sus haciendas, y se cree que en un momento de peligro para el duque se arrojarán á la calle en número respetable. Tampoco esto es exacto.

De la larga lista de los que han ofrecido su vida y sus bienes al duque de Anjou, las dos terceras partes lo han hecho de miedo ó mirando al provecho que esto podría reportarles; y cuando llegue el caso de que el duque de Anjou necesite de sus servicios, se estarán en sus casas, volviéndose luego al sol que más caliente. El resto no es temible; y para que lo sea menos, se marcarán durante la noche del 9 al 10 de Agosto las casas de estas personas con la siguiente cifra: *C. III.*

Como el duque de Anjou y su mujer irán muy de mañana al Retiro, se apostarán en las calles que concluyen en el Arrenal hombres bastantes para cortar la vuelta al duque, á la duquesa y á sus guardias, é impedir que puedan socorrerlos las escasas tropas que hay en el alcázar.

En la Carrera de San Jerónimo, los duques serán detenidos y presos.

Para este tiempo ya habrán sido acometidas las casas marcadas con la cifra *C. III.*

Todo esto es necesario prepararlo con tiempo y buscar hombres á propósito para dar el golpe, para señalar las casas y para acometerlas.

He aquí los nombres de las personas cuyas casas deben ser señaladas:

Conde de Montellano.

Cardenal Portocarrero.

Don Juan Orrí.

Marqués de Fuente Pelayo.

Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

Marqués de Villasola.

Conde de Rebollos.

Don Lorenzo Mateo de Villamayor, alcalde de casa y corte.

Conde de Oropesa.

Don Manuel Arias.

Marqués de Canales.

Marqués de Rivas.

Duque de Montalto.

Marqués de Mancera.

Todos estos señores, con sus criados, gente

dura y de provecho, podrían reunir unos doscientos hombres, que nos obligarían á un combate de dudosos resultados y alentarían á los tibios á la defensa del duque de Anjou.

Guardadas sus casas por los nuestros, es facilísimo impedirles la salida, dominarlos y reducirlos á prisión, con lo cual, y gastando algún dinero, ofreciendo á los unos, y dando á todos seguridades de provecho, Madrid quedará por el rey nuestro señor don Carlos III; y luego el reino todo, contando con los esfuerzos que harán en todas las provincias nuestros amigos.

Pueden armarse y pagarse á ducado por día mil hombres, cuyo número es sobrado para el propósito.

Se recomienda la mayor actividad y sigilo.

El 10 de Agosto, á las primeras horas de la mañana, ha de estar todo concluido y presos los duques de Anjou en la torre de los Lujanes, donde lo estuvo, en tiempo del gran Carlos I de Austria, Francisco I de Valois.

Actividad y sigilo.*

Monsieur de la Chaumiere miró voluptuosamente este escrito como quien veía en él una gran recomendación para con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y una causa de engrandecimiento por parte de Felipe V.

Lo primero halagaba los proyectos que había concebido respecto á María de la Azucena; lo segundo, su ambición.

Pero ¿cómo usar de aquel papel sin saber cuál de las dos jóvenes era la hija de Carlos II?

Según que lo fuese la una ó la otra, variaban las circunstancias, y se debía hacer un semejante uso del papel.

Si la hija bastarda, reconocida de Carlos II, era doña Esperanza, aquel papel debía entregarse á María de la Azucena para que la conspiración constase, por la sencilla razón de que el archiduque amaba á doña Esperanza; lo que, triunfando el archiduque, obligaba á monsieur de la Chaumiere á renunciar á la joven.

Si doña Esperanza no era la desconocida infanta, le importaba muy poco á monsieur de la Chaumiere perderla, y mucho ganar á María de la Azucena, si ella era la hija bastarda. El archiduque, presentada la prueba, no podría menos de reconocerla como parienta suya, ni ella podía menos de amar, de agradecida, al que le hubiese procurado su agradecimiento.

Monsieur de la Chaumiere calculaba una doble operación falsa, y no podía menos de em-

brollarse, de vacilar, de no saber qué hacer.

El complot señalaba el día 10, y se estaba á 6.

La residencia del marqués de Castroviejo distaba de Madrid catorce leguas, es decir, un día de camino no teniendo preparadas postas; calculando un día de estancia necesaria y otro para volver, resultaba la noche del día 9. No podía ser esto: era aventurar demasiado.

Monsieur de la Chaumiere meditó de nuevo, y optó por un término medio: enviar aquel papel con una carta suya á María de la Azucena, y ponerse inmediatamente en camino para la quinta de Castroviejo.

He aquí el cálculo que había hecho para llegar á esta decisión monsieur de la Chaumiere: A doña Esperanza se le da tanto al archiduque como de Felipe V: su tutor la ha creído sin duda grandemente partidaria del archiduque, porque el archiduque la solicita: ella se ha prestado á conspirar, como se hubiera prestado á bailar un minuet, ú otra cualquiera cosa.

Si no me amara hubiera accedido á las instancias del archiduque; porque dado caso que no obtenga la corona de España, sabido es que el emperador Maximiliano le procurará la de Alemania. De todos modos es un rey. Ella no responde á sus pretensiones, porque cuando éstas han tenido lugar me amaba ya.

Supongamos que es la hija natural de Carlos II: la tengo segura, porque una mujer enamorada prefiere á todo, su amor.

Supongamos que no lo es, y que lo es la marquesa: tengo mucho adelantado para con ella, habiéndole enviado el nudo de la conspiración.

Yo no sé cómo esta conducta no se me ha ocurrido desde el momento: me han aturdido esas dos mujeres, fuerza es confesarlo. Mi última decisión es la mejor. Pongámosla, pues, por obra. Monsieur de la Chaumiere escribió lo siguiente:

"Señora marquesa de Nuestra señora de las Nieves:

Me apresuro á deciros que os he servido bien y pronto. No tan bien ni tan pronto como vos mereceis, que todo, para vuestro merecimiento, sería poco, sino como me ha sido posible, y fuerza es confesarlo, favorecido por la fortuna.

En el adjunto papel vereis cuánto os amo, puesto que tanto, por vos, he descubierto.

No os digo más, porque lo dejo para la entrevista que espero me concederéis.

Cual servicio sea el que pretendo haceros, lo sabreis cuando me hayais otorgado el placer de hablaros.

Bésoos los pies.—De esta vuestra casa á 6 de Agosto de 1705.—*De la Chaumiere.*"

Puso esta carta bajo un sobre con el papel que le había dado doña Esperanza, cerró con lacre. sobre el que puso su sello de armas, escribió en el sobre el nombre de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, con la dirección al alcázar, en propia mano, de parte de monsieur de la Chaumiere, y tocó un timbre, á cuyo sonido se presentó uno de esos criados cuyo tipo se ha perdido, entre soldado y lacayo, hombre de bien y tunante, de fisonomía inteligente y viva, al ver la cual podía deducirse, sin temor de equivocarse, que era materia dispuesta para cualquier cosa.

—¿Dormías, pillo?—le dijo monsieur de la Chaumiere.

—Era lo menos malo que podía hacer, mi coronel—contestó el criado.

—Recuerdo que en otro tiempo eras un tunante á quien podía confiarse cualquier encargo, por grave que fuese.

—No sé si me habrán alterado en parte ó en todo los aires de España, mi coronel; ya se ve, me tenéis en el ocio, me enmohezco; en París era distinto: ¿qué hay que hacer?

—Levar esta carta á una dama sin que lo sienta la tierra.

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Acaba de amanecer, y la hora es un poco inoportuna.

—Ya habrán abierto las puertas del alcázar, Antolín.

—Pero estará cerrada á piedra y lodo la del cuarto de la señora marquesa.

—Busca un medio: todas las marquesas tienen doncellas.

—Que se levantan un poco menos tarde que sus señoras.

—Si yo hubiese de decirte cómo debías hacer las cosas, de nada me servirías, Antolín.

—Para todo se necesitan elementos, mi coronel, y me falta el elemento principal...

Y Antolín se frotó el dedo pulgar sobre el dedo índice.

Monsieur de la Chaumiere le tiró un bolsillo, que Antolín cogió en el aire antes que le diese en la cabeza.

—¿Cuánto es el menos tiempo que se me concede para que esta carta llegue á manos de la señora marquesa?

—Procura que la haya recibido antes de las ocho de la mañana.

—¡Oh! en cuatro horas se puede preparar todo lo que sea necesario, no para que una dama de palacio reciba un billete, sino para que entre en la celda de una abadesa. A la orden, mi coronel.

—Di á Malegarde que entre.

Antolín salió, y á poco entró medio dormido una especie de oso.

—¿Qué es eso?—dijo monsieur de la Chaumiere—: tunante, parece que vas á pisar sapos.

—He pasado muy mala noche, señor; me ha estado doliendo toda la noche.

—¿Y qué te ha dolido?

—Una uña, señor.

—¿Qué uña, pícaro?

—La del dedo gordo del pie derecho: ayer tarde me empuñé en dar caza á una doncella gallega que corría como una mula; tropecé en un pedrusco como una montaña, se me escapó la gallega, pero el dolor no: duele, y duele y duele.

—Pero ¿podrás montar á caballo?

—¡Bahl aunque me doliera el alma, señor.

—Ensilla el Regente y el Gamó; pon un par de pistolas en el Regente, y en el Gamó, que montarás tú, un arcabuz. Vete: dentro de cinco minutos quiero estar á caballo.

Monsieur de la Chaumiere se puso un traje oscuro, unas botas de montar; echó en sus bolsillos una buena cantidad de oro, y poco después, á la blanda luz de la mañana, trotaba, seguido de Malegarde, hacia la puerta de Alcalá.

CAPITULO XX

DE CÓMO LA PRECISIÓN DEL LENGUAJE VIENE EN AUXILIO DE POMMEFERRE

Antolín Pommeferre, que así se llamaba el criado de confianza, el asistente, el *fac totum* subalterno de monsieur de la Chaumiere, salió de muy mal humor de la casa de su amo, calle Ancha de San Bernardo, frente á la iglesia del Rosario.

Era un picardo de no muy clara historia, que se había ocultado de la policía en el ejército, y había hecho la guerra en el Milanesado contra los españoles siendo aún muy joven.

Le habían hecho prisionero, en cuya situación permaneció dos años, durante los cuales, no solo había aprendido á hablar medianamente el español y el italiano, sino que había aumentado sus truhanerías francesas con las truhanerías italianas y españolas.

Era grande espada, gran conocedor de artimañas para herir al contrario sobre seguro, y se jactaba de conocer y de tener guardadas para su uso particular algunas estocadas inevitables.

Sin embargo, su amo le había dado una furiosa paliza siempre que jactándose de lo incompatible de sus golpes reservados, su amo le había dicho:—Veamos, á ver cómo me engañas, Pommeferre.

Esto consistía en que, tratándose de espadas, monsieur de la Chaumiere era siete veces más listo y más truhán que su lacayo íntimo.

Pommeferre sabía marcar una baraja, desnivelar un dado, y escribir por otro de manera que no parecía sino que había escrito la carta aquel que, sin saberlo, la firmaba. Se le alcanzaba también algo de botánica y de química, y había hecho allí en sus buenos tiempos alguno que otro difunto, y con tal perfección, que no parecía sino que el difunto, cansado de vivir, se había muerto naturalmente.

Mentía más que un libro: encontraba una disculpa en el aire para cualquier renuncio; era hipócrita hasta el punto de parecer un hombre de bien, y bebía sin miedo de que le dominase el vino, gracias á cierto secreto químico que tenía contra la embriaguez.

Si se perdía alguna cosa de mediano valor, cosa de monsieur de la Chaumiere, éste no preguntaba quién se la había encontrado, sino que le arrimaba una paliza sin decirle por qué, y en proporción del valor del objeto perdido, á Pommeferre.

Cuando este, al limpiar la chupa de su amo, se encontraba su bolsillo y se lo guardaba, en cuanto salía reconocía la cantidad diciendo:

—Veamos á cuánto me paga mi amo los palos.

Por lo demás, si monsieur de la Chaumiere le decía:

—“Antolín, sigue al guardián, ó al prior de Tal, sin que lo note; averigua dónde entra y con quién habla, aunque es muy difícil seguir á un fraile sin que lo conozca”, Pommeferre cumplía su encargo de una manera admirable.

—“Antolín, había dicho algunas veces mon-

sieur de la Chaumiere á su criado: es necesario que esta carta se meta debajo de la almohada de la señora Tal, ó de la señorita Cual."

La carta iba á dormir donde quería monsieur de la Chaumiere, sin que se supiese de qué medios se había valido Antolín.

En una ocasión, la duquesa de Chartres había dicho á monsieur de la Chaumiere:

—Sois un impertinente.

Todo consistía en que monsieur de la Chaumiere había tropezado muy cerca de la duquesa.

Monsieur de la Chaumiere quiso vengarse, y encargó la venganza á Pommeferre. Aquella noche las sábanas de la duquesa fueron rociadas con unos polvos cáusticos, cuyo picor tuvo esperada quince días á la pobre señora.

No se sabía cómo Pommeferre hacía esto; pero la verdad es que lo hacía.

Si se le hubiese encargado apareciesen ortigas en el lecho del gran Luis XIV, el grande hombre se hubiera sentido villanamente punzado. Esto sin contar un millón de excelencias que recomendaban á Antolín Pommeferre.

Por algo le tenía á su lado monsieur de la Chaumiere.

El encargo que le había dado su amo contrariaba de una manera espantosa á Pommeferre.

—Esto no es Versalles, decía: las doncellas de aquellas duquesas están perfectamente educadas: son unas buenas hijas; conocen sus intereses, y á media guiñada comprenden de lo que se trata: las de por acá, están por por pulir, en bruto; son asustadizas y tienen la estúpida manía de querer parecer honradas: se ablandan, como todas, con el dinero: pero aquellas saben cuánto se les ha de dar antes de que se las ofrezca, y éstas se guardan ei que se las da, y se hacen las reacias para que se las dé más: sin contar con que son torpes, lo echan todo á perder, le comprometen á uno, y resulta que se las ha pagado para que hagan daño. Dios quiera que mi amo haga pronto alguna diablura que enoje al duque de Anjou, á fin de que nos vayamos de esta tierra, donde los hombres son intratables, é imposibles de tratar las mujeres. Descuidáos dos dedos, y os han metido una estocada: dejáos ver tres veces hablando con una mujer, y viene un fraile y os casa: ¡uff! esto no es París, ni siquiera Picardía: aquí se sabe si resuella uno fuerte ó flojo, cómo y cuándo, y se tiene siempre encima al rufián ó al alguacil: esto no es vivir. ¿Y cómo

diablos meto yo esta carta bajo la almohada de la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

Pommeferre entraba entonces en la estrecha calle que corría á lo largo del costado izquierdo del alcázar.

Reparó en que delante de él iba un hombre muy mal vestido que accionaba, manoteaba y hablaba solo sobre la marcha.

Era, á juzgar por su desarrapado traje, un estudiante. Llevaba un manteo de bayeta que debió ser negra, pero que había tomado ese color que se llama de ala de mosca, denominación de que no puede prescindirse si se quiere hacer comprender el descolorimiento de lo negro. Este manteo, rajado, manchado, desfilachado hasta aparecer con fleco, iba terciado sobre el hombro izquierdo del estudiante, dejando descubierto todo su brazo derecho y el antebrazo del izquierdo, cubiertos con las mangas de un jubón de raído paño negro, rotas por los codos.

Llevaba un gran bonete muy tirado para atrás, abollado, desfigurado, y dos de cuyas puntas se habían convertido en agujeros; medias negras, en las cuales se veían grandes manchas redondas de un color cobrizo claro, que no eran manchas, sino la piel que se veía á través de enormes puntos. En cuanto á los zapatos, eran inconmensurables, deslustrados, descalcañalados, abiertos por la punta como la boca de una merluza, lo cual era muy sano, porque producía al pie una inapreciable ventilación.

—Qué diablo de original—dijo Pommeferre, que era un tunante muy amigo de divertirse: ¿qué diablos irá charlando solo? Si ese no está loco, no le faltan dos dedos para ello.

Y sin saber por qué, la atención de Pommeferre se fijó en el estudiante, que siguió adelantando hacia el alcázar.

Cuando llegó á la puerta de las Meninas, que estaba cerrada aún porque era muy temprano, se sentó en su dintel, apoyando su espalda en el marco de la puerta y extendiendo sobre el dintel sus largas piernas.

Continuaba hablando solo, pero de una manera ininteligible.

Pommeferre, á quien contrariaba encontrar cerrada la puerta del alcázar, se detuvo de muy mal humor delante de ella.

Notólo el estudiante, y le dijo:

—¡Ah, señor soldado! ¿Vos también sois pretendiente? Lo conozco en la manera conque ha-

béis mirado la puerta cerrada; hay que tener paciencia, amigo mío, porque para nadie más que para los pretendientes está embaldosado de piedra el alcázar: ¿qué creeréis vos que sucedería si en vez de sus enormes losas de mármol blanco fuera de ladrillos el pavimento del alcázar? Cada mes los pretendientes los reducirían á polvo á fuerza de arrastrar sobre él sus zapatos; porque se cansa uno de estar sentado, y se pasea; y cuando un pretendiente pasea, arrastra los pies, porque está macilento, tiene hambre y sueño, y el espíritu flaco y la esperanza tísica; y cuando se está así, se arrastran los pies al andar: es una observación que yo he hecho en mí mismo y que he anotado en un cuaderno que yo tengo, en el cual guardo todas mis observaciones y que con el tiempo será un libro muy curioso que sobrevivirá á su pobre autor. ¿Y creéis que á pesar de ser de mármol el pavimento del alcázar no se ha rebajado lo menos tres dedos por el sitio por donde se va á las secretarías de Estado? ¡Ah! La pobreza y la debilidad y la miseria han dejado impresos hondos carriles, por decirlo así: estaría mejor dicho profundas huellas; pero ya he dicho lo otro, y os ruego que aceptéis mi rectificación, porque el lenguaje debe ser preciso, amigo mío; la precisión del lenguaje es una prueba inequívoca del buen juicio y de la instrucción del que habla; de otro modo, ¿cómo se distinguiría á un ignorante de un sabio? El género humano sería una especie de cosa insípida, homogénea, insoportable; figuráos una gran llanura en que ninguna cosa sea más alta ni más baja que otra; figuráos un inmenso plano sin asperezas, sin elevaciones, y habréis comprendido lo que sería la humanidad si nadie supiese lo que se decía, ni pudiese comprenderse lo que se hablaba por falta de precisión en el lenguaje.

—Id al diablo—dijo Pommeferre, que empezaba ya á atiborrarse con el originalísimo discurso del estudiantón.

—Lo mismo me dicen todos los días los oficialotes de la Secretaría de Estado, adonde acudo con mis solicitudes: unos ignorantes que no me entienden, ni pueden entenderme, y se ponen delante de mí como una barrera impenetrable que me impide llegar hasta su excelencia, que de seguro me comprendería; pero yo no cedo, yo no callo, insisto.

—Sí, sí, ya lo veo—dijo Pommeferre—: cuan-

do no tenéis quien os escuche, habláis con el aire.

—Habéis debido decir: "ya lo he visto", porque "ya lo veo" es presente, y estoy hablando con vos, que ciertamente no sois aire. ¿Comprendéis lo que vale la precisión del lenguaje, adónde vamos á parar, qué va á suceder? El lenguaje se corrompe de día en día, se desordena, y acabaremos por no entendernos. Y este es un mal gravísimo, más grave de lo que á primera vista parece, porque...

—Decidme, señor estudiante—le interrumpió Pommeferre—: ¿qué hora abren esta maldita puerta? Ya es bien de día.

—¡Oh! Los porteros del alcázar comen bien, beben bien y por consecuencia duermen mucho; bigardos, seres completamente inútiles, porque no comprendo la utilidad de una especie de animal que sólo sirve para cerrar ó abrir una puerta, ó para decir al que entra: "hoy no se puede pasar" ó cuando no "¿adónde vais?" "¿qué buscáis?" y para deciros luego por la siesta "idos, son las doce no se puede pasar por aquí", como si las débiles pisadas de un pretendiente fuesen un estruendo capaz de turbar el sueño de los dichosos que duermen la siesta después de bien comidos. ¿Gustáis?—añadió el estudiantón, sacando de debajo de su hopalanda un lustroso mendrugo—: no insisto, porque mi almuerzo es poco apetitoso; pero, dispensadme, es la hora en que yo almuerzo cuando tengo qué, y amantísimo de la precisión, soy su esclavo hasta para las horas de comer: el régimen, esto es, la armonía; he aquí, he aquí, la base de todo: tened buen régimen y tendréis buen lenguaje y buena salud, es decir, os encontraréis en perfecto estado en lo físico y en lo moral.

Y echó sus largos dientes al mendrugo.

Pommeferre, resignado á la charla invencible del estudiante, se apoyó á su vez de espaldas en el marco de la puerta, esperando á que ésta se abriese.

Bien es verdad que después de abierta no sabía qué hacer para que la carta de su amo llegase sin que se supiese cómo á manos de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Monsieur de la Chaumiere había deseado esta reserva, no por sí, sino por María de la Azucena.

Quería que pudiese obrar sin comprometerse. Tenía sobrada confianza en el ingenio de

Pommeferre, y por esto le había dado aquel encargo.

—Y vos ¿qué pretendéis, señor soldado?— dijo el estudiante triturando su mendrugo.

—¡Eh, qué diablol!—dijo Pommeferre—; lo que yo pretendo es cosa difícil.

—Pues á pesar de que me parecéis buen pretendiente, os tengo lástima, amigo mío: dispensadme que os llame mi amigo: la igualdad de las circunstancias aproxima á los hombres y los une: un pretendiente es necesariamente amigo de otro pretendiente, es decir, seamos precisos ante todo, cuando dos pretendientes no pretenden una misma cosa.

—¿Por qué decís que yo soy buen pretendiente?—dijo Pommeferre.

—¡Ahl ¿por qué? porque os vais a la puerta del alcázar antes de que la abran: ¡oh! sí, vos habéis pretendido mucho, estoy seguro de ello: los pretendientes nuevos vienen a la hora en que entra ó sale su excelencia, que está ya tan acostumbrado á las dos largas hileras de peticionarios, que ni los ve cuando pasa, ni los oye cuando hablan; toma maquinalmente sus memoriales, y ó los deja caer distraído, ó se los da á su cochero: ¿veis un pretendiente con memorial que asalta ansioso al ministro? es un novato: ese no conseguirá nada más que gastar dinero en papel: todo gran señor es el principio de una cadena, cuyos eslabones son más pequeños á medida que están más lejos de él, y que llegan á hacerse casi imperceptibles. Pues bien; el pretendiente de ingenio que observa, que estudia, que adquiere práctica, prescinde de los eslabones gruesos y se va al último, al más pequeño; para asir este eslabón, para pasar por medio de él al inmediato, hay que hacerse una parte integrante del alcázar, durante las horas en que os es permitido entrar en él, esto es, desde la salida del sol, en que se abre la puerta, hasta las doce, en que empieza la siesta, y desde las tres, en que la siesta concluye, hasta el oscurecer, que se hace salir á todos los extraños al alcázar; eso bien lo sabéis vos; pero es extraño, yo no os he visto hasta ahora, á pesar de que llevo diez años, día por día, sin dejar de permanecer en el alcázar, durante las horas en que es permitido estar en él, es decir, en las galerías del patio, que lo que es lo demás, es tan desconocido para mí, como la quinta parte del mundo para los geógrafos.

—Pues os vais á morir en el alcázar sin haber salido de pretendiente—dijo de cierta mane-

ra agresiva, burlona, impía, Pommeferre, que era malévolo.

—¡Ahl no—dijo el estudiante sin incomodarse por la malevolencia de Pommeferre—, voy ascendiendo en mi cadena, eslabón por eslabón, y he conseguido ya algo, esto es, que el alcázar me produzca la tercera parte de mi subsistencia.

—¡Diablol! ¿y á qué llamáis vos la tercera parte de vuestra subsistencia?

—¿Veis este mendrugo?—dijo el estudiante—; esto pertenece á una tercera parte de subsistencia: un buen pedazo de pan blanco, tierno y sabroso, es la mitad de un almuerzo; pero un mendrugo pequeño y duro, viene á ser, honrándole mucho, una tercera parte: mi manteo, mis medias, mis zapatos, mi bonete, *etcétera*, serían la mitad de un vestido si sólo estuviesen deslustrados y raídos; pero están rotos, casi diáfanos, y constituyen la tercera parte de un traje: si el chiribitil que tengo en la calle de los Mancebos de la villa tuviera lo que propiamente puede llamarse una puerta, una ventana por donde entrasen el sol y el aire, un techo al que no se tocara con la cabeza, y un millón menos de insectos, sería la mitad de una habitación; pero tal como está, se pondera mucho considerándole como una tercera parte. Por último, el tablado cojo en que duermo es una tercera parte de cama.

—Convenido; pero lo que es vuestra conversación no es una tercera parte ¡voto al diablo! Si os deja na concluiréis hasta el día del juicio.

—Me ejercito, amigo mío; porque aunque veis que hablo mucho y de prisa, hablo con suma reflexión para afirmarme en el régimen.

Pommeferre sudaba ya. Empezaba á darle mareos la charla del estudiantón.

—El que yo viva en tercera situación, por decirlo así—continuó el incorregible charlatán—, consiste en que no he recorrido más que la tercera parte de la cadena, cuyo primer eslabón es el ministro. Sucede en estos ascensos, lo contrario que en el ascenso de una escalera: en éste, los primeros escalones son los más fáciles; en cuanto á la cadena del favor, los primeros escalones son los más difíciles. ¿Y por qué? porque son gentecilla ruda, soez, interesada, malévola, como todo el que no ha educado su espíritu y está más cerca del animal que del sabio.

Figuráos si es difícil que se os haga amigo un barrendero de escalera abajo del alcázar: ahí tenéis el último eslabón: este eslabón está unido

á otro ser ínfimo que se llama moza de limpieza: la moza de limpieza, que por tener un amante abajo, no se cree imposibilitada de tener otro amante arriba, es novia de un pinche de cocinero: el pinche se relaciona con la moza de retrete, la moza con el mozo; el mozo con la doncella de la camarista; la doncella de la camarista con el paje; el paje con la camarista; la camarista con el gentilhomme; el gentilhomme con la dama de honor, y ya estáis en la ancha esfera. Yo no he pasado aún de la doncella de la camarista, y esto me ha costado diez años ¡diez años mortales! Sin embargo, espero que esto durará poco: tres ó cuatro años cuando más: apodéreme yo de una dama de honor, y tengo mi escuela de gramática en Salamanca, que es todo lo que deseo para vivir por entero.

De repente dejó de parecerle pesado á Pommeferre el estudiante.

Acababa de oír que tenía conocimientos entre las doncellas del alcázar.

—¿Sabéis—le dijo—, que sois un hombre muy digno de respeto por vuestro talento?

—Pues vos sois el primero que lo conoce, amigo mío, y es porque vos también sois hombre de ingenio: los ignorantes, bien lo sabéis, odian al sabio, y unen todos sus esfuerzos para deprimirle: ¿cómo os llamáis, amigo mío?

—Antolín Pommeferre, francés, picardo, criado de su señoría monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere, capitán de mosqueteros negros de su majestad Luis XIV, coronel en España y gentilhomme del rey nuestro señor.

—¡Ah!—dijo el estudiante, saltando de sobre el dintel con la agilidad de un tigre, y poniendo sus largas narices á dos dedos de las de Pommeferre—: ¿y gozáis vos de la confianza de vuestro amo?

Y el estudiante dijo estas palabras con ansia, con los ojos descajados, pálido de impaciencia.

—¡Qué si gozo de la confianza de mi amo!—dijo Pommeferre—: os puedo enseñar, á lo menos, tres cardenales, causados por su bastón.

—¡Me he salvado! he llegado al fin en un momento—dijo el estudiante—: soy ya maestro de gramática de la celeberrima Universidad de Salamanca; porque vos, señor Pommeferre, venís para algo tan de mañana al alcázar, para algo que importa mucho; apostaríais á que tenéis en el bolsillo una carta.

—Precisamente, señor maestro de gramática

—dijo Pommeferre—: pero ¿cómo diablos habéis oído esa carta?

—Lo he deducido: he ahí, he ahí el beneficioso resultado de la precisión: una mirada es hija de un pensamiento, de un sentimiento, si queréis, para ser más preciso: un sentimiento puede provenir de una necesidad: he aquí para qué se necesita la perspicacia del observador: al oír vos que yo estaba apoderado del esclavodoncella de la cadena palaciega, vuestros ojos brillaron y me miraron como á una cosa que puede ser útil: vos necesitáis una doncella del alcázar: ¿para qué puede necesitarse á una doncella? para que sirva de intermediaria á unos amores; y cómo puede ser intermediaria en un primer paso? poniendo una carta donde su señora la vea: que la doncella de que yo dispongo no es, que esto fuera una gran casualidad, doncella de la dama á quien se dirige la carta: conoce á las otras doncellas; vos me diréis: ¿y qué me procuráis? yo puedo llegar por mí mismo y usar de uno de los dos medios: del galanteo, ó del soborno: pero supongamos que importe mucho que la carta llegue al momento á manos de la persona á quien se dirige; los dos medios de que podéis disponer para usar á la doncella requieren tiempo: que pretendéis subir por la escalerilla de las Meninas y os dice un centinela "atrás"; habéis concluido: que decís que tenéis que ver á un suizo de la guardia de la portería de damas; para esto tenéis que haceros amigo de un suizo y esperar á que esté de guardia: dilaciones y más dilaciones: luego el centinela suizo os dirá, "atrás, no se pasa"; pero me diréis, "mi amo, gentilhomme de su majestad me abre, todas las puertas"; adiós secreto; porque secreto debe ser esto cuando vuestro amo, que puede andar por todo el alcázar, no lo hace por sí mismo.

—Convenido, cierto, ciertísimo, señor estudiante—dijo Pommeferre—: ¿podréis vos hacer que en una hora llegue una carta importante á la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—¡Oh! haré cuanto me sea posible: espero, confío: ¿cuánto tardan en abrir esta puerta! No la abrirán hasta las cinco.

—Pues vamos á almorzar á la hostería del Aguila Roja, que está cerca de aquí.

—¡Oh, ángel descendido del cielo!—dijo el estudiante—: ¡Oh 6 de Agosto de 1705! Tú serás el día fausto de mi historia: yo te señalaré con una piedra blanca como hacían los romanos:

marchemos, caballero Pommeferre: os declaro mi Mecenas; juro dedicaros mi libro cuando le imprima; porque vuestra carta llegará donde debe llegar: ¡vaya si llegaré yo seré maestro de la Universidad de Salamanca; y cuando sea maestro, imprimiré mi libro en latín.

Y siguió á zancajadas á Pommeferre, que caminaba deprisa hacia la misma hostería donde la noche antes había llevado su amo á Lucas Cabezudo.

Muy pronto una caliente empanada y dos botellas de vino figuraron sobre la mesa.

—¿De qué género es la influencia que vos tenéis sobre esa doncella?—dijo Pommeferre.

—¡Ah! yo he aprendido muchas cosas para poder trepar por mi cadena: soy saludador, médico, nigromante, gitano, buhonero: echo las cartas, hago pastas maravillosas para sotener la frescura de la tez, saco muelas, curo callos, enseño música, es decir, sobre la guitarra, doy lecciones de leer y escribir, y en este modo, haciendo gratis por cada uno lo que cada uno ha necesitado, he ido apoderándome de mis eslabones. Petra Pica, que es doncella de la princesa de Tilly, anda que bebe los vientos, enamorada perdida de un paje rubio del condestable, que viene todos los días con su amo al alcázar. Irremisiblemente ha que echar todos los días las cartas á la Petra para que las cartas le digan si el tuno del paje que se burla de ella, la quiere ó quiere á otra; si ha recibido ó escrito carta, con las mil cosas que de las cartas se sacan por una combinación casual: la Petra me da alguna vez cuartos que, con lo que me dan los otros por lo que les complazco, me basta para pagar el alquiler de mi casa, para comer dos días, pan duro uno, y uña de vaca ó morcilla otro, y así voy pasando, caballero Pommeferre. Por la primera vez de mi vida, y ya tengo cuarenta y cinco años, he comido una empanada de esta especie, aunque las he devorado muchas veces con los ojos al verlas sacar de los hornos de las hosterías: ¿qué ave es ésta tan sabrosa y tan suculenta, protector mío?

—Anade, y por cierto, gorda y fresca—dijo Pommeferre con la boca llena, porque tenía buen apetito.

—Anade, ave acuática: esta ave se servía, si no recuerdo mal, en el festín de los dioses...

—Dejemos los dioses y vengamos á la doncella—dijo Pommeferre—: ¿y estáis seguros de poder obligar á la Petra Pica?

—¡Oh! vos mismo la hablaréis: con que yo la prometa dar un bebedizo, para que la quiera, al paje del condestable, saldrá, vendrá aquí; á los infiernos iría ella por tal promesa.

—¿Habéis comido ya lo bastante?—dijo Pommeferre.

—¡Oh! sobrado—contestó el estudiante.

—Dan las cinco en el reloj del alcázar.

—¡Ah! pues voy, voy, caballero: Petra Pica no tardará en llegar; yo no entraré, me quedaré esperándoos fuera.

—Pues id, id cuanto antes—dijo Pommeferre.

El estudiante se levantó y salió.

Pommeferre se quedó meditando si cometía una torpeza ó no en valerse de los medios que le proporcionaba aquel loco.

No había pasado aún media hora desde que éste había salido, cuando se abrió la puerta del aposento en que estaba, y entró una joven como de veinte años y se sentó frente á él, mirándole con una franca extrañeza.

Aquella joven era Petra Pica.

CAPITULO XXI

DE CÓMO EN AQUELLOS TIEMPOS HASTA LAS DONCELLAS CONSPIRABAN EN EL ALCÁZAR

La muchacha era lo que podía llamarse una una buena moza: de formas vulgares; pero frescas y puras.

Parecía más joven de lo que lo era en realidad.

Vestía con cierta coquetería y llevaba muy bien su pequeño rebocillo, sobre un bello peinado natural, porque tenía los cabellos rizados.

Pero se notaba en ella demasiado descaro, lo que perjudicaba lo hermoso de sus formas.

—¿Qué me queréis—dijo con desenfado—; el señor Marcos Calderón, á quien yo estimo mucho, me ha dicho que tenéis necesidad de hablarme.

—¡Ah, pardiez! Habéis hecho en un momento vuestra fortuna—dijo Pommeferre—; os habéis encontrado de repente con un buen regalo y con un hombre capaz de hacer por vos cuanto sea imaginable.

—¿Me conocéis?

—¿Qué os importa? Estáis aquí, y esto es todo; ¿os gustan los doblones de á ocho?

—Según y cómo—dijo con reserva Petra.

—No se trata de vos.

—¿Pues de quién se trata?

Pommeferre vaciló como el hombre experimentado que duda antes de decir una palabra que puede ser una imprudencia.

—Y bien—dijo para sí;—de algún medio me he de valer, y preciso es que alguien sepa que hay que poner una carta donde pueda verla la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Veámos: ¿de quién se trata?—repitió con impaciencia Petra, viendo que Pommeferre no la contestaba.

—De la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves—dijo Pommeferre, decidido ya—; ¿conocéis á alguien de su cuarto?

—No; pero no importa; ¿qué hay que hacer?

—Supongamos que tenéis que dejar una carta en el aposento de la marquesa, en un lugar donde al levantarse la vea.

—Dadme la carta.

—Poco á poco: yo he servido mucho tiempo como vos en Palacio y sé cómo se hacen estas cosas.

—De una manera muy sencilla: digo á las doncellas de la marquesa que voy con un recado de mi ama la princesa de Tilly; recado que tengo que darla reservadamente.

—Malo, malo, muy malo—dijo Pommeferre—; eso es enseñar la cara, dar lugar á hablarlas.

—Dejadme, yo buscaré una doncella amiga mía que sea amiga de una de las doncellas de la marquesa: me habéis ofrecido dinero; pues bien; habréis de darme lo bastante para que yo pueda dar.

—Convenido, hija mía, convenido; pero veamos la manera.

—A la doncella amiga mía, que sea amiga de la otra, la doy para sí y para ella; y ved, luego yo y hablo francamente con la doncella de la marquesa: mira, la digo, te se dan dos doblones de á ocho, y esto no se da sino por algo; pasa recado á tu señora de que viene á darla un recado importante de parte de la princesa de Tilly una doncella suya; cuando apenas haya yo salido, ó antes de que salga tu señora, llamara, es posible: hazte la sorda, y entra cuando yo me haya ido: te preguntara si me conocías, y tú la dirás que no conoces á ninguna de las doncellas de la princesa de Tilly, lo cual es verdad, porque tú no me conocías; podrá suceder que te diga vayas á conocer á las doncellas de la princesa; en vez de ir á eso, te vas adonde quieras y vuelves y dices á tu ama que has visto á las

doncellas de la princesa, y que ninguna de ellas era la que entró; que el recado de la princesa debía ser un pretexto, ¿entien les? La doncella consecretará y entrará; como la marquesa no se habrá levantado, el dormitorio estará oscuro, no podrá conocerme; yo la diré, dándole la carta: "tomad, leed esto", y escaparé.

Monsieur de la Chaumiere no se había explicado bien con Pommeferre.

Este no había comprendido que lo que monsieur de la Chaumiere quería, era que nadie supiese que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves había recibido una carta.

Lo que había comprendido Pommeferre era que su amo quería que la marquesa no supiese de dónde provenía la carta.

Monsieur de la Chaumiere estaba muy preocupado cuando dió aquel encargo á Pommeferre.

—Me parece bien—dijo Pommeferre— y vos me parecéis mucho mejor.

—Pues habéis tardado en decirlo—dijo la muchacha sonriendo y mirando maliciosamente á Pommeferre, que era muy buen mozo.

—Lo primero es lo primero, prenda—contestó Pommeferre—; antes que de sus asuntos propios, deben hablar los criados de los de sus amos, cuando estos asuntos pueden dejarles dinero en los bolsillos, por que ¿á qué estamos?

—Por supuesto—dijo Petra—; hay que sacar partido de ellos para acabar de sufrirlos algún día.

—¿Y no sufrís vos más que á la princesa de Tilly?

—¿Y á quién más he de sufrir, amigo?

—A algún novio á quien queráis demasiado.

—¡Ahl no señor; yo no tengo novio; me conservo para un buen partido, para un hombre que merezca; y no es porque no me hayan perseguido, y de firme, altos y bajos, sino porque los altos son pan para hoy y hambre para mañana, y dejan á las pobres chicas como Dios quiere; y los bajos eran medios días, haciéndoles mucho favor; me daban grima.

—¿Sabéis que creo que acabaremos por entendernos?

—Eso para después, señor mío, que aquí no cuele: lo primero es el asunto de vuestro amo, que sin duda os paga bien y que sin duda vos quereis pagarme con requiebros y promesas: obrad claro conmigo, y cuanto más claro obreis, si es cierto que queréis que nos entendamos, al

canzaréis más; y vamos pronto, concluyamos, que yo he venido de escapadilla.

—¡Ah, culebra!—exclamó Pommeferre, sacando de mala gana un doblón de á ocho, y poniéndole sobre la mesa—: ¿os basta con esto?

—¿Habéis olvidado que yo tengo que regalar á otra?

Pommeferre sacó con mucha más dificultad otro doblón y le puso junto al primero.

—¿Y creéis que esto sea suficiente regalo para que nos comprometamos de buenas mozas—dijo Petra.

Pommeferre sacó otro doblón haciendo un gesto, como si se hubiese sacado un pedazo de las entrañas.

—Pues aunque me arcabuceen—dijo con el acento más decidido del mundo—, no doy más: quedaos vos con dos y dad el otro á la otra, cuernos de Belcebú, y qué importancia os dáis, cuando estoy seguro de que rodaríais todas las escaleras del alcázar por mucho menos.

—La carta—dijo gravemente Petra, tomando los tres doblones y metiéndoselos en el pecho.

Pommeferre sacó la carta, la dió dos ó tres vueltas mirándola con misterio y dijo á Petra:

—Esta carta es muy importante; pero á nadie importa más que á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: cuidado con lo que haceis con ella, porque si no va dentro de media hora á manos de la marquesa, se sabrá, y hago con vos un despropósito, á pesar del galopín de cocina, ó del paje ó del diablo con quien estais metida, á pesar de que decís que no hacéis caso de medios días.

—Sois un grosero—dijo Petra—; suponeis atrocidades: yo me conservo.

—Vos sois un eslabón de cadena—dijo Pommeferre, acordándose de Marcos Calderón.

—¿Qué queréis decir?

—Nada, que sois un pasadizo; vamos, ya que hemos concluido el negocio de mi amo, ¿queréis que entremos nosotros eu negocio? Me gustais, francamente.

—Lo pensaré; sois mucho pez; veremos.

—¿Y dónde nos veremos?

—Yo estoy siempre en el alcázar, en el cuarto de la princesa de Tilly.

—Pues hasta la vista, hermosa.

—Hasta la vista, galán.

Y Petra salió.

Pommeferre salió tras ella y se encontró en la puerta de la hostería á Marcos Calderón.

Petra se encaminaba en paso rápido y levantado al alcázar.

—Seguidla—le dijo Pommeferre—; procurad de ver si efectivamente entra en el cuarto de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y volved despues de haberos informado de lo que haya sucedido: os espero dentro: beberemos una botella de buen vino y ya veremos de que vivais mejor, y sobre todo de que seais maestro de la universidad de Salamanca: id, id, que importa.

Marcos Calderón partió, y Pommeferre se metió en la hostería y en el mismo aposento de donde había salido.

Y para entretener la espera, pidió vino.

Marcos Calderón se entró en el alcázar, saludando al pasar respetuosamente al portero de la puerta de las Meninas.

Entró en el patio, torció á la derecha, dió muy cortésmente los buenos días á tres ó cuatro de las más íntimas personas de la servidumbre más ínfima del alcázar, y como quien se cuela, como quien se aventura en un lugar que le es prohibido, acometió por una puertecilla, y luego por unas torcidas escaleras, que continuó subiendo no sin sobresalto, hasta que á los cien peldaños se escurrió por un pasadizo iluminado de trecho en trecho por ventanillas abohardilladas á la izquierda, y en el cual á la derecha había también de trecho en trecho pequeñas puertas, sobre las cuales se veían números.

—Valientes galopos—decía Marcos Calderón—; ya está lleno de sol Madrid, y todavía están envueltos ellos en las tinieblas del sueño: lo que hay que ser en el mundo es paje de una princesa vieja como la señora de Tilly; y si más largo fuera este pasadizo, más lejos estaría el cuarto de ese tunante de Périco Perea. ¡Uf! voy ya siendo viejo: me cansan las escaleras; pero qué importa la fatiga si al fin toco ya casi con la mano mi escuela de gramática en la Universidad salamanquina! Vamos, gracias á Dios: el número 35.

Y parándose delante de una puerta, miró por el ojo de la cerradura.

—Dicho y hecho: *tenebri erant supra faciem abisi*: aquí no se dan señales de vida; me parece que voy á necesitar la trompeta que tiene guardada el arcángel para el día del juicio final.

Marcos Calderón asentó tres fuertes golpes en la puerta con la palma de la mano.

—¡Quiéeeeen!—dijo desde adentro una voz picaresca, joven, chillona, alegre, vibrante.

—¡Yooool!—contestó con alegría Marcos Calderón, poniendo en consonancia su respuesta con la pregunta del de adentro.

Se abrió inmediatamente la puerta, y...

Apareció un muchacho como de diez y ocho años, con la mayor cara de pícaro que pueda darse, pero guapo y fresco, blanco, con los ojos negros y los labios muy sonrosados.

Del color de los cabellos, no podía juzgarse, porque estaban cubiertos con una peluca blanca, con erizón, batería de bucles y coleta con lazo negro envuelta en una cinta negra.

Vestía corbata blanca con flecos de oro en las extremidades, casaca de terciopelo encarnado galoneada de oro, chupa de casimir blanco, pantalones de punto blancos, bota de montar con espuelas de plata, cuchillo pendiente de un tahalí al costado izquierdo, puños rizados, guantes de punto blancos, en la mano derecha un látigo, y en la izquierda un precioso sombrero negro galoneado de oro de tres candiles.

Al verle en aquella guisa, Marcos Calderón palideció, abrió desmesuradamente los ojos y la boca, y exclamó.

—¡Me asesináis, señor Perico, me asesináis!

—Y por qué tanto, señor licenciado—dijo mirándole de soslayo y sonriendo picarescamente Perico.

—Porque estais de servicio: ya extrañaba yo que me hubieseis contestado tan pronto: no acostumbrais vos á levantaros tan temprano: yo había visto oscuro por el ojo de la cerradura.

—Es que yo soy paje de alto coturno, señor mío, y tengo camarín y recámara.

—Ya lo sé, ya lo sé, amigo Perico; pero decíme: ¿no podéis disponer de media hora?

Y aun de una, y aun de dos, señor licenciado: porque habéis de saber, que cuando mi ama manda que estemos pronto para las seis de la mañana, no montamos á caballo hasta las ocho. Pero dadme licencia para que cierre: no os digo que paseis, porque están á punto de dar las seis, y tengo que presentarme listo ya y corriente al vejestorio de Berruezo, á ese maldito mayor-domo.

Y el paje cambio de la parte de adentro á la de fuera la llave de la puerta, cerró, guardó la llave en un bolsillo interior de su casaca, se puso el sombrero, y echó á andar erguido y gallar-

do, haciendo sonar de la manera más gentil del mundo sus espuelas.

—¡Ah!—exclamó Marcos Calderón siguiéndole—: qué feliz sois, señor Perico.

—Felicísimo, señor licenciado, eso sí: si viérais con qué gana monto yo á caballo para ir con el sol que pica, trota que trota hasta Pinto, y luego... ¡Poder de Dios! ¡vaya una felicidad la mía!

—¿No os ha servido el bebedizo que os di, señor Perico?

—Está loca: así no lo estuviera tanto ó no fuera tan vieja: y luego es ruin, señor licenciado; de cuando en cuando y con el mismo encarecimiento que si me diera un tesoro, me da un doblón de á ocho: ¡maldita bruja con excelencia!... ¡por vida de las madres que paren buenos mozos!... si se convirtiera de repente en la marquesa de Nuestra Señora de la Nieves... ¿No sabéis esto, señor Calderón? Se nos ha caído en el alcázar un pedazo de cielo; una marquesa de diez y siete á diez y ocho años, que ya ya; yo agonizo; ¡mal rayol... y ser paje, y pobre... necesito unos pcvos mágicos, señor Marcos Calderón—añadió el paje volviéndose de repente— aunque tengais que sacarlos de las entrañas de Belcebú: os daré lo que me pidais; y si no lo tengo lo robo.

—Vamos claros, señor paje—dijo Marcos Calderón—: empezad vos por ayudarme á mí, que luego os ayudaré yo.

—¿Y qué hay que hacer?

—Lo que hay que hacer, es ayudar á vuestra novia Petra Pica á que meta una carta cabalmente en el aposento de la señora marquesa de Nuestra señora de las Nieves.

—¿Y de quién es esa carta? saltó con suma vehemencia Perico Perea.

—¿De quién ha de ser, hijo, más que de algún pretendiente desesperado que se vale de esos medios?

—¿Y cómo se llama ese pretendiente?

—Hombre, ¿y qué os importa á vos? Francamente, si habeis soñado con la marquesa, no adelantareis nada si yo no os doy lo que haga al caso, que ya veremos: y no os lo doy como esa carta no entre en el aposento de la marquesa, y no sepamos que ha entrado y que la ha recibido.

—Pues no hago nada—dijo Perico—como no me digais de quién es esa carta.

—¿Lo decís formalmente?

—Con toda la formalidad que tengo.

—Pues, amigo mío, yo no os lo puedo asegurar; pero quien ha dado esa carta á vuestra novia Petra Pica ha sido un lacayo de un señor que es gentilhombre de su majestad, francés, capitán de mosqueteros...

—¡Yal Monsieur Horacio Prevaux de la Chau miere: ¡voto á cien legiones! el mejor mozo y el más valiente de todos los señores de palacio: un hombre á quien no se escapa mujer á la que pone ojo.

—Pues ya veis que cuando se vale de esos medios, no privará mucho con la marquesa.

Dieron en aquel momento las seis en el reloj del alcazar.

—Perdonad—dijo el paje—; pero no puedo deterneme ni un momento más: haré lo que deseais: tomad mi llave; id á esperarme á mi aposento: yo volveré.

Y Perico dió la llave de su aposento á Marcos Calderón, y descendió rápidamente por las escaleras.

A la mitad del descenso, entró por una puerrecilla, atravesó una galería solitaria, bajó otro tramo de escalera, y se encontró en una crujía á que correspondían algunas puertas.

En una de ellas, cerrada por una mampara de cuero de Córdoba, se leía:

“Cuarto de la excelentísima señora princesa de Tilly, azafata mayor de su majestad.”

Perico Perea abrió la mampara, entró, atravesó un recibimiento, abrió otra mampara á su izquierda, y entró en una especie de despacho.

Allí había un viejo sencillamente vestido de negro, pequeñuelo, flaco, chato, con los ojos verdes y la boca sumida.

—Dispuesto, señor Berruezo—dijo Perico.

—¡Ah, galopín! Hay que confesar que eres exacto—contestó el mayordomo—mirando una péndola que había en el despacho.

—Algo más exacto que los otros: ya veis, yo soy el primero.

—Es que hoy eres tú el único, Periquillo: vas á acompañar solo á la persona: me intereso por ti, y he mandado que te ensillen un caballo de buena sangre y de buen genio: pero, hijo, la princesa no se ha levantado todavía, ni da muestras de levantarse: vete á almorzar, que bien lo habrás menester para aguantar las dos leguas y media de aquí á Pinto.

—¡A almorzar, eh! ¿y con qué, señor Berruezo?

—¡Bah, hombre! con estos dos ducados.

—Muchas gracias, señor Berruezo—dijo Perico—tomando los dos ducados y mirando maliciosamente al mayordomo: hasta dentro de una hora.

Y salió.

—Es necesario estar bien con este tunante—dijo el mayordomo—: ya se ve, si parece hecho á pincel el pillo.

Perico, contoneándose y haciendo crujir sus espuelas, se detuvo delante de otra puerta situada al fin de la galería y junto, á la cual se leía en una tabla:

“Cuarto de la excelentísima señora condesa Yedra, dama de honor de su majestad.”

Perico no abrió aquella puerta con tanta resolución como la del cuarto de su ama: la entreabrió asomó la cabeza, y lanzó una mirada escudriñadora al interior del recibimiento.

Sentado en un escaño, con las piernas extendidas, los brazos cruzados sobre el vientre, la cabeza inclinada sobre el pecho y adormilado, porque hay ciertas castas de personas que han nacido para dormir, había un lacayo.

Perico adelantó y le sacudió.

—¡Ehl Pulguera—dijo—: tú has debido pillar una chispa antes de nacer, y no la has dormido todavía.

—¡Ehl ¿qué es eso—exclamó Pulguera—, incorporándose y mirando con los ojos cargados al paje: ¡ahl ¿eres tú, Periquillo? ¿adónde vas tan de gala y tan de mañana?

—¡Ehl ¿qué te importa! Te doy un real de á veintiún cuarto si me echas para afuera á la Petra sin que se entere la tierra, topo: oro son triunfos: toma.

Y puso un real de dos mundos en la mano de Pulguera.

—Al vuelo, Periquete—dijo Pulguera—, se-pultando en las profundidades de su bolsillo el real y poniéndose de pie.

—Afuera aguardo en la galería.

Pulguera tomó para adentro, y Perico se salió del recibimiento y se puso á pasear en la galería.

Cinco minutos después se abrió la puerta: salió Pulguera, se acercó á Perico y le dijo en voz baja y con gran misterio como si se hubiera tratado de un asunto importante.

—Petrilla ha ido á hacer una visita á una doncella de la dama de honor nueva; ya sabes, de

la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.
—¿Y dónde tiene su cuarto esa señora?—dijo Perico.

—En la galería de los infantes, tercera puerta a la derecha, entrando por la portería de damas, junto al cuarto de la señora princesa de los Ursinos, que es la segunda puerta a la izquierda.

Perico se puso rápidamente en marcha, tomó por un pasadizo, y entró en una hermosa galería: en la de los Infantes.

—¡Ah!—exclamó—: si fuera todavía tiempo... si yo pudiera apoderarme de esa carta...

Y se dirigió á una puerta en la cual se leía:

“Cuarto de la excelentísima señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, dama de honor de su majestad.”

Al ir á levantar el pestillo de la mampara, se abrió ésta y apareció Petra Pica, pálida, asombrada, como una persona á quien acaba de sucederle una cosa grave.

Al ver á Perico, hizo un movimiento de sorpresa y de contrariedad.

—¿A qué vienes aquí?—le dijo.

—Echa, echa detrás de mí—contestó Perico—; y así como quien no hace la cosa, y no te pares hasta que yo te pare.

Y Perico desanduvo rápidamente lo andado, y seguido á la larga de Petra, que iba temblando porque tenía un miedo cerval al paje, se detuvo delante de la puerta de su cuarto, donde le esperaba Marcos Calderón, y llamó.

La puerta se abrió al momento.

—Entra, buena moza, entra—dijo Perico, que estaba pálido y sombrío—: tengo que ajustarte unas cuentas que alcanzan también á nuestro amigo el licenciado Marcos.

Petra entró.

Perico echó la llave á la puerta.

—En cuanto yo sepa, señor licenciado—dijo Perico—, encarándose todo horrible con Marcos Calderón, que vos sin licencia mía habláis con ésta, ó la dais una carta ó un recado, os doy tal paliza, que como no expliquéis gramática á los diablos, no se la podréis explicar á nadie.

—Periquito, hijo mío, ¿qué os he hecho yo?—dijo temblando todo el mísero Marcos.

El paje, desdeñándose de contestarle, se volvió á Petra y la dijo:

—¿Qué has hecho de una carta que te ha dado este arcaduz viejo? ¿Para eso te quiero yo? ¿Te parece que se puede estimar á una mala doncella que ha perdido la vergüenza hasta el punto

de andar en tales manejos? ¿Te se ha olvidado ya lo que pesa mi mano? Pues por si es eso, toma.

Y la dió una bofetada tal, que la bañó la boca y las narices en sangre.

Asustado el mezquino de Marcos Calderón, hubiera querido tener la facultad de hacerse incorpóreo, porque supuso, y no sin razón, que el endiablado paje iba á proceder con él de una manera tan amable como con Petra.

La muchacha se había echado la mano á la cara, se había arrojado al suelo y había empezado á dar alaridos.

—¡Si no callas, sierpe—exclamó el paje—, te rajo como un pliego de papel, infame!

—¿Pero yo qué he hecho?—exclamó Petra llorando y poniéndose de pie, levantada bruscamente por Perico.

—Dame la carta que te ha dado este bribón.

—No la tengo ya; se la he dado á la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: ¡ojalá no se la hubiera dado! Yo no sabía quién era esa señora. ¡Dios quiera que no me suceda una desgracia!

—¿Pues qué te ha sucedido?

—¿A qué estamos las doncellas de las señoras de palacio más que á ganarnos un doblón cuando viene á pelo? Pues qué, ¿no lo sabes tú eso? ¿Por qué te pones así?

—Pero ¿qué te ha sucedido?

—Fuí al cuarto de la marquesa; yo no conocía á sus doncellas: las doncellas nos conocemos en cuanto nos hablamos como si hiciera cien años, y cuando de buenas á primeras se da un doblón de á ocho y se arreglan las cosas... vamos, ello es que pasaron recado á la marquesa, que dormía aún, de que tenía que hablarla una doncella de la señora princesa de Tilly de parte de su señora, y entré hasta el mismo lecho de la marquesa, la saludé y la dije:

—Mi señora me ha dado para vucencia esta carta.

—Dadme—me contestó.

Y al darla la carta, me agarró la mano con tal fuerza que no pude desasirme, y con la otra mano tiró del cordón de la campanilla; ya ves qué apuro: si yo lo hubiese sabido, aunque me hubieran dado para una carroza... Acudieron las doncellas, y la marquesa dijo:

—Luz, aquí luz; veamos si efectivamente es esta doncella de la señora princesa de Tilly.

Acudieron las otras, y una dijo:

—Esta, señora, no es doncella de la señora princesa de Tilly, sino de la señora condesa de Yebra.

—¿Cómo se llama?—dijo la marquesa.

—Petra Pica—contestó la otra—, que es la Baltasara, ya sabes, la que ha sido tanto tiempo doncella de la princesa de los Ursinos, y que cuando ésta ha vuelto, ha entrado á servir á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Idos—me dijo severamente la marquesa—; y contad lo que os ha sucedido á quien os ha enviado: ya hablaré yo á vuestra señora.

Yo salté aturrida, y al salir te encontré.

—Bueno, bien, perfectamente: vete, nada tienes que hacer aquí ya: déjame solo con este mal viejo—dijo Perico.

Y abrió la puerta.

Petra escapó, no solamente del cuarto del paje, sino del alcázar, y suponiendo que estaría todavía en la hostería Pommeferre esperando á saber el resultado, se encajó en ella, le encontró, se puso bajo su protección, y se lo contó todo.

Pommeferre se asustó: comprendió que había cometido una imprudencia, que á causa de ella quedaban cabos sueltos por los cuales podía llegarse hasta su amo, comprendió la necesidad de cortar aquellos cabos, y dijo á Petra:

—Nada temas, muchacha; te has puesto en buenas manos. ¡Hola mozol un aposento para esta niña: he aquí la señal para la seguridad del pago.

Y dió un doblón de á ocho al mozo.

A seguida tomó la capa y el sombrero, salió como un rehilete, se entró en el alcázar, que conocía demasiado, y se fué á la crujía de los cuartos de los pajes de la servidumbre, y llegó al de Perico, cuyo número le había dicho Petra.

Marcos Calderón sudaba, temblaba, estaba encogido: no muy seguro de si muerto ó si vivo, de si en este mundo ó en el otro, bajo la presión de las lujurias, de las amenazas, de las groserías de Perico.

A éste le alentaba el prestigio que tenía entre ciertas damas corrompidas, á causa de su juventud, de su hermosura y de sus truhanerías.

Ahora bien; de pequeñas causas, tales como la vanidad de un paje, engreído por los secretos halagos de viejas corrompidas, suelen emanar grandes efectos.

Pedro Perea había visto dos veces á Azucena, y había contraído por ella una pasión mortal.

—Será mía, había pensado aquella pequeña y

estúpida personilla; será mía aunque me exponga á perder la cabeza: qué, ¿sería la primera señora noble y rica que se volviese loca por mí? Yo he nacido para mucho, me lo da el corazón; y esa real hembra será mi fortuna.

Lo que sentía, pues, Perico Perea eran unos rabiosos celos, y amenazaba, estrujaba, martirizaba al pobre Marcos Calderón para que le dijese quién era el que había enviado aquella carta á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Estaba ya Marcos Calderón como quien dice agonizando, cuando sonó un golpe brusco á la puerta del cuarto.

Perico la abrió con cólera, porque el golpe había sido uno de esos golpes que tienen todo el carácter de amenaza.

Pommeferre se entró de rondón.

Miró de alto á bajo á Perico, con una mirada de desprecio y de amenaza irritante, tal como de puntapié ó azote, y le dijo de la manera más insolente y más depresiva del mundo:

—¿Eres tú el tunantuelo que te has atrevido á llenar de sangre la preciosa boca de mi querida?

Perico Perea era un gato, y avanzó mudo, pálido, tembloroso de cólera, en ademán de dar una bofetada á Pommeferre.

Pero antes de que pudiese llegar á él, se encontró lanzado contra la pared de un vigoroso puntapié.

El picardo era demasiado ratón para aquel gato.

Inútil es decir que en cuanto vió la puerta abierta, el menguado de Marcos Calderón escapó.

—¡Ah!—exclamó Pedro Perea, abalanzándose á una espada que había en un rincón y cogiendo una capilla corta de ronda—: te voy á matar: echa adelante y no pares hasta donde no pueda vernos nadie.

Pommeferre conoció que Perico le seguiría hasta la fin del mundo, y sin contestar una palabra salió del cuarto en paso rápido y nervioso, y Perico le siguió, dejando la puerta abierta.

Salieron del alcázar: Pommeferre delante, Perea detrás.

Pommeferre tomó hacia Caballerizas, pasó el arco, salió por el postigo de Segovia, atravesó la Tela, el puente, tomó á lo largo del río contra la corriente y se metió entre los árboles.

Cuando hubo andado algún espacio, se detuvo.

Perico venía detrás.

Se quitó las botas de montar para estar más listo, tiró de la espada, se rodeó la capa al brazo y acometió á Pommeferre.

Pommeferre, que, como ya lo hemos dicho, era una terrible espada, aguantó la acometida del paje, y en un cerrar y abrir de ojos se le coló y le atravesó de parte á parte.

Perico, en el momento en que Pommeferre desembarazó la espada, cayó de boca y permaneció inmóvil.

—Pues lo que es éste no habla ya—dijo Pommeferre—: ya haremos que no encuentren á la otra; y en cuanto al dómine, nadie más que ella y ese tunante saben que ha andado en el negocio; ¡diablo, diablo! creo que nadie me ha visto: vámonos por la Paloma: y es guapa la pícara, vaya si es guapa, toda una hembra: ¡Psh! se encuentra á mi merced: dentro de pocos días nadie se recordará de esto, y yo habré enmendado una torpeza que ha podido costarme muy cara: adelante; uno más á la cuenta.

Y envainó la espada, se rebozó en la capa y se puso en marcha.

Pasaron diez minutos.

Al cabo de ellos, Perea, que había permanecido inmóvil, levantó la cabeza, en el que se veía pintado el terror á la muerte, y procuró incorporarse, pero no pudo.

—¡Sccorriol! ¡Socorro!—gritó con todas sus fuerzas.

Por algún tiempo nadie contestó.

Perico siguió dando voces desesperadas.

Al fin apareció un leñador que llevaba un boriquillo cargado con unos haces de leña.

—Amparadme—dijo Perea—, amparadme; pierdo mucha sangre: me han herido malamente.

El leñador miró con espanto al paje, y tirando cuanto pudo de su burro, se alejó diciendo:

—¿Y qué tengo yo que ver con eso, para que crean que soy yo el que le ha herido y me cuelguen?

Y siguió tirando cuanto podía de su viejo y cansado cuadrúpedo.

—¡Ahl! ¡moriré aquí sin que nadie sepa quién me ha matado!—exclamó Perea—, logrando ponerse con mucho trabajo sobre las rodillas y volviendo á caer.

Redobló sus gritos. Al fin apareció un guardabosque de la real casa, porque aquella alameda pertenecía al patrimonio real.

—¡Ahl! ¡vos no me abandonaréis!—exclamó

el paje—: quien me ha herido ha sido Antolín Pommeferre, lacayo de monsieur Horacio Pievaux de la Chaumiere, gentilhombre de su majestad.

—¡Diablo, diablo!—dijo el guardabosque—; pues no quisiera yo estar en el pellejo de ese Pommeferre, porque tú te mueres, muchacho; vaya si te mueres: como mi abuelo.

—Pues bien, socorredme, á fin de que no muera sin confesión—dijo Perea—, cayendo desvanecido por el terror y por la pérdida de la sangre.

—A eso vamos—dijo el guardabosque.

Y tocó un silbato.

Poco después acudieron otros dos guardabosques.

—A ver, amigos, cómo llevamos á este pobre que le han malherido á la casilla, y se avisa al instante al alcázar: es un paje de la servidumbre; no hay más que verle la librea: es la de la señora princesa de Tilly; vamos, llevadle vosotros á la casilla, que yo voy á escape al alcázar.

El guardabosque llegó al cuarto de la princesa en el alcázar, á punto de que Berruezo se impacientaba porque la princesa estaba ya impaciente por ponerse en camino para Pinto, y no parecía su endiablado paje favorito que debía acompañarla á caballo.

—¿Es vuesa merced del cuarto de la señora princesa?—dijo el guardabosque.

—¡Ehl! dejadme ahora; bueno estoy yo para entretenerme: ¿dónde diablos se habrá metido ese infame de Perico?

—Si ese perico es un paje de la señora princesa, blanco y bonito y con ojos negros, no se ha metido, le han metido.

—¿Y qué le han metido, estúpido?—exclamó Berruezo.

—Una estocada por los riñones que no se la lame; vaya, qué se la ha de lamer: ya pueden dar su plaza á otro.

—¡Qué es lo que decís!—exclamó Berruezo todo desconcertado, porque aquella era la peor noticia que podían llevar al cuarto de la princesa—¡que han matado al pobre Perico! ¿dónde, dónde?

—Mas allá de la fuente del Cura, en la alameda.

—¿Y quién, quién ha sido?

—El paje dice que un tal Puñoferre, ó Pinferrre, ó qué sé yo, lacayo de un gentilhombre de su majestad, que tiene también el apellido de

extrangis; ya se ve, hay tantos franceses en la corte...

—¿Antolín Pommeferre, lacayo de su señoría monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere?

—Eso es, eso es.

—¿Y dónde está ese infeliz?

—En la casilla de los guardabosques, es decir, en nuestra casilla.

—Esperad un momento—dijo Berruezo, que sudaba y trasudaba.

Y atravesó una antecámara y una saleta, abrió una mampara, y dijo:

—¿Me da vuecencia permiso para entrar?

—Sí—dijo la vieja princesa de Tilly—, que estaba elegantísimamente vestida con un bello traje de camino: ¿ha parecido ya ese? Me va disgustando mucho: es de todos los pajes el que menos cumple con su obligación: será necesario enviarle con sus padres á Asturias.

—Tengo el sentimiento de decir á vuecencia que, á pesar de todo, el pobre Perico se quedará en Madrid.

—¿Cómo! ¿le ha sucedido alguna desgracia?

—Ya se ve, señora, como sus padres son arrendatarios de vuecencia y el chico ha venido pequeñito á la casa, recomendado á vuecencia, siento decirlo...

—Pero acaba, hombre, acaba—dijo la princesa que estaba mortalmente pálida y temblando.

—Ha tenido un lance—dijo cobardemente Berruezo.

—¿Cómo! ¿y le han matado!

La princesa pronunció de una manera suprema estas palabras.

—No, no, señora; pero está muy mal herido; le ha encontrado un guardabosque en la alameda, más allá de la fuente del Cura, y ha venido á avisar.

—Pronto, pronto, Berruezo, acompañame; que vayan á buscar médicos cirujanos; sobre todo que den parte á la justicia: ¡pobre hijo mío! deseo que ahorquen al que le ha matado: ¿quién, quién se ha atrevido á matar á un paje mío?

A todo esto, la princesa se había lanzado fuera de la cámara, descompuesta, irritada, llorosa, y había llegado al recibimiento donde estaba el guardabosque.

Berruezo la siguió murmurando:

—Ya tenemos lo que nos hacía falta: Dios quiera que ese tunante escape: ¡qué cosas, Señor, qué cosas nos han traído los tiempos y el cambio de casa real! Ya se ve, estas pícaras señoras

francesas... Si dicen que allá en la corte del rey de Francia es un escándalo: ¡Señor, Señor, y el príncipe entre tanto dándose satisfecho golpecitos en el vientre! ¡uff!

La princesa había hecho ya un centenar de preguntas al guardabosque, y había revuelto su servidumbre.

Había enviado por médicos, por alcalde y por escribano, y se lanzaba á la salida del alcázar, seguida por el viejo y pequeño Berruezo y del guardabosque, que se asombraba de que una tan gran señora tomase tan á pecho el que le hubiesen matado un paje.

En la puerta de las Meninas esperaban á la princesa una carroza y cuatro lacayos, que en cuanto la vieron montaron á caballo.

La princesa mandó al guardabosque que subiese á la delantera con el cochero y le indicase adonde debía de ir.

Se metió en la carroza, hizo entrar á Berruezo, cerró uno de los lacayos la portezuela, saltó á la zaga junto al otro, y la carroza se puso en marcha hacia la puerta de San Vicente.

Un cuarto de hora después, la princesa entraba desatentada en la casilla de los guardabosques y se abalanzaba hacia un camastro, donde estaba dando gritos Perico.

—¿Qué es esto, qué esto, hijo mío!—exclamó la princesa—: ¿por qué te has batido? ¿quién te ha herido?

—Antolín Pommeferre, lacayo de monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere, se apresuró á decir á Perico.

—¿Y por qué, por qué has tenido tú un lance con ese canalla?

—¿Por qué?—dijo Perico, que creyéndose próximo á la muerte no guardaba consideraciones á la princesa—: ¿por qué? porque me ha seducido á mi moza.

El señor Berruezo se estremeció de los pies á la cabeza.

Temió la tempestad.

Atortunadamente la princesa comprendió que no estaba sola y que debía contenerse.

—¿Tu moza!—exclamó—: ¿y quién era tu moza?

—Petra Pica, doncella de la condesa de Yebra; una infame que me engañaba, que era querida de ese asesino de Pommeferre; pero eso á mí no me importa nada: lo que me importa es que no quiero que nadie lleve cartas á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: no quie-

ro, no quiero; yo lo diré todo, yo quiero que lo sepa todo el mundo: la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves es amante de monsieur Horacio Prevau de la Chaumiere: por eso, porque yo lo sé, porque yo no lo diga, me ha matado ese miserable Pommeferre.

La princesa estaba irritada, trémula.

Había buscado una presa en que saciar su rabia impotente, y había oído el nombre de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves unido á un escándalo.

Todo proventa de la imprevisión de Pommeferre por cumplir pronto el encargo de su señor.

Sobrevinieron los médicos, y declararon que aunque la herida era gravísima, podían alentarse algunas esperanzas.

Esto tranquilizó algo á la desolada princesa.

No tardaron en aparecer un alcalde del crimen, con su ronda de alguaciles y un escribano.

Perico declaró todo lo que sabía y todo lo que había adivinado, recargando los colores. Cuando hubo concluido, el alcalde dijo gravemente:

—A la cárcel con este paje, donde sane ó muera: tanto da; porque si no muere de la herida, morirá de horca por haber infringido las pragmáticas, puesto que confiesa ha sido herido en desafío.

—¡Cómo!—exclamó la princesa—: un paje mío debe estar exceptuado de esa pragmática.

—Si el cardenal Portocarrero incurriese en el delito de desafío, la justicia del rey interpondría denanda ante el Santo Padre para que las pragmáticas se cumpliesen, y esto á una persona eclesiástica, á un príncipe de la Iglesia, para que comprenda vuestra excelencia con cuánto rigor quiere su majestad se lleven á debido cumplimiento sus reales pragmáticas sobre el desafío.

—Yo veré al rey.

—Su majestad dispondrá, como puede, lo que quiera; pero entre tanto, señora, yo prendo á este paje.

—No puede moverse de aquí sin grave peligro—dijo uno de los médicos.

—Librad testimonio—dijo el alcalde—, de que los médicos declaran que no puede llevarse de aquí al herido, y quédense con él dos alguaciles de guardia, y no le dejen hablar con nadie.

—Le vendrá muy bien el silencio—dijo uno de los médicos.

—Beso respetuosamente los pies á vuecencia

—dijo el alcalde—, y la apercibo de que no puede permanecer aquí.

—Bien, bien—dijo la princesa—: ni yo habia de quedarme aquí cuidando á un paje; pero supongo que podrán quedarse los médicos y algunos criados, y que se podrá traer otro lecho.

—Cuanto sea necesario para la curación del herido—dijo el alcalde—; y adiós, señora, que mi obligación me llama á prender á esos otros tres que resultan complicados por la declaración de Pedro Perea.

Y el alcalde, saludando respetuosamente á la princesa de Tilly, salió con el escribano y se alejó con su ronda, de la cual dos alguaciles se quedaban de guardia junto á Perico.

Los tres complicados eran: Antolín Pommeferre, Petra Pica y Marcos Calderón.

Pero no fué posible dar con ninguno de ellos.

Tan temeroso había escapado del alcázar e licenciado, que no pareció por él en quince días, y se ignoraban las señas de su domicilio.

En cuanto á Pommeferre, no se le encontró en la casa de su amo, que, según dijeron los criados, había partido con un lacayo á las cinco de aquella mañana, sin decir adónde iba.

Pommeferre, por lo que pudiera acontecer, se había puesto completamente á cubierto con Petra, y no parecía por el mundo.

Quando fueron apareciendo estos complicados, ya, como veremos más adelante, se había echado tierra al negocio, con gran escándalo del alcalde, que protestaba para sus adentros de aquella escandalosa infracción de las pragmáticas.

CAPITULO XXIII

DE CÓMO SE PUEDE PERDER UNA CARTA

María de la Azucena, por su indignación, hija de su dignidad y de su pureza, al ver que se atrevían á llevarla hasta su mismo lecho una carta en que suponía un atrevimiento, había dado, sin saberlo, ocasión hasta cierto punto para aquel escándalo, que comprometía su nombre de una manera grave.

Si hubiera obrado con más prudencia, deteniendo á Petra, pero informándose de ella, sin llamar á nadie, tal vez Perico, obligado á acompañar á la princesa de Tilly, no se hubiera encontrado por el momento con Petra.

Un suceso cualquiera habría, tal vez, evitado una situación ruidosa.

Indignada Azucena (seguimos dándole este nombre y seguiremos dándole, porque con él la hemos presentado en escena), y reteniendo entre su mano trémula la carta, la ocultó bajo la almohada, hizo que abrieran los balcones y que la vistieran, despidió á las doncellas, y cuando se hubo quedado sola, fué al lecho, tomó de debajo de la almohada la carta y la abrió, ansiosa de conocer quién era el imprudente que se había atrevido á tanto.

Pero cuando leyó la carta de Prevaux de la Chaumiere y el documento á ella adjunto, se desarmó, se inundó su alma de alegría, porque podía dar á su madre la ocasión de hacer un gran servicio al rey; sintió un impulso de agradecimiento hacia Prevaux de la Chaumiere, y cometió una nueva imprudencia escribiendo la siguiente carta á Prevaux de la Chaumiere:

“Estoy muy contenta de vos: venid esta noche por el patinillo.—*La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.*”

A seguida llamó á Baltasara, que era la doncella puesta á su servicio que se la había hecho más simpática.

—Su alteza la señora princesa de los Ursinos—dijo Azucena á Baltasara—cuando os puso á mi servicio os recomendó mucho á mí.

—He servido algunos años á su alteza—dijo Baltasara, que era muy ladina y había previsto una confianza de su señora—, y sabe que soy discreta y leal.

Azucena se puso ligeramente encendida.

—Espero que no pensareis mal de mí—dijo—por el encargo reservadísimo que voy á daros; no se trata de mí, sino del servicio de su majestad, á quien importa mucho que esta carta llegue cuanto antes á manos de monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—Descuide vucencia; iré y nadie lo sabrá.

—Id antes al cuarto de su alteza, y ved si está levantada y puede recibirme.

Baltasara salió de la cámara, y por una habitación inmediata, por una comunicación interior, pasó del cuarto de Azucena al de la princesa de los Ursinos.

Ana María, fuertemente excitada, recelosa de Azucena, á quien no comprendía, viendo al rey vivamente impresionado por ella, no había podido dormir, desvelada por los celos de su ambición.

La fatigaba el lecho y se levantó muy temprano.

Baltasara la encontró vestida y revolviendo papeles como un secretario de Estado.

Baltasara llevaba en la mano la carta de Azucena, porque en su lealtad se había dicho: es muy joven, y monsieur de la Chaumiere es muy peligroso; no sabemos hasta qué punto vendrán estos amores á la princesa, que me ha recomendado vigile á mi señora y la dé cuenta de todo lo que observe.

Por resultado de este pensamiento, Baltasara llevaba en la mano la carta para provocar una pregunta de la princesa de los Ursinos.

Cuando ésta vió la carta, fijó en ella una profunda mirada.

—¿Qué carta es esa, Baltasara?—la dijo.

—No es ciertamente para vuestra alteza, señora—contestó Baltasara.

—Pues ¿para quién?

—Para monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—¿Y por qué tienes tú una carta para ese señor?

—Me la ha entregado, con encargo de llevarla á monsieur de la Chaumiere, mi joven señora.

—¡Cómo! Dame esa carta.

—Baltasara entregó tranquilamente la carta á la princesa.

Ésta la abrió.

—“¡Estoy muy contenta de vos!—leyó con asombro la princesa—: ¡venid esta noche por el patinillo!— ¡Ahl Conque no ama al rey... ¿Y quién sabe; quién sabe... criada por gitanos, si esto no es más que una astucia para confiarme?...”

Ana María había murmurado estas palabras ininteligibles.

—¿Te ha mandado tu señora que me traigas esta carta, Baltasara?—dijo severamente la princesa—: respóndeme la verdad; ya sabes que yo conozco cuando se me habla si se me engaña ó no.

—Yo no puedo hacer traición á vuestra alteza—contestó con una gran espontaneidad Baltasara—; esta carta se me ha dado con gran secreto para que la lleve á monsieur de la Chaumiere.

—Y entonces, ¿por qué has venido trayendo esa carta en la mano?—dijo la recelosa princesa.

—He venido, porque la señora marquesa quiere saber si puede venir á ver á vuestra alteza, y traía esta carta en la mano para que vuestra alteza me preguntase qué carta era.

Meditó por un momento la princesa, y sus ojos, generalmente dulces, se nublaron con una expresión sombría.

Puso la carta dentro del sobre, y la dió á Baltasara.

—Llévala —la dijo.

—¿Abierta, señora?

—No importa, porque no vas á llevartá á casa de monsieur de la Chaumiere.

—¿Pues adónde, señora?

—Déjala caer en la portería de Damas sin que nadie lo vea; piérdela, pero piérdela allí, donde la encuentren.

—Vuestra alteza me sacará del compromiso.

—¿Qué tienes que temer por servirme? Ve, no vuelvas al cuarto de la marquesa; pudiera arrepentirse y pedirte la carta; yo la avisaré de que puedo recibirla.

—¿Y qué diré á la señora?

—La verdad: que has perdido la carta; esto es muy verosímil; generalmente se pierde más pronto aquello que más se cuida que no se pierda: vete.

—¿Y no iré á casa de monsieur de la Chaumiere?

—Sí, vé; bueno es que sepa que se ha perdido una carta escrita para él por la marquesa de Nuestra señora de las Nieves, y que se ha perdido en el alcázar; dí de paso á uno que avise á la marquesa que puedo recibirla al momento.

Baltasara salió.

—¡Conque se entendían ese hombre y ella; ese hombre, el espión de Luis XIV junto á Felipe V; ese hombre á quien no me atrevo á arrojar de aquí por no causar sospechas en Versalles! ¿Por qué no me ha hablado de este conocimiento Azucena? ¿Serán éstos unos amores? Ella está preocupada, triste: ¿será una conspiración?... ¿habré yo traído en mi hija á la corte una enemiga mía?... No la comprendo, me aturde. Pues bien, que se comprometa, que se case; monsieur de la Chaumiere no lleva su bajeza hasta el punto de poner su honra en la balanza de su ambición, y una vez casado con ella... ¡oh! entonces le haré sentir celos por el afecto del rey hacia Azucena, y se irá de aquí con ella; pero ¿consentirá el rey en este enlace de una dama á quien cree hija natural de Carlos II, con un hombre á quien en el fondo desprecia? Sea lo que quiera, ganemos tiempo. ¡Ah, hija mía! ¿cómo levantada tan de mañana?

Acababa de entrar Azucena.

La expresión de sombrío disgusto de la princesa se había cambiado en una expresión de amor, de alegría.

Azucena abrazó á la princesa y la besó en la boca, exclamando:

—¡Oh, y qué feliz soy, madre mía!... Pero ¿por qué me habéis besado de ese modo?... Vuestro beso me ha dado frío.

—Es que estoy enferma, María; es que tengo frío en el alma, que no he dormido esta noche— contestó reponiéndose la princesa.

—¿Y por qué, madre mía, por qué?— exclamó con una ardiente solicitud Azucena.

—Porque siento en torno del rey una conspiración terrible, y no puedo asirla; siento la trama y no puedo coger ni uno solo de sus hilos; porque temo una catástrofe.

—¡Yo tengo la trama entera en mis manos!— exclamó Azucena.

—¡Tú, hija mía! ¡Tú!...

—Sí; mirad.

Y Azucena mostró á la princesa la carta de monsieur de la Chaumiere y el documento á ella adjunto.

—¡Ah!— exclamó la princesa.

Y aquella exclamación respondía á este pensamiento: me he equivocado: no es su amante.

Después, la princesa leyó el documento y abrazó con una verdadera efusión á Azucena.

—Nos hemos salvado—dijo—. ¿Cómo podré yo agradecerle, hija mía, el gran servicio que me has hecho, permitiéndome hacer otro gran servicio al rey?

—Vos para mí sois la primera, madre mía—dijo Azucena.

Ana María volvió á besar en la boca á su hija.

—Y dime—preguntó:—¿cómo te has puesto en inteligencia con monsieur de la Chaumiere?

Azucena contó cuanto la había acontecido desde la tarde anterior: su encuentro de la carta perdida en la galería de los Infantes; su cita en ella para aquella noche en el patinillo del alcázar, adonde daban los balcones de su cuarto; su entrevista con monsieur de la Chaumiere, y la manera como había recibido aquella mañana, cuando aún estaban en el lecho, la carta de monsieur de la Chaumiere con el documento adjunto.

Pero no dijo ni una sola palabra á la princesa acerca de la carta que había escrito á monsieur de la Chaumiere citándole para aquella noche al patinillo.

Ana María no pudo menos de reparar en esta circunstancia.

—Puede ser que haya algo de amores, pensó: monsieur de la Chaumiere es muy galán y muy experimentado, y ella tiene aún el alma virgen.

Después dijo en voz alta, siendo consecuente á su anterior pensamiento:

—Y dime, Azucena: ¿qué tal te ha parecido como hombre monsieur de la Chaumiere?

—Un hombre imposible para toda mujer de corazón—contestó Azucena con la persuasiva sencillez de la verdad: un presuntuoso que deja conocer á primera vista que sólo está acostumbrado al trato de ciertas mujeres.

—Ha vivido mucho tiempo en Versalles, donde la corrupción es tan general, que nadie se apercibe de ella, y el trato galante una costumbre; pero estos libertinos suelen ser muy buenos maridos: conocen profundamente á la mujer y aprecian más que otro alguno sus buenas cualidades: además de esto, monsieur Horacio Prevau de la Chaumiere es de una antigua y buena casa de Bretaña, bastante rico, goza de algún favor con Luis XIV, y sobre todo con madama de Maintenon, y mucho más con Felipe V; es valiente, discreto y buen mozo. No te digo esto por nada, sino porque si el corazón te inclinase á él, yo te vería con menos disgusto su esposa que esposa de otros muchos.

—Una hija de rey—exclamó Azucena—no puede ser la esposa de un simple gentilhomme; no digo esto por mí, lo digo porque el rey no consentiría nunca mi enlace con monsieur de la Chaumiere.

Ana María sintió estas palabras como hubiera sentido una puñalada.

Volvieron sus dudas, desvanecidas por un momento; pero su semblante no dejó ver la menor alteración.

—Indudablemente—dijo—de todos modos ese sería un enlace desigual, porque siendo tú mi hija, vales tanto como si fueras hija de un rey: lo que te he dicho sólo ha sido para alentarte á una confianza: si te hubiera visto enamorada de monsieur de la Chaumiere, éste, antes de mucho, hubiera sido llamado á Versalles.

—¡Ah! no, no; dejadle aquí, porque nos servirá de mucho: yo os lo aseguro. ¿Quién sino él puede darnos el hilo de esta conspiración? Dejadle en mis manos, que yo haré que nos sirva tan bien como él mismo no puede imaginar: está

enamorado de mí como un loco. ¡Pobre monsieur de la Chaumiere!

—Y dime, Azucena: ¿no amas á nadie?

—No—contestó Azucena, fijando tranquilamente su límpida mirada en la princesa—; no, ni espero amar; es muy difícil que yo encuentre un hombre tal como es necesario que sea para que yo le ame. Pero adiós, madre mía; á las diez entro de servicio: tengo que peinarme y vestirme; apenas me queda tiempo: adiós.

Y besó á su madre en la boca y escapó.

—Esto es terrible—dijo la princesa—; parece que lleva muchos años de corte: es impenetrable: no sé á qué atenerme: no sé si he cometido un crimen tendiéndola un lazo, ó si evito de este modo una repugnante guerra entre ella y yo; una guerra monstruosa: y bien, ¿qué puede suceder? No lo sé: es tenaz, terrible, capaz de afrontar el escándalo: sin duda me he dejado arrebatar en un imprudente impulso de celos, y ya no es tiempo. Baltasara, la conozco bien, habrá cumplido mi encargo: en fin, ya veremos: siempre habré conseguido desencantar, hasta cierto punto, al rey. ¿Y si el rey por esta misma circunstancia se obstina? ¡Ah! No sé dónde estoy: por la primera vez, me embrollo. ¡Ah! ¡Este papel, esta denuncia de una conspiración dispuesta, preparada ya y que debe llevarse á cabo dentro de cuatro días!... Es necesario no perder tiempo.

La princesa salió de su cámara; entró en la recámara donde había dormido una noche Azucena, abrió la puerta secreta por donde había entrado el rey aquella noche, adelantó por un largo pasadizo muy estrecho y muy oscuro, llegó á una puerta y tocó á ella tres veces, por largos intervalos.

Al fin, á la tercera vez, se abrió la puerta y apareció Felipe V, envuelto en una especie de bata y recogidos los cabellos en una redecilla de seda.

La princesa estaba en la cámara del rey y á solas con él.

CAPITULO XXIV

DE CÓMO SE GUARDA UN SECRETO DE ESTADO

Ana María, por la primera vez, no vió aparecer el goce en la mirada del rey al presentarse á él.

Felipe V estaba demasiado serio.

—Os he importunado, ¿no es esto?—dijo con cierva violencia la princesa, mordiéndose el labio

inferior—: he interrumpido sin duda, despertándoos, un hermoso sueño.

—Ciertamente, dormía con delicia; gozaba el lecho, princesa; pero ésta no es la cuestión: vos no me importunáis nunca, y no sé por qué os venís á mí con esa recriminación indirecta: estáis celosa, lo veo, lo conozco, y esto me disgusta.

—Celosa ¿de qué?—dijo con altivez la princesa—: os engañáis; yo no puedo tener celos; los tendría si hubiese otra persona que os sirviese más lealmente que yo.

—No digáis que me sirviese—dijo Felipe V—: me hace daño esa palabra en vuestros labios, Ana María; decid que me amase más que vos.

Nubló el rostro la princesa.

—Siempre esa rigidez que me desconcierta, que me desespera, que os hace mi tirano—exclamó el rey—: siempre ese imposible.

—¡Una vieja que puede ser vuestra abuela!—dijo con una sonrisa sardónica la princesa—: ¡una mujer de la que se cuentan no sé cuántas historias; de la que se dice que ha sido amante de algunos días de vuestro abuelo, y que por esta sola causa la ha apartado de Versalles, enviándola á vuestro lado, la recelosa madame de Maintenon!

Y la sonrisa de Ana María se hizo más sarcástica, más ácida, por decirlo así.

—Estáis irritada, lo veo, y no hay medio de entenderse con vos—exclamó Felipe V—: ¡por San Dionisio, y por San Martín de Tours, y por todos los santos patronos de la casa de Francia y de la de España, voy á casar á mi prima la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves con quien se la lleve á mil leguas de aquí.

Felipe V no recogió el fruto de sus palabras

La princesa hizo un marcado gesto de desdén y dijo:

—¿Y qué me importa esa señora? ¿Qué celos podría yo tener de ella? ¿Qué ha acontecido? Que os habéis deslumbrado un momento y nada más.

Y luego, asiendo al rey de una mano, acercando su boca á su oído, le dijo:

—Yo puedo haceros caer á mis pies: yo, la vieja de sesenta años, puedo embriagaros, puedo enloqueceros, puedo haceros tan mío, que nada tengáis vuestro: puedo...

La princesa se interrumpió.

Felipe V no se había aturdido: no había temblado.

Se había limitado á mirar de una manera apasionada á la princesa.

Pero aquello era mentira: era una mirada falsa; una moneda que no podía hacerse tomar como de buena ley á la experimentada princesa.

—Puedo—dijo, reponiéndose ésta antes de que el rey pudiese notar que se había desconcertado—; puedo todo lo que quiera; pero yo no quiero de vos sino que seáis verdaderamente rey; que dominéis á vuestros enemigos; que los aterréis; que aseguréis en vuestra cabeza la corona, y que seáis tan grande que causéis el orgullo de los españoles: esto es lo que quiero y lo que querré siempre: á eso he venido; mirad.

Y le dió la instrucción que le había entregado Azucena.

El rey la leyó y se puso pálido.

—¡Ah!—exclamó—. ¿Conque todo esto nos amenazaba? ¿Conque los traidores están á nuestro alrededor, invisibles, acechándonos como el tigre? ¿Y quiénes, quiénes son, señora?

—No lo sé—dijo la princesa—: esto no es cosa mía: hace media hora no tenía noticia alguna de esta conspiración, es decir, no había recibido aún ese escrito.

—¿Y quién os lo ha enviado, Ana María?

—Me lo ha entregado vuestra prima la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

Por aquella vez el rey se puso densamente pálido y se estremeció de una manera perceptible.

—¿Y quién ha dado este papel á la marquesa?—preguntó con la voz poco segura.

—Mirad la firma de esta carta—dijo la princesa—, dando al rey la carta de monsieur de la Chaumiere á Azucena.

—¡Ah!—dijo el rey, cuya mano temblaba teniendo la carta—: ¡conque de la Chaumiere se entiende con la marquesa; envía esto á la marquesa, en vez de darme lo á mí, ahorrando tiempo y rodeos!

—Se entiende, indudablemente, para serviros—dijo firmemente la princesa.

—Sí, sí; pero yo no entiendo... Bien; la ama: es muy natural, ella es hermosa, ha aparecido con o un astro en la corte; de la Chaumiere es ambicioso, ha adivinado que la marquesa goza de nuestro favor, y procura obligarla procurándola los medios de que nos preste un gran servicio: pero de la Chaumiere es una especie de bribón á quien yo conozco demasiado; es muy

posible que no exista tal conspiración. ¡Ah, señor mío, usais y aun abusais de nosotros para vuestros negocios!

—Esa instrucción está escrita por el marqués de Castroviejo, desterrado, por su desafección á vos, de la corte.

—¿Conque todo esto es cierto? ¿Y de dónde diablos ha sacado ese maldito de la Chaumiere esta arma de dos filos?

—Creo que de cierta casa que pasa por deshabitada, donde vive una joven desconocida.

—¡Ah! ¿Vos también estáis en el secreto? ¿Vos conspiráis con de la Chaumiere?

—No, no, señor; coincidencias.

—Pues bien: ello es necesario que conozcamos á los conspiradores; por lo demás, si la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves está enamorada de de la Chaumiere, y se obsina, la casaremos: de todos modos es necesario que se case, porque parece irregular que siendo soltera sea dama de honor de la reina. ¡Oh bien! De tal modo nos sirve que no debemos contrariarla. ¿Y esa otra dama de que me habeis hablado?

—Esperad, esperad, que aún no tengo cogidos todos los hilos, y nada puedo deciros por ahora: y adios; estoy muy ocupada en vuestro servicio, y no puedo robaros ni un minuto más permaneciendo á vuestro lado.

—Adios—dijo Felipe V, besando la mano á la princesa.

Esta salió por la puerta secreta, preparando una buena intriga.

—¡Ah!—exclamó el rey cuando se hubo quedado solo—: de la Chaumiere se atreve... No, no, la que se atreve es ella: de la Chaumiere nada sabe. Pero ¿cómo puede acusar á ese hombre? ¡Ah! las mujes, las mujeres... Pues bien, mejor: de la Chaumiere es mío, mío en cuerpo y en alma, porque su alma no se conmueve más que por la ambición, y yo soy la espesanza de su ambición: la casaré, sí, la casaré.

Y el rey, ansioso de empezar á poner en práctica los proyectos que acababa de concebir, guardó en una papelería los papeles que le había dado la princesa; cerró, guardó la llave en un secreto de un cajón de su mesa de despacho, y tocó una campanilla.

Se presentó al momento un camarero.

—Que entre al momento de la Chaumiere—dijo el rey.

—Mr. de la Chaumiere no ha venido aún—dijo el camarero.

—¡Cómo! ¿Pues qué hora es?

—Las ocho, señor.

—¿Y no sabe de la Chaumiere que á estas horas me levanto y me peino?

—Ahí está Lavallo—se atrevió á decir el camarero.

Lavallo era el peluquero del rey.

—No, no—dijo Felipe V—: me duele la cabeza, y cuando esto sucede no encuentro nadie que me peine mejor que de la Chaumiere: que vayan al momento á su casa: yo no sé por qué no ha de vivir de la Chaumiere en palacio; que vayan, que vayan al momento.

El camarero desapareció.

Felipe V se quedó de muy mal humor.

—Habrá trasnochado tal vez por causa de ella: se habrá dormido—exclamó.

—Y empezó á sacar todas las quintas esencias que sacan los celosos.

Estaba verdaderamente irritado.

La sangre del voluntarioso, del soberbio Luis XIV se revolvió en él.

Mr. de la Chaumiere estaba, decididamente, en desgracia.

Y si se hubiera presentado en aquellos momentos, no sabemos lo que hubiera acontecido.

Pero á los ocho minutos, en vez de presentarse Mr. de la Chaumiere, se presentó el camarero que había sido enviado en su busca.

—Mr. de la Chaumiere—dijo—no está en Madrid: ha salido esta mañana á las cinco, á caballo, acompañado de un criado sin decir adónde iba.

—Bien—dijo el rey—: que entre Lavallo.

Desapareció el camarero.

—Y bien—dijo Felipe V—: es verdad, no sé dónde tengo la cabeza: en la carta que de la Chaumiere ha escrito á la marquesa, la dice que sale de Madrid y que no la verá ¡no la verá! hasta el 9 por la noche.

Entró en aquel momento el peluquero de su majestad, y cortó su soliloquio.

Felipe V asustó á su peluquero, en fuerza de lo disgustado que se mostró con él.

Una vez peinado, se hizo vestir, abrió luego la papelería, tomó la instrucción que en ella había guardado, cerró la papelería, y por una comunicación interior pasó al cuarto de María Luisa Gabriela de Saboya.

La real niña (entonces sólo tenía diez y seis años) estaba pálida, nerviosa, visiblemente disgustada. Tenía una carta en la mano.

Junto á ella estaba de pie é inmóvil la condesa de Yebra, que era una buena moza ya agostada.

—Retiráos, señora—dijo María Luisa á la dama de honor, que se inclinó y salió.

—Tomad—dijo la reina á Felipe V, dándole la carta que tenía en la mano—: tomad y leed; ved lo que nos ha traído á Palacio nuestra buena amiga la princesa de los Ursinos.

El rey leyó en aquella carta:

“Estoy muy contenta de vos. Venid esta noche á las doce por el patinillo.—“La marquesa de Nuestra señora de las Nieves.”

El rey se desconcertó de tal modo, que María Luisa no pudo menos de notar que tomaba demasiado vivamente aquel asunto.

Sin embargo, no dió la menor señal de haberlo notado.

—Pero esto es incalificable—dijo el rey—, procurando disimular su conmoción: ¿cómo os ha venido esta carta á las manos, señora?

—Acaba de entregármela la condesa de Yebra.

—Y bien: ¿cómo la condesa ha obtenido esta carta?

—La ha encontrado una de sus doncellas en la portería de damas.

—¿Encontrado!

—Sí, en el suelo.

—¿Y cómo se ha venido esta carta á la portería de damas?

—¿Quién sabe? La verdad es que cuando la condesa de Yebra la recogió, ya la habían leído muchos de la servidumbre.

—En verdad, en verdad, no conocemos la letra de la marquesa; su repentina entrada en la corte, su elevación no justificada han debido producir muchas envidias, muchas quisquillas crueles.

—Sea como quiera, el golpe es de muerte—dijo la reina: se ha dado un escándalo, un gravísimo escándalo que es necesario cortar á todo trance.

—Indudablemente; pero si esto es el instrumento de una intriga miserable...

—En ese caso se castiga severamente á quien se haya atrevido á tanto; pero vamos á saber lo que hay de cierto en esto.

La reina tocó una campanilla y apareció la condesa de Yebra.

—Haced que avisen á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, que la espero.

—Heme aquí, señora, á las órdenes de vuestra majestad—dijo entrando en aquel momento Azucena.

—Retiraos—dijo la reina á la condesa de Yebra—, que salió.

—Permitame vuestra majestad—dijo Azucena acercándose—, la digo sé para lo que vuestra majestad me llama: se ha perdido, ó han perdido exprofeso una carta mía en el alcázar, una carta á monsieur de la Chaumiere.

La reina no supo qué contestar.

Azucena estaba perfectamente tranquila y casi altiva.

—Es sensible, muy sensible lo que ha sucedido—dijo la reina.

—Todo se reduce, señora, á que monsieur de la Chaumiere me ha solicitado; á que le amo y á que estoy dispuesta á casarme con él, si no es ya que monsieur de la Chaumiere no se ha dirigido á mi con proyectos indignos en que no quiero creer.

—Sea como fuere—dijo la reina—, monsieur de la Chaumiere se casará con vos.

—Pero ¿cómo os habéis olvidado—dijo el rey— de lo alto de vuestro origen, por más que ese origen sea bastardo?

—Renuncio al reconocimiento del señor rey don Carlos II.

—Pero y bien—dijo el rey, mientras la reina observaba de una manera tranquila—: yo creo estar en el secreto de esta carta, porque la princesa de los Ursinos me lo ha dicho todo: tamad, señora, añadió, sacando de su bolsillo y entregando á la reina la instrucción del marqués de Castroviejo á los conspiradores.

—¡Oh, qué infamia!—exclamó la reina cuando hubo leído.

—Pues bien, debemos el conocimiento de esta infamia á la marquesa.

—¡Cómo!—dijo la reina, desarmándose—: ¿vos?...

—Sí, me he valido de monsieur de la Chaumiere—contestó Azucena.

—De lo que se ve claro que quien está enamorado es de la Chaumiere, y ha hecho un magnífico regalo en ese papel á la marquesa, para abrirse camino: puede suceder muy bien que la cita de la marquesa á monsieur de la Chaumiere no haya tenido por objeto otra cosa que averiguar más en favor nuestro.

—Amo á monsieur de la Chaumiere—repitió tranquila Azucena.

—Seréis su esposa—dijo la reina—, y cuanto antes, cuanto antes: entre tanto será bien que permanezcais en vuestro cuarto.

Azucena se inclinó y salió.

—Se sacrifica, se sacrifica indudablemente á su decoro—dijo el rey.

—Y bien, ¿qué hemos de hacerle, amigo mío?— contestó la reina: es triste, es doloroso; pero ha cometido una imprudencia, y quién sabe, quién sabe: es posible que esté enamorada; dicen que ese de la Chaumiere es muy afortunado con las damas.

—Pero es un miserable, un libertino incorregible, un hombre que debe todo lo que es á bajos servicios; pero nada, nada, puesto que ella lo quiere, y que hay un escándalo que cubrir, casémoslos; esperemos á que vuelva de la Chaumiere, porque no está en Madrid ni se sabe adónde ha ido.

El rey dejó de hablar de esto á Luisa Gabriela; permaneció un cuarto de hora junto á ella, ocupándose de la conspiración, y se fué.

La reina llamó de nuevo.

Se presentó la condesa de Yebra.

—Es lo más natural del mundo lo que sucede—dijo la reina á su dama de servicio—: realmente el lugar de la cita nada dice contra las buenas costumbres de la marquesa: ella y monsieur de la Chaumiere han convenido casarse, y hay que dispensar algo á los enamorados, siempre que no lastime la honestidad: decid á los que tienen conocimiento de esto, que es una cosa decidida el enlace de monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere con la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Desgraciadamente ha sobrevenido otro nuevo escándalo—dijo respetuosamente la condesa de Yebra.

—¿Qué escándalo?

—La princesa de Tilly, azafata mayor de vuestra majestad, acaba de llegar y de referir en la portería de Damas que le han matado un paje por culpa de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Haced entrar á la princesa de Tilly—dijo Luisa Gabriela, que empezaba á impacientarse visiblemente.

Poco después entró la vieja princesa de Tilly, descompuesta y llorosa, pretendiendo en vano ocultar el estado de su espíritu.

La reina se quedó sola con la princesa.

—Acabo de saber con disgusto, con un alto

disgusto, que en un lugar inconveniente, en la portería de Damas, estais diciendo á todo el que quiere oiros, que por culpa de una de nuestras damas de honor han matado á un paje vuestro.

La reina había pronunciado estas palabras con una severidad tal, que la princesa de Tilly se aterró y cayó de rodillas.

—Perdonadme, señora—la dijo—, pero me veo en un tristísimo conflicto: el paje, no muerto, pero herido gravísimamente, me había sido confiado desde hace tres años por sus padres, que son unos honrados hidalgos de Asturias, arrendadores de mi marido.

—¿Y eso os ha puesto las lágrimas en los ojos?—dijo con aguda intención la reina. Levantáos y respondedme: ¿Por qué se encuentra mezclado en este suceso el nombre de una de mis damas?

—Perdóneme de antemano vuestra majestad—dijo humildemente la princesa—, si para obedecerla me veo obligada á hacerla oír pequeñeces repugnantes.

—Hablad, hablad sin temor: quiero saberlo todo.

—Ese paje tenía amores con una doncella de la condesa de Yebra: no sé cómo averiguó que esta doncella se había encargado de entregar una carta á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; se irritó, se hizo seguir por la doncella á su cuarto, la maltrató, y he aquí que aparece el hombre que había dado á la doncella una carta de su amo para que la entregase á la marquesa: este hombre es un tal Pommeferre, lacayo de monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere: salió á la defensa de la doncella, maltrató al paje, irritó á éste porque, como buen hidalgo asturiano, es bravo, salieron del alcázar, y en una alameda, á orillas del río, el Pommeferre atravesó de una estocada á mi paje: me avisaron, acudí, acudí un alcalde á quien se había avisado también, y el asunto está en poder de la justicia: ni al matador ni á su amo se les ha encontrado en su casa.

—¿Y quién mandó buscar al alcalde?

—Yo, señora

—¿Y por qué, estando unido á todo esto el respetable nombre de una dama de mi servidumbre, no habéis venido á mí con la queja?

—Hay momentos, señora, en que la sorpresa no deja lugar á reflexión.

—Sí, pero las faltas de reflexión, cuestan, con frecuencia, caras: sabedlo para que lo digáis,

como habéis dicho lo que no debíais decir: monsieur Horacio Prevau de la Chaumiere y la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, se casarán en un brevísimo plazo: en cuanto á vos, sin deteneros más tiempo que el que sea necesario para que dispongáis vuestro equipaje, saldréis desterrada á Asturias: idos.

La princesa salió llorando.

A su vez la reina pasó á la cámara del rey.

Felipe V se puso en ascuas.

Creyó que María Luisa habría encontrado extraño el que se hubiese interesado tanto por la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

La ida de la reina á la cámara del rey era excéntrica: no había sucedido aquello hasta entonces.

En cambio el rey pasaba con mucha frecuencia á la cámara de la reina.

—¿Sucede algo nuevo, señora?—dijo el rey, procurando disimular la inquietud que le causaba la presencia de María Luisa Gabriela en su cámara.

—Acabo de desterrar á la princesa de Tilly—dijo la reina, que estaba sumamente seria.

—¿Anda también en aventuras la vieja princesa—dijo el rey.

—No, continúa la misma aventura: un criado de la Chaumiere ha hecho llegar por medio de una doncella de la condesa de Yebra una carta de su amo á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Y por consecuencia de esto habéis desterrado á la pobre princesa de de Tilly—dijo con ligereza Felipe V, que pretendía dulcificar la situación.

—Un paje á quien estima demasiado la princesa de Tilly—continuó siempre seria la reina—, parece que se entendía con la doncella portadora de la carta, y hubo de maltratarla por haber prestado aquel servicio al criado de la Chaumiere; éste sobrevino, sacó al paje del alcázar, y le ha dado una estocada.

—¡Un desafío!—dijo con disgusto Felipe V—; es decir, que aquí no se nos teme, á pesar de lo riguroso de nuestras pragmáticas.

—Así parece—contestó la reina.

—Y bien, prescindiendo de esto, ¿qué hay de común entre este desafío y la princesa de Tilly?

—Que por el estado en que han puesto á su paje, se ha descompuesto, se ha olvidado de su decoro, y ha contado á todo el mundo que la marquesa ha recibido una carta de la Chaumie-

re y que á causa de esta carta le han matado á su paje.

—Y qué hemos de hacer—exclamó abrumado por todo aquel enredo Felipe V.

—La princesa ha hecho intervenir á un alcalde en el negocio y se ha empezado un proceso—contestó sin perder su aplomo la reina: es necesario, pues, olvidarse por el momento de las pragmáticas, cortar el escándalo, recoger el principio de ese proceso, mandar callar al alcalde, enterrar al paje si muere, y que esto pase sin ruido: no quiero que de palacio salgan tales escándalos; es necesario que las gentes no fijen su mirada en el alcázar para buscar cosas que no han debido ser, que no serán más.

—Y en último resultado, todo esto ha sucedido por el celo en nuestro favor de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: por lo mismo, cortemos el escándalo.

—Es muy duro decir á un alcalde que cumple con su deber: detened el curso de la justicia, cruzáos de brazos; dejad pasar un delito que habéis visto.

Las circunstancias son más fuertes que todos los poderes: ni nos hemos colocado aún en una situación definitiva: tenemos el territorio invadido por los enemigos: ya habéis visto con cuánta tenacidad se conspira: es necesario no dar ocasión á que se prevalgan de sucesos que no hemos podido evitar, á que nos pierdan el repeto; á que digan que si en el alcázar suceden cosas poco conformes al decoro, tal vez consista en algún mal ejemplo mío.

Felipe V saltó de su sillón.

—¡Cómo!—exclamó—; ¡qué idea, qué pensamiento!

—Todo hay que temerlo de la infamia y de la ruindad de nuestros enemigos.

—Nada se evitará con dejar sin castigo ese exceso; se sabrá lo que ha sucedido, porque todo lo que sucede en el alcázar se sabe al momento; los reyes están siempre rodeados de traidores inevitables.

—Pero quedará en rumor que no robustecerá, convirtiéndose en una verdad indudable un proceso.

Felipe V tocó la campanilla y dijo á un gentilhomme que apareció en la puerta:

—Que venga al momento mi secretario Orrí. Este era el ministro en quien más confianza tenía Felipe V.

La reina se volvió á su cámara.

Un cuarto de hora después, Orrí hablaba con el rey.

A las diez de la mañana salía del alcázar por la puerta de las Meninas, y se encontró con la princesa de Tilly, que desolada, aterrada, se dirigió á un carruaje de camino que esperaba á la puerta, acompañada de dos mujeres.

—¿Qué es eso, señora?—la dijo Orrí—; ¿adónde vais?

—A cambiar de aires, caballero—dijo con irritación la princesa—; culpas ajenas me echan de la corte.

Y sin decir ni una palabra más se metió en el coche, que inmediatamente se puso en marcha, escoltada por algunos lacayos y pajes de la princesa.

Orrí se dirigió á su carroza murmurando:

—Una intrigante menos; una menos que nos haga traición; así pudiéramos quedarnos sin ninguna.

Una hora después se había echado completamente tierra al negocio en virtud de una orden secreta del rey, y este tenía en su poder y leía profundamente pensativo todo lo que se había actuado, esto es, el parte del suceso, la declaración de Pedro Perea, la de la princesa de Tilly, el auto de prisión contra Pommeferre y Petra y la diligencia por la que constaba que no habían podido ser habidos.

De la declaración de Perico resultaba: que se había maltratado á Petra, de lo cual había provenido el desafío; había consistido en que estaba enamorado de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y le había irritado el saber que Petra le había llevado una carta de un hombre.

Perico se había creído muerto; había perdido el miedo á los que ya no podían hacerle nada, según él creía, y había echado fuera todo lo que tenía sobre el corazón.

Constaban en el proceso los nombres de los tres guardabosques. El rey mandó á su montero mayor los hiciese marchar al instante á otro de los bosques del patrimonio á muchas leguas de Madrid.

Perico Perea se encontró con un capitán de guardias que hablaba muy mal el español, porque era francés, llegado poco tiempo hacía, pero que se dejaba entender perfectamente.

Este capitán se llamaba monsieur Hércules de Longchamps, y gozaba de toda la confianza del rey; era un verdadero perro de presa.

Entró, y se encontró un alguacil muy serio

sentado junto á la cama donde se quejaba profundamente Perico.

—¿Qué diablos hace aquí este cuervo (traducimos en buen español las palabras de monsieur de Longchamps). ¿Quiénes sois vosotros, señores?—añadió, volviéndose á los médicos.

—En nombre del rey nuestro señor, callad—dijo el alguacil poniéndose de pie y enderezando su vara; aquí no puede hablarse.

—¡Ahl! ¿vos sois un hombre de la ley?—dijo Longchamps, mirando con desprecio al alguacil.

—Ministro de justicia—exclamó, creciendo en irritación el corchete.

—Leed esto—le dijo monsieur de Longchamps.

Y le entregó una orden.

—Nada tengo que decir—dijo el ministro de justicia, quitándose su sombrero reverentemente—: el rey nuestro señor me manda entregaros el preso.

—Y yo, en nombre del rey nuestro señor, os mando que me respondáis: ¿sabéis por qué está preso este paje?

—Por delito de desafío.

—¡Pedróñez!—dijo monsieur de Longchamps, volviéndose á un piquete de guardias que estaba junto al coche en que el capitán había llegado—: apoderaos de este ministro de justicia, y sin dejarle hablar con nadie le llevaréis al pueblo de su naturaleza, y mandaréis á su alcalde, de orden de su majestad, que le retenga allí durante dos años, teniendo el pueblo por cárcel.

—Pero, caballero: ¿qué delito he cometido yo?—exclamó poniéndose lívido el alguacil.

—Ser ministro de justicia—contestó monsieur de Longchamps—: lleváosle, Pedróñez, al alcázar; buscad al sumiller de corps, y éste os dará el pasaporte y dinero para los gastos del viaje y de vuestra vuelta: id.

Pedróñez, que era un sargento de guardias, un soldadote brutal, una especie de gigaute, se echó sobre el hombro izquierdo la alabarda, agarró al alguacil y se le llevó casi en peso.

Los médicos se miraron inquietos.

—Y bien, señores—dijo de Longchamps—: ¿por qué razón estáis aquí?

—Somos médicos, caballero, es decir, médico y cirujano, y asistimos á ese herido.

—Siento mucho deciros, señores—dijo monsieur de Longchamps—, que por graves razones de Estado no podéis seguir asistiendo á ese paje; siento aún más añadir que vais á salir al

momento de Madrid, para el lugar de residencia que elijáis.

—Pero esto es muy terrible, caballero—dijo uno de ellos.

—Esto debe ser un error—dijo el otro.

—No; no, señores; es una orden expresa de su majestad; graves razones de Estado, lo repito, la hacen necesaria; pero se me ha mandado decir que se os indemnizará.

—Acato las órdenes de su majestad—dijo el médico.

—¿Y nuestras familias?—exclamó el cirujano.

—El rey nuestro señor se encarga de ellas—contestó monsieur de Longchamps—: vais á ser conducidos al alcázar, desde donde, cuando se hayan llenado las formalidades necesarias para subvenir á vuestros gastos y al de vuestra familia, partiréis al lugar que elijáis; la carroza en que he venido os espera, señores: alférez Maceda, acompañad á estos caballeros al alcázar: cuando lleguéis, haced que se dé parte, por los que están allí, al señor sumiller de corps.

Los médicos salieron cabizbajos y mohños y entraron en la carroza, acompañados del alférez Maceda, y la carroza partió.

Monsieur de Longchamps y Perico Perea estaban solos.

Cerca de la puerta de la casilla había doce guardias, que indiferentes á todo aquello charlaban entre sí.

—Ahora bien, tunante—dijo el capitán Hércules á Perico Perea—: vas á ser cuidado á cuerpo de rey.

—¿Y por qué se han llevado á toda esa gente?—dijo Perico á monsieur de Longchamps.

—Para que no hablen, canalla; y para que tú no puedas hablar, me quedo yo de día y de noche á tu lado; si te mueres, ganas, porque si curas me parece que vas á galeras.

—¿Y por qué, si curo, no me ahorcan con arreglo á las pragmáticas?—dijo con su insolente audacia Perico.

—Porque has nacido de pies, pillo—contestó monsieur de Longchamps—; si un gentilhomme como yo hubiera incurrido en el delito de desaffo, ya le hubieran arcabuceado; pero cállate, que estoy de mal humor, y no quiero conversación: Portiñez.

A delantó un guardia y saludó militarmente á su capitán.

—Dejad ahí la alabarda é idme á buscar un médico y un cirujano.

Portiñez dejó la alabarda en un rincón de la casilla y salió.

El capitán puso un centinela, con orden de que no dejase que entrara nadie sin su permiso, y dijo á los otros guardias de corps:

—Estamos de guardia: arrimad las alabardas á la tapia.

Y se metió para dentro; se sentó en la silla donde había estado sentado el alguacil, se aflojó el talabarte, extendió las piernas, echó la cabeza entre la pared y se puso á silbar fastidiado.

En cuanto al alcalde y al escribano que habían intervenido en el proceso, se los llevaron de Madrid, sin dejarlos hablar con nadie, de orden del rey, los guardias de corps.

La condesa de Yebra y las personas de la servidumbre que habían tenido noticia del suceso, fueron asimismo desterradas; y sin duda alguna se agarró á todos los que el suceso sabían, porque ni una palabra se dijo de ello en Madrid.

Supiéronse, sí, los destierros de tantas personas; pero como aquellos eran otros tiempos de continua conspiración, se tuvo á los desterrados por conspiradores, lo que no dejó de inquietar á que los verdaderamente conspiraban, aunque ninguno había sido preso ni desterrado.

CAPITULO XXV

DELAS MUCHAS Y BUENAS COSAS QUE DESCUBRIÓ MONSIEUR DE LA CHAUMIERE, ABUSANDO DEL NOMBRE DEL REY

Trotaron y galoparon tanto monsieur de la Chaumiere y Malegarde, que á las nueve de la mañana dieron vista á Alcalá de Henares.

Los caballos iban rendidos.

Monsieur de la Chaumiere comprendió que para seguir con ellos hasta la hacienda de Pozofrío, para la que faltaban aún siete leguas, era necesario tardar muchas más horas de las que quería.

No había apretado más á los caballos porque los estimaba mucho y no quería matarlos.

A la entrada de Alcalá, se metió en la tienda de un herrador albéitar.

—Cuidadme estos caballos mientras yo vuelvo—dijo—: y para continuar mi camino muy deprisa, buscadme, por lo que quieran, dos caballos muy fuertes y muy corredores.

El albéitar robó á monsieur de la Chaumiere; pero un cuarto de hora después de haber para-

do éste en su casa, seguía su camino, montado, como Malegarda, una especie de araña que corría como el viento.

A monsieur de la Chaumiere le importaba muy poco reventar aquellos jacos, y los mantenía en un galope continuo.

En dos horas, esto es, á las once de la mañana, hicieron las cuatro leguas y tres cuartos que hay desde Alcalá á Guadalajara.

Allí fué necesario comprar otros caballos.

Al salir de Guadalajara, Malegarde dijo á Monsieur de la Chaumiere:

—Mal agüero: hacen nuestro mismo camino tres frailes y un gitano.

—Ya los había yo visto—dijo monsieur de la Chaumiere—, y tengo mejores ojos que tú: ¿á que no conoces al gitano?

—En verdad, no; me ha parecido gitano por sus guedejas y su sombrero; pero está aún lejos y no le veo más que las espaldas.

—Pues yo conozco ya por el espacio que hemos ganado, al fraile que va á la derecha del gitano; el cerviguillo que se le ve por debajo del sombrero, no puede confundirse con otro: un cogote tal, no le tiene más que el padre José de Tordehumos, guardián de los capuchinos de la Paciencia.

—¿Quién es el gitano, señor?

—Uno que cuando estuvo la vez anterior en la corte la princesa de los Ursinos, privaba mucho con ella, y entraba mucho en palacio.

—Pues no conozco otra cosa—dijo Malegarde—: es el amigo de Bizarro.

—Y él me conoce á mi demasiado, y no menos que á ti: yendo como va con el guardián de capuchinos, me parece que va al mismo lugar que nosotros: no quisiera que nos conociera: échate el sombrero á la cara; embózate hasta los ojos; inclínate sobre el arzón y pica bien al jaco.

Un momento después, encubiertos, desconocidos, pasaron como una exhalación cada cual por un flanco del camino monsieur de la Chaumiere y Malegarde, junto á Bizarro, el guardián y los dos legos que les acompañaban.

Iban en mulas al paso, y para hacer aquellas diez leguas habían tardado desde las doce de la noche hasta las once del día.

El padre guardián no era jinete, y Bizarro, enfermo, febril, hacía más de lo posible en sostenerse sobre la mula.

—¿Habéis visto?—dijo Bizarro al guardián—,

cuando pasaron como una exhalación junto á ellos monsieur de la Chaumiere y Malegarde.

—Sí; son sin duda dos que huyen—contestó el guardián.

—Vayan con Dios—dijo Bizarro—: nosotros no somos cuadrilleros.

Muy pronto se perdieron á largo del camino monsieur de la Chaumiere y su lacayo.

A las doce pasaban por Valdenoches.

A la una y media llegaban al pueblo de Pozofrío.

De la Chaumiere se metió en la posada con su lacayo y llamó al posadero.

—Yo soy un gentilhombre del rey nuestro señor—dijo—, y vengo aquí de orden de su majestad y en su servicio. El posadero, que al entrar se había quitado su gorra por respeto á la apariencia de persona principal que tenía monsieur de la Chaumiere, se inclinó profundamente al oír que era gentilhombre del rey.

—Yo serviré á vuestra señoría como pueda—respondió.

—Pues empezad á servirme: respondedme: ¿hacia qué lado cae la quinta del señor marqués de Castroviejo?

—Hacia Levante—contestó el posadero—; pero si vuestra excelencia viene á buscar al señor marqués de Castroviejo, viene tarde; porque el marqués murió hace tres días: era muy viejo el buen señor.

—¡Ah! ¡el marqués ha muerto hace tres días! ¿y cómo es que no se tiene noticia de esto en Madrid?

—Como el marqués era solo y no tenía parientes, en cuanto murió y le enterraron el mayordomo ha despedido á los demás criados, y se ha quedado esperando órdenes.

—¡Ordenes! ¿y de quién, si el marqués de Castroviejo no tiene parientes?

—No sé; pero eso es lo que ha dicho en el pueblo el mayordomo.

—¿Qué sacerdote ha auxiliado al marqués?

—Un padre capuchino de muchas campanillas que vino de Madrid, y que después de enterrado el marqués se fué con sus legos.

—¿Y no se ha podido saber lo que era aquel fraile? En los pueblos todo se pregunta y todo se averigua.

—Los frailes del pueblo dijeron que el que vino á auxiliar al marqués era guardián de un convento de Madrid.

—Perfectamente—dijo monsieur de la Chau-

miere—: esa es la verdad: buscarme una persona que sea fiel y á propósito para observar lo que es necesario que se observe.

—Yo, señor, si á vuestra excelencia le parece bien.

—No tengo reparo: oid: el mismo padre guardián que auxilió al marqués, acompañado de dos legos y un gitano, llegará esta noche, ó al pueblo ó á la quinta de Pozofrío: necesito saber con quién hablan, qué hacen en la quinta ó en el pueblo el guardián y el gitano: esconded nuestros caballos por si vienen el gitano, el fraile y los legos á parar á la posada, y no digais á nadie y encargad lo mismo á vuestros mozos, que estoy en ella, so pena de ir á galeras por traición al rey.

—¡Dios me libre, señor!—dijo asustado el posadero.

—Id: traednos vos mismo de comer.

Pasó la tarde.

Llegó la noche: como á las diez de ella, llamaron muy quedo á la puerta del aposento en que fatigados del camino dormían monsieur de Chaumiere y Malegarde.

Este último fué el primero que oyó los golpes.

Se levantó y abrió.

Era el posadero.

—Despertad á vuestro señor—dijo á Malegarde.

—¿Hay algo de nuevo?—dijo el lacayo en voz baja; porque para una tontería no despierto yo á mi señor; porque da mi señor unos palos cuando se le incomoda sin necesidad, que es necesario evitar el incomodarle.

—El fraile con los dos legos y el gitano acaban de llegar á la quinta de Pozofrío.

—¡Ah! eso es otra cosa—dijo Malegarde.

Y se fué al lecho de monsieur de la Chaumiere y le despertó.

—¡Señor, señor!—dijo—: ya han llegado.

—¿Quién, el guardián y el gitano?—dijo monsieur de la Chaumiere, saltando del lecho.

El posadero vió que estaba medio vestido.

—Y bien—le dijo monsieur de la Chaumiere—: ¿dónde están?

—En la quinta del marqués.

—¿No han entrado en la quinta?

—No, señor.

—¿Por quién lo sabéis?

—Por un hijo mío ya mozueto que he apostado desde que su excelencia me hizo el encargo cerca de la quinta: un sobrino mío ya mozo y

muy listo está apostado también en la entrada del pueblo: mi hijo se ha vuelto á la quinta después de haberme avisado.

—¿Y no ocurre más?

—Nada más.

—Pues bien—dijo monsieur de la Chaumiere—: idos y avisadme en el momento que suceda algo.

El posadero salió.

Monsieur de la Chaumiere volvió á acostarse.

Media hora después volvieron á llamar á la puerta.

—Malegarde—dijo monsieur de la Chaumiere, que no dormía, á su lacayo que se había dormido—: levántate y abre.

Abrió Malegarde y entró el posadero.

—¿Qué ocurre?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Mi sobrino, el que estaba apostado á la entrada del pueblo, acaba de decirme que Cristóbal, el mayordomo del marqués, ha entrado en el pueblo, ha ido á casa del escribano ha llamado, ha entrado y luego ha salido con el escribano y se han ido juntos á la quinta.

—Bien, esto ya es algo—dijo monsieur de la Chaumiere, sacando dos doblones y dándoselos al posadero—: tomad para que os animeis: seguid vigilando, y avisadme.

El posadero salió, y volvieron á acostarse monsieur de la Chaumiere y Malegarde.

De la Chaumiere no pudo dormir: estaba vivamente excitado.

Por el contrario, Malegarde empezó á roncar poco después de haberse tendido, y continuó roncando hasta las tres de la mañana, á cuya hora llamaron de nuevo á la puerta.

—Abre, Malegarde—dijo monsieur de la Chaumiere.

Malegarde abrió y entró el posadero.

—¿Qué hay?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Hay, señor, que el escribano ha vuelto al pueblo y se ha metido en su casa, y que el fraile, el gitano y los dos legos han tomado el camino de Guadalajara.

—¡Hola!—dijo monsieur de la Chaumiere—: pues idos vos mismo á casa del escribano, y decidle que de orden del rey se venga con vos á la posada: si os pregunta quién os ha mandado esto, decidle que un gentilhombre de su majestad: que importa que venga, y que si no viene,

iré yo á buscarle, y lo pasará mal: id, id al momento.

El posadero salió.

—Vísteme, Malegarde—dijo monsieur de la Chaumiere.

Malegarde acabó de vertirle, porque como ya hemos dicho, estaba á medio desnudar.

Diez minutos después entró el posadero y dijo:

—Aquí está el señor Pedro Pérez del Almendro, escribano de la villa.

—Pues idos, y que entre el señor Pedro Pérez.

El posadero desembarazó la puerta, y entró un hombre ya de bastante edad, de semblante receloso y decentemente vestido.

—Guarde Dios a vuestra señoría—dijo saludando respetuosamente á monsieur de la Chaumiere.

El escribano, naturalmente más entendido que el posadero, sabía que un gentil hombre, solo por serlo, no tenía más tratamiento que el de señoría; que si el que le mandaba ir hubiera sido grande, habría añadido su título á la calificación de gentil hombre.

—Malegarde—dijo monsieur de la Chaumiere—: salte al corredor y cuida de que nadie pueda escucharnos.

Malegarde salió, cerrando la puerta.

Se conocía claramente en el semblante del escribano que estaba alarmado y receloso.

—Sentaos, señor Pedro Pérez—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Estoy así muy bien, señor—contestó humildemente el escribano.

—Sentaos; os lo suplico—dijo monsieur de la Chaumiere—: no quiero que os canséis.

El escribano se sentó.

Monsieur de la Chaumiere se sentó junto á él.

—Sentiré mucho—dijo monsieur de la Chaumiere—, que me pongáis en el caso de no dejaros volver á vuestra casa: por el momento estáis preso, en nombre del rey nuestro señor, por su gentil hombre el coronel monsieur Horacio Prevoux de la Chaumiere: en vos consistirá salir de aquí en libertad.

—Creo, y permítame vuestra señoría se lo diga humildemente, no haber cometido ningún delito por el cual se me deba prender.

—Habéis estado esta noche algunas horas en compañía de dos traidores cuyos nombres voy á deciros: es el uno el padre José de Tordehumos,

guardian de los capuchinos de la Paciencia de Madrid; y el otro, Bizarro el gitano.

—He sido llamado para un asunto particular.

—Pues bien; veamos ese asunto.

—Es un secreto de familia.

—No hay secretos cuando se interesa el servicio de su majestad.

—Nada tiene que ver el servicio del rey nuestro señor con el asunto de que hemos tratado el padre guardian y yo.

—Me parece que vamos á concluir antes de lo que yo esperaba: disponeos para acompañarme á Madrid.

Y monsieur de la Chaumiere se puso de pie.

—Sois sin duda víctima de un error—dijo el escribano, poniéndose también de pie, pálido y trémulo de miedo.

—Puede ser—dijo monsieur de la Chaumiere—; pero en vos consiste no ser víctima: por mucho que os hayan encargado el secreto meditado en que os lo pueden arrancar los cordeles ó el potro.

—Soy hidalgo, y no se me puede sujetar al tormento.

—¡Sí, por Dios!—dijo monsieur de la Chaumiere—: si el rey lo manda, que lo mandará, sufriréis el tormento, y más que fuera.

—Ved, señor, que he jurado en las manos de un sacerdote no revelar el secreto que se me ha confiado.

—Vos os habéis vendido; y sobre todo, no habéis debido jurar en deservicio de su majestad: pero estamos perdiendo el tiempo; yo he cesado ya de preguntaros; en Madrid os preguntará un alcalde de casa y corte.

Y monsieur de la Chaumiere se dirigió á un rincón donde estaba su espada, y se la ciñó como preparándose para marchar.

—Esperad, esperad, señor—dijo aturdido completamente el escribano—: si autorizando el documento que he librado en la quinta de Pozofrío he cometido traición contra su majestad, yo lo ignoraba, y quiero que vuestra señoría me crea: yo soy un hombre honrado, incapaz de cometer una traición.

—¡Ah! ¡Conque habéis librado un documento! ¿Y qué documento es ese, señor Pedro Pérez?

—Aquí tengo el original—dijo el escribano, sacando un papel doblado de un bolsillo de su casaca: he sido llamado de orden del rey, apenas había llegado á mi casa, y no he tenido tiempo para archivar este testimonio.

Monsieur de la Chaumiere desdobló aquel papel, que era de oficio, sellado, y leyó lo siguiente:

“En la quinta de Pozofrío, jurisdicción de la villa del mismo nombre y propiedad del excelentísimo señor don Pedro de los Ríos, marqués de Castroviejo, mayordomo mayor que fué de su majestad el señor rey don Carlos II (que santa gloria haya), el día 5 de Agosto del año de 1705, ante mí el infrascrito escribano público de la dicha villa de Pozofrío, el excelentísimo señor marqués de Castroviejo, estando postrado en el lecho y en *artículo mortis*, después de haber recibido los Santos Sacramentos y la Extremaunción, y presentes el padre guardián del convento de capuchinos de la Paciencia de la villa de Madrid, y Cristóbal Salgado, confesor el uno y mayordomo el otro del excelentísimo señor marqués de Castroviejo, éste declaró lo siguiente: —Estando próximo á comparecer ante el tribunal de Dios, quiero para bien de mi alma descargar mi conciencia de un grave peso; y para ello declaro: que por los años de mil seiscientos ochenta y siete el difunto rey don Carlos II mi señor, me hizo entrega de una hija suya bastarda, habida en una noble dama cuyo nombre callo, respetando el expreso encargo de su majestad, y me mandó hicies: bautizar á la dicha su hija bastarda, y que se la pusiese el nombre supuesto de doña Esperanza de Ayala y Rojas, á fin de que apareciese como hija legítima de su camarero Diego de Ayala y de su mujer doña María de Rojas, lo que consta de un reconocimiento en forma, hecho en favor de su hija bastarda por su majestad, que conservo en mi poder.—Hízose así, como su majestad lo había mandado, con consentimiento del dicho camarero de su majestad Diego de Ayala, y de su esposa doña María de Rojas; después de lo cual, y también por voluntad expresa de su majestad, yo me encargué de la crianza de la niña.—Y andando el tiempo, por los años de mil seiscientos noventa, habiéndome dicho su majestad que temía no estoviese bien seguro el secreto si no se buscaban mayores apariencias que lo encubriesen, entregué la niña, con conocimiento de su majestad, al gitano José Díaz, conocido por el sobrenombre de Bizarro, chalán proveedor de las caballerizas de su majestad, y á María de la Cinta, su mujer, á fin de que nadie pudiese sospechar que una niña que estaba en poder de un gitano, conocida como hija suya, fuese hija de

señor rey don Carlos II.—Y por los años de mil seiscientos noventa y tres, á quince de Febrero, habiendo cumplido su alteza la señora doña Esperanza de Austria seis años, y por orden de su majestad, fué llevada al convento de las madres Trinitarias de la villa de Madrid, á fin de que se la educase como conventa á su alto rango, para si algún día su majestad determinaba reconocerla, de lo cual nada supieron las madres Trinitarias, que no conocieron á su alteza sino como hija de José Díaz y de su mujer María de la Cinta, teniendo su alteza por nombre María de la Azucena.—Otrose declaro: que habiendo reconocido el rey mi señor *in artículo mortis*, aunque secretamente, á su alteza la señora doña Esperanza de Austria como hija suya bastarda é infanta de España, y habiéndome entregado este reconocimiento en forma entre los papeles secretos de la corona, movido de mi ambición y de mi amor á una hija mía bastarda, á quien desde su nacimiento y pensando yo en una sustitución de persona, han llamado los que la criaron y los que han continuado sirviéndola doña Esperanza de Ayala, creyendo ella misma propio suyo este nombre, es mi deber patentizar, y así lo hago, esta falsedad, á fin de evitar todo inconveniente que pudiera sobrevenir y descargar de ello mi conciencia.—Y habiéndome manifestado el excelentísimo señor don Pedro de los Ríos, marqués de Castroviejo, que era su voluntad firmar esta su declaración *in extremis*, así lo hizo.—El marqués de Castroviejo, don Pedro de los Ríos. (Al lado de esta firma estaba el sello particular de las armas del marqués.) Y como testigos, firman el padre guardián de capuchinos de la Paciencia de la villa y corte de Madrid, fray José de Tordehumos, y el mayordomo del excelentísimo señor de Castroviejo, Cristóbal Salgado.—Fray José de Tordehumos.—Cristóbal Salgado.—Y en testimonio de verdad signo y firmo, fecha *ut supra*.—Pedro Pérez del Almiendo.”

—¡Bravol ¡bien! ¡magnífico! ¡admirable, señor galeote!—dijo monsieur de la Chaumiere, á quien rebosaba la alegría por los ojos.

—¡Galeote, señor!—dijo trémulo de miedo el escribano.

—¿Pues adónde más que á galeras creéis vos que puede ir el audaz que se ha atrevido á una falsificación semejante?

—¡Falsificación!—exclamó el escribano—; aquí no hay falsificación: aparecen la firma del

señor marqués de Castroviejo y la de los testigos.

—En efecto, aquí está la firma del marqués; pero para que fuese legítima, sería necesario que el marqués se hubiera levantado de su tumba.

—Esa declaración, como en ella misma consta, fué hecha por el marqués antes de morir—dijo el escribano.

—Prescindamos, prescindamos de esto, señor Pedro Pérez; pero decidme: ¿está tan bien falsificada la firma del marqués que no se diferencie absolutamente de sus firmas indudables?

—Pero esa firma no es falsa—dijo con vehemencia el escribano—; no temo un reconocimiento; puede vuestra señoría llevarse ese testimonio—dejándome, sin embargo, un recibo de él para descargo mío y hacer que reconozcan la firma del marqués de Castroviejo; estoy completamente tranquilo.

—Eso quiere decir que la firma está admirablemente falsificada—dijo monsieur de lo Chaumiere—; tomad ese testimonio; archívalo en buen hora; pero traedme mañana por la mañana una copia de él autorizada en forma; podéis retiraros.

—Es decir, que estoy libre, señor.

—Completamente libre.

—Cracias; mañana á las ocho tendrá vuestra señoría la copia de este testimonio; Dios guarde á vuestra señoría y le dé muy buenas noches.

El escribano se apresuró á salir.

—¿Cuál de las dos?—exclamó meditabundo monsieur de la Chaumiere, volviendo á sus dudas; tal vez ninguna; ¡hijos, el enfermo Carlos II, el débil Carlos III... sus dos esposas María Luisa de Orleans y Mariana de Baviera eran muy jóvenes cuando casaron con él, y dicen que hermosísimas, lo que se puede creer de la reina viuda, porque aún es muy hermosa, y no tuvo hijos de ellas; verdad es que el padre Everardo Nithard tenía de sano y robusto todo lo que faltaba al rey de robustez y de salud, y según cuentan las crónicas, parece que la reina viuda, tal vez porque la corona de España no saliese de la casa de Austria, había procurado darla un heredero por sustitución; esto es un embrollo; ¿cuál de las dos? El marqués debe haber dejado papeles importantes; audacia; ¿á qué detenerme? ¡Malegardel!

Este, que permanecía en el corredor, entró.

—Dame la capa, las pistolas y el sombrero, y vente conmigo.

Un momento después amo y criado bajaban por las escaleras.

—Busca al posadero y que se venga con nosotros, Malegarde.

El posadero, llamado por Malegarde, apareció.

—Guiadme á la quinta del difunto marqués de Castroviejo—dijo monsieur de la Chaumiere.

—¿Vais á ir á pie, señor?—dijo el posadero.

—¿Pues y por qué no?

—Hay un cuarto de legua.

—Tanto da; le andaremos en un cuarto de hora.

En efecto, un cuarto de hora después, Malegarde llamaba á grandes golpes á la puerta de la quinta.

Al cabo de algún tiempo se abrió un balcón y se oyó una voz áspera que dijo:

—Buena hora está de llamar; ¿quién es?

—Abrid al rey nuestro señor, so pena de traición—dijo con imperio monsieur de la Chaumiere.

—Voy á avisar al mayordomo—dijo el del balcón, trocando en cortés su acento antes desconocido; él tiene las llaves: no os impacientéis si se tarda algo, ni lo toméis á mal.

Diez minutos después se abrió la puerta y apareció un hombre ya viejo, con todas las trazas de antiguo criado de casa grande.

Era Cristóbal Salgado, exmayordomo del marqués de Castroviejo.

Le acompañaba un criado con una linterna en la mano.

Por accidente ó por intención del criado, la luz de la linterna iluminó de lleno el semblante de monsieur de la Chaumiere.

Al verle retrocedió Cristóbal Salgado; pero reponiéndose, dijo:

—Dios guarde á vuestra señoría, señor Horacio Prevaux de la Chaumiere: ¿á qué debemos la dicha de veros por esta casa, llena de luto por la muerte de mi buen señor?

—¡Ah! ¿vos me conocéis?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Sí, sí, señor; porque no siempre hemos vivido en este destierro: antes de que fuese desterrada la señora princesa de los Ursinos, mi amo vivía en la corte y yo con él: iba yo mucho al alcázar; y quién que haya entrado mucho en el

alcázar por aquel tiempo no conoce á vuestra señoría?

—Pues me alegro—dijo monsieur de la Chaumiere, porque el que me conozcáis me ahorra algún tiempo y algunas palabras: quédate aquí, Malegarde, con el posadero; y vcs, señor mayordomo, llevadme á las habitaciones de vuestro difunto señor.

—Como gustéis—dijo Cristóbal.

Y echó á andar, dirigiéndose á unas anchas y hermosas escaleras, seguido de monsieur de la Chaumiere.

Una vez en los corredores, Cristóbal abrió una mampara, tomó la linterna de la mano del criado que los alumbraba, y dejó pasar á monsieur de la Chaumiere.

Le siguió por una antecámara; abrió otra mampara, atravesaron una gran cámara y entraron en una recámara.

Cristóbal encendió las bujías de dos candelabros de plata que estaban sobre una mesa.

—Supongo—dijo monsieur de la Chaumiere—, que tú habrás robado lo bastante á tu amo para no necesitar servir á nadie.

—Sin embargo—contestó sonriendo Salgado—, si vuestra señoría quiere que yo aumente mi peculio, robándole como mayordomo, estoy dispuesto.

—Pues mira, Salgado, estoy descontento con mi mayordomo, no porque me roba, sino porque me sirve mal: te tomo á mi servicio.

—Permítame vuestra señoría que le hable ya con la confianza que debe tener todo mayordomo con su señor, si ha de llamarse verdaderamente mayordomo: ¿habéis venido en nombre del rey nuestro señor solamente para tomarme á vuestro servicio?

—O sero que ya no me das tratamiento, lo que quiere decir que ya te consideras jefe de mi servidumbre.

—En efecto, señor.

—Pues bien, empieza sirviéndome lealmente.

—Mandadme.

—Te mando que me respondas con toda la franqueza de que seas capaz.

—¡Ah! seré para con vos completamente franco.

—Veamos: ¿no ha venido nadie á buscarte esta noche?

—Eso quiere decir, señor—contestó Salgado—, que sabéis que han estado aquí el padre guardián de capuchinos de la Paciencia de Ma-

drid, y Bizarro, el antiguo proveedor de las caballerizas de su majestad.

—¿Y nadie más?

—Sí, el escribano de la villa.

—Veamos, veamos si eres completamente franco: ¿á qué ha venido el escribano?

—A librar un testimonio—dijo con grande aplomo Salgado.

—A falsificar un documento—dijo rectificando fríamente monsieur de la Chaumiere.

—Vamos, señor, lo sabéis todo, y no me asustó por la parte que he tomado en ese documento, porque si me amenazase un proceso, os conozco bien, no me hubierais propuesto que entrase á vuestro servicio tan de buena fe como lo habéis hecho.

—¿Cuánto te han dado?

—Me han puesto entre una daga y un bolsillo: estoy ya viejo; no podía defenderme, y tomé el bolsillo para que retirasen la daga: esto es muy natural; y luego, ¿qué me importa á mí? Mi amo ha muerto; yo me he quedado guardando la casa hasta que llegue un sobrino lejano del marqués que, á falta de otros parientes, le hereda: es un mequino, á quien no serviría por nada del mundo: la doña Esperanza me importa poco: allá se las componga.

—Tú hablas de la doña Esperanza de Ayala que ha criado y educado el marqués de Casto-viejo, no la que ha criado Bizarro y han educado las madres Trinitarias de Madrid; porque, como vcs, en este negocio hay dos Esperanzas.

—Me refiero á la del marqués, no á la del gitano.

—Y dime: ¿no te ha encargado nada antes de morir acerca de ella el marqués?

—Sí; sí, señor; cuando estaba agonizando, hizo un esfuerzo y me dijo: "Cristóbal, ve á mi papelera; las llaves están en uno de los cajones de mi mesa de despacho: abre la papelera y busca un pliego que encontrarás cerrado con tres sellos, no hay más que ese que tenga tres sellos". Fui y busqué el pliego; pero estaba tan guardado, tan escondido entre otros pliegos, que tardé más de media hora en encontrarle: cuando volví, ya no había marqués; no había muerto, pero había perdido el conocimiento: dos horas despues, sin volver á recobrarle, murió.

—¿No le auxiliaba fray José de Tordehumos?

—Sí; pero el marqués me dijo buscarse el pliego, aprovechando un momento en que el guar-

dián había salido fuera; cuando volví, el padre José estaba sentado á la cabecera de la cama, rezando en latín; después de muerto el marqués, como el padre guardián había sido nombrado su albacea testamentario, llamó al alcalde y al escribano y á dos hombres buenos de la villa; se sellaron todas las papeleras, todos los cajones, todos los cofres; se hizo un inventario de los muebles; se me dejó con dos criados guardando la casa, hasta que llegase el heredero, se abriese el testamento y tomase posesión de la herencia; se fueron el alcalde, el escribano y los dos hombres buenos; se puso el guardián con sus dos legos en camino, y yo me quedé, por casualidad, con el pliego cerrado con los tres sellos.

—Que te apresurarías á abrir en cuanto te quedaste solo.

—Naturalmente, señor; cuando el marqués en su agonía me había mandado buscar aquel pliego, debía ser muy importante: y lo es en efecto, y tanto que yo pensaba vendérselo á doña Esperanza.

—¿A cuál de las dos Esperanzas, á la del marqués ó á la del gitano?

—A la del marqués; yo no conocía entonces otra.

—¿Y qué diablos había de darte doña Esperanza, si con la muerte del marqués ha quedado sola y pobre?

—No tanto, no tanto, señor; doña Esperanza tiene cada joya que bien vale un puñado de oro; y además, que el pliego que el marqués me mandó buscar sin duda para quemarlo, la dará indicios bastantes para poder reclamar del rey una gran fortuna.

—¿Y por qué no me das ese escrito?

—¡Bah! yo no desconfío de vos, señor; os traeré el pliego: después, vos me lo pagaréis ó no; eso queda á vuestro arbitrio: esperad un momento.

Salgado tomó una bujía y salió.

Poco después volvió con unos papeles en la mano. Eran dos, que entregó á monsieur de la Chaumiere: el primero que éste abrió con ansia, contenía lo siguiente, en un papel amarillo, con sello de oficio del año de mil seiscientos ochenta y ocho.

“Yo, don Juan Tomás Enríquez de Cabrera, almirante de Castilla, conde de Melgar, grande de España, declaro que una niña, que cree hija suya el rey nuestro señor don Carlos II, habida en Margarita de Egmont, de nación flamenca,

descendiente del conde Egmont, decapitado por traición al señor rey don Felipe II, no es hija del rey nuestro señor, sino hija bastarda mía; no pudiendo ser hija del rey, puesto que la Margarita de Egmont estaba ya encinta cuando la conoció su majestad. Es, ó será por lo tanto, de todo punto nulo todo el reconocimiento que, engañado su majestad, haga ó hiciere en favor de doña Esperanza de Ayala, como hija suya bastarda: y para que no pueda haber duda ni confundirse con alguna otra persona ésta que yo declaro mi hija, conste que tiene sobre su cuerpo las señales siguientes: una pequeña rosa sanguínea en la parte posterior del hombro derecho; un lunar negro bajo el brazo y como á manera de una cicatriz natural en la cadera derecha: y para que conste, si alguna vez fuera conveniente, lo firmo y signo con mi sello de armas en la villa de Madrid, á diez de agosto de mil seiscientos ochenta y ocho.—El almirante, conde de Melgar, don Juan Tomás Enríquez de Cabrera.”

Había un sello de armas á la derecha de la firma. Por debajo se leía el siguiente testimonio, firmado por tres escribanos:

“Los infrascritos, escribanos del número de esta villa y corte de Madrid, á diez de Agosto de mil seiscientos ochenta y ocho, libramos testimonio de que habiéndonos presentado por llamamiento del excelentísimo señor almirante de Castilla, conde de Melgar, en su casa, y estando presente con dicho excelentísimo señor el excelentísimo señor marqués de Castroviejo, mayordomo mayor de su majestad, don Pedro de los Ríos, el señor almirante, teniendo doblado este papel de manera que no pudimos conocer su contenido, firmó de su puño y letra junto al doblez del papel, y puso junto á la firma el sello de sus armas, mandándonos que á seguida extendiésemos testimonio de ello, como así lo hicimos y signamos, fecha *ut supra*.—*Ginés de la Puente*.—*Juan de Segovia*.—*Pedro Sánchez*.”

—¿Cuánto quieres por esto, Salgado?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Leed, leed el otro papel, que es también inapreciable—dijo Salgado.

Monsieur de la Chaumiere desdobló el otro papel, que estaba asimismo escrito en papel sellado del año de mil seiscientos ochenta y ocho.

“Yo, don Pedro de los Ríos, marqués de Castroviejo, mayordomo mayor que he sido del señor rey don Carlos II (que en paz descanse), de-

claro, por si muero sin confesión y para descargar de mi alma, encontrándome viejo y enfermo, que entre los papeles secretos de la corona y entre los nifos existen el original y la copia de un reconocimiento en forma, hecho por el rey don Carlos II en favor de la doña Esperanza de Ayala, que se cita en la adjunta declaración testimoniada del almirante de Castilla.—Motivos de ambición me impulsaron á la falsedad en que creyó el difunto rey don Carlos y por desconfianza mía del almirante, que era mi enemigo; y para tenerle cogido, le obligué á firmar la declaración adjunta.—Y para que conste, lo firmo y sello con el de mis armas en mi quinta de Pozofrío en el día de la fecha arriba expresada.—

El marqués de Castroviejo, *don Pedro de los Ríos.*“

Esta declaración estaba testimoniada por tres escribanos en la misma forma y manera que la del almirante.

—Dame papel y tintero—dijo monsieur de la Chaumiere á Salgado.

Este salió, y volvió á poco con recado de escribir.

Monsieur de la Chaumiere escribió lo siguiente:

“Me obligo á pagar mil ducados á mi mayor-domo Cristóbal Salgado en el plazo de un mes, contado desde la fecha.—Madrid, nueve de Agosto de mil setecientos cinco.—*Horacio Prevoux de la Chaumiere.*“

—Lee eso—dijo monsieur de la Chaumiere á Cristóbal—, y dime qué te parece.

—Me parece muy bien, señor—contestó Salgado después de haber leído la obligación, echándola polvos, doblándola y guardándola en el bolsillo.

Monsieur de la Chaumiere guardó los dos papeles que había comprado á Cristóbal, y se puso de pié.

—¿Os vais, señor?—dijo Cristóbal.

—Nada tengo que hacer aquí: cuándo crees tú podrás hacer entrega de todo esto al nuevo marqués de Castroviejo?

—Creo que muy pronto: se ha enviado un expreso al heredero, y ya podéis considerar si estando pobre y desesperado se dará ¡prisa para venir.

—Pues te espero en Madrid, casa de la doña Esperanza que conoces.

—Pues qué, ¿la conocéis vos, señor?

—¡Bah! ¡pues no! y me ama; está loca por mí.

—¡Ah! ¡ya! por eso me habéis comprado esos papeles.

Por algo había de ser; de otro modo, ¿para qué los quería yo?

—Pues podéis decir que habéis logrado el privilegio de que os ame doña Esperanza.

—¡Oh! ¡y qué hermosura!

—Os doy la enhorabuena, señor; pero tratádmela bien, por caridad, que es una prenda de rey...

—¡Ah! mucho me temo que doña Esperanza, con su hermosura, con su amor y con su historia, no me meta en algún atolladero de difícil salida: vamos, vamos, alúmbrame, échame fuera: dentro de cuatro horas monto á caballo y me vuelvo á Madrid.

Cristóbal tomó la linterna que había dejado sobre la mesa, y acompañó hasta la puerta de la quinta á monsieur de la Chaumiere.

Este, seguido de Malegarde y del posadero, volvió á la posada.

A las ocho de la mañana le despertó Malegarde: el escribano del pueblo le entregó la copia testimoniada que le había pedido.

Monsieur de la Chaumiere dió un alegrón al escribano regalándole diez doblones de á ocho.

A las nueve, monsieur de la Chaumiere y Malegarde galopaban hacia Madrid.

A las dos de la tarde recogieron sus caballos, descansados ya, en Alcalá.

A las seis, monsieur de la Chaumiere entraba en su casa y se hacía vestir para ir aquella noche al alcázar.

CAPITULO XXVI

EN QUE SE DESCUBRE UN GRAVE SECRETO
EN EL CORAZÓN DE AZUCENA

Poco antes había llegado el guardián de capuchinos de la Paciencia y Bizarro.

Este, por privilegio de su organización, en vez de empeorarse con la fatiga, se había mejorado.

Las almas enérgicas se fortalecen en el dolor.

Dejó al guardián en su convento, fatigado, rendido, resuelto á meterse en la cama y á no levantarse en tres días, y tomó el camino del alcázar, llevando en el bolsillo la copia del testimonio de la supuesta declaración *in articulo mortis*, del marqués de Castroviejo, librada por el escribano de Pozofrío, Pedro Pérez.

Todo el mundo conocía en el alcázar á Bizarro como antiguo proveedor de las caballerizas

reales, y todos sabían que le protegía la princesa de los Ursinos.

Entróse, pues, sin que nadie le pusiera obstáculo, por el interior del alcázar, y llegó á la galería de los Infantes, adonde correspondía la puerta del cuarto de la princesa.

La servidumbre de ésta era nueva, no conocía á Bizarro, y se le opuso alguna dificultad.

—¡Ehl no sabéis lo que os decís—dijo Bizarro—; su alteza se incomodará cuando sepa que no habéis querido pasarla recado de mi parte.

La seguridad, el aplomo con que Bizarro dijo estas palabras hicieron que se le anunciase.

Fué inmediatamente introducido en la cámara de la princesa.

—Y bien—le dijo ésta.

—Tomad, señora, y ved que continúo siendo vuestro más leal servidor—dijo Bizarro, entregando á la princesa la copia del testimonio que ya conocemos.

La princesa la leyó.

—Gracias, Bizarro—dijo—; pero esto os habrá costado mucho.

—El padre guardián de Capuchinos os dará la cuenta, señora—dijo Bizarro—: él se proveyó de dinero, que tomó sin duda de las arcas del convento; yo no podía desprenderme de nada, porque todo lo he perdido, todo; no me queda más que el corazón, y por cierto bien triste y bien desgarrado: qué hemos de hacerle; Dios lo quiere, paciencia.

—A propósito: con tantos sucesos aglomerados los unos sobre los otros, Azucena y yo nos hemos olvidado de entregaros el dinero que llevabais en los aparejos de vuestros asnos cuando una deplorable desgracia os detuvo en Taracena.

—¡Ahl ¿Para qué quiero yo esa miseria que se ha salvado, si no puedo recobrar lo que he perdido? Mejor quiero las trenzas de mi Cinta que ha guardado Azucena; el paño en que ha estado envuelto mi pobre hijo: ¿para qué los quiere Azucena? ya sabe que Cinta no era su madre: se cree hija de un rey, y habrá cambiado: así es el mundo, así son las criaturas, así las ha hecho Dios.

—Azucena os ama, no la calumniéis; la deseseración os hace injusto.

—¡Ahl ¡que me ama!—exclamó Bizarro—; pues entonces, señora, quiero verla, porque yo la amo también: ¡ahl no, no se vive tantos años cuidando de una niña, viéndola crecer, viéndola

ponerse hermosa, oyéndola llamarnos padre, sin que la amemos con toda nuestra alma: ya os lo he sacrificado todo, señora; érais mi Dios hasta el punto que yo no veía en Cinta más que una hermana; perdonad, lo sabéis: el amor desesperado que yo aliento por vos, no es para vos un misterio; pues bien, Azucena es también otro amor mío: por ella, como por vos, daría yo la salvación de mi alma: vos sois mi locura; Cinta mi afecto dulce inextinguible; Azucena, mi hija, mi vida, mis entrañas, mi eternidad: sé que no es mi hija y no puedo convencerme de que no lo es; la amo más que á vos, más que á Cinta, que es todo lo que se puede decir: por ella no sé, no se... pero si yo la viera desgraciada, sería capaz de todo, me atrevería á todo, hasta lo imposible.

La princesa miraba tranquilamente, sonriendo, pero con una gran atención, con un gran cuidado, á Bizarro.

—Puesto que decís que me ama, señora, y que siendo así deseará verme tanto como yo deseo verla, porque no nos hemos visto desde el terrible lance de Taracena, haced que nos veamos, señora.

—Venid—dijo la princesa—: de todos modos necesito ir á la cámara de la reina, y ya tarda: tenemos que hablar, y me esperaréis en compañía de Azucena.

La princesa abrió una puerta de servicio, atravesó un corredor, seguida de Bizarro, abrió otra puerta, y le dijo:

—¡Ahl está Azucena, entrad: cuando me deje libre la reina, volveré á buscaros.

Bizarro entró.

En una hermosa cámara vió una dama sentada en un sillón, echados los brazos sobre una mesa y la cabeza sobre los brazos.

Bizarro la conoció por el dorado y brillante color de su magnífica cabellera.

Azucena no había sentido abrir la puerta ni el sonoro ruido de las espuelas vaqueras de Bizarro; lo que significaba, ó que estaba dormida ó poseída por uno de esos dolores intensos que hacen á los que los sufren insensibles á los accidentes vulgares del mundo exterior.

Bizarro, con la cabeza inclinada, con la mirada ardiente, intensa, fija en Azucena, exclamó con una voz profunda, apagada, terrible:

—¡Es desgraciada!

Luego se puso con un movimiento nervioso, con un movimiento de despecho, su ancho som-

brero, se acercó á Azucena, la puso su ancha y membruda mano en la parte superior de la cabeza, se la alzó, y la joven contuvo un movimiento de sorpresa al reconocer á Bizarro.

Este la besó en la frente.

Azucena se alzó, rodeó sus brazos al cuello de Bizarro, y recclinando la cabeza sobre su hombro, exclamó llorando:

—¡Oh, padre, padre mío!

—¡Ah! ¡ya lo sabía yo! ¡eres desgraciada! Pues mira, Azucena, no lo seas; ya no hay remedio: con nosotros vivías contenta y feliz: Cinta ha muerto: es una pérdida irreparable para nosotros; pero vivo yo, Azucena, vivo yo, y no sabes tú quién es tu padre, lo que es capaz de hacer por ti: vamos, yo no sé, pero si para que fueses feliz fuere necesario poner la corona de España en la cabeza del archiduque, Felipe V no sería rey.

—Padre, yo no sé lo que podéis hacer—dijo Azucena, levantando la cabeza y mirando de una manera candente á Bizarro—; pero todo lo que podéis hacer, hacedlo por su majestad, lo quiero yo.

—¡Maldita sea la hora en que me vi obligado á huír! ¡maldita sea la hora en que te recomendé á la princesa de los Ursinos!

—¡Ojalá no, no maldigais el momento en que me habéis entregado á mi madre.

—¡Cómo!—exclamó con asombro Bizarro—: ¿tanto te ama la princesa? ¿tanto ha enloquecido por tu amor, que te lo ha revelado todo?

—No, padre mío, no; es que yo he conocido en la princesa á mi madre: se lo he dicho y no ha tenido valor para negármelo.

—Cierra, cierra las puertas, Azucena, y habla bajo, muy bajo: en los palacios las paredes escuchan.

Azucena fué á la puerta de la cámara y la cerró.

Bizarro se sentó en un sillón, arrojó el sombrero sobre la alfombra y se inclinó hacia Azucena, que se había sentado en otro sillón.

—¿Por qué estabas echada sobre esa mesa cuando yo entré?—dijo Bizarro—: ¿por qué luego te has arrojado en mis brazos llorando?

—Porque me suceden cosas muy extraordinarias.

—Veamos.

—Me caso.

—¡Que te cases!—exclamó con asombro el gitano.

—Sí, en cuanto vuelva á la corte el que ha de ser mi marido.

—¿Y cómo se llama ese señor?

—Monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—Imposible; eso no puede ser—dijo con energía Bizarro.

—Será, padre mío, será.

—Entonces le amas.

—No.

—Pues si no le amas, ¿por qué has de casarte con él?

—Porque es de todo punto necesario.

—No te entiendo: ¿por qué ha de ser necesario que te cases con un hombre á quien no amas?

—Porque mi madre recela de mí; porque el rey se ha enamorado de mí; porque mi madre quiere casarme para alejarme de la corte.

—Y porque la princesa de los Ursinos, que no es tu madre sino porque te ha dado á luz, quiere que te cases, ¿has de casarte?

—Sí; porque mi honor está comprometido.

Se alzó violentamente Bizarro.

Una palidez mortal cubrió su semblante, en el que apareció una expresión de ferocidad infinita terrible.

Cerró los puños, rechinó los dientes y exclamó con la voz opaca, sombría, parecida al rugido de una fiera:

—¡Ah! esa mujer es una infame: todo por su ambición: se ha propuesto ser reina; y yo la amo, y yo se lo he sacrificado todo, y ella en cambio despedaza á mi hija: ¡ah! sí, naturalmente; el rey se habrá vuelto loco por ti; es muy joven y muy voluntarioso; habrá cometido alguna imprudencia, y asustada la princesa, no se habrá detenido ante nada: habrá sido capaz de abrir la puerta de tu aposento de noche á ese miserable monsieur Horacio Prevaux...

—¡Ah! no, padre mío, no; la princesa me ha comprometido, haciendo que se pierda en la portería de Damas una carta mía que podía interpretarse, porque contenía una cita á monsieur de la Chaumiere.

Como se ve, Azucena había adivinado que la pérdida de la carta era obra de la princesa de los Ursinos.

—¿Y por qué, si no amas á ese hombre, le escribas citándole?—dijo severamente Bizarro.

—Para servir á su majestad; para procurar á

mi madre una prueba más de que yo no quiero el favor del rey.

—Repito que no te entiendo: lo que veo es un embrollo.

—Voy á explicarme—dijo Azucena—: el cuento es un poco largo; pero tened paciencia.

—Cuenta, cuenta, Azucena.

La joven refirió á Bizarro todo lo que la había acontecido con monsieur de la Chaumiere, y el escándalo que había tenido lugar el día anterior en el palacio.

—Pero, hija mía—dijo Bizarro—, que hayas citado á un hombre no quiere decir que estés deshonrada: las mujeres, antes de dar un mal paso, ó de casarse, hablan necesariamente con su novio, y es lo más natural del mundo que los novios quieran hablar á solas: tú no le has citado á tu cuarto; le has citado á un patinillo de alcazar adonde dan los balcones de esta cámara: bien puede suponerse que le has citado para hablar, estando el en el patinillo y tú en el balcón: esto no te deshonra; no tienes necesidad de casarte.

—La reina es muy severa; y ya os lo he dicho: la reina quiere que me case, y que hasta que llegue la hora del casamiento esté retirada en mi cuarto.

—¿Conque su majestad quiere que te cases con monsieur de la Chaumiere, y tú consientes?

—¿Y qué he de hacer? ¿De quién ampararme?

—Tienes razón, Azucena, cástate.

—Esto me hace muy desgraciada.

—¿Porque amas á otro?

—No; porque no amo á monsieur de la Chaumiere; por lo que es peor aún, porque le desprecio.

—Me parece que no eres franca conmigo, Azucena.

—¡Oh, sí desprecio profundamente á monsieur de la Chaumiere.

—Lo creo: le has comprendido á primera vista: no te acuso yo de la falta de franqueza por esto, sino porque me has dicho que no amas, y yo estoy seguro de que estás enamorada.

—¿De quién?—dijo Azucena mirando profundamente á Bizarro.

—Del rey.

—¿Quién os lo ha dicho?

—Tú: te me has presentado demasíadamente adicta al rey, á quien sólo conoces desde hace tres días: pues mira, Azucena, ó eres ambiciosa, y entonces la princesa tiene razón en ver en ti una

enemiga más que una hija, ó te has deslumbrado, ó tienes muy mal gusto: ¿qué encuentras de amable en Felipe V? Todo es narices como su abuelo Luis XV: flaco, frío, serio: ¡bah! ¡bah! esto no puede ser.

—No amo al rey: ha habido un momento en que me he aturrido; en que el rey me ha parecido hermoso, grande, noble: después he visto que mi fantasma había aumentado mucho: he comprendido... Y bien, padre, voy á ser completamente franca con vos: es que soy ambiciosa.

—Sí, es verdad: la sangre de tu madre.

—Ambiciosa, sí, pero de otro modo: yo no quiero la grandeza que brilla, no; quiero el dominio, quiero ser la reina sin que nadie lo sepa; quiero tener poder bastante para acabar con tanto infame como rodea al rey; quiero hacer todo el bien que pueda: para mí, nada.

—Bien, muy bien; todo eso es muy noble, pero todo eso es un sueño: ¿y sabes lo que te costaría el ponerte en el caso de conocer que habías soñado? tu honra, tu corazón: desengáñate, Azucena, no debemos acercarnos á los poderosos más que para arrancarles algo: toda la lealtad y todos los sacrificios que por ellos se prodigan son inútiles: no se recibe en pago más que ingratitud, porque los reyes, Azucena, creen que todo lo que poseemos, nuestra vida, nuestra honra, nuestra alma, es suyo: ¡ah! no, no; los reyes son de otra raza: son tigres que cuando están contentos halagan, acarician; pero que por la causa más fútil se disgustan, se irritan, y cuando se irritan, despedazan: todo el mundo lo sabe, y en esto consiste que los reyes no tengan nunca en torno suyo más que aduladores y traidores.

—Lo sé por experiencia propia: la reina, que me distinguió, que me llamaba su querida prima, al disgustarse conmigo me ha vuelto la espalda; y el rey...

—Si cometieses la locura de arrojarte en sus brazos, no te lo agradecería; lo atribuiría, no á tu amor, sino á tu ambición, y ó te verías obligada á cometer infamias, para lo cual no sirves, ó te verías abandonada, humillada, deshonrada, señalada por el dedo cruel de las que te habrían envidiado durante el tiempo de tu favor; cástate, Azucena, cástate, puesto que así lo quiere la reina, puesto que por una intriga de tu madre hay algún fundamento para que se murmure de ti.

—Me casaré—dijo Azucena—; me casaré y reclamaré mi posición de infanta de España, ya

que me han regalado esa posición y me veo obligada á aceptarla.

—Te darán dinero, todo el dinero que puedan, pero no te reconocerán.

—Ya lo sé; pero comprarán mi silencio: quiero ser rica, quiero ser fuerte, quiero ser libre.

—Y yo te ayudaré á serlo, te lo aseguro: mira, Azucena, no hablemos más de esto: tú estás calenturienta como yo y no pensamos bien: tal vez mañana no nos acordemos de lo que hemos hablado esta noche; porque tener calentura es como estar borracho: voy á pedirte un favor: dame las trenzas de mi Cinta.

—¡Ah, padre mío, y qué recuerdo!

—¡Ahl ¿necesitas que te la recuerde?

—No, padre mío; pero me había distraído con mis otras desdichas: voy á daros una trenza; más no: con las otras me quedo yo; ellas me consuelan, porque en ellas tengo algo de mi pobre madre.

—¡Harto más madre tuya que la princesa!—dijo Bizarro.

Azucena se levantó y atravesó la cámara para ir á abrir un armario.

Bizarro la miró con asombro: la capa de tal modo su rico traje, que no parecía sino que siempre había vestido lo mismo.

Azucena abrió el armario, deshizo el envoltorio que ya conocemos, y con las tijeras que en él había, cortó el cordón que unía las tres trenzas, atada cada una de por sí; tomó una y volvió á hacer el envoltorio.

Luego, de cuatro saquillos que había en el armario, tomó uno: cerró el armario, volvió junto á Bizarro, puso sobre la mesa el saco, que sonó á dinero, envolvió en su pequeña mano la larga y negra trenza, la besó, la puso dentro de un rico pañuelo de Cambay, y la entregó á Bizarro, que sin sacarla del pañuelo la apretó contra su boca.

Luego la guardó en un bolsillo interior de su larga chaqueta.

—Junto á mi puñal—dijo—: necesito empar en sangre estos cabellos.

—Tomad—dijo Azucena, dándole el saco—: aquí hay doscientos cincuenta doblones; no os doy ahora los otros porque sería demasiado peso.

—Bien—dijo Bizarro con indiferencia, metiéndose el saco en el otro bolsillo interior de su chaqueta: por lo que veo no te hace falta dinero, y esos mil doblones, que eran toda mi hacienda, pueden servirme de mucho en favor tuyo, que

eres lo único que me queda de mi familia: adiós.

Se puso de pie, recogió su sombrero, y adelantó hacia la puerta que había cerrado Azucena.

En aquel momento, y antes de que Azucena pudiese contestar á Bizarro, se abrió la puerta de comunicación del cuarto de Azucena con el de la princesa, y apareció ésta.

—Ya estoy libre—dijo entrando—, y puedo daros tranquilamente las gracias, Bizarro: sus majestades han visto ya el documento que habéis traído de Pozofrío, y que ha acabado de asegurar la posición de nuestra hija. La reina te llama, Esperanza.

Se puso levemente pálida Azucena.

—¿Por qué la llamáis Esperanza cuando nadie nos oye?—dijo con disgusto Bizarro.

—Por evitar una distracción, acostubrándome á llamarla Esperanza; sería necesaria una disculpa ridícula si alguna vez delante de sus majestades se me escapase el nombre de Azucena.

—¡Es tan hermoso ese nombre!... ¡le tengo yo tanto cariño!...—dijo Bizarro.

Ya sabéis también, amigo mío, que ese es un nombre supuesto; que su verdadero nombre es Eleonora.

Era la primera vez que Azucena se había oído llamar de este modo.

Por respeto á su madre, por pudor, nada la había preguntado acerca de la historia de su nacimiento.

—Eleonora—dijo Bizarro—se perdió en el convento del Corazón de Jesús de París: no existe; es necesario olvidarse de ella: solo tenemos á doña Esperanza de Ayala, marquesa de Nuestra señora de las Nieves; ¿qué más da?

—La reina te espera—dijo con impaciencia la princesa que deseaba quedarse á solas con Bizarro—, y no es prudente hacer esperar á los reyes.

Azucena se acercó á Bizarro; le besó en la boca, fue á la puerta de la cámara, la abrió y salió.

—Seguidme—dijo la princesa á Bizarro—. Y se dirigió á la puerta de comunicación.

Cuando hubo pasado Bizarro, la princesa cerró aquella puerta, corriendo un cerrojo.

Poco después estaba en su cámara, teniendo delante de sí, de pie, á Bizarro.

CAPITULO XXVII

LO QUE ERAN EL UNO PARA EL OTRO LA PRINCESA
Y BIZARRO

—Decidme, señora—dijo Bizarro como quien pide cuentas:—¿por qué habiendo mandado la reina á Azucena que permaneciese en su cuarto, como si dijéramos presa, la llama ahora?

—¿No os ha dicho Azucena que se casa?

—Sí.

—Pues bien, á propósito de su casamiento la llama la reina; porque parece que monsieur Horacio Prevauz de Chaumiere, después de haber estado perdido dos días, ha parecido al fin.

—Y vos, señora, ¿consentís en esa boda?

—Nadie sabe que soy su madre: no puedo oponerme.

—Pero lo sabe ella.

—Ella se obstina en casarse: tenía, según parece, amores con monsieur de la Chaumiere.

—Amores de tres días; porque monsieur de la Chaumiere no conocía á Azucena, ni Azucena conocía á monsieur de la Chaumiere.

—Monsieur de la Chaumiere es un hombre hermoso, insinuante: ¿no os ha dicho Azucena que le ama?

—Sí—contestó Bizarro—, que tenía también sus puntas de diplomático; y por cierto que yo he pretendido disuadirla.

—Habéis hecho muy mal: me parece que la conozco yo mejor que vos, aunque sólo hace cuatro días que la trato: es voluntariosa, tenaz, enérgica.

—Es un ángel, señora, pero un ángel que se equivoca: en fin, ella lo quiere. . . no ha:lemos más de esto, me lastima: y bien, no le hace; si monsieur de la Chaumiere la ama y la respeta y la hace feliz, bueno: quién sabe: los grandes bribones suelen ser los que se hacen más esclavos de la mujer que les enamora, y las mujeres cuando es su esclavo el hombre á quien aman, son muy dichosas: adelante.

—Me parece, Bizarro, que pretendéis engañarme.

—¡Yol desgraciadamente estoy tan loco por vos y tan desesperado por mis desgracias que todo me importa nada: si yo quisiera engañaros, os engañaría, creedlo: habéis saboreado lo amargo de mis palabras; las habéis comprendido y creéis haberme adivinado; ¿no habéis visto en lo que he dicho, por la frialdad con que lo he pronunciado, una amenaza á ese miserable de la

Chaumiere? He querido que la veáis: ni se casará con de la Chaumiere Azucena, ni será la querida del rey, ni será declarada infanta de España.

—No os conozco, Bizarro—dijo con irritación la princesa.

—A monsieur de la Chaumiere le mato yo esta noche: en cuanto al rey, se quedará tan sin Azucena como yo me he quedado sin la princesa de los Ursinos: no nubléis el semblante, señora; conocéis desde hace mucho tiempo mi amor y sabéis que estoy casi, casi resuelto á no sufrir más.

Una viva inquietud se pintó en el semblante de la princesa, que arrojó una mirada involuntaria á la campanilla que estaba sobre la mesa.

—No—dijo Bizarro—; no necesito valerme de medios brutales: estáis en mi poder.

—¡En vuestro poder!

—¡Diablol ¡pues, y ya lo creo! ¿qué creeréis pensartan sus majestades ni supiera: que les habéis falsificado una hija bastarda del rey don Carlos II? ¿qué, si yo les probara que no los amáis, porque no amáis á nadie, ni aun á vuestra hija? ¿que habéis estado á punto de haceros reina de Francia, enloqueciendo al pobre Luis XIV, y que habiendo andado más lista que vos la Maintenon, os habéis venido aquí con el propósito de haceros reina de España?

—Y bien, ¿qué os he hecho yo, Bizarro, para que me declaréis la guerra—dijo la princesa.

—Habéis matado el corazón de mi hija; habéis tenido unos locos celos de ella; la habéis sacrificado; la habéis envuelto en una intriga: las lobas son mejores madres que vos, señora; y ella, en cambio, ¡cuánta lealtad, cuánto cariño hacia vos! ¡qué ángel del cielo! ¡Que os declaro la guerra! Necesariamente; y oid: si intentais algo contra mí, no intentéis una prisión, una intriga que me haga ir á presidio; no, porque desde la prisión, ó desde el presidio, mi vez llegará hasta el rey: intentad una puñalada, eso es lo más seguro; de mi cuenta corre el evitar que me la den.

—¿Estáis loco, Bizarro? Me conocéis desde hace veinte años, y sabéis que yo nunca he recurrido ni al puñal ni al veneno.

—Es verdad; pero alguna vez se empieza.

—Nunca, y contra vos jamás.

—¿Jamás?—dijo Bizarro—, en quien había causado una impresión poderosa el acento con

que había pronunciado la princesa sus últimas palabras.

—Jamás—repitió la princesa—mirándole como no le había mirado nunca.

—¡Ahl!—exclamó Bizarro, estremecido, pálido—: esa mirada no es mentira, no.

—Olvidadla—dijo la princesa.

Bizarro inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Y bien—dijo después de un momento de silencio—: aún está caliente el cadáver de mi Cinda: mi hija me necesita todo entero: olvidemos el cielo que hemos visto al través de un relámpago: mataré á monsieur de la Chaumiere esta misma noche: seré prudente para esto: si queda algún indicio y se me echa encima un alcalde, espero confiadamente que me sacaréis del apuro: no pretendáis disuadirme: antes que permitir que Azucena sea de ese hombre, lo arrosstraré todo.

—Pero la reina está empeñada, Bizarro.

—Por lo mismo, una vez muerto monsieur de la Chaumiere, espero que su majestad comprenderá que no puede unirse á un cadáver una joven que tiene una vida tan ardiente como la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves: si tiene celos como vos, de ella, que los sufra como sufre los que vos le causáis.

—Celos infundados los que por mí siente la reina: el rey no es mi amante.

—Tampoco lo será Azucena: pero vos decís: de la misma manera que yo, sin ser la querida del rey, le domino y le hago mi esclavo, puede dominarle mi hija; y vos no queréis que nadie tenga dominio sobre el rey más que vos.

—Azucena es ambiciosa.

—Como que es vuestra hija; pero tiene un gran corazón, y os ama, aunque hace muy poco tiempo que os conoce.

—No la comprendo, Bizarro; la tengo miedo.

—No la comprenderéis nunca; es profundamente reservada y muy valiente; muy fuerte para sufrir el dolor sin quejarse; para sonreír cuando tiene el alma desgarrada; para aparecer tranquila cuando la devora un cuidado mortal; para mí únicamente es comprensible Azucena; yo solo veo lo que pasa en su alma, como veía á través de un vaso de cristal su contenido; y puedo asegurároslo: nada tenéis que temer de Azucena, á pesar de que la pobre niña sabe que receláis de ella, que estáis á punto de renegar de ella y convertirlos en su enemiga; que vos sois quien la ha

puesto en la desesperada situación en que se encuentra.

—¿Os lo ha dicho Azucena?—exclamó con cuidado la princesa.

—No, no me lo ha dicho, no me lo dirá nunca: sufrirá, sucumbirá, morirá, y nada os dirá: lo he visto yo; yo que os conozco: vos habéis sido la que habéis hecho que una criada vuestra, puesta al servicio de Azucena, perdiese en la portería de Damas la carta que la compromete: esto es terrible, señora: os habéis olvidado de que es vuestra hija; la creéis un obstáculo á vuestra ambición, y queréis perderla: os habéis equivocado, y me habéis obligado á deshacer de una manera muy dura vuestra equivocación.

—No, sangre no—dijo la princesa—: esperad; yo os prometo que Azucena no se casará con monsieur de la Chaumiere.

—¿No habéis dicho á Azucena que la reina la llamaba para tratar de su casamiento?

—Sí.

—¿Y me decís que no se casará?

—Yo os lo aseguro; no se casará, porque os creo, porque sois para mí leal; porque antes que engañarme os arrancaríais el corazón: ¿por qué he de sacrificar yo á mi hija, si mi hija no es mi enemiga? No, no se casará con monsieur de la Chaumiere—añadió la princesa poniéndose de pie—; voy al cuarto de su majestad la reina; pero antes tengo que daros una orden para el mayordomo mayor.

La princesa escribió lo siguiente:

“Señor marqués de Arcos: Su majestad ha nombrado su primer picador á José Díaz, conocido con el sobrenombre de Bizarro, proveedor que fué de las reales caballerizas, con el sueldo de mil y quinientos ducados anuales, y habitación en el alcázar: lo que comunico á vuecencia para que en el momento se dé al José Díaz la habitación que le corresponde, y se le inscriba en la lista de la real servidumbre. Dios guarde á vuecencia muchos años. Madrid 9 de Agosto de 1705.—De orden de su majestad, *la camarera mayor, princesa de los Ursinos.*“

—Tomad—dijo á Bizarro—: idos con esto á la mayordomía mayor.

—¿Tan cerca de vos, señora?—dijo Bizarro.

—Sí, yo quiero tener cerca á mis amigos, y vos sois el mayor amigo que tengo: esperad: tomad.

La princesa abrió un cajón de su mesa, y dió una llave á Bizarro.

—¿Y para qué me dais esto, señora?

—Esa llave es la de la puerta del patinillo: venid a las doce, pero sed prudente; hay otra llave de esa puerta, y que está en poder del conserje: podrá suceder que cuando lleguéis haya en el patinillo alguien, por ejemplo, monsieur de la Chaumiere, porque está muy enamorado, y los enamorados del género de monsieur de la Chaumiere son terribles: no deis ocasión á que os vea ó á que os sienta: ese balcón estará abierto: debajo hay una rejilla que puede servir de escala: ahora idos: voy a ocuparme de nuestra hija.

—Adiós, señora: hasta la media noche.

Bizarro salió del cuarto de la princesa, atravesó la galería de los Infantes, bajó al patio, en uno de cuyos ángulos estaba la mayordomía mayor, y se dirigió á ella.

—¡Que no mate á monsieur de la Chaumiere! —murmuró—: ¡que me espera esta noche á las doce!... y aquella mirada... aquella mirada no era mentira, no; me ama, y me ama desde hace mucho tiempo: ¿por qué había yo de haberla amado, por qué había de amarla con toda la desesperación de mi alma, si su amor no hubiera respondido misteriosamente al mío desde el fondo de su alma? ¡Ah! no, no; cuando se ama como yo la amo, el ser á quien amamos nos ama también, por más que no nos lo diga, por más que nos lo oculte: ¡oh, y qué mujer tan terrible! me ama, sin duda porque Dios lo ha querido, y será capaz de sacrificar su amor, porque soy gitano, porque todo amor sería un obstáculo para su ambición: se ha propuesto ser reina... y lo será... Yo estoy loco; mi pobre Cinta muerta de una manera horrible hace cuatro días; muerto mi hijo, á quien yo amaba antes de que hubiese nacido; y sin embargo, mi corazón arde; late violentamente por Ana María: ¡miseria! somos despreciables: la sangre nos domina: somos esclavos de lo impuro, de lo vergonzoso: ¡ah! el solo pensamiento de llegar á la satisfacción de este amor insensato me vuelve loco... Esta llave... una cita á las doce de la noche... estaba pálida, trémula, conmovida cuando me dió la llave: ¡ah! no debo fiarme: Ana María hace de sí lo que quiere: Dios me perdone; pero creo que posee un poder sobrenatural: que se pone pálida, que se enrojece, que tiembla, que llora según le conviene; pero aquella mirada no era mentira, no: exhalo toda su alma por ella; creí que iba á morir: juicio, valor: no nos olvide-

mos de monsieur de la Chaumiere; es necesario por lo menos que yo me entienda con ese hombre.

A este tiempo llegó á la mayordomía mayor, á la que se había acercado lentamente.

Entró.

Por acaso estaba allí el marqués de Arcos, que conocía demasiado á Bizarro, y le recibió afablemente.

—Me alegro, hombre, me alegro de que te vengas á la casa—dijo después de haber leído la orden—; pero nada me ha dicho el rey.

—Esto es cosa de mi protectora la señora princesa de los Ursinos—contestó Bizarro.

—¿Pero qué luto es ese, hombre? ¿qué luto es ese?—dijo el bueno del marqués, viendo el pañuelo negro que Bizarro llevaba al cuello.

—Por mi pobre mujer, por mi hijo, que han muerto desgraciadamente hace cuatro días en Taracena.

—¡Calla!—dijo el marqués—; pues ahora recuerdo... tú no puedes ser primer picador del rey, ni nada, hombre; lo único que puedes hacer, y yo te lo aviso porque te estimo, es ponerte en salvo: ¡pues ahí es nada! hace cinco días malheriste al hijo del conde de Monterey.

—Porque se atrevió á una alta señora que pasa por mi hija, y que hoy es la maquesa de Nuestra Señora de las Nieves.

—Hermosa señora, hermosísima, admirable; pero eso no quita que estés acusado de heridas causadas de mala manera...

—Eso no es verdad, señor marqués—dijo Bizarro—: porque yo no mato de mala manera; espada contra espada fué; que aunque gitano, sé también esgrimir cinco palmos de acero: no es mía la culpa si el hijo del conde de Monterey no es tan valiente como noble.

—Hay además contra ti el haber estropeado á dos guardias de corps en Taracena: el conde de Rebollos ha jurado que no parará hasta que te ahorquen.

—El uno de esos guardias me dió una bofetada—dijo Bizarro—: y en cuanto al señor conde de Rebollos, sin que me ahorquen tendrá que pararse; porque todas estas cosas las ha arreglado ya la princesa, como arreglará otras que vengan; porque tal estamos, que para que ciertos señores anden derechos y no hagan daño, no á mí que nada importo, sino á altísimas personas á quienes sirvo, es necesario hacerles comer un poco de hierro.

—Hijo, el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija, y no hay cosa como agarrarse á buenas aluabas: en último resultado, me alegro: cabalmente tengo dos caballos cordobeses que no hay picador que me los desbrave, y cuento contigo, Bizarro.

—Puede vucencia contar conmigo para todo cuanto quiera.

—Vamos ¿y qué cuarto quieres?

—Cualquiera, señor marqués.

—Cabalmente sobre el cuarto de la princesa hay una buena habitación vacía: no te vendrán mal un par de mesadas adelantadas.

—Como vucencia guste.

—Váyase para cuando tengas que esperar—dijo el marqués, sacando de un bolsillo de seda verde algunos doblones de á cuatro—; porque andamos muy escasos de dinero.

—Cuando no le ha a, tendremos paciencia, señor marqués: á más, que yo cuento con que muchos señores, como vucencia, se valdrán de mí para arreglar sus caballerizas.

—Indudablemente, Bizarro: el que puede contar contigo no se acuerda de otro picador: ¡a ver, uol!

Apareció un criado de la baja servidumbre.

—A Gálvez, el conserje de la parte alta del alcázar, que dé al momento á Bizarro el cuarto número 10, con cama, muebles y cuanto fuere menester: conque buenas noches, Bizarro; hasta la vista.

—Buenas noches, excelentísimo señor.

Una hora después, Bizarro estaba en posesión de un excelente cuarto con cuatro piezas, situado cabalmente sobre el de la princesa y con ventanas al mismo patinillo adonde daban los balcones de la habitación de aquélla.

Bizarro salió, se echó la llave en el bolsillo, y se fué á vagar por el alcázar y á ponerse en contacto con la servidumbre, la mayor parte de la cual le conocía.

El objeto de Bizarro era informarse de si estaba en el alcázar monsieur de la Chaumiere, sin tener que preguntar á nadie.

Al entrar en la gran sala de guardias, examinó á los criados que estaban delante de su puerta esperando á sus amos, y vió á Malegarde, al cual se fué en derechura.

—¡Hola! mal francés—le dijo—, ¿que haces aquí?

—Estoy esperando á mi señor, que hace una hora ha entrado en la cámara del rey.

—¡Diablol ¿y qué se ha hecho del bueno de Pommeferre? Si no recuerdo mal, él era el que acompañaba constantemente á monsieur de la Chaumiere.

—¡Pommeferre!—contestó riendo Melegarde—sabe Dios á cuántas leguas estará de Madrid: él no sabe que el negocio se ha arreglado, y y tendrá un miedo en el cuerpo como para él solo.

—¿Qué negocio?—dijo haciéndose de nuevas Bizarro, aunque sabía demasiado por el retato de Azucena que el negocio de que se trataba era el desafío de Pommeferre con Perico Perea.

—¡Bah! no se puede decir muy alto, porque se le ha echado tierra al tal negocio, y mi amo ha dicho á los otros criados que no hablen de ello una palabra: ello es un enredo á causa de los amores de mi amo con la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, con quien va á casarse: sobre si una doncella que era querida del paje Pedro Perea llevó ó no llevó una carta de mi amo que le había dado Pommeferre á la marquesa, se agerraron Pommeferre y Perea, y este tiene una estocada en el cuerpo que no puede lamerse; pero como en esto andaba el nombre de la señora marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y sus majestades, según se dice, quieren mucho á la marquesa, la verdad es que el negocio se ha enterrado, y que Pommeferre se puede pasear por donde quiera, sin que nadie se meta con él. ¿Y tú qué haces en el alcázar, Bizarro?

—¡Bah! estoy en mi casa; soy primer picador del rey.

—No hay como ser buen mozo para tener suerte: te habras agarrado á alguna buenaembra de las que privan en palacio.

—Cuenta con lo que se dice, amigo Malegarde, no vayas á encontrarte con una costilla rota.

—¡Bah! pues buena anda la corte: ¿sabes tú quién amparaba al señor Perico Perea y le hacía estar tan sobre sí que no había quien le aguantase? Pues era nada menos que la azafata mayor, princesa de Tilly, que bebía los vientos por el paje: ¿y sabes tú lo que dicen? Que si Perea anduvo á estocadas con Malegarde, fué porque quería á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y se le llevó el diablo cuando supo que Petra Pica había dado á la marquesa una carta de mi amo que le había entregado Pommeferre.

—Te repito que como no acortes la lengua,

antes de mucho te va á pasar algo negro, Malegarde.

—¡Eh, Bizarro! ¿y de qué se va á hablar si no se murmura? A mas, que yo no digo sino lo que dicen: allá ellos. A propósito: mi amo se va á alegrar de que estés en palacio, porque no tiene la caballeriza muy á su gusto, y tú se la arreglarás como nadie. Pero he aquí á mi amo que sale del cuarto del rey.

Bizarro se volvió y vió á monsieur de la Chaumiere, que de gran gala salía del cuarto del rey.

Pero trata el semblante densamente nublado, Bizarro se puso á su paso.

—¡Ah!—dijo monsieur de la Chaumiere—me alegro de encontrarte; tú me explicarás muchas cosas que necesito saber: vente conmigo.

—Yo también me alegro de encontraros, monsieur de la Chaumiere.

—¡Ah, ah!—dijo monsieur de la Chaumiere—; me parece que me tratas de igual á igual.

—¡Ya lo creol como que pretendéis casaros con mi hija.

—Salgamos, salgamos—dijo monsieur de la Chaumiere.

Bajaron las escaleras seguidos de Malegarde, atravesaron el patio y llegaron á la puerta de las Meninas, delante de la cual había una carroza.

—Malegarde—dijo monsieur de la Chaumiere—: vete con la carroza á casa.

—Un momento, compadre—dijo Bizarro á Malegarde—: con licencia de tu señor, dame tu espada; no traigo armas; las calles están oscuras, y no muy seguro Madrid.

—Dásela—dijo con acento breve monsieur de la Chaumiere.

Malegarde se desciñó el cinturón, y le dió, con la espada, á Bizarro, que se lo ciñó.

—O una hostería á beber, porque estoy dado al diablo, ó al campo á tomar el aire, porque me arde la cabeza—dijo monsieur de la Chaumiere.

—A una hostería—dijo Bizarro—; porque yo tengo también el corazón negro; y después veremos si nos vamos al campo.

Echaron á andar, tomaron por la calle de Requena, por la de Santiago, atravesaron la calle Mayor y la plaza de San Miguel, y por la Cava Baja llegaron á Puerta Cerrada, y se metieron en la hostería que llevaba su nombre, que hoy es una pastelería, y que se encuentra ni más ni

menos que como estaba entonces, con muy ligeras modificaciones.

Durante el camino no habían hablado ni una sola palabra.

Quando se alejaron del alcázar, un hombre que estaba junto á la puerta de las Meninas, pegado á la pared, los siguió á lo lejos, y cuando entraron en la hostería, se ocultó en el hueco de una de las puertas de la acera de enfrente.

Monsieur de la Chaumiere pidió una empanada de conejo y dos botellas de vino, y se metió en un pequeño aposento reservado con Bizarro.

—O salimos de aquí amigos—dijo monsieur de la Chaumiere, que á cada momento tenía el semblante más sombrío—; ó salimos de aquí para ir á darnos de estocadas.

—Había jurado mataros—monsieur de la Chaumiere—dijo el gitano—; todo lo que podrá suceder es que no os mate; pero nosotros no podemos ser amigos.

—¡Por Dios vivo—dijo monsieur de la Chaumiere que ninguna culpa tengo de lo que sucede.

—Azucena está comprometida—dijo Bizarro.

—¿Y quién es Azucena?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—¿Que quién es Azucena? ¡Ah! es verdad; vos no conocéis á Azucena: he dicho mal; he debido decir que por vuestra causa está comprometido el decoro de doña Esperanza de Ayala, marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; ya sabéis, porque habéis estado anoche en la quinta de Pozofrío, donde habéis cometido el crimen de falsificación, que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, hasta hace cuatro días, se ha creído mi hija.

—Y bien; hemos llegado al motivo que nos tiene aquí: dejemos que cubran la mesa, que ya se siente venir al mozo, y hablemos todo lo francamente que podamos.

Entró un mozo de la hostería con una gran bandeja en que trata todo lo que le habían pedido.

Lo sirvió y se retiró.

—¿De quién es hija la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?—dijo violentamente monsieur de la Chaumiere en cuanto se quedaron solos.

—Del demonio—contestó Bizarro.

—Es decir, que á pesar de la situación ex-

traordinaria en que me encuentro, te niegas á darme informes que necesito.

Monsieur de la Chaumiere llenó entretanto los vasos.

Le temblaba la mano; pero con un temblor de cólera.

—¿Qué han determinado sus majestades, que os caséis ó que no os caséis con doña Esperanza?

—Esto es un misterio: enamorado de ella, parto á Pozofrío para asegurar su posición; vuelvo y me encuentro con que el rey me recibe de muy mal talante, y me apostrofa porque he comprometido el decoro de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves y he hecho necesario mi casamiento con ella: comprendo que el rey está enamorado de la única mujer á quien he amado en este mundo, y por la cual serto capaz de perder, no una vida, sino ciento que tuviera, y además el alma; y cuando el rey me explica por qué está comprometida á casarse conmigo doña Esperanza, veo sin que me quede la menor duda una intriga de la princesa de los Ursinos: ¿y quién me asegura que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves no ama al rey y quiere casarse conmigo para cubrir sus amores con su majestad?

—¡Poder de Dios!—exclamó Bizarro—: pues qué ¿crééis que ella es tan miserable como vos, tan ambiciosa como la princesa?

—Será necesario perdonarte las injurias, como es necesario que tú me perdones todo lo que diga; porque estoy desesperado.

—Miradme bien á la cara, monsieur de la Chaumiere: ¿crééis que á mí se me puede engañar? Ha llegado el momento de que me respondais, porque yo soy quien tiene aquí el derecho de interrogar; porque doña Esperanza no tiene en el mundo quien la proteja más que yo; y yo, sabedlo: yo gitano, yo chalán, yo picador del rey, soy un personaje desconocido, poderoso, terrible: yo puedo hacer de vos lo que quiera, ó matándoos lisa y llanamente, ó desterrándoos, ó encerrándoos ó echándoos á galeras: yo gitano, á vos gentilhomme, porque oid: el rey está en poder de la princesa de los Ursinos y la princesa de los Ursinos está en poder mío: entendedlo bien; este pobre gitano es el rey de España mientras viva la princesa de los Ursinos, que da muestras de vivir mucho tiempo y de morir hermosa; porque Ana María no ha nacido para ser nunca vieja ni fea: bebamos; tengo amarga la

vida; Esperanza es mi amor, mi hijo, ¿lo entendéis? y os prohibo hasta pensar en ella: no la merecéis; no me convenís, será lo que yo quiera que sea: y no presumáis de poderoso contra mí, porque sois para mí lo que una pluma para el viento: vos no amáis á la marquesa, mentira: vos no podeis amar; á más de eso, vos enamorais al mismo tiempo á otra Esperanza, á la que tampoco amáis: creo bien que esteis enamorado de las dos, porque las dos son hermosísimas: os vendría muy bien ser esposo de la una Esperanza, de la que, por una superchería á que yo me he prestado, sometiéndome á la voluntad de la princesa, puede ser un día infanta de España: y amante de la otra Esperanza de Ayala, que sabe Dios lo que puede ser á causa del misterio de su nacimiento: este proyecto, lo conozco, ha debido deslumbraros; pero todos los grandes proyectos tienen una dificultad grave, y esa dificultad soy yo respecto á vuestros proyectos.

—¿Y quién te ha dicho que yo conozca á esa otra Esperanza?

—¡Bahl Monsieur de la Chaumiere, espero que me haréis la justicia de creer que no soy torpe. ¿Quién sino doña Esperanza de Ayala, la que vive oculta en la antigua casa del Almirante, en Puerta Cerrada, ha podido daros la instrucción para el atentado que se prepara para mañana por la mañana contra sus majestades, y que vos habéis entregado á doña Esperanza de Ayala, sino á esa otra doña Esperanza, que debe estar loca por vos cuando ha hecho tal disparate? ¡Fiarse de vos! esa pobre señora no os conoce: y partidiez, la tomo también bajo mi protección: ¡pobre niña! vamos, monsieur de la Chaumiere, reconoced que estáis en mi poder, desarmado, y doblegais á la situación; no me hagais la guerra: por el contrario, ayudadme y si me ayudais, yo os ayudaré, y sin trabajo, sin arriesgar nada, llegaréis á ser lo que queráis: ¿no habéis oído que estáis hablando con el rey de España? ¿lo dudais? pues ponedlo á prueba.

—Es muy posible que esté loca por ti la princesa de los Ursinos: eres un hermoso hombre, una especie de rey egipcio; tienes un corazón de fuego, y dominas todo lo que te se acerca, te lo confieso.

—Pues ved ahí: no he podido dominar mi mala fortuna; pero prescindiendo de eso, respondedme en verdad, y no perdamos el tiempo: ¿qué han resuelto sus majestades acerca de vuestro casamiento?

—El rey me habló de él como de una cosa decidida; pero llamado por la reina, después de haberme hecho esperar algunos minutos en su cámara, volvió y me dijo que el casamiento se aplazaba, á pesar de que la marquesa se obstinaba en casarse conmigo.

—¡Ah! ¡yal doña Esperanza se obstina: tiene tan grande el corazón, que se sacrifica; pues bien, monsieur de la Chaumiere, vos os negareis rotundamente á ese casamiento.

—¿Y si el rey me lo manda?

—Desobedeced al rey: desobedecedle sin temor, porque me habreis obedecido á mí, que gracias á la princesa de los Ursinos, á la que teigo sujeta, soy más rey que Felipe V; ni os prenderán, ni aun os deserrarán porque desobedezcais á su majestad. ¿Satisfará vuestra ambición, monsieur de la Chaumiere, ir á mandar como general el ejército de Portugal ó el de Cataluña?

—Yo sirvo aquí á su majestad el rey de Francia—dijo completamente dominado monsieur de la Chaumiere.

—Sí, ya sé que el gran Luis XIV, á quien habeis servido de todas maneras, y que se engaña depositando en vos una gran confianza, os ha puesto como espion al lado de su nieto; pero el gran rey, acosado por todas partes, se cansa de los asuntos de España, y levanta la mano, porque no quiere darnos ni hombres ni dinero, que le hacen falta para sus asuntos propios: gracias á Europa que acomete en masa al gran ambicioso, somos aquí independientes y podemos hacer lo que queramos; lo que importa es quitarnos de encima á los ingleses, á los austriacos y á los holandeses, y mediante Dios, nos los quitaremos, y el archiduque se consolará como pueda buscando en otra parte otra corona ó pasándose sin ella: por último, monsieur de la Chaumiere, creo que hemos hablado bastante: vos no os casaréis con la marquesa de Ayala, ¿lo entendéis? no os casaréis, porque no querréis ser hombre muerto.

—¿Y si ella me amara, como parece indizarlo su empeño de casarse conmigo?

—Ella no os ama, no puedo amaros: no la conocéis: es una mártir, que por lo que yo me sé arrostra el martirio; pero yo no quiero que le sufra. Hemos concluido el vino—añadió Bizarro—, poniendo el que quedaba en los vasos; nuestra conversación ha concluido, y no diré una palabra más: adiós; necesito consagrarme

al servicio de la princesa, lo que es lo mismo que consagrarme al servicio del rey.

Y Bizarro bebió el contenido del uno de los vasos, y sin escuchar á monsieur de la Chaumiere, salió.

CAPITULO XXVIII

DE CÓMO MONSIEUR DE LA CHAUMIERE SE EMBROLLABA MÁS Y MÁS

Monsieur de la Chaumiere se aturdira por la primera vez de su vida

Le parecia demasiado hombre Bizarro.

¿Sería una audacia todo lo que Bizarro le habia dicho para imponerle, para aterrarle? ¿Poseería en efecto aquel poder que se habia atribuído? ¿Sería un amante secreto de la princesa, puesto por ella, tal vez en otros tiempos, en situación de dominarla, de hacerla su esclava?

La situación en que se encontraba monsieur de la Chaumiere era demasiado grave para que no consagrara á ella toda su atención.

Al volver á Madrid, al ver al rey, el rey, de muy mal talante y como quien manda lo que le contraría, lo que no hubiera querido mandar, le habia impuesto su casamiento con Azucena.

Poco después, y sin haber mediado más que una corta ausencia del rey de su cámara, al volver el rey le habia dicho que no habia nada de casamiento.

Existía, pues, un misterio para monsieur de la Chaumiere; y aunque le contrariaba mucho no tener por esposa á Azucena, le contrariaba mucho más el comprender que, no llevándose á cabo el casamiento y dadas las circunstancias, estorbaría en la corte de Felipe V y le enviarían á la de Versalles, donde se presentaría, como despedido, á Luis XIV, y sujeto, sabe Dios, á cuáles informes de la corte de España.

Esto aturdira, aburría, desesperaba á monsieur de la Chaumiere, como desespera á todo cortesano encontrarse en una situación falsa, sin saber qué hacer, ni qué partido tomar, por temor de agravar su situación equivocándose.

—Y bien—dijo—, poseo un secreto de la princesa de los Ursinos, ó por mejor decir, dos secretos: esto es, que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves no es hija, ni mucho menos, de Carlos II, y que ese gitano es una figura oculta que nade ve junto á ella, pero que puede verla todo el mundo, empezando por el rey, en el momento de que á mí se me ocurra abrirle los ojos:

vamos, calma, esperemos, dobleguémonos, resignémonos; ello dirá.

Y llamando, pagó el gasto y salió de la hostería, tomando el camino de su casa, porque no se le ocurría otra parte donde ir.

Hubiera i o de muy buena voluntad á ver á la otra doña Esperanza; pero no se le esperaba, no había cita pendiente, ni encontraba medio para acercarse á ella.

De improviso se volvió.

—Buenas noches, señor—había dicho una voz melosa.

Por aquella voz, monsieur de la Chaumiere reconoció á Lucas Cabezudo.

—¡Ah!—exclamó—: me vienes como llovido del cielo.

—Sí, ¿eh? pues me alegro, señor—dijo Lucas Cabezudo—; pero permitidme que os diga que os equivocáis; no me ha llovido el cielo, me he llovido yo junto a vos, y ya era tiempo; me he cansado de esperaros dos días junto al alcázar: doña Esperanza se desespera: ¡cuánto os ama! Id buscando la disculpa, porque está irritada: figuráos que ayer por la mañana me dijo: —Lucas, me he olvidado de convenir con monsieur de la Chaumiere cuándo nos veríamos; vete á su casa, háblale aparte, y dile que le espero á comer.— Se había preparado una excelente comida, mejor que la de costumbre, aunque siempre come muy bien doña Esperanza; y en vuestra casa me dijeron que habíais salido á las cinco de la mañana, á caballo, con un criado, sin decir adónde ibais, ni cuándo volveríais: pregunté quién era el criado que podría saber adónde habíais ido, y me dijeron que se llamaba Pommeferre; quise verle, pero tampoco estaba en casa: doña Esperanza se desesperó cuando supo que habíais desaparecido, y me mandó que os buscara, que averiguara: me fui al alcázar, me metí por el patio y por el cuarto de Bartolomé, el conserje de la parte baja, á quien conozco mucho y al que pregunté por vos.—No sé de ese caballero me dijo, pero por el alcázar ha andado esta mañana su lacayo Pommeferre; por cierto que salió echando demonios, llevando detrás de sí á Perico Perea, paje de la princesa de Tilly.—En fin, monsieur de la Chaumiere, supe cosas que no me he atrevido á decírselas á doña Esperanza.

—¿Y qué cosas son esas?

—En primer lugar, que hay otra doña Esperanza de Ayala que ha caído como del cielo en el alcázar, y ha caído muy de pie, porque el rey

la ha hecho grande de España de primera clase, con título de marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, y la reina su dama de honor.

—¿Y cómo has sabido tú eso?

—Sabiendo que vuestro criado Pommeferre había herido al paje Perico Perea, porque éste había tomado muy á mal que una novia suya, á quien Pommeferre había seducido, hubiese dado una carta vuestra á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, llaméme la atención el título; pregunté cómo se llamaba la marquesa, me lo dijo Bartolomé, y yo me he guardado muy bien de decirlo á doña Esperanza, como de decir la que vos tenéis amores con la marquesa: qué queréis, la amo demasiado para darla tan grave pesar, y espero que vos me ayudaréis para procurar que no sufra: no sabéis cuánto me ha molido, cuánto me ha hecho buscar y revolver: con que buscad una disculpa que contente á doña Esperanza, que os ama tanto, que bien merece evitéis el lastimarla el corazón: hemos llegado, voy á abrir.

En efecto, habían llegado á la calle del Almendro y al postigo del jardín de la casa del almirante.

Lucas cabezudo hizo pasar á monsieur de la Chaumiere, entró y cerró.

—Voy á llevaros—dijo á monsieur de la Chaumiere—, al mismo asiento donde hablamos hace dos noches: allí me esperaréis, porque necesito ir á saber si doña Esperanza está sola.

Llegaron al asiento, se sentó monsieur de la Chaumiere, y Lucas Cabezudo se separó de él, perdiéndose entre los árboles.

Poco después volvió.

—Doña Esperanza no está sola—dijo—: está con ella el marqués de Leganés; y como por serviros, á causa del amor que os tiene doña Esperanza, he dejado de ser partidario del archiduque para ser lealtísimo vasallo del rey don Felipe V, voy á llevaros donde podáis ver y oír sin ser visto.

—Y dime: ¿sabe doña Esperanza que yo estoy aquí?

—Cómo ha de saberlo, si á causa de estar en su cámara el marqués de Leganés, no he podido entrar en ella?

—Pues vamos, que importa mucho al rey que yo no pierda ni una sola palabra; á pesar de que creo me ama tanto doña Esperanza, que no me ocultaría nada.

Subieron por las mismas escaleras excusadas

que la vez anterior, y Lucas Cabezudo llevó á monsieur de la Chaumiere hasta el dormitorio de doña Esperanza.

Monsieur de la Chaumiere adelantó, llegó á la puerta, y oculto tras las cortinas, vió al marqués de Leganés hablando calurosamente con doña Esperanza.

El marqués llevaba un traje oscuro, una espada fuerte, en vez de los delgados espadines que por entonces espazaban á usarse, capa de terciopelo, y un ancho sombrero que tenía en la mano izquierda. A más, por uno de sus costados asomaba la culata de una pistola que debía estar enganchada en su cinturón.

—No debéis extrañar, señora—decía el marqués de Leganés—, que desconfíe de vos: queréis saber quiénes son las personas que han de componer mañana el gobierno cuando hayan presos el duque y la duquesa de Anjou, y sin embargo, cuando os pido los papeles que tenéis en vuestro poder y que debían ser presentados esta noche á la junta que me espera, entre los cuales está la instrucción del marqués de Castroviejo, me decís que los habéis quemado.

—Y por la triste noticia que me habéis dado antes, he hecho bien en quemarlos, marqués—dijo doña Esperanza, que estaba muy conmovida.

Monsieur de la Chaumiere alargó, como suele decirse, el oído.

¿Cuál podía ser la triste noticia que el marqués de Leganés había dado á doña Esperanza?

La contestación del marqués sacó muy pronto de dudas á monsieur de la Chaumiere.

—Siento mucho haberos entristecido con la noticia de la muerte del marqués de Castroviejo; pero debía decíroslo, y aún no os lo he dicho todo.

—¡Aún hay más!

—Según me ha dicho el padre fray José de Tordehumos, en el testamento del marqués no se os nombra para nada.

—¡Cómo! ¿que no se me nombra en el testamento del marqués!—dijo doña Esperanza, levantándose pálida como una muerta.

—Ni más ni menos que si no existierais, señora.

—¿Está seguro de ello fray José?

—Segurísimo; como que ha asistido al otorgamiento del testamento del marqués.

—Indudablemente, entre los papeles del marqués debe haber algunos documentos importantes referentes á mí, porque el marqués me ha

repetido desde que tengo uso de razón:—Tú no eres hija de Diego de Ayala y de María de Rojas; tu origen es más alto, infinitamente más alto: un día le conocerás; pero entre tanto, debo ocultarte este secreto.—Pero—le decía yo y se lo repetía aún no hace seis meses—, estáis viejo, achacoso; podéis morir de repente.—¿Y qué importa?—me respondía—: entre mis papeles se encontrará la prueba de tu nacimiento.—Esa prueba debe existir y se encontrará.

—Sí, se encontrará; pero será necesario esperar á que el nuevo marqués tome posesión de su herencia: todas las papeleras, todos los muebles donde pueden existir papeles, han sido sellados.

—¿Pero por qué, por qué no ha venido á traerme todas esas noticias el padre Tordehumos?

—Porque está en la cama, enfermo, según dice; pero yo creo que su enfermedad es de miedo, porque ve que se acerca el momento de llevar á cabo nuestra empresa, y duda: todo es de mal agüero: el padre Tordehumos ni aun quiere hablar de la conspiración: vos me habéis dicho que habéis quemado papeles que eran demasiado importantes: ¿por que lo habéis hecho?

—De miedo—dijo doña Esperanza—: se me ha avisado de que se reparaba que ciertos sujetos sospechosos, entre los cuales se os contaba á vos y á don Luis Dávalos, entraban de noche en esta casa por el postigo del jardín.

—¿Y quién os dijo eso, señora?—preguntó con algún cuidado el marqués.

—Nada temáis—dijo doña Esperanza—: quien ha reparado en que algunos bultos observaban vuestras entradas y vuestras salidas, ha sido mi fiel Lucas Cabezudo: sentí miedo á que, atropellando por todo, registrasen mi casa, y quemé esos documentos, en lo que no hice otra cosa que ser prudente por vosotros al par que por mí.

—Permitidme, señora, que os diga que esto es muy extraño y que me retire por una razón de prudencia; podría suceder muy bien que las cenizas de esos papeles hubiesen salido de esta casa llevadas por el viento, y hubiesen ido á parar á palacio, convirtiéndose de nuevo en papeles.

—¡Cómo había yo de amaros, cómo había yo de oiros, cuando os obstinábais en obtener mi mano, si no merecíais ni aun respeto, marqués!—exclamó con indignación doña Esperanza—; ¡si como un miserable sois capaz de insultar á una dama que no puede arrojaros un guante á la

caral Idos, oividáos de que hay en Madrid una calle á la que corresponde un postigo por donde habéis entrado alguna vez hasta aquí.

El marqués hizo un movimiento como para desenojar á doña Esperanza.

—Salid—dijo ésta con altivez—: mejor fuera que nunca hubiérais entrado.

El marqués permaneció inmóvil.

—¡Qué! ¿no os vais?—dijo doña Esperanza.

—A fuer de caballero, señora, no debo irme sin desenojaros, sin deciros que me perdonéis algunas frases algo aventuradas, hijas de mi despecho, al saber que habéis destruído papeles que eran demasiado importantes.

—Bien, bien, os perdono; pero os suplico que me dejéis sola: la noticia de la muerte de mi tutor, de mi protector, que me habéis dado tan sin preparación, de una manera tan impía, añadiendo lo que para nada se me nombra en el testamento del marqués, me ha trastornado: estoy enferma, necesito recogerme.

El marqués continuó inmóvil.

—Y bien—dijo—, ello es cierto, demasiado cierto por desgracia; yo he podido buscar rodeos, defroslo poco á poco, pero mi intención ha sido buena: no he tenido ocasión de deciros lo que disculpa la manera con que os he dado esta funesta noticia, oidlo: no estáis sola en el mundo, tenéis mi amor, mi hacienda,

—Y vuestra mano, marqués?—dijo con acento acerado doña Esperanza—: me apresuro á deciros que no la quiero, porque no interpretéis mi pregunta, que es más bien una respuesta al acento intencionado con que me habéis ofrecido vuestra hacienda.

—Decidamente estoy en desgracia con vos, señora—dijo el marqués—: perdonadme si aún insisto en hablaros: debo ponerme delante vuestra situación: la casa en que vivís fué cedida por el almirante al marqués de Castroviejo mientras viviese, bajo pretexto de arrendamiento, porque como está vinculada, no podía ser cedida, ni por donación ni por venta.

—Comprendo, señor marqués; el nuevo conde de Melgar, heredero del almirante, en el momento en que sepa, tal vez la crea ya, ó pronto, porque es muy posible que vos se lo digáis, la muerte del marqués de Castroviejo, vendrá y me echará á la calle; y como vos me amáis tanto, queréis sin duda ofrecermé vuestra casa, ó tal vez otra de que podáis disponer; gracias, caballero, muchas gracias: estad seguro de que no

me echarán: esta casa se cree inhabitada, y no quiero que me encuentren en ella: podrían sorprenderme ó creerme un duende, y no quiero dar lugar á lo uno ni lo otro: ahora os lo repito: hacedme la merced de dejarme en libertad de recogerme.

—Sois terrible, señora; ni aun la desgracia es bastante para doblegar vuestra altivez.

—Como no hay nada que baste para haceros comprender que abusáis de una manera demasiado extraña de mi situación, que creéis desesperada: no insistáis, no me obliguéis á desmentaros que no estoy sola en el mundo.

—¡Bah! ¿Lucas Cabezudo? ¿una amenaza? ¿no sabéis, señora, que estoy loco por vos, por vos desesperado? ¿no habéis reparado en que al entrar he corrido el fiador de la mampara?

Al oír estas palabras, doña Esperanza lanzó un grito de dolorosa sorpresa, se levantó, corrió á la puerta de la alcoba, la abrió y sin reparar en Mr. de la Chaumiere, que se habia apartado, salió por la puerta de escape y la cerró.

El marqués de Leganés adelantaba, siguiendo á doña Esperanza.

De repente se detuvo y retrocedió.

Se habían abierto las cortinas y habia aparecido Mr. de la Chaumiere.

—¡Ehl! ¿qué tal, amigo mío?—dijo riendo—: esto, de seguro no os divertirá; pero me divierte mucho á mí: ¿qué os parece de esta metamorfosis?

—Lo que me parece es que... seguramente mañana á la noche, á estas horas, me haréis el favor de ir á explicarme esto á las tapias del Buen Retiro, por la parte de la huerta de San Jerónimo.

—¿Y las pragmáticas, amigo mío?—dijo inalterable Mr. de la Chaumiere—. ¿Queréis que yo me esponga, matandoos en desafío, á que me arcabucéen, simplemente porque no os ha hecho gracia el que yo os haya visto en ridículo?

—El ridículo y la infamia corresponden á la mujer despreciable, que mientras recibe en su cámara á un caballero, tiene al amante escondido en su dormitorio.

—Os llamaría loco—dijo Mr. de la Chaumiere—si no fuérais ilustremente tonto, ilustre marqués: y si se pudiese tomar en serio lo que decís, sólo por haberos atrevido á decirlo, probaría si sabíais volar, arrojandoos por un balcón.

El marqués de Leganés echó, trémulo de cólera, mano á su espada; pero se encontró con

que no podía sacarla, por la sencilla razón de que le habían cogido por detrás los brazos con una fuerza incontrastable.

Quien había ejecutado con el silencio y la ligereza de un tigre esta operación, había sido Lucas Cabezudo, que había entrado por otra puerta que no había cerrado el marqués.

Mr. de la Chaumiere se refa.

El marqués bramaba como un toro sujeto por un lazo.

—Desarmadle, señor—decía Lucas Cabezudo—ó tendré que llevármelo de este modo hasta la calle, y su excelencia pesa demasiado.

—No, no hay que llevarse al señor marqués á la calle—dijo Mr. de la Chaumiere—: está demasiado irritado, y sería capaz de hacer una tontería; además de esto, podría avisar á sus amigos para que no se pudiesen ciertas señas en ciertas casas.

—Ya sabía yo que se me había hecho una infame traición—dijo el marqués, descompuesto de ira y pugnando en vano por desasirse de Lucas Cabezudo.

—No podéis hablar de traiciones—dijo monsieur de la Chaumiere—porque la traición ha empezado por vos.

—Yo no he jurado fidelidad al duque de Anjou—contestó el marqués de Leganés—: yo no le reconozco como rey de España; en mí no hay traición; no la ha habido nunca en mi linaje.

—Ved que me canso de sujetarle, señor—dijo Lucas Cabezudo.

—¿Tiene llave aquella puerta?—dijo Mr. de la Chaumiere, señalando una que había al fondo de la cámara.

—Sí, señor, llave fuerte y cerrojos.

Mr. de la Chaumiere fué á aquella puerta y la abrió.

—Amigo Lucas—dijo—: tráeme acá al señor marqués de Leganés,

Lucas Cabezudo, que era hombre de grandes fuerzas, arrastró al marqués hacia aquél aposento, donde fué encerrado.

Mr. de la Chaumiere había echado la llave y había corrido los cerrojos.

—¿Tiene alguna salida ese aposento?—preguntó.

—Sí, señor—dijo Lucas Cabezudo—: un balcón que da á la calle del Almendro; pero está sobre el declive de la calle, á grande altura, y sin reja debajo: si el marqués se tira por él, se estrella.

—Que haga lo que quiera—dijo Mr. de la Chaumiere—: doña Esperanza ha huido; ve á buscarla, y dila que en vez del marqués de Leganés me encontrará á mí.

No fué necesario buscar á doña Esperanza: ésta apareció entre las cortinas del dormitorio, y adelantó.

—Vete—dijo á Lucas Cabezudo.

—Sí, sí, me voy—dijo Lucas—; voy á ponerme de centinela debajo del balcón del retrete donde está encerrado el marqués de Leganés: si antes de que yo vuelva necesitáis salir, abrid ese otro balcón, silbad, y yo acudiré.

Lucas Cabezudo salió.

Doña Esperanza asió nerviosa, pálida, consternada, una mano de Mr. de la Chaumiere.

—Soy vuestra—dijo—; me entrego á vuestro honor y á vuestra lealtad: ¿habéis oído?

—Sí; he llegado á tiempo de oirlo todo.

—Ya veis lo que me sucede: los dos únicos hombres á quienes conocía han muerto: el almirante hace un año; hace tres días el marqués de Castroviejo: estoy sola en el mundo.

—Sola no mientras yo exista—dijo Mr. de la Chaumiere, mirando con un verdadero enamoramiento á doña Esperanza, que estaba hermosísima.

—¡Oh, gracias, amigo mío; gracias! Me consolais, mucho me consolais completamente; pero quiero salir de aquí, no quiero estar ni un momento más en esta casa: no os seré gravosa, soy rica.

—¡Rica!—dijo Mr. de la Chaumiere, á quien no parecía mal la riqueza de una joven tan hermosa que estaba loca por él.

—Rica, sí—dijo doña Esperanza—: sentáos, y oíd.

Se sentaron el uno junto al otro.

—Hace seis meses—dijo doña Esperanza—, cuando fué desterrado de la corte el marqués de Castroviejo, vino á casa acompañado de dos criados que traían un cofre pequeño, pero pesado, y le dejaron en esta cámara; y cuando hubimos quedado solos el marqués y yo, el marqués cerró la puerta y abrió el cofre, que estaba lleno de oro.

—Aquí hay cien mil ducados en doblones de á ocho y muchas ricas alhajas, que valen próximamente otros cien mil ducados: me destierran; sabe Dios si volveré á la corte; sabe Dios si no se contentarán con que viva á algunas leguas de ella, y me mandarán que salga del reino, sin

permitirme que lleve nada conmigo; puedo además morir de un momento á otro; estoy viejo, achacoso y trabajado por la desgracia: no quiero que por ningún accidente que pueda sobrevenir seas tú desheredado: esos doscientos mil ducados en oro y alhajas son la herencia que te dejó tu padre.

—¿Y quién era mi padre?—pregunté al marqués—: ¿aún no es tiempo de que yo conozca su nombre?

—No—me respondió—; aún no es tiempo.

—¿Y si morís y no podéis revelármelo?

—Entre mis papeles se encontrán los que prueban tu nacimiento.

—No pude recabar más del marqués: al día siguiente partió para su quinta de Pozofrío, adonde le habían desterrado. Yo, amigo mío, conservo los cien mil ducados en oro, las alhajas que venían en el cofre por valor de los cien mil ducados, y otro gran número de alhajas que valen muchos miles, sin contar con ricos trajes: soy, pues, muy rica, y toda mi riqueza la pongo en vuestras manos, al ponerme yo misma en ellas.

—Me caso con ésta—dijo para sí Mr. de la Chaumiere; y añadió alto—: ¿y no sospecháis de quién podéis ser hija, señora?

—¿De quién ha de ser hija una dama que se ha criado bajo la tutela del almirante y del marqués de Castroviejo, á la que se han señalado doscientos mil ducados, y con la cual se ha gastado como con una princesa, sino de un rey? ¿Y quién podía ser este rey, siendo mis tutores el almirante de Castilla y el marqués de Castroviejo, más que el rey don Carlos II?

—Siento destruiros esa creencia, señora—dijo Mr. de la Chaumiere—; pero puedo aseguraros que no sois hija del rey don Carlos II.

—Si sabéis que no soy hija del rey—dijo muy palida doña Esperanza—debeis saber quién es ó quién fué mi padre.

—Sí por cierto: vuestro padre fué el almirante de Castilla don Juan Tomás Enriquez de Cabrera, conde de Melgar, que engañó, ayudado por el marqués de Castroviejo, á Carlos II, haciéndole creer que érais su hija.

—¡Pero la prueba!... ¿dónde está la prueba?—dijo á cada momento más pálida y más excitada doña Esperanza.

—La prueba está aquí—dijo monseñor de la Chaumiere, sacando de un bolsillo interior de su casaca el pliego que contenía los dos testimonios

que el mayordomo del marqués de Castroviejo le había vendido.

—¿Y cómo tenéis en vuestro poder estos papeles?—dijo doña Esperanza.

Monsieur de la Chaumiere contó de qué manera habían quedado aquellos papeles en poder del mayordomo del marqués de Castroviejo.

—¿Y por qué fuisteis allá?—le preguntó doña Esperanza.

—Por vos, y sólo por vos—respondió monsieur de la Chaumiere.

—¿Por mí?

—Sí; quería saber quién erais, doña Esperanza.

—¡Ah! entonces vos no me amáis; porque ¿qué le importa á un hombre saber quién es la mujer que ama, si la ama? El amor que está sujeto á condiciones, no es amor. ¿He pretendido yo averiguar quién sois? Me han dicho que servís como gentilhombre á Felipe V, que sois aquí coronel de caballería, que allá en Francia habéis sido capitán de mosqueteros negros.

—Luego vos también os habéis informado, señora.

—No, me lo han dicho, que no es lo mismo que haberlo yo preguntado: lo ha averiguado, sin que yo le mandase averiguarlo, el buen Lucas Cabezudo, que me ama; y me ha dicho lo que no hubiera querido oír.

—Calumnias sin dnda.

—Sean ó no calumnias, he sabido que tenéis una vida desarreglada, que no gozáis de buena reputación, que os jactáis de vuestra fortuna con las mujeres, y que allá en Versalles os habéis mezclado en intrigas poco nobles; que estáis arruinado, y que si no os habéis casado ya, es porque no habéis logrado interesar ó comprometer á una rica heredera.

—Calumnias, señora, calumnias—dijo afectando una indignación que no sentía monsieur de la Chaumiere—: la envidia acomete á los que son más ó menos favorecidos por los reyes, por lo que el favor de los reyes es siempre una desgracia.

—No os alarméis, mi querido Horacio, porque yo no he dejado de amaros; lo que prueba lo verdadero, lo invencible de mi amor; si me probaran que érais un malvado, os amaría; si estuviérais deshonorado, partiría con vos vuestra deshonra; si es cierto que estáis arruinado, tomad lo que poseo; si correspondéis á mi amor con una ingratitud, lloraré, seré muy desgracia-

da, pero no dejaré de amaros; si me matárais, moriría amándoos: ese es el amor. Horacio, ese es el amor: el que se sobrepone á todo, el que resiste á todo, el que hace á un ser esclavo de otro. Decidme ahora francamente, porque el amor que os tengo merece que no le engaíeis, ¿por qué habéis ido á buscar por mi causa al marqués de Castroviejo?

—Porque tenia miedo, señora.

—Miedo, ¿y de qué?

—Yo conocía, ó por mejor decir, habia adivinado una historia: en palacio ha aparecido otra doña Esperanza de Ayala: ella ó vos debíais ser hija natural del rey don Carlos II: yo deseaba que no lo fuérais, porque os amo, y porque siendo vos infanta de España, aunque bastarda, no podíais sea mía: la fortuna me ha favorecido: la hija bastarda reconocida, aunque secretamente, por el señor rey don Carlos II...

—No existe—dijo doña Esperanza—, porque en estos documentos que me habéis traído, consta que se hizo al rey víctima de una superchería de mi padre el almirante don Juan Tomás Enriquez de Cabrera.

—Sí, es cierto; pero existe un reconocimiento en forma, y se han arreglado de tal manera las cosas, que hay una prueba indudable de que la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves es hija del rey don Carlos II.

—Esa prueba podría destruirse con estos dos documentos.

—Por lo mismo, dádmelos; porque ya que vos no seais infanta de España, no quiero que otra lo sea.

Doña Esperanza se puso pálida y nubló el semblante.

—Tomad—dijo—: no quiero privaros de un arma contra esa señora.

Y entregó los papeles á monsieur de la Chaumiere.

—¿Qué habéis recelado, doña Esperanza?

—Nada; he nacido desgraciada, tan desgraciada, que renunció á vos.

—¿Que renunciáis!

—Sí.

—¿Cómo! ¿creéis que no os amo?

—Vos no habéis amado nunca: vos no podéis amar; el amor es para vos un entretenimiento ó un negocio; cuando en el mundo se habla mal de una persona, algo hay de exacto; yo no puedo resignarme á ser burlada; no quiero tampoco ser el pretexto de un negocio, monsieur Horacio

Prevaux de la Chaumiere: me he equivocado; yo no os amo, no puedo amaros: me habia fingido otro hombre, que ha desaparecido.

—¿Pues no decíais que vuestro amor era á prueba de todo?

—Como no he amado nunca, no tenía experiencia acerca del amor: una sola palabra vuestra, una sola expresión de vuestro semblante, me ha hecho despertar; estoy tranquila, contenta, como quien se ve libre de una pesadilla.

—Pero ¿qué habéis visto en mí que haya podido haceros cambiar de sentimiento respecto á mí? ¿que os he pedido estos papeles? ¿Sabéis cuál era mi intención? aseguraros el nombre que lleváis de Esperanza de Ayala; decir á la que os usurpa vuestro nombre...

—Callad: ese nombre no es mío, y no le quiero; ese nombre ha sido comprado á un hombre de bajas ideas, á un miserable servidor de mi padre: esos papeles, cuando más, pueden probar que soy hija del almirante de Castilla; pero tampoco quiero llevar un nombre bastardo; encontraré otro nombre, y dejaré tranquila en posesión del apellido supuesto de Ayala á esa otra doña Esperanza: me adoptará el buen Lucas Cabezudo, y me llamaré Esperanza Cabezudo, que tanto da. ¿De quién soy hija? de nadie: si amo y soy amaña, como yo soy capaz de amar, el que me ame me mirará á mí, no á mi alcurnia; hemos concluído, monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere: voy á dormir por la última vez en la casa solariega de mi padre, en la que tal vez he nacido.

—No, no, señora; habéis nacido en Pozofrío, donde ha muerto el marqués de Castroviejo.

—Tanto da; mejor: así me costará menos trabajo abandonar esta casa; buenas noches, monsieur Horacio Prevaux de la Chaumiere.

—Es decir, que me echáis á la calle como habéis echado al marqués de Leganés.

—No, no os echo: podéis permanecer; pero no sé de qué habíamos de hablar, y es ya tarde.

—En efecto, señora—dijo monsieur de la Chaumiere—, son las once de la noche, y ahora recuerdo que tengo mucho que hacer en servicio del rey: espero meditaréis mejor y reconoceréis mi inocencia; aguardo á que me digáis: "Venid, me he engañado." Lo espero confiadamente; entre tanto, señora, adiós.

—Él os guarde—dijo doña Esperanza.

Monsieur de la Chaumiere fué al balcón y silbó.

En aquel momento se abrió la puerta de la cámara y apareció Lucas Cabezudo.

—¿Qué es eso?—dijo doña Esperanza—: ¿no habíais ido á ponerlos de centinela bajo el balcón, por donde únicamente podía salir el marqués de Leganés?

—Sí; pero como el marqués ha salido ya, no había para qué continuar haciendo la centinela.

—¿Cómo que ha salido?

—Sí; ha atado su capa y su cinturón á los hierros, se ha descolgado, y aunque le faltaban tres varas para tocar al suelo, ha saltado y se ha ido en cuerpo gentil, con la espada debajo del brazo, por la calle del Almendro arriba, sin reparar en mí, que estaba acurrucado en la parte de abajo.

—¿Y por qué no le has detenido?—exclamó monsieur de la Chaumiere—: ese hombre es reo de alta traición.

—¿Y qué me importa á mí?—dijo Lucas Cabezudo—; allá se las componga el rey con sus vasallos rebeldes: eso no es cuenta mía; á más de eso, no se me había dicho que le detuviese; yo no podía meterme en nada: puesto que vais á salir, seguidme.

Monsieur de la Chaumiere salió sin decir ni una sola palabra á doña Esperanza.

Crea que cuanto más altivo se mostrase, tanto más ganaría para con ella.

Monsieur de la Chaumiere tenía un enemigo terrible en su presunción.

Apenas salió, doña Esperanza rompió á llorar de una manera desesperada.

—¡Oh!—exclamó—; ¿por qué amaré todavía á ese miserable?

Y continuó llorando en silencio, doblegada, desesperada.

—¡Ah!—exclamó Lucas Cabezudo, que volvió seis minutos después de haber salido—¿será necesario matar á ese hombre?

—No; pero es necesario salir de aquí cuanto antes, ocultarnos donde no podamos ser encontrados, no quiero ser víctima de una infamia; ese hombre sabe que aquí hay, en ese cofre, doscientos mil ducados; tiene pruebas hasta cierto punto contra mí; huyamos, Lucas, huyamos; tú tendrás sin duda un lugar donde podamos ocultarnos.

—Sí, y tan ocultos, que ni con podencos nos encontrarán.

—Pues bien; voy á poner en ese cofre mis

otras alhajas; ¿podrás tú llevar ese cofre, Lucas?

—Sí, aunque fuera más pesado.

—Pues bien, no perdamos tiempo.

Y doña Esperanza abrió un secreter, tomó de él algunas ricas alhajas, las puso en el cofrecillo, le cerró, se puso un manto y dijo á Lucas Cabezudo:

—Salgamos cuanto antes.

Un cuarto de hora después se perdían, amparados por las sombras de la noche, entre las callejas de la antigua villa.

No en vano había desconfiado doña Esperanza de monsieur de la Chaumiere.

Este, al sentir el aire libre y fresco de la noche, había rectificado sus ideas.

Había visto que por un golpe seguro de mano podía apoderarse de los doscientos mil ducados de doña Esperanza, empezando por hacerla prender en nombre del rey. Lo que abundaba entonces por las calles, eran las rondas mandadas por alcaldes, y monsieur de la Chaumiere encontró una en Puerta Cerrada.

—Venid conmigo—dijo al alcalde—, y para que consintais en seguirme, sabed que yo soy monsieur Horacio Prevau de la Chaumiere, gentilhombre de su majestad, que en su nombre os mando me sigais para prender á un reo de alta traición,

Al oír esto, el alcalde se apresuró á ponerse á disposición de monsieur de la Chaumiere, que le llevó con su ronda, harto deprimida, á la calle del Almendro, deteniéndose junto al postigo del jardín de la casa del Almirante.

—Aquí hemos de entrar—dijo monsieur de la Chaumiere.

El alcalde golpeó con fuerza con su vara sobre el postigo, pero nadie contestó por el momento.

Volvió á golpear, y al fin se oyó una voz de mujer que dijo desde muy alto y como al fondo del jardín:

—¿Quién llama?

—Abrid á la justicia del rey nuestro señor—contestó con acento imperativo y amenazador el alcalde.

—Espere vuesa merced—dijo la misma voz de mujer—; voy á avisar.

Pasaron diez minutos, y al fin se oyó la misma voz inmediatamente detrás del postigo.

—Señor alcalde—dijo—, ni la señora ni su mayordomo están en la casa: en ella no hay más que el cocinero Pedro y Juana, la otra doncella.

—En efecto, señor; nos hemos quedado solos—dijo una voz de hombre.

—Pues solos ó acompañados—contestó el alcalde—, abrid al momento.

—Es que no tenemos la llave, señor—contestó Pedro—; esa llave la guardaba el señor Lucas Cabezudo.

—Pues hacéd venir al señor Lucas Cabezudo—dijo el alcalde.

—Pero si el señor Lucas Cabezudo no está en la casa, ¿cómo hemos de avisarle, señor?—dijo verdaderamente angustiado Pedro.

—Echaremos la puerta abajo, y si encontramos al señor Lucas, iréis vos á galeras, por haber querido engañar á la justicia.

—El señor Lucas no está en casa—dijo Pedro—, y la prueba es que están descorridos los dos cerrojos, y el postigo cerrado sólo con llave.

—¡Ah! pues si no está más que cerrado con llave, venid acá, Gorguillos: abrid con vuestra ganzúa.

En aquel tiempo la justicia iba armada, como los ladrones, de llaves maestras, para entrarse, sin ser sentida, donde le convenía.

Uno de los alguaciles, que sin duda era el llamado Gorguillos, adelantó, metió en la cerradura una de esas llaves que se llaman paletines, y el postigo se abrió.

A la luz de las linternas de la ronda y de un farol que Pedro tenía en la mano, se vió que este era un hombre de aspecto sencillo y de mediana edad, y que las dos mujeres que le acompañaban jóvenes y bastante lindas.

—Quédense aquí dos de guardia á este postigo—dijo el alcalde—, y dejen entrar á todo el que viniere, pero no dejen salir á nadie: vosotros guiadnos á la casa, y luego por dentro de ella.

El alcalde acababa de armar la ratonera judicial, en la cual era lo más probable no cayese ningún ratón.

Acompañado de monsieur de la Chaumiere y de cuatro alguaciles, y guiado por Pedro y las dos doncellas, entró en la casa con toda la soberbia de un conquistador, y toda la mala intención de un alcalde.

Se registró desde el piso bajo hasta el alto, sin perdonar los sótanos ni las bohardillas, y nada se encontró.

La mayor parte de la casa, que era inmensa, estaba desamueblada, y sólo la parte que daba

sobre el jardín y sobre la calle del Almendro, dejaba conocer que había sido habitada.

Los muebles de la cámara, del dormitorio, del gabinete, del tocador y del comedor de doña Esperanza eran magníficos.

No faltaba nada de lo que constituía el lujo y la riqueza de las grandes casas.

En un balcón del gabinete se veía pendiente una capa.

Cuando la recogieron se notó que la capa estaba añadida por el otro extremo con un cinturón.

—Por aquí se ha descolgado alguien—dijo el alcalde, volviéndose á Pedro—: ¿quién se ha descolgado por aquí?

—Lo ignoro, señor—contestó el cocinero—; yo estaba durmiendo.

—¿Y no lo sabéis vosotras?—añadió el alcalde, dirigiéndose á las doncellas.

—No, señor—respondió la que antes había hablado: nosotras dormíamos también.

—¡Ireis á la cárcel!—dijo el alcalde.

Aquellos tres infelices se pusieron pálidos, y no contestaron ni una sola palabra.

—Me parece que aquí hay mucho delito, aunque el cuerpo del delito no parece—dijo el alcalde—, dirigiéndose á monsieur de la Chaumiere.

—Aquí se conspira ó se ha conspirado contra el rey nuestro señor—dijo monsieur de la Chaumiere.

—¿Qué decís á esto?—dijo el alcalde, dirigiéndose á los criados.

—Nosotros no sabemos nada—contestó Pedro.

—¡Cómo que no sabéis nada! ¿Cómo se llama vuestra señora?

—Doña Esperanza de Ayala.

—¿Era casada, viuda ó soltera?

—Soltera parecía, señor—contestó Pedro.

—¿No tiene parientes vuestra señora?

—No lo sabemos... como no fuera parienta del excelentísimo señor marqués de Castroviejo—respondió Pedro.

—Apuntad, Gorguillos—dijo el alcalde.

—No apuntéis—dijo monsieur de la Chaumiere—, porque el marqués de Castroviejo ha muerto.

—No importa; apuntad: por el muerto llegaremos á algún vivo.

—Gorguillos apuntó.

—¿No entraba nadie en la casa?—dijo el alcalde.

—Sí, señor, entraba mucha gente, particularmente desde dos meses á esta parte—respondió Pedro.

—Id diciendo los nombres.

—No puedo, señor; porque todos los que venían entraban de noche cuando ya estábamos acostados; los sentíamos, pero no los veíamos, porque entraban á oscuras.

—¡Hum!—dijo el alcalde—; aquí hay mucho delito: ¿y vosotras no habéis traído y llevado cartas? Las doncellas sirven para esto.

—No, señor—contestó Juana—; cuando se nos buscó, se nos dijo que no saldríamos; y en efecto, desde que entramos no hemos salido, y consentimos, porque se nos daba muy buen salario.

—¿Cuánto tiempo hace estáis aquí?

—Dos años yo, y mi compañera María algunos meses más.

—¿Y vos?—dijo el alcalde—, dirigiéndose a Pedro.

—El mismo tiempo sobre poco más ó menos, señor.

—¿Y en dos años no habéis salido á la calle?

—No, señor—contestó Pedro.

—¿Y no habéis oído misa ni cumplido con la Iglesia!

—Sí, señor—contestó Pedro—; ya ha visto vuestra merced en el piso bajo una capilla: allí hemos oído misa y hemos cumplido con la Iglesia.

—¿Quién decía la misa?

—Un padre capuchino.

—¿Y quién le ayudaba?

—El señor Lucas Cabezudo.

—¿Cómo se llamaba el fraile?

—El padre José.

—¿Y el apellido?

—No lo sabemos.

—¿Y qué señas tiene ese padre?

—Gordo, alto, colorado, muy hombre...

—Pero señor, así son todos los padres capuchinos.

—Yo no sé otra cosa, señor alcalde.

—¿Y vosotras?

—Nosotras tampoco.

—¿Entraba y salía ese Lucas Cabezudo?

—Sí señor—contestó Pedro—: él iba al mercado por la vianda.

—¿Y se comía bien en la casa?

—Como en la casa de un duque; y eso lo sé yo muy bien; porque he sido cocinero del conde de Puñonrostro, del marqués de Saltillo y de conde de Cifuentes, á cuyos señores puede pre-

guntarse si soy yo un hombre honrado y un buen cocinero, que no roba ni habla mal de nadie, ni se mete en enredos.

—¿Conque tan buen trato se daba vuestra señora?

—Sí, señor: un trato como una princesa; y comía en vajilla de plata.

—¿Conque tan rica era?

—Sí, señor, yo creo que sí; porque tenía unos trajes y unas alhajas...

—¿Y se ha sacado algo de eso de la casa?—dijo el alcalde.

—Yo no lo sé: porque no sabemos lo que sucedía aquí de noche.

—¿Y por qué si no lo sabíais no dísteis parte á la justicia de lo que debía pareceros sospechoso?

—No se nos ocurrió, señor—dijo asustado Pedro.

—Pues sois cómplices por ocultación de todo lo que aquí haya sucedido: pero vamos, vamos al registro y al embargo.

—Primero es sacar de aquí á estos tres—dijo Mr. de la Chaumiere.

—Oye tú, Malduerme, y tú Moscón, llevaos á estos tres á la cárcel.

Dos alguaciles se apoderaron de Pedro y de las dos doncellas, que empezaron á poner el grito en el cielo, á pesar de lo cual fueron llevados.

—Quedaos solo con migo, señor alcalde—dijo Mr. de la Chaumiere.

Los otros dos alguaciles bajaron á reforzar la guardia del postigo, y el alcalde y Mr. de la Chaumiere se quedaron solos.

Mr. de la Chaumiere tenía una vaga esperanza de que hubiese quedado en la casa el cofre que había visto lleno de oro y alhajas; porque le parecía que era muy pesado para que hubiera podido cargar con él Cabezudo.

A más de eso, podía suceder muy bien que doña Esperanza hubiese salido para dar algún aviso y volver después.

En uno de los armarios se encontró puesta una llave, y pendiente de ella, por un aro de acero, algunas otras.

Esto favorecía los intentos de Mr. de la Chaumiere, que, como se ve, eran los de un robo con la ayuda de la justicia.

Pero sólo encontraron gran cantidad de riquísima ropa blanca, como hasta media docena de lujosos trajes, algunos utensilios de tocador, y algunas piezas de vajilla de plata; pero ni una

sola alhaja, ni un solo papel ni una moneda.

Aquello no merecía la pena de exponerse.

Mr. de la Chaumiere comprendió que doña Esperanza se había ido para no volver, y dijo al alcalde:

—Aquí hay un grave secreto de Estado, y conviene que esta casa quede vacía y sin señales de que nadie ha entrado en ella: salgamos, y por vuestra parte, id y soltad á esos criados que han sido llevados á la cárcel.

—¿Y las costas de todo esto?—dijo el alcalde.

—En los procedimientos de oficio no hay costas—dijo monsieur de la Chaumiere—; sin embargo, no quiero que os quejéis: tomad.

Y dió al alcalde algunas onzas de oro.

Este se inclinó profundamente.

Diez minutos después, la casa había sido evacuada, cerrado el postigo con la ganzúa, y el alcalde con su ronda se alejaba por la parte alta de la calle del Almendro, mientras que monsieur de la Chaumiere se alejaba por la parte baja.

CAPITULO XXIX

DE CÓMO AZUCENA Á LOS TRES DÍAS DE ESTAR EN LA CORTE MANEJABA LA INTRIGA MEJOR QUE LOS MÁS HÁBILES INTRIGANTES

Cuando llegó á Puerta Cerrada monsieur de la Chaumiere, daban las doce en el reloj de la casa de la Villa.

Monsieur de la Chaumiere estaba vivamente contrariado y receloso.

Al día siguiente debía estallar la conspiración que él había descubierto á causa del imprudente amor de doña Esperanza, y el rey, que debía conocer aquella conspiración, nada le había hablado de ella, para nada se había contado con él.

—¡Ahl nada importa que no hayan contado conmigo—dijo monsieur de la Chaumiere—; yo me tomaré la parte que me corresponda: pero ¿cómo?...

Entonces se acordó de que á causa de haber cogido en la galería baja del alcázar, junto á la puerta del patinillo, á Lucas Cabezudo, no había devuelto la llave de aquella puerta al conserje de la parte baja del alcázar.

Aquella llave la tenía monsieur de la Chaumiere en su casa.

Dirigióse á ella con suma rapidez monsieur de la Chaumiere, tomó la llave, se encaminó al alcázar, se hizo abrir la puerta de las Meninas

dando su nombre, adelantó silenciosamente, se metió sin hacer ruido por el pasadizo, llegó al postigo, le abrió y cerró por dentro.

Al poner la llave en la cerradura, un hombre que por la parte de adentro iba á abrir, se retiró vivamente y se ocultó entre la sombra en un ángulo del patinillo, tras el saliente de una de las rejas.

Monsieur de la Chaumiere abrió, entró, cerró y miró al balcón de la cámara de Azucena, que daba al patinillo.

Tras los cristales se veía luz.

Monsieur de la Chaumiere arrancó un fragmento del revestimiento de la pared, y le arrojó con poca fuerza á los cristales, sobre los que produjo un ligero ruido.

Poco después una sombra gentil se recortó sobre los cristales, y á seguida se abrió el balcón y avanzó sobre la balustrada una dama.

—¿Sois vos, señora mía?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Sí, yo soy—dijo Azucena—; y ciertamente que no os esperaba: subid.

Monsieur de la Chaumiere, sirviéndole de escala la reja, subió al balcón y penetró en la cámara de Azucena.

El balcón volvió á cerrarse.

—¡Ahl—dijo el que se había ocultado en el ángulo del patinillo, dejando conocer por su voz á Bizarro: se entienden; sin duda Azucena le ama, y por eso se obstina en casarse con él: pues bien; esto es antes que lo otro.

Estas últimas palabras acabó de decir las Bizarro ya en el balcón del cuarto de Azucena, al que había trepado con suma rapidez.

A través de los cristales y por entre los visillos, veía á Azucena y á monsieur de la Chaumiere en el centro de la cámara.

Azucena estaba sombría y pálida: monsieur de la Chaumiere preocupado, cuidadoso; porque no comprendía que una mujer que ya dos veces le había invitado á una entrevista á solas con él, le recibiese con tan mal semblante.

—¿Dónde habéis estado?—dijo secamente Azucena—; ¿por qué no me disteis que ibais á salir de Madrid? yo no me hubiera comprometido escribiendoos; hubiera esperado á que hubiérais vuelto, y mi situación sería enteramente distinta.

—Todo lo que yo hago de tres días á esta parte—dijo monsieur de la Chaumiere, es por

vos: por vos fui á la quinta de Pozofrío, y por vos estoy aquí.

—¿Y por qué habéis ido por mí á la quinta de Pozofrío! —dijo con una profunda reserva Azucena.

—Necesitaba saber del marqués de Castroviejo quién era una hija bastarda reconocida del señor rey don Carlos II.

—¡Ah! ¿y qué tengo yo que ver con eso? —dijo Azucena.

—Nada ciertamente, señora; porque vos no sois esa hija bastarda del rey.

—¿La habéis encontrado, monsieur de la Chaumiere?

—No, señora; porque no se puede encontrar lo que no existe.

—¿Y qué me importa á mí de eso, monsieur de la Chaumiere? —dijo Azucena.

—A vos, señora —dijo monsieur de la Chaumiere— nada os importa sin duda, porque sois buena, noble y generosa; pero importa de seguro á otras personas el que vos aparezcáis junto al rey como infanta de España.

—Estáis hablando de memoria, monsieur de la Chaumiere —dijo Azucena— mientras Bizarro sentía unas fuertes tentaciones de romper las vidrieras y entrar.

—No, no hablo de memoria —dijo monsieur de la Chaumiere—; tengo la prueba: un gitano que os ha criado y el guardián de los capuchinos de la Paciencia han ido á Pozofrío á cometer un delito.

—¿Decís que Bizarro, á quien amo como si fuera mi padre, ha cometido un delito? ¿y me lo decís á mí!

—Sí, sí, señora; un delito de falsificación, puesto que, después de muerto, se ha hecho firmar al marqués de Castroviejo el documento original de esta copia.

Y monsieur de la Chaumiere sacó su cartera, y de ella la copia que le había dado de la falsa declaración *in articulo mortis* del marqués de Castroviejo, el escribano de Pozofrío.

—Y bien, ¿qué tiene eso de extraño? ¿habrá sido el señor rey don Carlos II el único que ha tenido hijos bastardos reconocidos? Creo que el gran Luis XIV, vuestro amo, ha reconocido y elevado á la categoría de príncipes de la sangre á hijos de sus queridas.

—Sí, es verdad; pero á hijos verdaderos —dijo monsieur de la Chaumiere.

—Es decir —contestó Azucena con una tran-

quilidad que causaba miedo á monsieur de la Chaumiere—, que yo no soy "hija verdadera" del rey don Carlos II.

—Ese pobre rey, señora, no tuvo hijos —contestó monsieur de la Chaumiere—: fué víctima de una superchería, y aquí tengo la prueba.

Y monsieur de la Chaumiere dió á Azucena los dos documentos contenidos en el pliego que había estado cerrado con tres sellos de lacre y que le había vendido el mayordomo del marqués de Castroviejo.

—Resulta, pues, de estos documentos, cuya legitimidad no es dudosa, no solamente que el rey don Carlos II no es padre de doña Esperanza de Ayala, sino también que yo no soy esa doña Esperanza; porque yo no tengo sobre mí las señales físicas que aquí se expresan —dijo con una calma glacial Azucena.

—Eso resulta —dijo monsieur de la Chaumiere.

—Resulta además otra cosa.

—Sí; que se ignora quiénes sean vuestros padres.

—No, no es eso lo que más resalta en este momento.

—¿Y qué es ello, señora?

—Lo que resalta es que sois un innoble aprovechador de secretos de que os habéis apoderado torpemente por torpezas ajenas.

Y la voz de la joven era á cada momento más fría, más impasible.

—Confieso —dijo monsieur de la Chaumiere—, que todo esto aparece innoble: más que innoble, miserable, infame; pero tiene una gran disculpa.

—Que ni necesito, ni quiero saber: para palaciego acostumbrado á intrigas de todo género, sois muy torpe, monsieur de la Chaumiere: sólo llevo tres días en la corte y he aprendido más que vos, puesto que no podéis engañarme, que á primera vista os he comprendido: sabía que podía servirme de vos como de un instrumento, y me valí de vos: lo que no sabía era que fuérais un mal instrumento, una mala arma que se me había de torcer en las manos, comprometiéndome; sin embargo, para lo que importaba, me habéis servido: no sé cómo habéis descubierto la conspiración que debía atentárse mañana á la libertad de sus majestades: á estas horas se observa á los conjurados, á fin de encontrar por medio de los que marquen las puertas á los que les han mandado marcarlas, y conocer por ellos

á los altos personajes que sin duda están comprometidos en la trama: nos quitaremos de encima algunos conspiradores temibles, y esto, justo es confesarlo, se os debe, y merecéis un premio.

—Premio que, por alto que sea, no será ciertamente el que yo ambiciono.

—¿Y quién os lo ha dicho? Dentro de ocho días, seréis mi marido, monsieur de la Chaumiere.

—¡Ah, señora! no os comprendo: me da miedo de intentar comprenderos; me despreciáis, y sin embargo, insistís en casaros conmigo: esto me asusta: pero, ¿por qué me despreciáis? ¿no veis en todo lo que he hecho, la locura, la desesperación de un enamorado? ¿no veis que he querido apoderarme de prendas que os obligasen á uniros á mí, resuelto, cuando fuérais mi esposa, á amaros de tal manera, á ser tan vuestro, que me perdonárais, amándome, los bajos medios de que me había valido para que fuérais mía? ¡Ah, doña Esperanza! vos no podéis, no queréis comprender cuánto soy vuestro, cuánto me enamoráis, cuánto osodoro, cuán inmensa me parece la felicidad de poseeros.

—Decid—dijo fríamente Azucena, entregando los documentos á monsieur de la Chaumiere—: ya que habéis averiguado tanto para vuestro negocio, ¿no habéis averiguado los nombres de los principales conspiradores?

—Conozco uno solo.

—¿Quién?

—El marqués de Leganés: pero yo os he hablado de mi amor, señora.

—Más, mucho más que vuestro amor, me importa el rey—contestó Azucena.

Si monsieur de la Chaumiere hubiera amado á Azucena como la amaba Bizarro, se hubiera estremecido, como se estremeció Bizarro, oyendo aquellas palabras.

Las tradujo de su sentido equivoco á su sentido recto, como las había traducido Bizarro.

Azucena amaba al rey: esto á lo menos se desprendía de la intención conque Azucena había pronunciado aquellas palabras.

—Es ambiciosa, había dicho, envolviendo su exclamación en un suspiro de dolor, Bizarro.

Porque como el rey no le parecía amable, no creía que le pudiese amar Azucena.

—Mejor si ama al rey, había dicho para sí el repugnante monsieur de la Chaumiere: esto acabará de hacer mi fortuna.

Parecía como que Azucena adivinaba á monsieur de la Chaumiere, porque añadió:

—Os importa mucho servir cuanto esté en vuestros medios á su majestad, porque el premio será proporcionado á vuestros servicios.

—Pero decidme, señora—preguntó monsieur de la Chaumiere, á quien le importaba hacerse el inocente—: ¿por qué os obstináis en casaros conmigo si no me amais, según aparece de la manera con que me tratáis?

—¿Por qué me caso con vos? Pues qué, ¿creéis que yo soy una de esas descaradas mujeres sin pudor, que sufren tranquilamente sobre su honra una mancha? ¿No se dice de mí que soy vuestra querida, por una malhadada carta en que yo os citaba, con harta distinta intención que la que el mundo ha supuesto? Pues qué, ¿creéis que yo puedo sufrir haya quien diga: el irresistible monsieur de la Chaumiere, el galanteador de oficio, el licencioso, el burlador de tantas mujeres, ha añadido á la lista de esas miserables burladas á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—Pero ya veis, señora, que yo no he comprometido vuestra honra.

—Bien, sí; alguna vez habíais de ser inocente: la he comprometido yo con una imprudencia; pago demasiado duramente la pena de esa imprudencia; porque aunque no he amado aún, puedo amar mañana; y unida á vos, he muerto para el amor, para la vida posible de las criaturas, que Dios ha querido que amen; porque yo, entendedlo bien, no me deshonraré nunca, ni aun á mis propios ojos; no por respeto y por temor á vos, que me sois completamente indiferente, sino por respeto á mí misma y por temor á mi conciencia.

—Tan grande y tan noble os ha hecho Dios, señora—dijo monsieur de la Chaumiere—, que me habéis convertido hasta el punto de que me avergüence de mí mismo: mirad.

Monsieur de la Chaumiere sacó de su bolsillo los documentos que había mostrado á Azucena, y los quemó en la luz de una bujía.

La joven miró arder aquellos papeles impasible, y luego dijo:

—Y bien: habéis hecho lo que habéis querido; lo que nadie os exigía.

—Pues voy á hacer más.

—¿Qué?

—Matar al primero que se atreva á decir que me habéis favorecido.

—Por lo que acabarían de creerlo los que dadasen de ello.

—Pues señora, me niego á haceros infeliz, casándome con vos.

—Si os negais, os demando: si no me hacen justicia, os mato: no hablemos más de esto, dejadme en paz: es ya tarde: salid para no volver á entrar en mi aposento sino públicamente por la puerta.

Con tal energía dijo Azucena estas palabras, que Bizarro se descolgó rápida y silenciosamente del balcón por la reja al patinillo y se ocultó donde se había ocultado antes.

A poco bajó monsieur de la Chaumiere.

Bizarro oyó que se cerrada de nuevo el balcón.

Monsieur de la Chaumiere abrió la puerta del patinillo, salio y volvió á cerrarla.

Inmediatamente Bizarro trepó por la reja al balcón del cuarto de Azucena y llamó á los cristales.

Nadie contestó.

—Cree que soy monsieur de la Chaumiere—dijo Bizarro.

Y volvió á llamar con más fuerza.

Entonces se abrió violentamente el balcón, y Azucena dijo irritada:

—¿Aún estáis ahí?

—No—contestó Bizarro—: Monsieur de la Chaumiere se aleja aturdido.

—¡Ah! ¿sois vos padre? ¿á qué venís?

—Lo he oído todo.

—¿Qué lo habéis oído todo?

—Sí, todo lo que has hablado con ese hombre desde que entró en tu aposento.

—¿Y cómo habéis sabido lo que yo no sabía, esto es, que monsieur de la Chaumiere había de venir á verme esta noche?

—Iba yo á salir del patinillo cuando oí ruido en la cerradura de la puerta: me oculté y sentí que entraba un hombre; que aquel hombre arrojaba algo á los cristales de tu balcón; que estos se abrían; que luego un hombre subía por la reja al balcón, entraba en tu aposento y volvían á cerrarse los cristales: no sabes lo que he sufrido en estos momentos, Azucena; creí que todo lo que se dice de tí era cierto: subí irritado, y escuché anhelante.

—Habréis, pues, comprendido, que soy una víctima de las intrigas palaciegas,

—¿Por qué no dices víctima de las intrigas de tu madre?

—Mi madre, más que mi madre, es la mujer ambiciosa que sueña con una corona y que todo lo sacrifica á su ambición; hasta su hija, su pobre hija que vivía muy tranquila, muy contenta, creyéndose hija vuestra y de la pobre Cinta.

—¡Ah!—exclamó profundamente Bizarro dando á su exclamación la entonación de un gemido.

Pasaron algunos segundos de silencio.

—Lo que importa—dijo al fin Bizarro—, es que tú no apures ese doloroso sacrificio.

—¿Qué sacrificio, padre?

—El de tu unión con ese infame.

—No me sacrificio—contestó con naturalidad y firmeza Azucena.

—No te sacrificarás—dijo Bizarro—, porque yo impediré el sacrificio: comprendo que es necesario, irremediable, que te cases con ese hombre; pero de mi cuenta corre que quedes cuanto antes viuda.

—¡Ah, no, padre, no!—exclamó verdaderamente asustada Azucena—; no me comprendéis; yo no hago un sacrificio casándome con monsieur de la Chaumiere, porque le amo.

—¿Que amas tú á ese hombre? ¿pretendes engañarme, Azucena? ¿crees que esto sea fácil?

—Sí, le amo: es hermoso, apasionado, está pervertido, pero aún no ha perdido completamente el corazón: ¿no le habéis visto conmoverse, padre? ¿no le habéis visto temblar delante de mí?

—¡Deseo de ambición!

—Sí, es cierto: monsieur de la Chaumiere no me ama aún, pero me amará, os lo aseguro: yo le trataré de tal modo, que se convertirá, que se transformará en otro hombre: podréis decirme que la historia anterior de monsieur de la Chaumiere es deshonorosa; pero qué señor de los que nos rodean no tiene una historia más ó menos infame? ¿cuál de ellos no ha sacrificado su conciencia á su ambición? Desengañaos, padre; todo está podrido en la corte: todo, hasta el rey: no hay en ella más que una criatura noble y digna, y es una mártir: la reina.

—Y tú, que eres otra mártir, Azucena.

—Procuraré no serlo, padre.

—Y para no serlo te casas con monsieur de la Chaumiere.

—Le amo, y él me amará tanto, que seré la mujer más feliz de la tierra.

—Dice bien tu madre, Azucena; dice bien: eres incomprensible.

—Porque obedezco á mi corazón; y como en la corte no se cree en el corazón, no se comprende al que le tiene, al que obedece á sus impulsos.

—Pero si amas á monsieur de la Chaumiere —dijo Bizarro—, ¿por qué le tratas de una manera tan dura? ¿por qué le has dejado comprender que amas al rey?

—Para que tenga celos.

—Ese hombre no tiene celos de un amor que podría engrandecerle siendo tu marido.

—Hoy no, porque no me ama; pero me amará y enloquecerá: dejadme, dejadme hacer, padre: no os equivoquéis como se ha equivocado mi madre, y no acabéis de hacerme infeliz.

—¿Conque será necesario respetar la vida de monsieur de la Chaumiere?

—De todo punto necesario.

—¿Y te casarás con él?

—Decididamente.

—¿Y si el rey se opone?

—Aunque se oponga.

—Dependes del rey.

—El rey consentirá.

—Bien: entonces nada tengo que hacer aquí: tú lo quieres, sea: en todo caso, siempre tendré lugar para vengarte.

Y Bizarro se levantó.

—Y decid, padre: ¿cómo es que estábais vos en el patinillo?

—Yo también tengo intrigas en palacio: yo también tengo una llave de la puerta de ese patinillo; pero adiós: puesto que amas á monsieur de la Chaumiere, y esperas hacer de él un buen marido, sea en buen hora; pero cuenta siempre con el corazón y con el brazo de Bizarro.

Y el gitano se dirigió conmovido al balcón, se descolgó al patinillo, y salió de él murmurando:

—¡Oh! sí, sí, es incomprendible; de todo punto incomprendible: esta equivocación de la princesa nos puede costar muy cara.

CAPITULO XXX

DE CÓMO SE ENCONTRARON DE NUEVO MONSIEUR DE LA CHAUMIERE Y BIZARRO

En vez de subir Bizarro al aposento que le habían dado en el alcázar, se hizo abrir la puerta de las Meninas por medio de una orden de la princesa, que era como si dijéramos una orden del rey.

Al salir dieron en el reloj del alcázar las dos de la madrugada.

Bizarro atravesó á bien paso las callejas que rodeaban el alcázar por la parte que es hoy plaza de Oriente, cruzó la calle de Requena, recorrió la del Factor, cruzó la de la Alameda, y poco después el Barranco de Segovia; entró en Puerta de Moros, se metió por la calle del Almendro, llegó al postigo del jardín de la casa del Almirante, y le abrió.

Bizarro iba allí por encargo de la princesa á sorprender á doña Esperanza, á aterrarla, á averiguar lo que pudiese acerca de los principales comprometidos en la conspiración para el día siguiente.

Después de haber andado perdido á oscuras más de media hora en el interior de la casa, tropezó al fin con la cámara de doña Esperanza, en la que ardían aún sobre la mesa, en un candelabro, tres bujías.

Ya con luz, Bizarro registró la casa de alto abajo, y la encontró completamente abandonada.

En el dormitorio de doña Esperanza, el lecho estaba intacto: en su tocador, estaban aún puestas las llaves en un armario.

Las ropas que en aquel armario había, y que Bizarro examinó, eran riquísimas.

Los vestidos que allí habían quedado eran verdaderos trajes de corte.

—Esta es una fuga, una fuga precipitada— dijo Bizarro—: aquí han sabido que se sabe todo, y se han puesto en salvo: todo esto revela un doble juego; ¿y quién puede ser el autor de ese doble juego más que monsieur de la Chaumiere? Esto se ve claro: la instrucción del marqués de Castroviejo para los conspiradores, sólo pudo dársela á ese hombre doña Esperanza: sólo una mujer enamorada puede hacer traición de tal modo á sus amigos: indudablemente doña Esperanza está enamorada de monsieur de la Chaumiere, que como está en el doble juego la ha puesto en salvo; es necesario seguir á ese hombre, observarle, llegar por él hasta esa doña Esperanza, conocerla, y saber hasta qué punto puede ser temible para Azucena; el padre José de Terdehumos dice que esa doña Esperanza es hermosísima y muy dama; que habían quedado en su poder, entregados por el marqués de Castroviejo, cuando partió para su destierro, doscientos mil ducados en dinero y alhajas: esto hace á doña Esperanza más rica que Azucena; porque lo que el rey la ha dado vale muy poca cosa; si no fuera por la princesa de los Ursinos, Azucena no podría sostener su rango de

grande de España: monsieur de la Chaumiere no tiene corazón, es todo cálculo; se ha conmovido pasajeramente bajo la impresión de la hermosura y de la grandeza del corazón de Azucena; pero no se puede confiar; esto se embrolla, y sabe Dios cómo saldremos: el caso es que hay dos Esperanzas, y las dos interesadas, las dos comprometidas por monsieur de la Chaumiere: estoy á oscuras, y necesito encontrar de todo punto á esa mujer que ha desaparecido de su escondrijo: ¡oh! ¡la encontraré, la encontraré! sabremos á qué atenernos: y vive Dios, que á pesar de la protección de Azucena, puede suceder tal cosa á monsieur de la Chaumiere, que le pese de haber nacido: ¡y cuando uno piensa que de todo esto tiene la culpa Ana María!... ¡oh, qué mujer, qué mujer tan terrible! parece que lleva consigo la mala ventura de todos los que la sirven, de todos lo que la aman; ¿y qué hago yo aquí en esta casa abandonada? Yo necesito hacer algo, y no sé qué hacer: estoy perdido, embrollado; ¡ah! monsieur de la Chaumiere debe estar en su casa: si no está en su casa, indudablemente está al lado de doña Esperanza; bueno será saberlo, y si le encuentro en su casa, acometerle de frente y saber por él dónde doña Esperanza se oculta.

Bajo la influencia de este pensamiento, Bizarro abandonó la solitaria casa del almirante, y se encaminó á buen paso á la calle Ancha de San Bernardo, á cuyo principio, frente al convento del Rosario, vivía monsieur de la Chaumiere.

Antes de llegar vió que había á su puerta dos hombres, que ni llamaban ni se retiraban y que parecía que hacían algo sobre la puerta.

—¿Qué diablos hacen allí aquellos dos hombres?—dijo Bizarro.

Y adelantó.

Al mismo tiempo se abrió con ímpetu la puerta de la casa, y salieron algunos hombres armados de espadas, uno de los cuales llevaba en la mano una hacha de viento encendida.

Delante de estos hombres iba monsieur de la Chaumiere.

Los dos que anteriormente estaban junto á la puerta dieron á correr; pero como hubiesen emprendido desalentados la fuga hacia el sitio por donde adelantaba Bizarro, éste pudo detener á uno de ellos poniéndole la espada al pecho.

A poco más este hombre no se clava la espada de Bizarro.

El otro entretanto, había escapado hacia la plazuela de Santo Domingo.

—¡Alto ahí, amigo!—dijo Bizarro—: se me ha antojado saber por qué diablos corres á estas horas.

Al mismo tiempo llegaron monsieur de la Chaumiere y sus criados, incluso el que traía el hacha de viento.

El detenido era un pelón de éstos que pueden llamarse pobres hombres: llevaba en la mano izquierda dos pucheretes colgados de dos cuerdas, y en cada pucherete una brocha.

—¡Hola!—dijo monsieur de la Chaumiere reparando en Bizarro—: ¿aquí estáis vos, amigo mío? Gracias, muchas gracias por haberme detenido á este tuno; lo que siento es que el otro se nos ha escapado; ¿qué llevas en esos dos pucheretes, bribón?—añadió dirigiéndose al detenido.

—Almazarrón en uno y albayalde en el otro, señor—dijo aquel mísero con voz quejumbrosa.

—Adentro, adentro con él—dijo monsieur de la Chaumiere—; y cerrad la puerta para que los vecinos no se aperciban.

Los criados metieron adentro al preso.

Al pasar por la puerta, monsieur de la Chaumiere dijo á Bizarro, que le acompañaba, señalándole una de sus hojas:

—Mirad lo que han hecho.

En el lugar que indicaba monsieur de la Chaumiere, se veía recientemente pintada la siguiente cifra: *C. III*.

La *C* era roja; el número romano blanco.

—¿Qué os parece, amigo Bizarro?—dijo monsieur de la Chaumiere—; no se descuidan; pretenden cogernos en el nido como pájaros tontos. Cerrad, cerrad la puerta—dijo monsieur de la Chaumiere á sus criados.

—¿Borramos esas letras, señor?—dijo uno de la servidumbre de monsieur de la Chaumiere.

—No; cierra; me gusta á mí tener la casa marcada como un fardo; ya nos veremos, señores míos; me parece que os tengo cogidos.

Y se metió en una sala baja, adonde los criados habían llevado al preso.

Este estaba temblando todo cuanto puede temblar un hombre.

—¿Quién te ha traído aquí?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Quien me ha traído, señor—contestó con voz quejumbrosa el interrogado—han sido los de vuestra casa.

—No te pregunto yo eso, sino que quién te ha traído para que pongas esa marca en la puerta de mi casa.

—Si ha sido una broma, señor—contestó estúpidoamente aquel hombre, que no abandonaba sus pucheros.

—Y si era una broma, pillo, ¿por qué diste á correr cuando se abrió la puerta?

—Porque hay bromas, señor, por las cuales se recibe una paliza, y á nadie le gusta ser apaleado.

—Pues te equivocas—dijo monsieur de la Chaumiere—; por bromas como éstas no se da una paliza; se ahorca por el pescuezo.

—¡Cál no señor—dijo el de los pucheros con una estupidez irritante—; por poner la cifra *C. III.*, que sólo quiere decir cornudo tres veces, no se ha ahorcado á nadie, señor.

—¡Imbécil!—dijo monsieur de la Chaumiere—; *C. III.*, quiere decir Carlos Tercero. ¿Sabes tú que eres reo de alta traición, proclamando por esa cifra rey de España al archiduque?

—¡Cál no, señor—dijo con su eterna impasibilidad estúpida el de los pucheros—; la *C.* quiere decir todo aquello que se quiera que diga; y el *III.*, ya ve usía, puede ser yo no sé cuántas, cuantísimas cosas, empezando por la Santísima Trinidad.

Monsieur de la Chaumiere aplicó un pescozón al hombre de los pucheros.

—Dejadle—dijo con voz seca Bizarro, que estaba de muy mal talante—; si es un tonto, que tal me parece, debe escuchársele con paciencia; si es un bribón, que no lo creo, se le debe dejar venir.

—Y bien—dijo monsieur de la Chaumiere—, ¿quién era el hombre que te acompañaba, y que ha huído?

—Yo no lo sé, señor; figuraos: yo soy pintor de basto de puertas y ventanas; quiero decir, voy adonde me llaman á ganar un jornal; vivo en la calle de Peregrinos, número 15, para lo que usía guste mandar; el trabajo anda por las nubes, se pasan muchos días sin jornal, y ya ve usía, cuando no se tiene jornal, no se come...

—Pero en fin, al asunto—dijo monsieur de la Chaumiere, cortando la charla del pintor—: ¿por qué has venido esta noche á señafar mi casa?

—Os diré, señor: esta tarde se entró un hombre que parecía así como mayordomo ó ayuda de cámara de casa grande en mi pobre casa, y me dijo:—¿Sois pintor?—Sí, señor.—Pues tened

preparada para esta noche pintura blanca y pintura roja: estad atento; vendré después de las dos; ganaréis un ducado.—¿Y adónde tengo que ir, señor?—Donde yo os lleve.—¿No es una broma?—Tomad la paga adelantada: esperad despierto á la hora que os he dicho.—Y se fué.—Yo esperé, porque mi obligación era esperar, puesto que ya me habían pagado: llegó al fin aquel hombre, salimos, llegamos á la puerta de usía, y me dijo:—Pintad aquí con pintura encarnada una *C* con su punto, y luego un número de tres en cifra romana con su punto también y con pintura blanca.—¿Y para qué esto, dije.—Es una broma que se da al dueño de esta casa,—me respondió.—Y qué quiere decir la letra y la cifra?—Cornudo tres veces.—Vaya en gracia, dije yo.—Y pinté á tientas la *C* y á tientas la cifra, cuando sentí que abrían apresuradamente la puerta y dí á correr.

—Y ¿por qué disteis á correr?

—De miedo de que me diesen una paliza, que todo podía ser, porque hay gentes que no gustan de bromas.

—De modo que vos no conocéis al que os mandó poner la cifra.

—No le he visto más que dos veces; cuando fué esta tarde y cuando volvió esta noche.

—De modo que no podemos saber nada—dijo monsieur de la Chaumiere, dirigiendo estas palabras á Bizarro.

—Parece que no—contestó el gitano.

—¿Y qué creéis se debe hacer con este tuno?

—Nada: dejarle ir á su casa, porque ha contestado con tal sincersidad que no puede creerse haya mentido.

—No, no señor, no he mentido—dijo el pintor con su eterna é irritante calma—; yo nunca miento.

—Idos, ¡vive Dios!—dijo monsieur de la Chaumiere—ó hago que os den mis criados la paliza que temáis.

—Muchas gracias, señor, porque no me la dan: si puedo servir en algo á usía, ya sabéis, calle de Peregrinos, número 15, en el fondo del patio.

Y haciendo una gran cortesía se retiró, llevándose sus dos pucheros con sus dos brochas.

—Señor—dijo Malegarde—, ¿se borran esas letras?

—No: tú y otros dos, armaos de arcabuces, poneos por la parte de adentro de las dos rejas.

de al lado de la puerta, y si se acercan á ella con intención de forzarla, hacéis fuego.

Malegarde salió.

—¿Cómo es, amigo mío, que tengo el gusto de volveros á ver?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Necesito haceros una pregunta—dijo Bizarro—; ¿adónde os habéis llevado una dama que se ha perdido?

—No me la he llevado yo—dijo monsieur de la Chaumiere—; se ha ido ella.

—¿Y quién es esa dama?

—Doña Esperanza de Ayala.

—¿La conocíais antes que á la otra doña Esperanza?

—Por ella la he conocido, Bizarro.

—No os entiendo.

—Os voy á contar una pequeña historia.

—Veamos.

—Desde el momento en que conocí á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves...

—Os enamorásteis; bien, adelante.

—La marquesa de Nuestra Señora de las Nieves me dió ocasión de tratarla.

—Sé que estuvisteis hace tres noches, como esta noche lo habéis estado, en su aposento en el alcázar.

—¡Cómo! ¿sabéis?...

—Sí, yo lo sé todo, porque procuro averiguarlo todo: por eso quiero saber cómo conocisteis á la doña Esperanza que ha desaparecido.

Monsieur de la Chaumiere refirió su encuentro á oscuras con Lucas Cabezudo, la equivocación de éste, que le creyó don Luis Dávalos, y por consecuencia su conocimiento con doña Esperanza.

—De modo—dijo Bizarro—que si yo hubiera matado á don Luis Dávalos, no hubierais conocido á doña Esperanza, porque no hubiera ido á buscar al tal don Luis el Lucas Cabezudo; y si yo hubiera sabido que no había matado á don Luis, no hubierais conocido á ninguna de las dos Esperanzas, porque la marquesa de Ayala no hubiera entrado en la corte, ni mi mujer ni mi hijo en la eternidad.

—Aquí hay un misterio que desearía me explicáseis: sé, estoy seguro de ello, por pruebas indudables, que ninguna de las dos Esperanzas es hija de Carlos II; la que ha desaparecido es hija del difunto almirante, ¿de quién es hija la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—¡Bah, bahl! ¿Y qué os importa, monsieur de

la Chaumiere? ¿No os basta con que el rey crea que Azucena es hija de Carlos II?

—Sí, indudablemente; pero ¿por qué llamáis Azucena á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves?

—Porque así se ha llamado todo el tiempo que ha estado en mi poder, á excepción de su primer año y de los cuatro días que lleva en la corte.

—¿Y no es vuestra hija?

—¡Poder de Dios! yo no hubiera hecho educar á una hija mía como se educa á las hijas de los grandes de España.

—Pues si no es vuestra hija, os la confiaría alguien.

—Indudablemente; pero monsieur de la Chaumiere, ó me creéis torpe, ó lo sois vos, cuando esperais que yo os cuente la historia de la familia de Azucena.

—Dentro de ocho días será mi esposa: creo que esta situación me autoriza para preguntar el verdadero origen de la que ha de ser mi esposa al hombre que ha pasado por su padre.

—Indudablemente, monsieur de la Chaumiere; pero ese secreto no es mío, y no faltaré por nada del mundo á la confianza que de mí se ha hecho.

—Creo que no necesito de vuestra confianza, Bizarro: me parece adivinar quién es la madre de la marquesa.

—Y bien, ¿qué?

—La princesa de los Ursinos ha levantado demasiado pronto y demasiado alto á esa señora.

—Conoce su historia como yo, y si vos la conocéis, porque os la revele Azucena, comprenderéis las graves razones que ha tenido su alteza para elevarla.

—Creo que no estais en el caso de dar tratamiento á la princesa de los Ursinos; vos me lo habéis dicho esta noche: domináis á la princesa; por lo que ventis á ser el rey de España: si no fuera por el blanquísimo color de la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, creería que era hija vuestra y de la princesa.

—¡Vive Dios! sois el hombre más audaz que he conocido, y con vos no hay medio de hablar sin irritarse, á no tener la calma que yo tengo: estáis dudando entre dos mujeres, entre esas dos Esperanzas: queréis saberlo todo para decidir os con conocimiento de causa.

—No, no dudo; amo á la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves; me enamora, me domina; la tengo miedo: temo que á pesar de ser

mi esposa, no me haga el hombre más infeliz de la tierra.

—¿Y si la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves se casase con vos, sólo para cubrir con vuestro nombre otros amores? Por ejemplo, sus amores con el rey.

Monsieur de la Chaumiere nubló el semblante; pero no era aquella la conmoción que buscaba Bizarro: era una muestra de contrariedad del orgullo ofendido, no un movimiento de celos.

—Dios perdona—dijo Bizarro—á quien ha puesto á Azucena en el caso de enlazarse con vos para cubrir su honra: ella, no vos, va á caer bajo una horrible desgracia inmerecida: concluyamos, monsieur de la Chaumiere, el lugar adonde os habéis llevado á la hija del almirante.

—Os juro por mi honor, que nada sé de ella; que ha desaparecido, que ha huído de mí.

—Vos amáis á esa mujer—dijo Bizarro—, y yo, que continúo siendo de hecho, para protegerla, padre de Azucena, necesito apartar de vos á doña Esperanza.

—¿Cómo os diré que ignoro de todo punto el lugar en que doña Esperanza se oculta?

Bizarro conoció que monsieur de la Chaumiere no menta.

—Conque es decir—exclamó—que nada puedo contra vos; que Azucena me prohíbe ponerlos fuera de combate; que me veo obligado á respetaros, á dejaros hacer, á pesar de que sólo veis un negocio en mi hija, en la hija de mi corazón, no de mi sangre; que amáis á otra; que ni en vuestra fidelidad al rey, que os protege, puede fiarse, y, sin embargo, habré de dejaros pasar con los brazos cruzados...

—¿Y quién os ha dicho que si no fuérais vos, por un misterio que deseo se esclarezca, un ser querido para la marquesa de Nuestra Señora de las Nieves, os hubiera permitido yo os entrometiérais en mis asuntos?—dijo con altanería monsieur de la Chaumiere.

—Miráos en el espejo de don Luis Dávalos, monsieur de la Chaumiere—dijo fríamente el gitano.

—Don Luis Dávalos es un pobre diablo—dijo con desprecio monsieur de la Chaumiere.

—Sí, un pobre diablo que si me coge el más leve descuido, me mata; pero, en fin, monsieur de la Chaumiere, cubrid el honor de Azucena, que de una manera tan extraña se ve por vos comprometida; y después, tiempo nos queda...

—Pa que me estiméis, Bizarro; porque os en-

gañáis: yo no amo á la hija del almirante; no he amado nunca: empiezo á amar ahora, y mi alma entera es ya de vuestra hija; si no he cegado de ira y de celos, cuando habéis querido probarme diciéndome que doña Esperanza pretendía cubrir con mi nombre el secreto de otros amores, ha sido porque yo no puedo creer en ningún género de degradación de ella: me he irritado, y nada más.

Bizarro se desconcertó.

—Está visto—dijo—que Dios me sentencia á que me rodeen las dudas: creedme, monsieur de la Chaumiere: si queréis ser mi amigo á causa de Azucena, ayudadme á encontrar á esa otra doña Esperanza.

—¡Malegardel—gritó monsieur de la Chaumiere.

A poco apareció Malegarde cargado con un arcabuz.

—¿Qué me mandáis, señor?—dijo.

—Vete á la calle del Almendro: empieza á amanecer: á un lado de la calle hay casas; al otro lado las tapias de un jardín, por cima de las cuales se ven grandes árboles: en esa tapia hay un postigo: por ese postigo han salido esta noche, á las doce, una dama y un criado con un bulto pesado bajo la capa: es necesario que encuentres á esa dama.

—Cuando me mandáis buscarla, es de suponer que esa dama ha salido de esa casa para no volver á ella.

—Así es.

—Y que en la casa no ha quedado nadie á quien pueda preguntárselo.

—Eso es, Malegarde.

—Pues aunque fuera yo podenco, señor.

—Cosas más difíciles has hecho, pillito: toma, por si necesitas gastar en averiguaciones (le tiró un bolsillo), y no te me presentes si no puedes decirme dónde está esa dama, porque te deslomo.

—Bien, señor: la sacaremos del aire: ¿qué hemos de hacerle? pero esto es un verdadero apuro.

—Mira, voy á indicarte: pregunta, como tú sabes hacerlo, á los criados del marqués de Leganés; pero sólo cuando veas que por otros medios no puedes dar con ella.

—Gracias por el asidero, señor; á mí me basta con muy poco para hacer mucho.

—Vete y manos á la obra.

—Hasta cuanto antes—dijo Malegarde.

Y salió.

—Yo la buscaré también—dijo Bizarro.

—No os molestéis—dijo monsieur de la Chaumiere—: si Malegarde no la encuentra antes de tres días, no la encuentra nadie: espero que muy pronto me concederéis vuestro aprecio.

—¡Quisiéralo Dios, y que tal cual sois podríais hacerla feliz!... adiós; no volveréis á verme sino cuando necesite deciros una de estas dos cosas: soy vuestro amigo, ó venid á que os mate.

—Pues hasta la vista, Bizarro.

—Hasta la vista, monsieur de la Chaumiere.
Y Bizarro salió.

CAPITULO XXXI

EN QUE SE VE QUE MALEGARDE CONOCÍA Á LAS GENTES Y SE TRATABA CON MUY MALA GENTE

Malegarde subió á su aposento, dejó en él su arcabuz, tomó una capa de terciopelo, es decir, una capa de verano; se ciñó una larga y ancha espada, se puso un sombrero de grandes alas y reconoció el bolsillo que le había arrojado su amo.

—¡Bravísimo!—dijo—: cuatro doblones de á ocho, tres de á cuatro, cinco de á dos y veinticinco reales de plata; con esto revuelvo yo el mundo: en campaña, señor Malegarde; es necesario que no echemos á perder nuestra buena reputación.

Y guardando la bolsa en un bolsillo de su casaca, bajó, se lanzó á la calle, y al llegar á la plazuela de Santo Domingo se detuvo indeciso entre si iría á la casa del marqués de Leganés ó á la calle del Almendro.

Se decidió por esto último.

—No tendríais yo vergüenza—dijo—si eligiese de buenas á primeras lo más fácil; nunca me ha dado mi amo un encargo tan difícil: busque vuesa merced á una dama que se sale de noche por un postigo de su casa, con un criado que lleva un bulto pesado bajo la capa: adelante, adelante; cuando se piensa mucho en las dificultades de las cosas, se acaba por tenerlas miedo, por embrollarse y por no dar pie con bola.

Malegarde se rebecó en su capa, porque la mañana era bastante fresca, y se puso rápidamente en marcha hacia la villa.

Tan deprisa iba, que en pocos minutos llegó á la calle del Almendro.

Llamó decididamente con gran desenfado á la primera puerta que encontró.

Se abrió una ventana y asomó á ella una gra-

ciosa cabeza de niña de catorce años, que tenía todavía los ojos cargados por el sueño.

—¿Queréis decirme, mi vida—la dijo Malegarde—, dónde vive la vieja más vieja de la vecindad?

—¡Vaya una pregunta para por la mañana temprano!—contestó con extrañeza la muchacha.

—¿Y qué trabajo os cuesta contestarme, lucero?

—¡Vaya en gracial—dijo la niña—: la vieja más vieja de la vecindad es la tía Zapata, que vive tres puertas más allá, sin contar la de casa; pero cuidado no os embruje.

—Eso no puede ser, mi alma; porque vos me habéis hechizado.

—Id noramala; vaya una manera de entrar para decirle á una una desvergüenza.

Y la muchacha cerró la ventana de muy mal humor.

—Esta tiene ya el suyo—dijo Malegarde, un poco picado por el ventanazo—, que si no... y es una buena prenda; volveré.

Se atusó el bigote, contó cuatro puertas incluyendo la de la casa de la chica á quien había prometido una seducción, sin que ella lo supiera, y llamó á la cuarta puerta dando grandes golpes con la palma de la mano.

Se abrió la puerta y apareció un hombrecillo enteco, jorobado, verdinegro, de mirada malévolamente feo exageradamente.

—He aquí el diablo que se ha casado con la bruja, y sale á abrirme—dijo Malegarde.

—¡Ehl ¿qué?—dijo el hombrecillo.

—¿Vive aquí la tía Zapata?

—Sí, señor; ¿y qué?...

—Vengo á que me echéis las cartas, á que me diga la buenaventura, á que me unte, á cualquier cosa.

—¡Vaya! pues no parece sino que mi parienta es bruja—dijo de muy mala gana el hombrecillo mirando de una manera amenazadora á Malegarde.

Este sacó un real de plata y se lo puso en la mano al hombrecillo y le dijo:

—Necesito ver á tu Eva, hermosísimo Adán.

—Si no habláis más claro, no adelantaremos nada.

—Que quiero ver á tu mujer, estúpido—dijo Malegarde.

—Mi mujer no se ha levantado todavía.

—Señal de que ha estado velando hasta muy

tarde: ya sabía yo que lo que había que buscar era la vieja más vieja de la vecindad.

—Mi mujer no es vieja—contestó vivamente picado el hombrecillo.

—Pues bien, la vieja más joven, como queráis; pero quiero verla, que se levante: si no basta ese real, tomad otro.

—Pasad—dijo el hombrecillo, ensanchando la abertura de la puerta.

Malegarde entró en un zaguán polvoriento, sucio, húmedo, y que olía muy mal.

En un ángulo de él había una escalera empinada, desvencijada, respetable, con un sucio pasamanos al aire.

En lo alto de aquella escalera había una puerta, por la que salió una voz extraña, cascada, chillona, que revelaba una boca sin dientes.

—¿Ha venido alguien?—dijo.

—Sí, hija mía—contestó amorosamente el hombrecillo.

—¿Quién?

—Un hidalgo.

Hay que advertir que Malegarde tenía muy buena facha y vestía muy bien.

—¿Y qué quiere?

—Verte.

—¿Y quién le envía?

—No me lo ha dicho.

—Me envío yo á mí, abuela—contestó Malegarde.

—¿Hidalgo dijiste, Deogracias? ¡Truhán y muy truhán!

—Tú eres de las más, abuela: me has conocido—dijo Malegarde.

Y embistió por la escalera, que tembló toda bajo la rápida y fuerte subida de Malegarde.

—¡Ehl ¿no oís que mi mujer está en la cama?—dijo todo alarmado Deogracias.

—Como si estuviera en el ataud, infame—dijo Malegarde desapareciendo por la puerta.

Se encontró en un corredor oscuro.

—Por aquí, tunantuelo, por aquí—dijo la tía Zapata.

—Lo menos tienes sobre tu alma los ochenta—dijo Malegarde volviéndose á tientas hacia donde había sonado la voz, y encontrándose con una puerta.

—Ochenta y och, hijo mío, ochenta y ocho—dijo ya muy cerca de Malegarde la tía Zapata—; pero eso no le hace: á mi marido, á mi Deogracias, le parezco una rapaza de catorce

años; y mientras él me vea joven, por joven me tengo.

—Y sobre todo, abuela—dijo Malegarde, al diablo le gusta la carne momia y manida.

—No te desvergüences, hijo mío, con quien ningún mal te ha hecho—dijo sin irritación la tía Zapata; á fe, á fe, que si no llegas á los míos, pena de la vida tienes; y luego, que algo vale poder decir: yo le he visto las narices al rey don Felipe IV cuando era mancebo y se metía en audacias por las buenas mozas: entonces era yo un pino de oro, una perla: ¿dónde estás, Deogracias, hijo? Enciende una luz, amor mío, que le vea yo el *vultus facie*, como me decía hace sesenta años el guardián de capuchinos del Prado.

—¡Diablo!—dijo Malegarde, mientras Deogracias respiraba tan fuerte como un fuelle de fragua: hablar con vos, abuela, es poco menos que hablar con el Padre Eterno: ¡hace sesenta años! ¡zapel y tendría ya por lo menos otros sesenta.

—No tanto, hijo mío, no tanto: los veintiocho más hermosos que el Señor ha dado á una mujer: entonces fué cuando volviendo de un velatorio me encontré á mi Deogracias que me le había dejado la mala de su madre recién nacido y en cuerecitos en la puerta de esta misma casa: ¡hijo mío!

—¡Jesús, María y José!—dijo Malegarde, haciendo la señal de la cruz y retirándose dos pasos.

Esto consistía en que el bello Deogracias había encendido un cabo de vela de sebo, y á su turbia luz había visto Malegarde á la tía Zapata, esto es: unos cabellos canos impuros, rígidos, erizados, desordenados: una frente cobriza y rugosa; unas largas cejas de guardapolvo, bajo las cuales no se veían los ojos; una nariz afilada, demacrada, como la de una momia; bigotes ralos y tiesos, cerdas en desorden en la barba; y por lo demás un esqueleto cubierto con una funda ancha, sobrante, colgante, de piel terrosa, porosa, horrible. Aquello era la supervivencia incomprendible de una momia.

—¿Has visto al diablo, galán?—dijo la tía Zapata—; pues mira: si yo quisiera que vieras en mí á la diosa Venus, me bastaría con quererlo; pero, vamos, ya sé á lo que tú vienes.

—¿Sí?

—Sí, sí—contestó la tía Zapata.

—Pues á verlo.

—Trae la baraja, Deogracias; pero antes, tú,

buen mozo, métete en la mano dos monedas de oro, las más grandes que tengas, con la buena voluntad de dárme las, porque si no, no aprovechará de nada el conjuro.

—Con dos de á dos te contentarás—dijo Malegarde, poniéndose de repente de muy mal humor—; y con la condición de que si no aciertas, vuelvo, le enderezo de un puñetazo á tu Adonis la joroba, y á ti te disloco.

Deo gracias gruñó como un mastín de rebaño; y si Malegarde hubiera tenido ojos por detrás, le hubiera visto meterse la mano entre sus ropas como quien busca un puñal.

Entre tanto, la tía Zapata barajaba con sus dedos, semejantes á sarmientos.

—Vamos—dijo—sean en buen hora de á dos los dos doblones; pero para cortar la baraja, pónelos en la mano izquierda y sujétalos con el dedo de corazón.

Malegarde, que hasta cierto punto creía en la virtud de las cartas y en otras virtudes de este género, se puso los dos doblones de á dos en la mano y cortó.

La tía Zapata hizo cuatro montones de las cartas; luego los puso uno sobre otro en cruz.

—Toca las cartas con el dedo de corazón de la mano derecha—dijo.

Malegarde obedeció.

—Tú buscas á una dama—dijo la tía Zapata—y la buscas, no para ti, para otro que es más que tú; y la dama... vamos á ver cómo es la dama: levanta el dedo.

Dejó libre la baraja Malegarde, la vieja tomó la primera porción de la baraja y puso sus diez cartas hacia arriba, en dos hileras, la una sobre la otra.

—La dama es rubia—dijo—y es blanca, y es joven, y es hermosa: ¿me engaño, borrego?

—Es que yo no sé cómo es la dama—dijo Malegarde.

—Como que no la buscas para ti: la dama se ha perdido esta noche á las doce con otro que no es ni su marido ni su pariente; y este otro llevaba dinero debajo del brazo.

—¡Ah! ese es el bulto pesado que decía mi amo—exclamó asombrado Malegarde.

Pero meditando un momento y reponiéndose, añadió:

—Vamos claros: yo no buscaba una bruja, sino una vieja; ¿entiendes tú tía, Zapata? ¿y sabes por qué buscaba una vieja? porque las viejas han de oler y saber todo lo que pasa en la vecindad,

aunque sea de noche, y haga frío, y nieve, y no se puedan asomar las narices á una ventana sin coger una pulmonía; yo dije: cuando mi amo me manda buscarla, es hermosa: cuando se ha perdido, es que es mujer de historia: las viejas huelen las historias, cuanto más viejas mejor, y por eso he buscado á la vieja más vieja de la vecindad: vamos, toma, abuela, y déjame á mí de embolismos; porque yo, ni creo ni dejo de creer en las cartas, y quiero mejor los medios naturales.

—Vaya, hijo, ¿importa mucho el encontrar á esa señora?

—Muchísimo, madre.

—Pues la verdad sea dicha, las cartas andan oscuras: aquí no sale sino que es blanca, y rubia y hermosa; que se ha mudado de casa con hombre y dinero, y que ha andado por esquinas; pero ya haré yo que las cartas y otras cosas secretas hablen, y si te vuelves por aquí al medio día, te diré lo que haya.

En aquél momento se oyó una voz juvenil, sonora, desvergonzada, que dijo á voz en grito desde el zaguán:

—Tía Zapata, Escarabajillo está en el hospital con una estocada debajo de la barba, y se va por la posta.

—Torpe..., cobarde..., tonto—exclamó la tía Zapata con desprecio; mira—añadió gritando—: anda vete, Gorgojo, y no me alborotes la casa: si Escarabajillo se muere, que lo entierren, y aquí luz y después gloria.

—¿Y á mí qué? ¿y á mí qué?—contestó cantando Gorgojo.

—Y se alejó.

—Para que te dé yo ni un maravedí más—exclamó Malegarde.

Y saliendo del cuarto y ganando las escaleras, las bajó en dos saltos, tomó la puerta, arrojó una rápida mirada hacia arriba y hacia abajo á la calle, y por la parte de arriba vió un pillete que se alejaba á buen paso, con las manos metidas en los bolsillos y cantando alegremente un estribillo popular.

Malegarde apretó el paso y alcanzó al muchacho.

—¡Calla!—dijo—, pues si es el espolique de la Centoya: buenos días, hijo.

Y le dió un pescocón.

—¡Calla! ¡Monsieur Malegarde!—dijo el muchacho sin ofenderse por la caricia que había recibido: ¿de dónde os habéis descolgado?

—¿Conque le han metido un buen regalo al ladrón de Escarabajillo?—dijo Malegarde sin contestar á la pregunta de Gorgojo.

—Pues que, ¿sabfais que Escarabajillo afanaba?—contestó el chico: vamos, vos lo sabéis todo.

—¡Torpel! ¿quién sigue á un hombre que va con una mujer, aunque se conozca que lleva dinero debajo de la capa? En empezado á gritar las mujeres, echan á perder el mejor negocio; y cuanto más se asustan, más gritan.

—Ya se ve, Escarabajillo había reparado en que entraban y salían de noche, muy tarde, señores gordos de cierta casa de la calle del Almendro...

—Sí, por el postigo de un jardín—dijo Malegarde.

—¡Cómol! ¿lo sabfais vos también?

—¡Vaya! ¡ya se ve que sí!

—Pues señor—dijo Gorgojo—; ayer por la tarde me llamó Escarabajillo, me metió en una calleja, y me dijo:—Mira tú, espolique; es menester que te vengas conmigo esta noche á cierta parte y te acurruques donde yo te diga para hacerme seña si viene ronda.—En dándome licencia Mari-Centoya, yo por mi parte estoy al corriente—le respondí.—En diciéndole tú que yo te necesito, te dejaré, dijo Escarabajillo.—Y dicho y hecho; con licencia de mi ama la Mari-Centoya, á las doce de la noche Escarabajillo me mandó que me acurrucase en una puerta cochera de la calle del Nuncio junto á la esquina de la del Almendro, y él se fué para abajo: pasó como una hora y no pareció ronda por el mundo; pero yo sentí los pasos de dos personas que hablaban bajo y torcían por la calle del Almendro á la del Nuncio. Eran una dama y un hombre: el hombre llevaba debajo del brazo algo bastante pesado. Como no eran una ronda, yo no hice la seña y los dejé pasar. Poco después pasó Escarabajillo tras ellos silenciosamente sin decirme una palabra, y yo me fui detrás de Escarabajillo tan silenciosamente como él iba tras la dama y el hombre. De repente oí un grito como el de una persona á quien la han regalado un golpe y le han vuelto loco. Quien había dado el grito era Escarabajillo: yo apreté el paso y dejé á Escarabajillo atrás, porque no me convenía entretenerme con él y dar lugar á que nos entrecogiese una ronda. Así es, que aunque Escarabajillo me llamó dolorosamente diciéndome que le habían matado, yo me escurrí sin hacerle

caso; porque me dije: cuando Escarabajillo se ha expuesto á que le maten, mucho debe llevar encima el hombre á quien ha esperado y seguido; y bueno será saber dónde se mete para si se puede hacer con él algún negocio. Seguí al hombre y á la dama á lo lejos y con gran cuidado, no fuera que me sucediese á mí otra desgracia; porque claro está que el hombre que había podido quitarse de encima á Escarabajillo, que es fuerte y bravo como un león, y tiene entrañas de lobo, podía de un capirotazo ponérme á mí, que soy un niño, en la eternidad. El hombre y la dama se metieron por la calle de los Tintes, salieron á la de Toledo, se entraron por la Concepción Jerónima, y anda, anda, anda, por la de Carretas, la Puerta del Sol, la calle de la Montera, la Red de San Luis, fueron á dar frente al oratorio del Caballero de Gracia, en una casa muy grande que es de vecinos, y donde tiene muchas amigas Mari-Centoya.

—Pues á la casa de vecindad de la calle del Caballero de Gracia, Gorgojo—dijo Malegarde—; y para que te animes, toma estos cuatro reales, hijo, y sírveme bien, que yo te daré más.

—¿Y por qué queréis vos, monsieur de Malegarde, saber dónde para la dama y el hombre?

—Por el hombre lo hago, no por la dama—dijo Malegarde.

—¿Le conocéis vos?

—Si yo le conociera, ¿á que había de valerme de tí? Yo sé donde puedo encontrar á todos los que conozco.

—Y entonces ¿para qué le buscaís?

—¿No ha matado á Escarabajillo?

—Bien, ¿y qué?

—Que Escarabajillo es un grande amigo mío.

—Pues mirad, no lo sabía yo.

—¿Por qué lo has de saber tú todo, Gorgojo? Escarabajillo y yo éramos amigos secretos, pero muy amigos, amiguísimos: ¡y vive Dios que como yo dé con el hombre que tal ha hecho, ha de ver para qué ha nacido! Conque es necesario, Gorgojo, que afiles el ingenio y que veas de averiguar si ese hombre y esa dama están en la casa donde se metieron anoche.

—¿Pues no decís que no interesa la dama?

—Hombre... no; pero si es hermosa y se queda sola en el mundo, será necesario mirar por ella: y dime ahora, Gorgojo: si tú no te detuviste junto á Escarabajillo cuando te llamaba, ¿cómo

sabes que está herido en el cuello y que se va por la posta?

—Porque me lo han dicho los galopines del hospital general, adonde me fui en cuanto Dios echó sus luces; pero no he podido verle, porque ni es hora ni día de entrada; y porque, además, sería una imprudencia que supieran que uno conocía á Escarabajillo: os aseguro, que aunque tarde el tiempo que tarde en morirse, nadie irá á verle, ni aun su moza: además de eso, que no le dejarán ver, porque le tendrán encerrado; como que la justicia andaba que bebía los vientos por echarle el guante: mirad, monsieur Malegarde; más vale que nuestro amigo Escarabajillo se muera; porque si no se muere, le ahorcan.

A todo esto iban llegando á la Red de San Luis, en la que había una hostería que tenía el nombre del santo.

—Oye, Gorgojo—dijo Malegarde—: aquí en la hostería me meto: vete tú á la casa de vecindad, averigua si están en ella el hombre y la dama, y en qué cuarto, y vuelve á avisarme.

Gorgojo se alejó silbando hacia la calle del Caballero de Gracia, y Malegarde se entró en la hostería.

CAPITULO XXXII

DE CÓMO MALEGARDE, POR VALERSE DE MALOS AGENTES, SE ENCONTRÓ CON LO QUE NO BUSCABA NI LE IMPORTABA ENCONTRAR.

Al cabo de media hora, durante la cual Malegarde se comió una gran porción de estofado de vaca y bebió dos botellas, apareció Gorgojo, que lo primero que hizo fué pedir de almorzar por cuenta de Malegarde.

—Pues señor, dí con ellos—dijo Gorgojo—; están en el segundo corredor, número 27, en una de las habitaciones mejores y más caras de la casa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La tía Quintanilla, que fue dueña de la Mari-Centoya, que tuvo que despedirla porque se había entregado de tal manera al aguardiente, que nunca era dueña de sí misma ni servía para nada; ella me lo ha dicho: ha visto entrar esta madrugada una dama y un galán, ha observado, y ha visto que se metían en el número 27 del segundo corredor, donde se creía que no vivía nadie.

—¿Y no estaba borracha la tía Quintanilla?

—No, señor; porque todavía no ha bebido bastante.

—Toma, hijo, toma—dijo Malegarde poniendo junto al plato en que comía apresuradamente Gorgojo un doblón de á dos: yo me voy, y puesto que continúas siendo paje de Mari-Centoya, dala memorias más, y dila que nos veremos muy pronto; yo sé que ella se alegrará.

—Pero no os vayais, monsieur Malegarde, sin pagar mi almuerzo, que eso no entra en cuenta—dijo Gorgojo, echando sus largos dedos al doblón y sepultándole en uno de sus bolsillos.

—Come y bebe lo que quieras—contestó Malegarde—, que nadie te pedirá la cuenta de gasto: adiós, y hasta la vista.

—Id con Dios, monsieur Malegarde—contestó Gorgojo, que continuó devorando con delicia aquel almuerzo imprevisto, resuelto á comer hasta reventar, puesto que le pagaban el gasto. Malegarde salió contentísimo.

Para él era indudable que había encontrado lo que su amo buscaba.

Pero era preciso no perder tiempo.

Adelantó, pues, á la carrera por la calle de Jacometrezo, salió á la plazuela de Santo Domingo, y poco después entraba en la recámara de monsieur de la Chaumiere.

—Ya los tengo, señor, ya los tengo—dijo pudiendo apenas hablar, á causa del sobresaliento que le había producido su larga carrera—; pero me he quedado sin dinero; y gracias á que se ha contentado con el que llevaba una vieja de los diablos que me ha dado noticias de todo.

—No importa que me robes con tal de que me sirvas bien—dijo monsieur de la Chaumiere—; ¿dónde están?

—En una casa de vecindad frente al oratorio del Caballero de Gracia, en el aposento del segundo corredor, número 27.

—¿En una casa de vecindad, Malegarde? Me parece que te has engañado: ¿los has visto tú?

—No, señor; pero sé que están allí.

—¿Y por qué no has procurado, informarte mejor?

—Porque no he querido perder tiempo, no sea que se nos escapen.

—Dame mi capa, mi sombrero y mi espada y vamos allá—dijo monsieur de la Chaumiere—; mucho será que no hayas cometido alguna barbaridad: Lucas Cabezudo no es hombre á quien se encuentra tan pronto cuando se pierde.

—Es, señor, que le he buscado bien: ¿quién había de figurarse que una dama y un caballero

habían de meterse en una casa de vecindad? Pero es afirmo que no me he engañado: han sido seguidos desde el postigo del jardín de la calle del Almendro sin perderlos de vista.

—Puede ser, Malegarde, puede ser: vamos á verlo.

Un cuarto de hora después, monsieur de la Chaumiere, acompañado de Malegarde, llamaba á la puerta del cuarto número 27 del segundo corredor de la casa de vecindad.

Nadie contestó.

—¿Lo ves?—dijo con irritación monsieur de la Chaumiere á Malegarde.

—¿Y cómo queréis que contesten, señor, si están escondidos?

Pareció tranquilizar esta respuesta á monsieur de la Chaumiere.

—¡Abrid al rey nuestro señor!—dijo con voz fuerte, llamando por tercera vez á la puerta y aumentando la curiosidad de los vecinos, excitada por la presencia de aquel señorón en la casa de vecindad.

Aún no había transcurrido un minuto desde la intimación de monsieur de la Chaumiere, cuando se abrió la puerta, y apareció en ropas menores, envuelto en una capa, no menos que Pommeferre, que se echó á los pies de su señor:

—Yo no he tenido la culpa—dijo este—: es cierto que anduve algo torpe; pero sobrevinieron una multitud de incidentes imprevistos, señor.

—¿Lo ves?—dijo monsieur de la Chaumiere mirando fieramente á Malegarde, que, pálido, asombrado, miraba á Pommeferre de rodillas y pálido y temeroso á los pies de su amo.

—Levántate, galopo—dijo monsieur de la Chaumiere—; y entra tú, pillo.

Pommeferre se levantó, entró monsieur de la Chaumiere, le siguió temblando Malegarde, y Pommeferre cerró la puerta.

Lo primero que hizo Mr. de la Chaumiere en cuanto estuvo dentro, fué tirar de la espada y aplicar dos tremendos cintarazos á Malegarde, que se estiró todo y puso el grito en el cielo.

Mr. de la Chaumiere oyó que una mujer se echaba á llorar, y decía con la voz más lastimosa del mundo:

—No la emprendáis, señor, en acabando con ese con el otro, porque mi Antolín no ha tenido la culpa el desdichado, la he tenido yo.

Volvióse Mr. de la Chaumiere adonde sonaba aquella congrojada voz femenil, y vió en una pe-

queña puerta, cubriéndola casi, á una buena moza con los cabellos sueltos y á medio vestir.

Era nuestra antigua conocida Petra Pica.

—Aquí tienes, aquí tienes, infame—dijo monsieur de la Chaumiere á Malegarde— á la dama y al hombre que yo te había mandado buscar: no sé cómo no te rajo, asesino.

—Vamos claro—dijo Malegarde, sobreponiéndose á su miedo y dirigiendo la palabra á Pommeferre—: ¿no has estado tú esta noche en una casa que tiene un jardín con postigo á la calle del Almendro? ¿no has salido después de las doce con una mujer, llevando dinero bajo la capa? ¿no has dado una estocada á un ladrón en la calle del Nuncio?

—No, y no, y no—dijo Pommeferre—: yo no he hecho nada de eso.

—¿Y no has entrado esta madrugada con una mujer en esta casa?

—Eso sí; porque como ando huído de miedo de que me ahorquen por haber faltado á las pragmáticas, salgo de noche con ésta para que la pobre no se pudra encerrada; pero no hemos estado por la calle del Almendro, sino en el Prado de Recoletos, junto á las huertas de Atocha, al amparo de la espesura.

—Esto es una casualidad, señor, una casualidad—dijo Malegarde—: yo estoy seguro de que han entrado aquí los de la calle del Almendro.

Sonó entonces un golpe á la puerta del cuarto.

—Abre—dijo—Mr. de la Chaumiere á Pommeferre.

Este abrió y entró Lucas Cabezudo.

—¡Ah!—exclamó con alegría Mr. de la Chaumiere—; no te habías engañado, Malegarde.

—No; y es de todo punto inútil que maltratéis á vuestro criado: doña Esperanza ha estado aquí esta noche durante un momento; pero ya no está; os desafío á que la encontréis: ha desaparecido: sólo quedo yo, que no tengo por qué ocultarme de vos ni de nadie.

—Encontraré á doña Esperanza.

—La veréis sin buscarla—dijo Lucas Cabezudo—: yo os llevaré adonde está.

—Pues al momento—dijo Mr. de la Chaumiere.

—No, al momento no: esta noche.

—Lo que vos queréis—dijo con cólera Mr. de la Chaumiere—es ganar tiempo, engañarme.

—No, pardiez—dijo Lucas Cabezudo—: ¿qué necesidad tenía yo de haber venido á buscaros? Además de eso, estoy resuelto á seguirlos y á que

me tengáis encerrado en vuestra casa hasta que llegue la media noche, en que, si os prestáis á lo que se exija, veréis á doña Esperanza.

—Bien, vámonos—dijo Mr. de la Chaumiere—: tú, Pommeferre, no te ocultes ni ocultes á tu amiga; te espero hoy en casa; pero no vayas con ella, no quiero escándalos; para que yo la admita en mi servidumbre, será necesario que sea tu mujer.

—¿Y cómo he de presentarme, señor, si tengo sobre mí á la justicia?

—¡La justicia ¿eh? la justicial para mis criados no hay justicia, estúpido; se ha echado tierra al negocio.

—¿De veras, señor?

—El proceso se ha quemado en su principio: te lo repito, te espero en casa: me has servido sin saberlo, comprometiéndome, y no tengo por qué despedirte.

—¡Ah, señor! me habéis vuelto el alma al cuerpo: voy á vestirme y al momento voy á casa.

Mr. de la Chaumiere salió, llevándose á Lucas Cabezudo y á Malegarde.

—¿Has oído lo que te ha dicho tu amo?—dijo Petra Pica.

—Sí, sí por cierto: que se ha echado tierra al negocio, que se ha quemado el proceso, y que puedo pasearme al sol por Madrid, sin que nadie se meta conmigo.

—También te ha dicho otra cosa, bribón—dijo Petra, colgándosele de los hombros y sonriéndole á dos dedos de las narices.

—Pues no me acuerdo, hija mía—contestó Pommeferre.

—Sí; te ha dicho que te cases conmigo.

—No—dijo Pommeferre—; lo que me ha dicho es que no te lleve á su casa si no me caso: de modo que no tengo necesidad de casarme contigo, sino de no llevarte á casa de mi amo: vamos, déjame, necesito vestirme: mi amo no puede pasarse sin mí, y no sé cómo se habrá compuesto estos cinco días.

Petra se separó de Pommeferre, que empezó á vestirse.

—¿Conque no te casas conmigo, eh?—dijo Petra Pica.

—Para tanto, se me atraganta Perico Perea.

—Vamos, me parece que no has visto en mí nada que te haga tener celos de Perico.

—Milagro; porque hacía sin duda poco tiempo que os queráis; pero eso no le consta á nadie: todos saben que Perico te pegó, y todos

creen que cuando un hombre le pega á una mujer, es su amo.

—Tú lo pensarás; tú verás que no he querido á nadie más que á ti; que me voy á morir si no me caso contigo: y como tú me quieres, porque sí, y yo lo sé, estoy segura de que te casarás conmigo: ¡vaya si te casarás!... ¡como que un hombre puede hacer otra cosa que aquello que quiere la mujer á quien quiere!

—Deja correr el tiempo, que ya veremos—dijo Pommeferre, que había acabado de vestirse—: puede ser que me convenga el casarme contigo: aquí te quedas; no tengas cuidado, que yo pagaré el gasto y vendré á verte todos los días: con que adios, hija, hasta luego.

Pommeferre abrió la puerta.

En aquel momento pasó por delante de ella una mujer excesivamente gallarda, con una gallardía majestuosa, envuelta en un manto de terciopelo y á todas luces dama.

Detrás de ella iba un hombre alto, fuerte, como de cincuenta años, de semblante duro y enérgico, y al parecer, por su traje y por su manera de andar y de llevar la espada y el sombrero, soldado viejo.

La dama volvió la cabeza hacia Pommeferre en un movimiento de inquietud, y el veterano desplomó sobre Pommeferre una mirada profunda y dura.

Pasaron.

Pommeferre permaneció inmóvil hasta que hubieron bajado las escaleras.

A seguida se puso en su seguimiento.

Se nos olvidaba decir, que el que parecía soldado viejo llevaba bajo la capa un bulto angular que parecía pesado.

Pommeferre, por no perder tiempo, no había dicho ni una sola palabra á Petra.

Pero ésta se puso al cabo de la situación.

—Han engañado á monsieur de la Chaumiere—dijo—: el otro que parecía un sacristán y que ha ido con él, se le ha entregado para alejarle y para que tuviese lugar de marcarse esa dama, que es sin duda la que busca monsieur de la Chaumiere: pues bien, para que no eche de menos á Antolín, iré yo á avisarle de lo que sucede y de que Antolín se ha ido siguiendo á la dama: he aquí cómo, sia estar casada con Antolín, entro en la casa de monsieur de la Chaumiere.

Petra Pica se vistió, se puso un manto, se hizo acompañar, para que no perdiese su recato, de

una vecina beata, á quien dió dos reales, y se fué á casa de monsieur de la Chaumiere.

Entre tanto, Antolín, á la larga, seguía á la dama y al soldado viejo, que iban bastante de-prisa.

Llegaron á la calle de las Torres, siguieron por ella, entraron en la de las Infantas, luego en la Real del Barquillo, y á su fin se metieron en una gran casa destartalada, denegrada, sucia, que era á todas luces casa de vecindad.

Pommeferre se plantó en la puerta.

—De aquí no me muevo—dijo—; pero es necesario avisar á mi amo: me valdré del primero que pase que tenga cara de querer ganar algún dinero.

En aquel momento sintió detrás de sí por la parte de adentro una voz muy cortés y muy característica que le sonó á conocida y que le dijo:

—Perdone vuesa merced, señor hidalgo; pero la puerta es muy estrecha, y me veo obligado á incomodarle para pasar.

Pommeferre se volvió y se encontró con Marcos Calderón, el bachiller de la precisión del lenguaje, el pretendiente de una escuela de gramática en la Universidad de Salamanca.

—Me venís tan á punto que más no pudiera ser, amigo mío—dijo Pommeferre.

—¡Cómo!—exclamó el bachiller—; pues qué, ¿no os han preso, caballero Pommeferre, por lo de la estocada al paje?

—¡Cál el que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija; han enterrado al muerto y han echado tierra al proceso.

—¡Ay, señor Pommeferre de mi alma! Acabáis de quitarme de encima un peso que me ha abrumado; cinco días he estado encerrado en mi chiribitil, sin atreverme á salir á la calle, no fuera que me prendiesen; porque al fin, aunque inocente, yo estaba complicado en el negocio, y hay que tener mucho miedo á la sala de los señores alcaldes de casa y corte; sólo el hambre me ha echado fuera; desfallecía, y me vine por los sitios menos concurridos á esta casa, á fin de que me socorriese dándome algún alimento, una muy honrada beata á quien conozco, y á quien enseño latín, porque quiere meterse monja, y algunas veces me ayuda con su pobreza, y yo en lo que puedo la sirvo y la contento.

—Vamos, vamos, señor bachiller; ¡os habéis echado por moza una beata!

—¡Ay si ella os oyerá! Y es una real moza

que no pasa de los veinticuatro; ahí vive en el patio.

—¡Oigal pues me conviene vuestra beata.

—¡Cómo que os conviene la señora Úrsula!—dijo un poco amostazado Marcos Calderón.

—Dejaos de celos, hermano—dijo Pommeferre—; me conviene porque sabe latín.

—¿Y qué tiene que ver el latín con vuestras conveniencias, caballero Pommeferre?

—Si sabe latín...

—No lo sabe, lo estudia, seamos precisos; tan necesaria como la precisión del lenguaje es la precisión de las ideas.

—Pues bien, si estudia latín, sabrá leer y escribir.

—Precisamente.

—Y tendrá pluma, tintero y papel; cabalmente eso es lo que yo necesito.

—¿Que necesitáis tintero, papel y pluma?

—Sí, señor; no puedo moverme de aquí, y necesito enviar á mi amo un aviso que vos llevaréis; tened en cuenta que si servís á mi amo, podéis contar con vuestra escuela de gramática en Salamanca.

—Pues al momento, al momento, caballero Pommeferre—dijo el buen Marcos Calderón, impaciente por servir á monsieur de la Chaumiere.

Y se entró para adentro; atravesó un pasadizo estrecho que servía de portal, adelantó por un patio algo más ancho, á cuyo fin, á la puerta de un cuarto bajo, estaba una mujer alta, gruesa, buena moza, con hábito de estameña y tocas de beata, blanca, sonrosada, con los ojos más decididos del mundo, y al parecer de veintiséis á veintiocho años.

Pommeferre miró á aquella moza de una manera tal, que le hubiera producido un disgusto con Petra Pica, si ésta hubiera visto aquella mirada.

Per su parte la beata miraba á Pommeferre, que, como ya hemos dicho, era muy buen mozo, con una afable extrañeza.

—¿Qué quiere, hermano Marcos, y por qué viene con ese hidalgo?—dijo la beata con acento suave.

—Señora Ursula—dijo el bachiller—, lo que este hidalgo, á quien me interesa mucho servir, y yo queremos, es muy poca cosa; todo se reduce á medio pliego de papel para una carta, y asiento, mesa y pluma para escribir.

—Pasen en buen hora vuestras mercedes y ven-

gan con Dios—dijo la beata apartándose de la puerta.

—Dios sea en esta casa—dijo el bribón de Pommeferre, templándose al tono de la beata, y quitándose, al entrar, cortésmente el sombrero.

La señora Ursula se apresuró á poner sobre la mesa un pliego de papel y á echar agua al tintero, que sin duda tenía la tinta muy espesa.

—¿Me dáis licencia para que escriba, señora mía?—dijo blandamente Pommeferre.

—Licencia tenéis para eso y para más que sea, como á Dios no se ofenda—contestó la señora Ursula.

Pommeferre se sentó, partió el pliego, dobló una de sus mitades, y escribió lo siguiente, cubriendo con el cuerpo el papel, para que ni la beata ni el bachiller viesan lo que escribía:

“Señor: El bribón que se fué con vos y que tenía trazas de sacristán, os ha engañado. Cuando yo me disponía á ir á casa, pasó por delante de mi puerta, acompañada de un soldado viejo, la dama que sin duda buscábais: los he seguido, han entrado en una casa de vecindad en la calle Real del Barquillo, número 50, y yo me he quedado de guardia á la puerta. He tropezado, por acaso, con el portador de ésta, que es un buen conocido mío, y me apresuro á avisaros para que vengáis, si os parece, ó me enviéis vuestras órdenes. — Vuestro humilde criado, *Antolin Pommeferre*.”

Cerró la carta y pidió una oblea, que la beata se apresuró á darle.

Después se levantó, se acercó al fogón donde cocía la olla de la beata, y secó la oblea; lo que demostraba lo previsor de Pommeferre.

Después puso el sobrescrito á su amo, con las señas de su casa.

—Hacedme la merced—dijo á Marcos Calderón—, de ir adonde este sobre dice; de preguntar por mi amo; de decir que yo os envío, y de dar en mano propia á mi amo esta carta; pero no le habléis, cuando le veais, de vuestra escuela de Salamanca, que no es ocasión, y eso corre de mi cuenta.

—Haré cuanto queráis y os obedeceré, protector mío—dijo Marcos Calderón—, y os estaré eternamente agradecido: señora Ursula, si queréis darme placer, agasajad cuanto podáis á este hijalgo, que en él consiste que entrambos á dos salgamos de penas.

—Descuide vuesa merced, señor bachiller—dijo la beata—; que por lo comedido y por lo

bieu cortado de este señor, ya he comprendido yo que merece no se le trate como á un cualquiera.

Marcos Calderón salió.

—Me permitiréis, vida mía...—dijo Pommeferre.

La beata le cortó la palabra.

—¡Vida vuestra me habéis llamado! vaya en gracia: afortunadamente no hay quien lo haya oído, que si no, me vería obligada á incomodarme con vos; porque, Dios me perdone, aunque yo nunca he oído requiebros, me parece que á requiebro huele ese vida mía: ¿y qué os he de permitir, mi señor?

—Habéis dicho mi señor de una manera, corazón—dijo Pommeferre—, que me habéis vuelto la sangre de arriba abajo y la de abajo arriba.

—Mi señor no es más que una cortesía, y si he dicho algo malo, sin intención ha sido: tenedlo por tal, y Dios me lo perdone, que yo soy una inocente que no sé lo que me digo; pero veamos, ¿qué he de permitir?

—Que me siente á la puerta de vuestro cuarto, desde donde se ve la puerta de la casa.

—Desde adentro, y sin que puedan veros, podéis ver la puerta: no quiero dar escándalo á los vecinos; que vean en mi cuarto á un mozo tan bien parecido.

—Prenda mía, más escándalo será que no me vean, y que sepan que estoy dentro; pero tanto me da, mejor.

Pommeferre se sentó por la parte de adentro de la puerta, de manera que no podían verle desde las habitaciones del patio ni desde los corredores, ni aun los que entrasen por la puerta de la casa, porque el fondo del cuarto era oscuro.

—Y vos ¿no os sentáis?—dijo Pommeferre.

—Si me dáis licencia...

—¡Ues y ya lo creo: yo os doy licencia para todo—dijo Pommeferre.

La beata se sentó á cierta distancia de Pommeferre, tomó una actitud modesta, inclinó la cabeza y fijó la mirada en sus rodillas.

—Decidme, señora, porque algo hemos de hablar—dijo Pommeferre—: ¿tenéis parientes fuera de Madrid?

—¡Ay! no, señor: desde que se murió mi buen tío, que era canónigo de la catedral de Sigüenza, estoy sola en el mundo.

—Tendréis alguna amiga fuera de Madrid.



—No, señor; yo no tengo amigas: son hoy muy desenvueltas las mujeres.

—Entonces tendréis ausente algún hombre á quien queréis.

—¡Ave María purísima!—exclamó la beata escandalizada—: Dios me libre de querer á ningún hombre; yo tengo ya esposo.

—Vamos, el buen bachiller Marcos Calderón.

—¡Jesús! ¿ese extravagante, que no deja pasar ni una sola palabra que una habla sin corregirla y sin salir con aquello, que es necesario no olvidar la precisión del lenguaje? Quitad allá, señor mío; el esposo que yo he elegido es un señor divino: nuestro Redentor Jesucristo.

—Bendito sea su santo nombre.

—Por siempre.

—Si seguimos así, acabaréis por sacar el rosario, señora, y no es esta ocasión de rezar, por más que yo sea muy buen cristiano y muy devoto.

—¿Pues de qué es ocasión, señor mío?

—¿De qué es ocasión? ¡Vaya por Dios y qué inocente que sois! De lo que es ocasión es de que me digáis por qué es tan vuestro amigo el bachiller Marcos Calderón, y por qué éste os ha dicho que ambos á dos saldréis de penas cuando él sea maestro de la Universidad de Salamanca.

—¡Ay Dios mío! Porque el señor Marcos Calderón es un buen hombre, como yo soy una buena mujer, y nos ayudamos como podemos en nuestras necesidades: él lleva mis cartas á las almas piadosas que cuidan de que una pobre doncella no se pierda, y yo le doy algo de la limosna que las almas caritativas me envían.

—¡Ah, ya! y para eso tenéis obleas —dijo Pommeferre—; pues eso era lo que necesitaba saber: por qué tenéis vos obleas; ¿quién sabe para lo que tiene obleas una mujer?

—¡Vaya por Dios!—dijo la beata—; y luego, ¿qué os importará á vos el que yo tenga obleas ó no?

—Pues no ha de importarme, señora, si sois una flor de hermosura y me he enamorado de vos, y os he conocido, y estoy reventando porque sin duda me creéis tonto, cuando me hacéis el papel de simple.

Partió un relámpago de los ojos de la beata.

—¿Sois hombre, como me figuro, que tenga alma para que yo le crea?—dijo la beata, cambiando de repente de acento, de mirada, de expresión.

—Yo soy hombre para todo, y para más que

vos podáis creer; y vive Dios que desde que os vi me está dando el alma vueltas en el cuerpo, y necesito saber lo que tenéis con ese bachiller.

—Nada, hijo mío, nada: yo le pago y él me ayuda á buscarme la vida.

—Basta—dijo con acento solemne Pommeferre.

—No basta: me parece que si yo hubiera de buscarme la vida por donde vos anduviérais, me moriría de necesidad en pocos días; no digo que no os haya yo pillado el corazón sólo con que me hayáis visto, porque otros más estirados que vos andan por mí tristes y alicaídos; ni dudéis vos que yo, desde que os vi, me enamoré: la prueba es que he echado á un lado la santurronería y me he desembozado la capa con que paso entre las gentes sin que me conozcan; qué queréis: como yo, las hay en la corte á centenares; pero tan listas como yo, pocas. ¡Marcos Calderón! Quitad allá, que no me ha criado á mí Dios para tal miseria: el pobre hombre está por mí que se muere, y toda su gloria sería casarse conmigo; yo le doy esperanzas para que me sirva mejor y más barato, y he aquí todo: ¿sabéis lo que por el pronto puedo deciros? porque no os diré más sino cuando esté segura de que puedo deciroslo todo; ahora os toca á vos contestar á lo que voy á deciros: que yo diga á un hombre por la primera vez de mi vida: "Aquí tenéis una esclava", no lo esperéis, como yo no sepa que tengo en aquel hombre otro esclavo; y no sólo esto, sino que aquel hombre será mi marido; más aún: no se lo diré hasta que mi marido sea.

Dió un salto sobre la silla Pommeferre.

—¡Diablo—dijo—y qué caras quieres vender las sobras, muchacha!

—¡Eh! ¿Qué sobras? Vos sois tonto—dijo Ursula—: pues en dónde tenéis los ojos, cristiano, que no veis esta frescura de mi cara y este brillo de mis ojos? Yo os creía con más inteligencia; ¡bah! lo que yo hago es desesperar, prometer sin prometer, sacar hasta que se cansan de no conseguir, y así saco más; yo os podría decir los nombres de muchos señores que se nan aburrido después de arrojar me el oro á montones sobre la falda.

—Apuesto á que no me decís el nombre de mi amo.

—¿Y quién es vuestro amo, galán?

—Monsieur Horacio Prevaux de la Chau-miere...

Gentilhombre de su majestad, capitán de

mosqueteros negros del rey de Francia, coronel de los reales ejércitos de España, y tonto—contestó riendo la señora Ursula.

—¡Tontol!

—¿Y qué queréis que sea un hombre á quien cuesta una mujer más de dos mil ducados, y se queda sin saber si tiene los cabellos rubios ó negros, muchos ó pocos?

—Como yo averigüe que mi amo os conoce, que se ha enamorado de vos y que os habéis escapado de él, os declaro doncella inexpugnable y a prueba de bomba; y como tengáis tantos ducados como hermosura, porque en todo debe pensar un hombre que no quiere que sus hijos anden descalzos, me caso con vos, católica apostólica-romanamente.

—Falta que yo quisiera casarme, hijo mío: os declaro francamente que con mirarme me habéis pegado una epidemia de amor; pero soy yo mucha mujer para aguantar celos ni por sospechas; ya sabemos los dos lo que es el bachillero: por dos reales es capaz de exponerse á una paliza, llevando una carta á la mas pintada: vos le habéis dado una carta para una mujer.

—No, señora; para un hombre.

—¿Qué hombre?

—Mi amo.

—¡Vaya! si creeréis vos, cristiano, que yo comulgo con ruedas de molino: ¿qué tentáis vos que escribir á vuestro amo?

Pommeferre, á quien había logrado marear la beata, le contó el motivo por que había escrito á monsieur de la Chaumiere.

—¡Ay! ¡pobre mío! pues ya ha tenido tiempo bastante de llegar á casa de monsieur de la Chaumiere el hermano Marcos, que en poniéndose á dar aire á las piernas, anda más que un galgo, y no tardará en llegar vuestro amo, puesto que tanto le interesa esa dama.

—¿Y qué hay de malo en eso?—dijo Pommeferre.

—Siempre habría de malo que si os encontrase aquí, mano á mano conmigo, podríais pasarlo muy mal, y yo no quiero que lo paséis mal vos; además, esa dama no está aquí, es decir, no está en la casa.

—Yo la he visto entrar—dijo Pommeferre.

—Y yo también; pero os han burlado, á pesar de vuestras picardías, amigo; esta es una casa de paso.

—¡Por vida de Satanás y de todos los diablos del infierno!—dijo Pommeferre, dando una fu-

riosa patada en el suelo y crispando los puños—: estoy de desgracia.

—Yo creo que de fortuna; porque nos hemos conocido y me parece que, no Marcos Calderón, sino vos y yo, vamos á salir de penas.

—No me fio de vos: me engañáis.

—¿Que os engaño? Mirad: salid al patio, á la izquierda está la subida de las escaleras; seguid un corredor muy largo; encontraréis otras escaleras que dan á otro patio; veréis que hay otra puerta y que aquella puerta sale á la calle de los Jardines; id, id, que yo entretanto haré lo que tengo que hacer; y no tardéis, porque estoy esperando de un momento á otro que venga Marcos Calderón.

Pommeferre salió, atravesó el patio, ganó las escaleras y desapareció.

Entretanto Ursula se puso un gran manto de beata, cerró una puerta interior, se metió la llave en el bolsillo, abrió un cofre, tomó de él algún dinero en oro, le guardó, y esperó á que volviese Pommeferre.

Este no tardó en aparecer, pálido, trémulo, descompuesto, irritado.

—Salgo de una y entro en otra—exclamó—: torpeza tras de torpeza; pues no, yo no vuelvo á presentarme á mi amo.

—¿Qué necesidad tenéis vos de servir á nadie?—dijo Ursula—: es muy posible que no tengáis dinero; tomad este doblón de á ocho, cambiadle en plata menuda, é id á esperarme fuera de la puerta de Santa Bárbara: na tardaré; pero idos, idos, no sea que venga vuestro amo: yo también necesito irme, porque no quiero que monsieur de la Chaumiere me encuentre aquí.

Pommeferre guardó asombrado el doblón, cogió una mano de Ursula, se la besó y salió rápidamente.

—Es muy buen mozo—dijo Ursula viéndole alejarse—; y luego puede servirnos de mucho.

Y cerró la puerta, guardó la llave en el bolsillo y salió.

Pommeferre cambió el doblón y se encaminó á la puerta de Santa Bárbara, delante de la cual esperó impaciente.

Entre tanto monsieur de la Chaumiere llegó á la casa de vecindad, precedido por Marcos Calderón.

—¿Pero dónde está Pommeferre?—dijo monsieur de la Chaumiere—, que no le veo en la puerta ni en el zaguán.

—No os importe de eso, señor—contestó el

bachiller—; estará en el cuarto de la hermana Ursula, donde yo le dejé.

Monsieur de la Chaumiere se detuvo.

—¿La hermana Ursula habéis dicho?

—Sí, señor; la hermana Ursula—dijo Marcos Calderón con extrañeza, porque no esperaba que monsieur de la Chaumiere hubiese reparado en el nombre de la beata.

—¿Ursula Quiñones?—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Cabalmente.

—¿Sobrina de un canónigo de Sigüenza?

—La misma, señor—dijo creciendo en extrañeza Marcos Calderón.

—¿Y vive en esta casa?

—Sí, señor; en el aposento de enfrente, al fondo del patio.

—¿Y está con ella encerrado el bribón de Pommeferre?

—Así parece, señor—dijo Marcos Calderón, que desde el momento en que había visto cerrada la puerta se había llenado de inquietud.

—Id y llamad—dijo monsieur de la Chaumiere.

Marcos Calderón llamó con fuerza á la puerta.

Nadie le contestó.

Volvió á llamar con más fuerza, y entonces se asomó una de las vecinas al corredor y dijo:

—No llaméis, señor Marcos: la señora Ursula ha estado hablando un gran rato con un buen mozo, que la ha besado la mano...

—¿Eh? ¿qué?—dijo Marcos Calderón, todo erizado, por decirlo así.

—Que la ha besado la mano—repitió la vecina; y por cierto que á pesar de sus gazmoñerías, no se ofendió de ello.

—Donde coja á Pommeferre—dijo monsieur de la Chaumiere—, le destrozo.

—¿Y se fueron juntos?—dijo llorando casi Marcos Calderón.

—No, señor; pero puede ser que ya se hayan juntado, porque él se fué delante, y á poco tiempo se fué ella detrás de él.

—Está de Dios que vuestro criado me dé disgustos—dijo todo dolorido Marcos Calderón á monsieur Chaumiere—: el primero fué grande; pero éste es enorme, enormísimo.

—¿Necesitáis saber más, señor Marcos?—dijo la vecina.

—No, señora, gracias—contestó compungido Marcos Calderón.

—Yo sí necesito saber—dijo monsieur de la

Chaumiere—: bajad, que lo que he de deciros no es para que lo oigan.

La vecina se apresuró á bajar.

—¿Habéis visto entrar en esta casa á una dama acompañada de un hombre, que llevaba algo debajo del brazo?—dijo monsieur de la Chaumiere á la vecina.

—Sí, señor, y tenía trazas de ser muy hermosa, muy noble y muy rica, según y como andaba y como llevaba el manto, y por el hermoso vestido que bajo el manto se veía.

—Sí, sí—dijo monsieur de la Chaumiere—; ¿en qué aposento está?

—Sábelo Dios—dijo la vecina—; porque yo que la vi subir por las escaleras, la seguí para ver dónde se metía, y no se metió, sino que salió á la calle de los Jardines.

—¿Cómo que salió!—dijo monsieur de la Chaumiere.

—Saliendo, caballero; porque esta es una casa de paso.

—¡Ahl! ¡voto va cien legiones!—dijo monsieur de la Chaumiere—: Pommeferre se ha vuelto tonto; peno no, vos me engañáis: os habrán pagado para que calléis.

—No he tenido yo la suerte de que nadie me dé dinero.

—Tomad, y decidmelo todo—dijo monsieur de la Chaumiere, dándola una moneda de oro.

—Muchas gracias, señor; pero no puedo deciros más sino lo que ya os he dicho: que esta es una casa de paso, y que por ella han pasado esa dama y ese hombre; y si no, venid y lo veréis.

—Sí, guiad—dijo monsieur de la Chaumiere—: y vos, esperad aquí.

Marcos Calderón, que estaba hecho una estatua, ni aun oyó estas palabras de monsieur de la Chaumiere.

Este, siguiendo á la vecina, llegó á la otra puerta de la parte de adentro, en la cual había un zapatero de viejo.

—Ahora os convenceréis, señor—dijo la vecina; vamos á ver, señor Ciriaco, si me dais razón de lo que voy á preguntaros.

—Vamos á verlo—dijo el remendón—; ¿qué es ello?

—¿Quién ha salido por aquí hace tres cuartos de hora?

—¡Ta, ta, tal ha salido el sacristán, que venía de ver á la planchadora, y por cierto que han armado un escándalo de los buenos; ha salido la tía Zarza, que vinieron á llamarla para un aprie-

to de la tabernera de la esquina; ha salido el alguacil, después de darle una paliza á su mujer, aunque dicen malas lenguas que no es su mujer, sino mujer de otro; ha salido el galgo de la tía Garduña...

—No, no, tío Ciriaco; yo hablo de personas que no acostumbran á salir por aquí: de personas principales.

—¡Ah, sí! una señora muy hermosa, y digo que era hermosa, porque se la enganchó el manto en un clavo de mi banquillo y la vi el rostro, que si no, no se lo veo, porque venía muy rebuzada, y era rubia, y niña: un sol.

—¿De qué era el manto, tío Ciriaco?

—De rica sarga negra, tía Cereza.

—¿Y el vestido?

—De damasco azul, que valía un caudal.

—¿Y quién la acompañaba?

—Un hombre como de cincuenta años.

—¿Y se fueron?

—¿Pues qué habían de hacer? Echaron por la calle arriba.

—¿Veis, señor, cómo esa dama no está en la casa—dijo la tía Cereza á monsieur de la Chaumiere.

—Bien, bueno—dijo éste de muy mal talante—: vamos.

—¿Y qué he ganado yo con tanta pregunta y tanta respuesta—dijo el zapatero, á quien dió en las narices algo que olía á enredo.

Monsieur de la Chaumiere echó un ducado en el banquillo, y emprendió la marcha hacia el otro patio de la casa.

—Vivais mil años, señor—dijoy tío Ciriaco—, y que todo se remedie y salga como vos queráis: yo no sé cómo hay quien se case: apostaré á que aquella niña es la señora esposa de este señor.

Monsieur de la Chaumiere llegó junto á Marcos Calderón, y le dijo:

—Seguidme.

Y echó á andar.

Marcos Calderón le siguió maquinalmente.

Cuando estuvieron en la calle, monsieur de la Chaumiere le dijo:

—Vos sabéis sin duda adónde ha ido Ursula.

—¿Qué sé yo adónde ha ido esa ingrata, esa cruel, esa dejada de la mano de Dios? Y parecía tan virtuosa: fiad en la virtud de las mujeres: entregadlas el corazón para que os le abran, para que le devoren, para que le asesinen á uno.

—¿Qué diablos estáis diciendo? ¿qué tenías vos que ver con Ursula?

—Que teníamos tratado casarnos—exclamó saliendo de tono en su desesperación el bachiller.

Si os atrevéis ni aun á pensar en lo que habéis dicho, yo haré que os pese—dijo con cólera monsieur de la Chaumiere—: no ha hecho Dios la miel para la boca del asno, imbécil; y os advierto, que no contéis con la escuela de Salamanca de que me habéis hablado, si no me encontráis á Ursula.

—Ella volverá á su casa, señor; ella volverá—dijo aturdido Marcos Calderón.

—No volverá, porque se ha ido huyendo de mí: de seguro Pommeferre la habrá dicho que era criado mío y que yo iba á venir.

—¿Y qué historias tenéis vos con Ursula—dijo atreviéndose á todo, celoso y desesperado el bachiller.

—Buscadla—dijo éste, hasta que la encontréis, si queréis ser maestro en Salamanca—: ya sabéis dónde vivo: avisadme con lo que haya, y adiós.

Y monsieur de la Chaumiere se alejó con muy mal talante, dejando hecho una estatua á Marcos Calderón, sin un maravedí en el bolsillo, y convertido de hombre pacífico en fiera, á causa de sus celos.

—¿Y qué hago yo ahora?—dijo—: que la busque, que se la busque: seamos precisos; esto es, que la busque para él: para mí querría yo encontrarla: ¿qué va á ser de mí, Dios mío? Con ella á lo menos, y cuando la servía bien, se comía algo caliente; pero ahora, solo, completamente solo, será necesario ir á la ignominiosa sopa de los conventos: ¡á la sopa un sabio! ¡oh, y qué desgracia! ¿Y dónde encontrarla? ¿adónde iba? ella tenía amigas; pero es el caso, que nunca me dijo quiénes eran, que no las conozco: me informaré: puede ser que alguna vez haya venido á visitarla alguna de sus amigas, y que haya en la vecindad quien la conozca.

Marcos Calderón se metió dentro, y fué preguntando vecina por vecina, que le conocían demasiado.

Todas le respondieron lo mismo: esto es, que la señora Ursula no recibía visita alguna; que no habían visto entrar jamás á ningún otro hombre que Marcos Calderón, y que no podían decir otra cosa, sin mentir, y sin ofender á la buena beata; que hasta que se había ido con el buen

mozo, nada había dado que decir en la vecindad.

—Pues señor—dijo Marcos Calderón, bajando desalentado las escaleras—, ó vuelve, ó no vuelve: indudablemente ha de suceder una de estas dos cosas; si vuelve, nos veremos las caras: yo la haré conocer que no es prudente burlarse de un bachiller como yo; y en cuanto á avisar á monsieur de la Chaumiere, será lo que tase un sastre: si no vuelve, enviará alguna persona por los muebles, porque ella no es mujer que deje perder su hacienda; al que vuelva le

preguntaré, pero no, porque al que se le pregunta, si no se le paga no responde; y yo no tengo ni un maravedí segoviano partido por la mitad. En fin, me esconderé en lo profundo del zaguán de enfrente, y en cuanto venga alguien y salga con muebles, le seguiré y ya veremos.

Marcos Calderón puso en ejecución su pensamiento, empozándose en un oscuro soportal, desde cuyo fondo se veía el zaguán de la casa de vecindad, y al fondo del patio la cerrada puerta del cuarto abandonado por Ursula.

FIN DEL TOMO SEGUNDO

Novísima Geografía Universal,

por ONÉSIMO Y ELISEO RECLÚS, traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.º, con más de 1.000 grabados de Gustavo Doré, Henry Regnault, Vierge, etc. Numerosos mapas en colores.

Conocer la Tierra que habitamos es uno de los deseos más legítimos y naturales del hombre. Esta *Novísima Geografía Universal* de los ilustres hermanos Reclús, es inédita en muchas de sus partes y distinta del original francés, pues sus autores han hecho numerosas modificaciones exigidas por los progresos de la Geografía. Se dedica una extensión especial á España y á las naciones latinas de América, pueblos para los que se ha escrito esta *Geografía*.

No es sólo un libro de consulta, sino un relato vivo y pintoresco, propio de la pluma de los Reclús, tan artistas como sabios. El novelista Blasco Ibáñez, entusiasmado por las bellezas de esta obra, abandonó por algún tiempo sus tareas literarias para realizar tan importantísima traducción.

El orden de los volúmenes es el siguiente: 1.º, Europa. 2.º, Asia. 3.º, África. 4.º, América del Norte. 5.º, América del Centro y del Sur. 6.º, América del Sur y Oceanía.

Cuatro pesetas el tomo, lujosamente encuadernado en tela, cinco pts. Pídanse prospectos especiales.

Novísima Historia Universal,

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV, por ERNESTO LAVISSE, de la Academia francesa, profesor de la Universidad de París y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesor de la Universidad de París. Traducción de VICENTE BLASCO IBÁÑEZ. 20.000 retratos, estatuas, cuadros, armas, monedas, monumentos, artefactos militares, naves antiguas y modernas, ídolos, costumbres populares, grabados de época, autógrafos, edificios y monumentos, reconstrucciones, historia gráfica del Arte y de la Industria. Historia del traje en numerosas láminas de colores, mapas, planos, etc.

TOMO I.—Introducción á la Historia, por Michelet.—El hombre primitivo, por E. Lagrange.—Historia antigua de los pueblos de Oriente, por G. Maspero.

TOMO II.—Historia del pueblo de Israel, por Ernesto Renán.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán.

TOMO III.—Historia de los orígenes del Cristianismo, por Ernesto Renán (*continuación*).—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy. Obra premiada por la Academia francesa.

TOMO IV.—Historia de los Griegos, por Víctor Duruy (*continuación*).—Historia de la República romana, por Michelet.

TOMO V.—Historia de la República romana; por Michelet (*continuación*).—El Imperio romano, por Víctor Duruy.—Historia de la literatura romana, por Alexis Pierron.

TOMO VI.—Los orígenes (395-1095).

Comienza en este tomo y prosigue en los sucesivos hasta el fin de la obra, la magnífica **Historia Univer-**

sal, desde el siglo IV hasta nuestros días, escrita bajo la dirección de los académicos Ernesto Lavissee y Alfredo Rambaud, por lo más notable de la Ciencia francesa.

TOMO VII.—La Europa Feudal.—Las Cruzadas (1095-1270).

TOMO VIII.—Formación de los grandes Estados (1270-1492).

TOMO IX.—Renacimiento y reforma.—Los nuevos mundos (1492-1559).

TOMO X.—Las guerras de religión (1559-1648).

TOMO XI.—Luis XIV (1643-1715).

TOMO XII.—El siglo XVIII (1715-1788).

TOMO XIII.—La Revolución francesa (1789-1799).

TOMO XIV.—Napoleón (1809-1815).

TOMO XV.—Las Monarquías constitucionales (1815-1847).

TOMO XVI.—Revoluciones y guerras nacionales (1848-1870).

TOMO XVIII.—El mundo contemporáneo (1870-1900).

EXTRACTO DE LA PRENSA EXTRANJERA SOBRE ESTA OBRA

Journal des Débats.

«Es, seguramente, la más universal de nuestras historias, y viene á la hora precisa para marcar, no el término, pero sí una etapa de la exploración emprendida en nuestro siglo á través de todas las regiones del pasado. Esta HISTORIA UNIVERSAL tiene su puesto designado y seguro en la biblioteca de los hombres de estudio.»

Le Soleil.

«Esta obra es un monumento verdadero. No hay exageración al llamarla de tal modo, pues, hasta ahora, no hubo entre nosotros nada semejante ni tan acabado.»

Le Temps.

«La gran HISTORIA UNIVERSAL DESDE EL SIGLO IV HASTA NUESTROS DÍAS es una sabia obra. En ella ha colaborado lo más escogido de la Ciencia francesa bajo la dirección de los señores ERNESTO LAVISSE y ALFREDO RAMBAUD, pero no se ha escrito únicamente para los sabios. Nada hay en ella de aparato crítico ni de notas abrumadoras. La diversidad de colaboradores garantiza su valor científico.»

Diario de San Petersburgo.

«Esta obra cumple una aspiración que estaba en todos los espíritus. Las historias de detalle abundan; y muchas de ellas son excelentes, pero faltaba una coordinación de todos esos trabajos que rea-

liza la presente Historia, ofreciendo un cuadro completísimo de los anales de la humanidad, hasta el límite de nuestros conocimientos.»

Münchener Neueste Nachrichten.

El público estudioso de Alemania debe apresurarse á conocer esta gran obra, entre cuyas cualidades estimables resaltan la exactitud de pormenores, la profundidad de observación y la imparcialidad de juicio con respecto á las cosas extranjeras... Esta HISTORIA es una obra científica seria, al mismo tiempo que un trabajo artístico de valor positivo.

The Nation, de Nueva York.

«Es cómoda para los investigadores, de muy fácil lectura, y honra á la Historiografía francesa.»

Revue Bleue.

«Esta hermosa publicación es un signo de los tiempos. El pasado se esclarece hasta sus profundidades, como el Océano por una proyección eléctrica. Nada se puede dejar de leer en su vasta serie de capítulos, historia viviente que resume los últimos conocimientos de la erudición pasada y actual.»

Revue Critique d'Histoire et de Littérature.

«Su éxito en la enseñanza es indiscutible. Es el libro predilecto de profesores y estudiantes de Historia, el guía donde aprenden el encadenamiento de los hechos generales y al que recurren en todos los casos.»

V. Blasco Ibáñez

Argentina y sus grandezas

(Segunda edición)

La gran República Argentina, con su historia, sus costumbres, sus paisajes y su vida toda, aparece admirablemente descrita en este libro de incomparable belleza y de observación minuciosa y documentada. Blasco Ibáñez, el ilustre novelista español, no ha escrito de memoria. Recorrió todo el país argentino, desde las mesetas del Norte, bañadas por un sol tropical, hasta las comarcas del Sur que cubren los hielos antárticos. Visitó territorios que los mismos nacionales de otras latitudes desconocen, y á sus notas y apuntes de descriptor magistral y colorista, acompañó el documento gráfico, recogiendo millares de fotografías de todas las comarcas. Después de estos estudios, algunos de los cuales le ocuparon meses enteros, escribió su obra. Va en primer término la descripción del país argentino, la grandeza del territorio, sus montañas, sus lagos, sus ríos, la raza, el clima, la fauna y la flora, la agricultura, la ganadería, el comercio y el valor de la tierra. Sigue el estudio histórico de la Argentina de ayer, los conquistadores, los exploradores del Río de la Plata, la época de D. Juan de Garay, la vida colonial, la ciudad, el campo las miserias jesuíticas, el virreinato y la independencia. Relátase después la Argentina de hoy, su organización definitiva, la política, el ejército, la marina, la educación, las ciencias, letras y artes, la prensa, el carácter argentino, la mujer, la beneficencia, la riqueza del país, los barcos, los ferrocarriles, la colonización y los extranjeros. Sigue una hermosa visión de lo que será la Argentina de mañana con el glorioso porvenir de aquel país floreciente y poderoso, que, así como avanza, acelera la velocidad de sus progresos. Y por último, como complemento de estos estudios de conjunto, va uno particular y especial de cada una de las provincias argentinas, con la impresión literaria del autor en su excursión por ellas, con su historia regional, su geografía, sus costumbres, su estadística y su producción.

Poco hemos de decir en cuanto á la parte material de esta obra, editada á todo lujo y sin escatimar ningún gasto. Su mejor elogio es rogar al lector que la examine en cualquier librería. Forma un volumen en folio de cerca de ochocientas páginas en papel couché, con millares de fotograbados en cobre. Fuera del texto van unas hermosas láminas en colores que, como todo el gráfico de la obra, son un modelo de estampación. Está encuadernada en piel, con oro y hierros especiales. Agotada la primera edición, hemos puesto á la venta la segunda al precio de **25 pesetas.**

Pedidos á la

EDITORIAL ESPAÑOLA AMERICANA,

Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado núm. 376.

La libertad de la Cátedra.

**Asalto de la Universidad de Madrid
por la policía en 1884.**

Esta obra del ilustre catedrático don Miguel Morayta, relata uno de los episodios más dramáticos de la vida universitaria española. Se lee con el mismo interés que una novela y con la misma emoción que un documento histórico. El asalto y clausura de la Universidad Central por la policía, las cargas en las calles, los sucesos del Noviciado y en la Facultad de Medicina, la prisión de los estudiantes, todos los hechos universitarios conocidos con el nombre de la Santa Isabel. Estudia su repercusión en provincias y en el extranjero; el movimiento escolar en Barcelona, con sus manifestaciones en las Ramblas; la agitación estudiantil en Valencia, Valladolid, Zaragoza, Salamanca, Santiago, Granada, Oviedo, Sevilla, Cádiz y en todas partes. Los telegramas y mensajes de los estudiantes italianos asociándose á la protesta de los estudiantes españoles. La dimisión del rector señor Pisa Pajares, y la actitud de los catedráticos, velada La que los escolares

madrileños intentaron celebrar en honor de Giordano Bruno y que fue suspendida por el Gobierno. La campaña periodística y la fundación del semanario escolar *La Universidad*. La censura eclesiástica con las pastorales de los obispos. La discusión parlamentaria iniciada por don Claudio Moyano, y en la que intervinieron, entre otros, los señores Comas, Pidal, Romero Robledo, Silvela, Villaverde, Cánovas, Sagasta, Canalejas, Montero Ríos, Moret y Castelar. El sumario seguido contra los estudiantes; la denuncia presentada por los catedráticos contra el coronel Oliver.

Por último, la definitiva conquista de la libertad de la Cátedra por la que había luchado denodadamente todo el Cuerpo escolar.

Esta interesantísima obra se vende al precio de 2 pesetas en todas las librerías.

Pedidos á la Editorial Española Americana, Mesonero Romanos, 42, Madrid. Apartado de correos 376.

En breves:

Primer número de

JUGUETES

Revista para niños

10 céntimos

Editorial L. de la Cruz, S. de A. y C.
Calle de la Cruz, 10, Madrid
D. de la Cruz, S. de A. y C.

